

Seix Barral

Andrzej Szczypiorski

La bella señora Seidenman

Prólogo de Chimamanda Ngozi Adichie

Índice

Sinopsis

Durante la ocupación nazi de Varsovia, en la primavera de 1943, Irma Seidenman, una joven viuda, intenta eludir el lóbrego destino de los ciudadanos judíos de la ciudad. A su favor tiene dos atributos cruciales que le pueden salvar la vida: unos ojos azules y el pelo rubio, lo que le permitirá, con la ayuda de la correspondiente documentación falsa, hacerse pasar por la viuda de un militar polaco y escapar del gueto hasta el día que un viejo conocido la descubre y acaba en las oficinas de la Gestapo. La bella señora Seidenman es la historia de las trepidantes 36 horas que se suceden tras el arresto de Irma y la constelación de personas y eventos que contribuyen a su rescate.

La bella señora Seidenman

Prólogo de Chimamanda Ngozi Adichie

Andrzej Szczypiorski

Traducción del polaco por Pilar Gil Cánovas



PRÓLOGO

POR CHIMAMANDA NGOZI ADICHIE

Qué magnífica novela. No solo por lo sabia que es, en el sentido poco común y perdurable de esa palabra, sino por la ligereza y el humor con que despliega su sagacidad. Ese es su logro. El libro gira en torno a la Polonia ocupada por los nazis y los horrores que se vivieron y, sin embargo, el lector a menudo se ríe al reconocerlos, al hacer el desolador descubrimiento. «¡Un judío comiéndose un pastel!», grita un personaje señalando a un judío que, en efecto, se está comiendo un pastel en una cafetería, un acto corriente entre los habitantes de Varsovia que de repente pasa a ser un crimen para un judío. Y en esta única frase reside, iluminado y escenificado, el absurdo de la opresión nazi.

El título original en polaco, *Początek*, «Comienzo», se ha traducido en otros idiomas como *La bella señora Seidenman*, lo cual parece casi un ardid, una manera suave y familiar de atraer al lector a una novela gratificante pero en absoluto blanda. La belleza de Irma Seidenman es significativa porque gracias a ella se salva. Ella no se corresponde con el estereotipo de judía. El pelo rubio y los ojos azules le permiten hacerse pasar por la viuda católica de un polaco, hasta que un informante la entrega a la Gestapo. A partir de ese momento vemos con qué facilidad la mediocridad se sitúa al lado del coraje, y cuán viles y mezquinos pueden ser los seres humanos, y, al mismo tiempo, cuán dignos. Aun así, la novela no se centra exclusivamente en la señora Seidenman, sino en un elenco cambiante de personajes que aparecen de forma fugaz pero perfectamente trazados, entre ellos un delincuente callejero, un oficial de la Gestapo, una monja que convierte a niños judíos al catolicismo y al hacerlo los salva pero les arrebata su legado, y un amable profesor asesinado en una ejecución sumaria. El personaje más imperecedero y entrañable es el de Pawełek, ya que lo vemos cuando «había entrado en un periodo de la vida en el que el amor y la muerte se convierten en amigos inseparables del hombre. Se convierten en una idea fija que hostiga día y noche».

Andrzej Szczypiorski no es sentimental. Su mundo está lleno de resiliencia pragmática, por así decir, y de un fuerte énfasis en los hechos de la historia, en la noción de que lo pasado, pasado está, o

como lo expresa un personaje: «yo creo que en la historia no existe el modo condicional». Y, sin embargo, en el centro de esta novela hay un romanticismo refrenado, especialmente en Paweł: el amor que siente por la señora Seidenman, o el vínculo afectivo que lo une a su amigo de la infancia Henio. Es insoportablemente conmovedor leer sobre la pérdida de Henio, un judío condenado a muerte por un accidente de nacimiento. Lloramos esa inmensa tragedia, así como la tragedia de una amistad perdida, porque cuando un amigo íntimo de la infancia muere se lleva consigo la infancia misma, y los recuerdos se disuelven al no estar ya la persona con la que se compartían.

¿Qué es un estilista literario? Sea lo que sea, esta novela es obra de uno. Szczypiorski da saltos en el tiempo con elegancia y crea un gran impacto emocional con el fin de mostrarnos un presente en el que también vive obstinadamente el futuro. Resulta particularmente conmovedor seguir a un personaje mientras reflexiona sobre su situación actual en la Polonia devastada por la guerra y, en la frase siguiente, enterarnos de cómo muere y de que sus huesos se blanquearán y luego se oscurecerán hasta convertirse en los cimientos de un nuevo edificio. Con la misma desenvoltura rompe otras convenciones literarias, pasando de detalles minuciosos sobre el aspecto de un personaje a meditaciones filosóficas sobre Dios, la justicia y la política, y lo que resulta de todo ello es una novela que, lejos de no saber si quiere ser una obra narrativa o de ideas, tiene la certeza de poder ser ambas. Es un modelo de lirismo con una vigilancia del lenguaje a varios niveles; primero en su propia estética —conquistando el arte de la frase, enunciados hermosos que salen rodando de la lengua— y luego en su conciencia de las repercusiones políticas de este mismo lenguaje. «El mundo mentía —escribe Szczypiorski—. En cada mirada se leía el infundio, en cada gesto la ruindad, en cada paso la vileza. Dios se había reservado aún la prueba más dura, el yugo de la lengua.» La ficción suele ser leal en primer lugar a la estética literaria, a veces a expensas de la exactitud política. No es el caso de esta novela. Szczypiorski entiende que una parte considerable de la política es psicología humana, y que es la literatura con su penetrante indagación la que mejor la explora. En las partes de la novela que son casi cotilleos —toda la gran literatura lo es— vemos a los personajes pelearse con los estereotipos de la identidad. Müller piensa que Rusia es «tirana, tenebrosa y desenfrenada». Un polaco-

alemán se ve como «un alemán inacabado, no modelado por la mentalidad alemana, un alemán con un defecto en el corazón, que lo ve todo a través de su experiencia eslava, un alemán afectado por el bendito mal de la polonidad, cuya belleza reside justamente en su carácter inacabado, incumplido, inseguro, inquieto, imperfecto, caprichoso e indomable…». O cuando un personaje reflexiona sobre la «tiranía de esa perfección sin la cual los alemanes no saben vivir» y señala que «si un día la historia fuerza a los alemanes a la hipocresía, se convertirán en los mejores hipócritas bajo el sol».

Estamos, pues, ante una novela de coraje moral que cuestiona la identidad y la ideología, que cuestiona y al mismo tiempo celebra el nacionalismo, porque en el fondo es un canto a Polonia. Es la carta de amor de un hijo decepcionado. Y está escrita en memoria de los judíos que «no tardarían mucho en morir luchando, para de este modo convertirse en leyenda viva». Testigo del brutal horror del nazismo a la vez que impaciente con la autocomplacencia polaca, su brillante foco ilumina desde el principio las ambiciones deformadas de los años de la posguerra polaca. Szczypiorski nos demuestra que no existe una redención real, y que nunca podemos olvidar que hasta los personajes que sobreviven a la guerra soportarán muchas penas y muchas formas de exilio, físico y emocional.

LAGOS, NIGERIA
marzo de 2022

1

En la habitación reinaba la penumbra, porque el juez amaba la penumbra. Sus pensamientos, por lo común suspendidos y nebulosos, huían del artificio de la luz. En el universo imperan las tinieblas y el caos, y al juez le agradaba penetrar en los arcanos del universo. Solía sentarse en una mecedora, retirado en cualquier rincón del inmenso salón. Inclinaba la cabeza hacia atrás, y dejaba que sus pensamientos oscilaran al compás del vaivén que conseguía con un leve movimiento de los pies: ora el izquierdo, ora el derecho. Calzaba pantuflas de fieltro hasta el tobillo, abrochadas con unos corchetes metálicos que resplandecían azuladamente sobre la alfombra, donde se reflejaba la luz amortiguada por la pantalla de la lámpara.

El sastre Kujawski contemplaba los corchetes de las pantuflas de fieltro del señor juez, mientras calculaba para sus adentros el dispendio que le supondría la compra del cuadro de marco dorado colgado en la pared del salón. En él se veía a un señor desnudo y con cuernos sentado sobre una cuba de vino. El sastre Kujawski suponía que se trataba de un diablillo, uno de esos diablos joviales aficionados a beber y a retozar con las damas, motivo predilecto de los pintores de antaño, que a menudo los representaban sobre un fondo sombrío y desdibujado. En este, el sastre apenas si vislumbraba un molino de agua o las ruinas de un vetusto castillo. A decir verdad, no se trataba de obras maestras, pero no carecían por completo de valor, y Kujawski invertía en su compra como buen patriota y amante de la cultura que era.

—Así que dice usted, querido amigo —dijo el juez Romnicki—, que está ya harto de esta guerra. ¡Harto de la guerra! No cabe la menor duda de que la paz es el estado natural del hombre. Todos anhelamos la paz, acaba usted de afirmar…

—Sí, lo afirmo —respondió el sastre, mirando de reojo al diablo sentado sobre la cuba de vino. Recordó en ese mismo instante que el supuesto diablo se llamaba Fauno y de repente le embargó una

quietud dulce y melancólica.

—Pues de acuerdo. Que se acabe de una vez la guerra —prosiguió el juez—. Ahora mismo. Desde este mismo momento… ¿No desea usted que sea así, querido amigo?

—¿Y quién no desea que sea así, señor juez?

—Por favor, reflexione con atención. Le estoy hablando en serio. La paz es lo más importante, ¿no lo cree así? Pues bien, terminemos la guerra. Ahora mismo. Sin dudar ni un segundo. Piense bien lo que voy a decir, querido Kujawski. ¿Dónde están los soviéticos? Suponemos que en la línea del Don. ¿Y los anglos? En el norte de África. Perfecto, según esta situación, nuestro enemigo, Adolf Hitler, es el dueño y señor de Europa. Y ahora es cuando ponemos punto final a la guerra, señor Kujawski. Dado que usted ha tenido la amabilidad de considerar que la paz es lo más importante, ¿me equivoco?…

—Señor juez —refutó Kujawski—, ¿en esas condiciones? ¿Con la bota alemana sobre el cuello?

—Decídase usted, respetable caballero. Por otra parte, mañana mismo todos empezarán a cambiar. La paz ha llegado, ha llegado la paz. Y como aperitivo los preliminares, se entiende, después una conferencia de paz con sus correspondientes concesiones por ambas partes. Los soviéticos esto, Hitler aquello, los anglosajones lo otro. Pero, como usted afirma, la paz es lo más importante, por lo tanto de un modo u otro deberán llegar a un acuerdo, ¡para eso están los diplomáticos, los hombres de Estado, las diferentes cancillerías, los sombreros de copa, las limusinas, el champán! La paz para los hombres de buena voluntad, señor Kujawski.

—Señor juez —farfulló el sastre.

—¡Tú lo has querido, Gregorio Dandin! —gritó el juez con voz estentórea—. Y ahora sin tapujos. Los tapujos son para otra clase de gente. Venga, amigo mío, arriba ese corazón… ¡Ya gozamos de paz! Y, por ende, las fuerzas de ocupación no pueden seguir actuando de forma tan atroz. Sí, verdad es que no somos más que unos esclavos. No tiene mayor importancia. A eso ya estamos acostumbrados, querido señor Kujawski. En última instancia, tanto usted como yo hemos nacido sometidos a un sistema de esclavitud y en él habremos de morir. En fin… Lo cierto es que desde el primer día nos van a chupar la sangre. Jornadas de trabajos forzados de no menos de catorce horas. Una escudilla de sopa y agua. Palo y más palo,

redadas… Aunque al cabo de un tiempo dejarán de hacerlo, eso sí. Puesto que reina la paz, no existirá la posibilidad de capturar a más esclavos y deberán cuidar de los que trabajan para ellos. ¡Ánimo, señor Kujawski! Dentro de un par de años trabajaremos solo ocho horas al día, nos darán cartas de racionamiento, hasta té y café podremos beber, cómo no, no puede ser de otro modo si reina la paz y es necesario entablar relaciones comerciales con otros países… ¿Acaso los ingleses son capaces de beberse todo el té de la India? ¿Acaso los soviéticos no poseen en abundancia petróleo, cereal, patatas y qué sé yo cuántas cosas más? Viviremos, señor Kujawski, bajo una bota ajena, eso no se puede negar, pero a cambio habrá paz, porque así ha quedado establecido. A partir de esta misma noche debe reinar la paz, el don más preciado de todo ser humano, de toda la humanidad; por él suspiran fervientemente nuestras almas extenuadas, nuestras estúpidas almitas, señor Kujawski, cubiertas por la vergüenza de la esclavitud, habituadas al sometimiento, a la vejación, a la servidumbre; quizá hoy no, pero dentro de algún tiempo, de unos años, nos concederán el derecho a tener nuestras propias escuelas y, claro está, en nuestra propia lengua se impartirán todas las lecciones sin excepción. Comeremos pan con tocino, incluso de vez en cuando nos caerá una botellita de coñac francés y quizá hasta un arenque sueco o un cigarro habano. Basta pensar, querido amigo, cuánta dignidad, cuántas acciones loables florecerán bajo el sol de la paz europea… Cuán grata será la existencia de nuestros pequeños esclavos, de esos niños y niñas que incluso para obtener un simple caramelo tendrán que formalizar una instancia a las autoridades, y no digamos para conseguir un divertido juguete. Porque, eso sí, cuidarán de la infancia, incluso introducirán en las guarderías la ovomaltina para que los niños crezcan fuertes y sanos y puedan después trabajar a conciencia, recibiendo una retribución modesta pero digna, y disfrutando de vacaciones, de verano o por razones de salud, según el principio *Kraft durch Freude*, es decir, «fuerza gracias a la alegría», o sea que habrá que descansar, ir al médico, empastarse los dientes, alimentarse racionalmente y llevar un modo de vida sano e higiénico, condición imprescindible para poder trabajar de forma entregada y con disciplina, pues, como usted bien sabe, señor Kujawski, *Arbeit macht frei*, lo que significa que el trabajo nos hace libres y, sobre todo, nos hace libres bajo el sol de la paz europea. Y solo echaremos en falta

una cosa. ¡Solo una! El derecho a oponernos. El derecho a decir en voz alta que aspiramos a una Polonia libre e independiente, que queremos lavarnos los dientes a nuestra manera y descansar a nuestra manera, que queremos pensar a nuestra manera, y vivir y morir a nuestra manera también. Solo eso echaremos en falta bajo el sol de la paz europea que usted, caballero y amigo mío, considera el don más preciado.

El sastre Kujawski se pasó la punta de la lengua por los labios. Los broches de las pantuflas del juez, que hasta hacía un momento le recordaban un par de menudas estrellas rutilantes, se le antojaron de pronto los ojos de un animal salvaje.

—Pero qué dice usted, señor juez —interrumpió atropelladamente—. Yo quiero la paz, claro está, pero no en esas condiciones. Primero hay que quitar de en medio a Hitler...

—Para quitar de en medio a Hitler, señor Kujawski, debemos sostener primero una larga guerra —arguyó el juez.

—Entonces sostendremos una larga guerra, pero a ese hombre hay que enviarle al otro barrio...

—¡Aclárese, amigo mío! ¿Ya no le satisface la paz desde esta misma noche? ¿Ya le están entrando de nuevo ansias guerreras? ¿No hemos sufrido ya bastantes horrores? ¿Acaso anida en su interior, señor Kujawski, un verdugo tan sañudo? ¡No me lo esperaba de usted, señor Kujawski! ¿Le parecen pocas las víctimas, pocos los estragos, poca la sangre polaca y no polaca vertida sobre la tierra?

El juez prorrumpió en una sonora carcajada y detuvo su mecedora. Se extinguió el brillo de los ojos feroces.

—De acuerdo, amigo mío —exclamó—. Por fin nos vamos entendiendo. Recuerde usted, señor Kujawski: lo que nos debe interesar siempre y en primer lugar es Polonia, lo polaco, nuestra libertad. Nada de tratados de paz a la europea, eso son tejemanejes para idiotas. Únicamente Polonia. ¿O no tengo razón?

—Seguro que el señor juez tiene razón —respondió Kujawski—. La verdad es que yo no soy solo corto de talla, sino también de entendederas.

—¡Nunca diga usted esas cosas en voz alta! ¡Las paredes oyen! Tal vez en cualquier rincón se oculten unos demiurgos domésticos al acecho, esperando que la gente empiece a dudar de su propio juicio, que algo empiece a desgarrarse en su interior, que empiece a

corroerles la duda de si son o no, como usted, honorable amigo, ha tenido la amabilidad de expresar, cortos de entendederas.

—¿Demiurgos? —repitió el sastre—. Nunca había oído hablar de ellos. ¿Son una especie de fontaneros?

—Son, estimado caballero, unos tíos listos consagrados a la salvación de la humanidad. En un abrir y cerrar de ojos los va a ver salir saltando uno tras otro de su madriguera con una piedra filosofal en el bolsillo. Cada uno de ellos lleva una distinta y se apedrean con ellas los unos a los otros, aunque, por lo común, le dan en los morros a la gente de orden como usted o como yo... Quieren arreglarnos el futuro según la horma de su pezuña. Y con esa misma horma quieren moldearnos el pasado. ¿Aún no se ha topado usted con ninguno de ellos, señor Kujawski?

—Quizá sí —apuntó conciliador el sastre y volvió a mirar, codicioso, al fauno del marco dorado.

—Por otra parte —siguió el juez—, su observación acerca de los fontaneros me parece harto interesante. Ojalá carezca usted de dotes proféticas, querido señor Kujawski, no vaya a ser que llegue el día en que esos fontaneros tiren de la cadena y nos dejen caer a todos al fondo de la letrina. ¡Entonces sí que estaremos apañados!

—Por lo que respecta al cuadrito, señor juez —avanzó tímidamente el sastre—, ese fauno me lo llevaría hoy mismo. El marco lo cuenta usted aparte. El mozo y yo nos acercaremos hasta aquí con una *riksa*,[1] lo empaquetaremos, lo ataremos con un buen nudo y ¡hala!, ya podremos marcharnos tranquilos.

—Lo que es marcharse, pueden ustedes marcharse tranquilos, señor Kujawski, pero le agradecería infinitamente que me especificara con todo detalle su propuesta.

—Usted, señor juez, le comentó al señor Paweł que en parte yo podría pagar el cuadro en especie.

—Por supuesto. Estaría muy de acuerdo. Sobre todo si se trata de carne o manteca.

Kujawski movió con picardía el dedo índice y, señalando al juez, añadió:

—Usted, señor juez, es un intelectual de pies a cabeza, lo que no le impide tener también buen olfato para los negocios.

Aunque pronunció estas palabras en tono jocoso, en el corazón abrigaba la inquietante duda de si entraba dentro de lo correcto

hablar de este modo a un juez. El sastre Kujawski llevaba más dinero encima de lo que el juez había visto a lo largo de todo el año y, sin embargo, se sentía cohibido ante el viejo caballero de la mecedora. Sobre todo por dos motivos: porque el juez había sido en el pasado su benefactor, y porque el sastre conocía de sobra cuál era su lugar en el mundo. Todavía no habían llegado los tiempos en que el dinero y el poder deciden la posición de una persona. El sastre pertenecía a una época basada en cierto orden espiritual, delicado como una porcelana y resistente como un acueducto romano. Reinaba una jerarquía entre las almas humanas y todos sabían que existe sobre la tierra una nobleza no procedente del nacimiento, sino del interior del ser humano. De modo que Kujawski, algo cohibido, miró al juez. Este le sonrió con cordialidad.

—Me gustaría que fuera como usted dice, me gustaría, no le miento —dijo serenamente.

Era sensible como un sismógrafo; poseía ese sentido personal de la sensibilidad que los poetas llaman inteligencia emocional, de modo que añadió:

—Sin embargo, debo reconocer que a mí la fortuna me ha obsequiado con la persona de usted, cuya cabeza vale por dos, por la suya y por la mía. Acepto enteramente su propuesta.

Después, para no herir a Kujawski ni malograr el placer de la compra, concluyó en tono firme:

—No obstante, le advierto que voy a regatear con porfía, estimado señor Kujawski.

—Está claro —respondió el sastre. Pensó que era capaz de pagar más de la cuenta, con tal de volver a sentarse sobre el diván raído de aquel salón envuelto en el aroma de las antigüedades y en el polvo de los numerosos libros.

2

Pawełek Kryński abrió los ojos y se contempló las manos. Siempre, al despertarse, se contemplaba las manos para comprobar si estaban lívidas y sin vida, con las uñas ennegrecidas y hedor a cadáver o si, por el contrario, seguían con vida y continuaban siendo sus propias manos. Pawełek, así le llamaban todos desde la infancia, iba a cumplir en breve diecinueve años. En aquellos tiempos, a un muchacho de esa edad le sucedían cosas extraordinarias: comprendía a la perfección la diferencia existente entre ambos sexos y había perdido la fe en la inmortalidad. Tal vez después habría de recobrarla, pero esa masculinidad precoz, similar a una vejez provecta, le familiarizaba paso a paso con la muerte. Pawełek Kryński había entrado en un periodo de la vida en el que el amor y la muerte se convierten en amigos inseparables del hombre. Se convierten en una idea fija que hostiga día y noche.

Pocos años más tarde, un hombre de esa edad acosado por semejantes tormentos y temores habría de resultar simplemente ridículo. Sin embargo, Pawełek pertenecía a una época en que los jóvenes deseaban ser adultos: desde los quince años se vestían con traje y reclamaban para sí responsabilidades y obligaciones. Huían de una infancia que se les antojaba demasiado larga. Los niños carecen de honor y aquellos jóvenes querían mostrar su honor a toda costa.

Abrió los ojos y se contempló las manos. Seguían siendo sus propias manos. Tranquilizado, volvió a pegarse a la almohada. Henio le había visitado aquella noche, pero los rasgos de su rostro le habían parecido borrosos y su voz tan débil que no pudo entender el mensaje que quería transmitirle. Solo había logrado discernir uno de sus gestos. Como siempre, Henio le daba señales de vida en sueños. Pawełek le preguntaba entonces: «Henio, ¿dónde estás?», pero nunca obtenía respuesta. Le disgustaba este sueño que se repetía de forma sistemática desde hacía algún tiempo y, sin embargo, si se despertaba con la sensación de que Henio no había venido a verle, se sentía

profundamente decepcionado. ¿Dónde se habrá metido ese monstruo?, pensaba Pawełek.

Abrió los ojos y se contempló las manos. Pensó que descuidaba su relación con Dios. No creía en Dios con tanta firmeza como había creído antes y como habría de creer después. En su persona convivían el escepticismo, la rebeldía, el escarnio y la duda y, con todo, temía la cólera de Dios. Contaba con la paciencia de Dios, pero temía su cólera.

Tenía unas manos fuertes y atezadas. Respiró con alivio y retiró las sábanas. Aquel día debía llevar a cabo varios planes que requerían valor y dignidad. A la cabecera de su cama se hallaban dos mujeres: la señora Irma, dorada, lilácea y bella, de la cual empezaba a alejarse, y Monika, plateada y tenebrosa como un ícono ruso, a la que empezaba a amar apasionadamente.

La señora Irma había sido el primer amor de Pawełek, un amor adolescente. Antes de la guerra habían vivido pared con pared, en el mismo rellano. Cuando Pawełek se enamoró de la señora Irma tenía solo trece años. Ella era la esposa de un médico, el doctor Ignacy Seidenman, radiólogo y científico. Al doctor le resultaba muy simpático Pawełek y, siempre que se cruzaban en la escalera, le preguntaba por sus progresos escolares y le regalaba golosinas. Un día, incluso le invitó al gabinete médico donde guardaba el aparato para hacer radiografías. La señora Irma era una belleza de cabellos rubios, ojos azul celeste y esbelta figura. Ya antes de la guerra, Pawełek soñaba con ella. Se despertaba entonces sobresaltado, sin reconocer su propio cuerpo ardiente, tenso, dolorido. La señora Irma era como una enfermedad que solo le provocaba sufrimientos. Cuando ella le obsequiaba con dulces o chocolate, Pawełek se sentía humillado. Por ella habría conquistado exóticas tierras y vencido a hordas enemigas. No podían llegar a entenderse, a encontrarse. Él navegaba a su encuentro en una carabela, en un galeón, en una canoa india, y ella se le acercaba con un bombón en la mano. Tiempo después, Pawełek dejó de remar en canoas indias, tocado con plumas en la cabeza. La señora Irma deambulaba por Varsovia regateando aquí y allá. Una viuda judía de rostro nórdico llena de determinación. Era la guerra. Pawełek estudiaba en los cursos clandestinos y trataba de ganar algún dinero para sostener a la familia; su padre se encontraba prisionero tras la alambrada de un campo de concentración alemán. La relación de Pawełek con la señora Irma cobró un cariz protector, lo que resultó

aún más doloroso.

El doctor Seidenman murió poco antes de estallar la guerra y la señora Irma vivía sola cambiando continuamente de domicilio en la zona aria. Pawełek siempre disponía de tiempo para ella, e Irma podía contar con su ayuda. Intentaba salvar el archivo médico de su marido, a fin de que, una vez acabada la guerra, las investigaciones radiográficas pudieran avanzar gracias a los descubrimientos y observaciones del doctor Seidenman. Pawełek colaboraba en esta tarea. Cada día le parecía más bella. Y él temía por su vida, al mismo tiempo que le mortificaban los celos. La señora Irma tenía treinta años y muchos hombres mariposeaban a su alrededor.

Pawełek se sacó el bachillerato en los cursos clandestinos[1] y ganaba algún dinero trabajando de intermediario en la compra y venta de obras de arte. La gente de cultura, que había gozado de buena posición antes de la guerra, vendía durante la ocupación cuadros, muebles, libros... De algo tenían que vivir. Se amasaban inmensas fortunas, cuyo origen resultaba más de una vez dudoso, ya que en parte provenían de una economía sumergida sin la cual el país, expoliado sin contemplaciones y convertido en una reserva de la máquina de guerra hitleriana, no hubiera podido subsistir. Aquella economía sumergida se alimentaba, sobre todo, del saqueo sistemático de las propiedades de ciudadanos judíos, si bien es verdad que el bocado del león se lo llevaban los alemanes. Pawełek se movía en la insólita región limítrofe que existía entre el grupo de coleccionistas arruinados de antes de la guerra, que se desprendían hasta del último mueble o alhaja de la nobleza —otrora poseedores de valiosos grabados, lienzos y vajillas de plata— y la banda poco numerosa, pero alerta y despabilada, de nuevos ricos, siempre voraces, insaciables, fríos, duros y engreídos. De vez en cuando aparecía entre estos últimos un buen conocedor de obras de arte, un sincero amante de lo bello, quizá humillado en otros tiempos por el destino, un antiguo trotamundos descarriado que por fin podía franquear el umbral del gran mundo y tomar venganza así de sus viejos camaradas más afortunados. En una palabra, se trataban por lo general de negocios poco claros, aunque en más de una ocasión se enredara en su maraña un hombre como el sastre Kujawski, ricachón y coleccionista, pero de buen corazón y gesto generoso, para asombro, por cierto, de sus clientes. Pawełek se había encariñado con el sastre y el sastre con

Pawełek. Durante algún tiempo fueron uña y carne; después sus relaciones se enfriaron, aunque no a causa de litigios comerciales, sino más bien a causa de la dedicación de Pawełek a la universidad clandestina y a sus dramas amorosos.

Conoció a Mónica. Tenía dieciocho años, los cabellos como ala de cuervo y la tez plateada, el perfil pétreo y en sus ojos el hechizo de una letárgica ave rapaz. Entrado el otoño de 1942, Paweł besó a Mónica. La boca fría, los labios apretados, la mirada hostil.

—¡Nunca más! —exclamó—. ¡Nunca más!

No obstante, unos días más tarde se atrevió a besar a Mónica de nuevo. En la boca. Ella le devolvió el beso. Se sintió desfallecer. Amaba a Mónica. Era bella, inteligente, sincera. A su lado, él no era nadie. Ni nada. Un guijarro en el camino, una hoja del otoño. El espectro de un condenado. Un día, mientras iban en calesa, le puso la mano sobre la rodilla. Ella se quedó rígida y la retiró. Paweł notó las alas de la muerte planear por encima de su cabeza. Otro día, yendo por la calle Marszałkowska, se tropezaron con Kujawski. El sastre saludó con el sombrero. Era un hombre de ademanes delicados, que cuidaba las formas. Mónica observó:

—¡Qué hombrecillo tan ridículo!

Pawełek reconoció que, efectivamente, Kujawski era un hombrecillo ridículo. Al cabo de una semana, cuando estaban en plena charla de negocios, el sastre le recordó a Mónica.

—Usted, señor Pawełek, sí que es un hombre afortunado.

—¿Y eso por qué, señor Kujawski?

—Aquella señorita que iba con usted por la calle Marszałkowska... una belleza, sí señor. Una belleza...

Vaciló unos instantes y añadió moviendo la cabeza:

—¿Cómo diría...? Una belleza infinita...

Pawełek reconoció que Kujawski era un hombre sagaz, un conocedor del arte, todo un experto.

Amaba a Mónica, pero también amaba a la señora Irma. Eran dos clases diferentes de amor. Con Mónica quería pasar la vida entera, con Irma solo unas horas. Con Mónica quería envejecer, con la señora Irma madurar. Pero le había tocado vivir en una época cruel. Sus deseos no se vieron cumplidos. La primera declaración de amor a la señora Irma se la hizo cuando esta ya era muy anciana, en la terraza de una cafetería, en la avenida Kléber, en París. Fue treinta años

después de la muerte de la bella Mónica. Ninguna de estas dos mujeres acabó existiendo en la vida sentimental de Pawełek. Las mujeres que dejaron huella y significado en su vida habrían de venir más tarde. No obstante, fue gracias a la señora Irma y a Mónica que Pawełek se familiarizó con la muerte, y él les estuvo agradecido de por vida.

Sin embargo, mientras se miraba las manos y se levantaba de la cama, no experimentaba un sentimiento de gratitud. Se sentía lleno de vigor y determinación; se había propuesto acabar ese mismo día y de una vez por todas con su amor por la señora Irma para entregar así su corazón exclusivamente a Mónica. No dudaba ni por un instante de que era dueño y señor de su decisión. Creía en la libertad. Se le debe perdonar. Aún no había cumplido diecinueve años.

Se lavó con agua fría, resollando, con una sensación casi de felicidad. Casi, porque volvió a recordar a Henio Fichtelbaum, su mejor camarada en la escuela. Alumno de confesión judaica, Henio Fichtelbaum. Amigo del alma de la infancia, de los años mozos y de su precoz madurez. Henio Fichtelbaum, que ayudaba a Pawełek en los problemas de matemáticas. Caprichoso, guapo, moreno, abstraído.

Había momentos en que se detestaban cordialmente. Entonces Henio fruncía los labios.

—Me importas un comino, Pawełek —decía mientras se esfumaba entre los árboles del Jardín Saski, más bien bajito, el muy asqueroso, con la mochila a la espalda. Pawełek daba puntapiés contra los troncos de los castaños con una rabia impotente. Se odiaban. A veces el cruel Henio regresaba. Con la misma mueca de desdén en los labios, miraba al suelo y empezaba también a dar puntapiés contra los castaños.

—Vale, hombre, vale —decía—, podemos ir juntos hasta la calle Królewska.

Pero a veces era Pawełek quien corría tras Henio.

—¡Para! ¡Espera! Voy contigo…

Eran indios. Eran abisinios. Henio se echaba sobre los hombros una manteleta a cuadros y le decía a Pawełek:

—¡Soy Haile Selassie! Y tú, el caudillo de mis tropas.

En otras ocasiones, era Pawełek quien se echaba encima la manteleta a cuadros y entonces él era el césar. Lanzaban gritos de guerra. Los italianos salían corriendo. Henio disparaba con los

cañones. Pawełek con pistolas. Apuntaban con arcos, arrojaban lanzas. A Henio Fichtelbaum le gustaban los dulces, a Pawełek, el cine. Discutían. Henio prefería comer chocolate; Pawełek, ir al cine. Discutían, porque separarse hubiera sido insoportable. El chocolate era nauseabundo; la película, aburrida. Eran amigos como nunca los adultos pueden llegar a serlo. En sus juegos morían el uno por el otro; en realidad habrían estado dispuestos a hacerlo, porque aún no comprendían el significado de la muerte, así que no la temían. Les faltaba imaginación para esbozarla en su mente.

Más tarde ya no habría de faltarles. En 1940, Henio Fichtelbaum entró en el gueto. Dos años más tarde, huyó y se presentó en casa de Pawełek. Pawełek le proporcionó un escondrijo perfecto en casa de un relojero. Henio Fichtelbaum se ocultaba en el desván. Pawełek le abastecía de libros y noticias. Henio se rebelaba, le entraban antojos. Las experiencias del gueto se desvanecían poco a poco de su memoria y el desván le mortificaba.

—¡Es como estar enjaulado! —gritaba.

—Por el amor de Dios, Henio, métetelo de una vez en la cabeza, ¿dónde vas a estar mejor que aquí? Debes armarte de paciencia.

—Quiero salir a la calle, Pawełek.

—¡Ni hablar!

—¡Voy a salir!

—Eres un cretino, un idiota, un monigote —le gritaba Pawełek.

Henio no salió en esa ocasión, pero tiempo más tarde ya no pudo soportar el encierro. Pawełek se ponía hecho un basilisco.

—Ves, no ha pasado nada —decía con flema Henio Fichtelbaum —. Me he paseado por la ciudad y estoy sano y salvo.

—¡No tienes conciencia! —aullaba Pawełek.

Eran amigos. Henio volvió a ceder. No por miedo, sino por amor a Pawełek. Dos meses después, desapareció sin dejar rastro... Pawełek rezaba con fervor. Pasaron semanas y no había noticia alguna. Pasó el invierno. Henio ya no existía. Solo en plena noche, cuando a Pawełek le prendía el sueño, aparecía en la oscuridad Henio y daba señales de vida. Eso significa que vive, pensaba Pawełek, y seguía durmiendo. Al amanecer, le despertaban sus mujeres: la señora Irma y Mónica. Y los tres juntos emergían de sus sueños. Henio Fichtelbaum no les acompañaba. Permanecía ominosamente ausente. Ha muerto, pensaba Pawełek durante el día. Pero, por la noche, Henio volvía a visitarle y

le daba una señal de vida.

Y sus visitas continuarían a lo largo de muchos años. Ya no existía el mundo del que Henio había desaparecido y, sin embargo, seguía apareciéndosele de noche para darle señales de vida. Por ese entonces, Paweł ya sabía que eran señales funestas, no de vida. No me llames, le decía a la sombra de Henio Fichtelbaum, no tienes derecho a llamarme. Se dormía sin temor, pues era consciente de que Henio Fichtelbaum no era un enviado de Dios, sino de la buena memoria. Quizá ambas cosas sean solo una, pensaba en ocasiones. Y con todo abrigaba la esperanza de que Dios fuera también amor. Sin faltar a la verdad, podemos afirmar que Paweł fue un elegido de la suerte. Sobrevivió a la guerra y conoció el amor, lo cual resulta asombroso. ¡Había nacido con buena estrella! Cuando tenía poco más de veinte años, creía que todo había sido arrasado por las llamas. Esa ciudad era todo su mundo, todo cuanto poseía. Ni siquiera toda la ciudad, sino su centro, unas cuantas calles entre Belweder y el castillo, entre la orilla del Vístula y el cementerio de Wola. Allí, el aire, el cielo, la tierra eran diferentes. Las casas de vecindad cerraban el horizonte. De niño había pisado cada rincón de ese retazo de tierra, hasta el horizonte mismo. No tenía otra patria. Con su centro, el Jardín Saski y las calles adyacentes; por un lado bellas, claras y distinguidas, por otro, estigmatizadas por una ruidosa inquietud, inundadas de fealdad y pobreza. No existía una frontera precisa entre esos dos mundos. A la sombra de los castaños del Jardín Saski, damas ataviadas con trajes de paseo, sombreritos con velo, zapatos de tacón alto y caballeros con abrigo impermeable, sombreros hongo y abrigos con cuello de piel se rozaban con transeúntes morenos de desteñidos caftanes y botas de caña, con tenderas gritonas tocadas con peluca,[2] con muchachos de tirabuzón y kipá y con ancianos abotagados que se arrastraban sobre un bastón, vestidos con chaquetas de alamares, gorras de visera sobre la cabeza canosa y el calzado deslustrado de la gente pobre y extenuada por el trabajo. Alrededor de la fuente del Jardín se sentaban sobre los bancos los insurrectos del año 1863, los revolucionarios de 1905, los veteranos de 1914 y los soldados de la caballería ligera del 1920.[3] También deambulaban por allí maestras miopes que en su juventud reverenciaban a Orzeszkowa,[4] conspiradores y expresos de Siberia, exreclusos de la cárcel de Moabit y de la fortaleza de Olomuniec, comerciantes de Nowolipie,

mayoristas ferreteros de la Gęsia, anticuarios de la calle Świętokrzyska, jóvenes diplomáticos del Palacio de Brühl, rameras y beatas, desempleados y hombres acaudalados, judíos, alemanes, ucranianos, preceptores franceses de las antiguas casas nobiliarias, los fugitivos de la Guardia Blanca, jóvenes casaderas, estudiantes de rostro campesino y bolsillos vacíos, ladrones y comadres. En este lugar, Pawełek andaba a la greña con el desalmado de Henio Fichtelbaum, que siempre le ganaba unas castañas jugando al clavo. En este lugar, zurraban la badana a los bolcheviques y ponían en fuga a las tropas de élite del Duce o derribaban los aviones del general Franco, que se atrevían a bombardear las trincheras de la República española.

Daba uno tres pasos y ya estaba entre palacios, edificios de la Administración, limusinas, aroma a perfume y a café. O uno podía ir en dirección contraria, hacia la calle Graniczna, Żabia, Rymarska, y ya se encontraba en el centro mismo de la diáspora judía, en medio de las míseras chatarrerías, de la algarabía de los jasiditas, o entre los gigantescos mozos de cuerda con gorras de hule y guardapolvos, el vocerío de las vendedoras, el relinchar de los caballos, los polvorientos escaparates de las pobres sombrererías con rótulos como MODES o DERNIER CRI, fruterías, confiterías, barberías, talleres de sastrería y tafiletería, mercaderes ambulantes de pantalones de dril y de rosquillas...

También podía uno ir en una dirección distinta, hacia las torres de las viejas iglesias, hacia los húmedos edificios de los caserones y conventos, hacia el martirizado proletariado y los sueños de revuelta de las masas populares. Aquí precisamente era donde el Castillo Real lindaba con la catedral, la catedral con la plaza Mayor, y la plaza Mayor con los ríos Vístula y Jordán.

Este era todo el universo de Paweł, que se fundió bajo tierra en el transcurso de unos pocos años, ante sus propios ojos, ante su mirada perpleja e impotente. Literalmente se hundió, se desmoronó, sepultando bajo sus ruinas a la gente y a la forma polaca de existir.

Paweł sobrevivió a la guerra. ¿Podía esperar que después de una experiencia semejante le sonriera la fortuna? Al parecer sí, porque conoció el amor. Algo asombroso. No puede negarse que Paweł había nacido con buena estrella.

3

La celda era una jaula estrecha. Había en ella una sillita. Tres muros. Solo la pared que daba al pasillo era una reja abierta que iba desde el techo hasta el suelo de piedra. Colgada del techo alumbraba una bombilla potente y desnuda.

Irma Seidenman se sentó en la silla, tal y como se lo habían ordenado. El guardia cerró la reja con llave alejándose con paso torpe.

No estaba sola en ese lugar. Oía la respiración de otras personas encerradas en las celdas situadas a lo largo del pasillo. Pero solo las oía respirar.

Irma Seidenman inclinó la cabeza, la cogió entre sus manos, apoyó los codos sobre las rodillas y permaneció así, inmóvil, sumida en sí misma y en el silencio. Palpitaba en ella una extraña curiosidad, un deseo de vivir con plenitud cada instante, en un estado de silencio y ensimismamiento, de sentir su propia respiración y los latidos de su corazón.

Por fin, a Irma Seidenman le había ocurrido lo que esperaba que iba a ocurrirle. Durante los dos últimos años, no hubo prácticamente un día en el que no se preparara para este final. En la ciudad había oído mil historias sobre el corredor de las jaulas estrechas. Incluso se lo había imaginado, aunque había resultado ser algo distinto: quizá menor, quizá un poco más acogedor, no tan tenebroso como en esos relatos que había escuchado con el corazón encogido. Ahora ya estaba en ese corredor. Ya no tenía que temer por lo que pudiera ocurrirle. La pared, la reja, la bombilla, las respiraciones apagadas no lejos de ella, y también su propia respiración, extrañamente silenciosa y acompasada. Su organismo se iba familiarizando con el corredor, se adaptaba a él. Este habría de ser el nuevo universo de Irma Seidenman. Tenía que acostumbrarse a vivir en él.

De repente, pensó que la existencia es únicamente lo que ya ha transcurrido. No hay otra vida aparte del recuerdo. El futuro no existe; no solo tras las rejas... El futuro no existe para ella en ninguna parte,

ni en la calle, ni en el bosque, ni frente al mar, apoyada en el hombro del ser amado. La vida es lo que ya se ha cumplido, lo que recordamos, lo que ha sucedido y se ha desvanecido para convertirse solo en recuerdo. El futuro no puede ser la vida, pensaba Irma Seidenman, porque yo no existo en el futuro, allí no siento ni hambre, ni sed, ni frío, ni calor. Lo que pueda ocurrir un día en un lugar está todavía fuera de mí, oculto detrás de los muros y de las rejas, fuera de mi espacio y entendimiento. Está aún en lo más recóndito de las estrellas, en el destino cósmico. Mi vida está aquí, porque aquí estoy yo, mi cuerpo, y por encima de todo mi memoria. Solo lo que ya ha pasado es parte de mi vida, y nada más aparte de eso. De modo que pensar en la vida significa pensar en el pasado que se recuerda, y cada instante es ya pasado, porque la reja cerrada es ya pasado, y la cabeza inclinada, mi cabeza apoyada sobre los hombros, es ya pasado. ¡Es lo que he vivido! No he vivido nada más que lo que recuerdo. No existe nada, salvo la memoria.

Recordó a su marido, el doctor Ignacy Seidenman, un hombre alto, esbelto, al que amó con toda el alma, aunque no habían podido tener hijos. Al principio, cuando acababan de casarse, sufrieron por este motivo, pero pronto se consolaron encontrando la felicidad en su relación de pareja. El doctor Ignacy Seidenman murió de cáncer en 1938. Tras su muerte, Irma Seidenman creyó que no podría seguir viviendo; su desesperación le parecía insuperable. Sin embargo, al cabo de algún tiempo, se dedicó a ordenar el legado científico de su marido, sus trabajos en el campo de la radiología. Esta tarea llegó a absorberla tanto que el dolor por la pérdida empezó a atenuarse paulatinamente. Y más tarde, de una forma repentina y no sin sorpresa, empezó a darse cuenta de que su interés por la radiología borraba poco a poco el recuerdo del marido ausente. Al principio, la labor de poner orden en el caótico caudal científico del doctor le parecía un imperativo de carácter moral ante la memoria del marido fallecido. Pero más tarde descubrió lagunas fundamentales en sus apuntes, en las radiografías y diagnósticos de los pacientes, en las conclusiones. Se sintió como avergonzada de que su marido, un hombre tan trabajador y razonable, no hubiera escapado a cierto desorden e indisciplina. No podía abandonar lo iniciado, no podía permitir que la herencia científica de Ignacy Seidenman se viera expuesta a las aceradas y malévolas críticas. Viajó hasta París para

recabar la ayuda del profesor Lebrommell. No le dio tiempo para poner orden en aquellos millares de carpetas y sobres; estalló la guerra. En esos momentos, la persona de Ignacy Seidenman ocupaba en su vida un lugar mucho menor que el archivo. Y precisamente fue a causa de este archivo que tomó la irrevocable decisión de no entrar en el gueto. Era una mujer de cabello rubio claro, de ojos azul celeste, de nariz regular y de labios delicados, en los que se dibujaba cierto rictus irónico. Era una mujer muy bella, tenía treinta y seis años y contaba con un capital más que mediano en joyas y oro americano. Escondió el archivo del doctor Seidenman en casa de unos amigos, en un espacioso chalet de madera, en la localidad de Jozefów. Ella, por su parte, cambió de residencia y de identidad en tres ocasiones, a fin de convertir su pasado en un enigma inescrutable. Por último, decidió establecerse definitivamente en un pisito acogedor del barrio de Mokotów, como viuda de un oficial, de nombre Maria Magdalena Gostomski. No tenía que preocuparse por la falta de recursos; además, sus necesidades eran modestas, se contentaba con la existencia de una mujer solitaria que, en un mundo dominado por la locura, pasaba las horas completando la obra del difunto doctor. Iba a menudo a Jozefów, anotaba algo en los márgenes de los manuscritos de su marido, manteniendo contacto permanente con el círculo médico de Varsovia, gente digna de confianza que, incluso en medio de aquella crueldad universal, tenía tiempo para charlar un rato con Irma Seidenman, una bella e inteligente mujer, tan entregada a la problemática de los rayos X y a otras cuestiones vinculadas con la radiología que parecía ignorar el infierno al que todos se hallaban condenados.

No es que ignorara la realidad de ese infierno. Pero creía que incluso en el infierno hay que seguir el camino trazado... mientras fuera posible. A veces se reprochaba a sí misma la indiferencia con la que recibía las noticias del otro lado del muro. Pero no tenía muertos en el gueto. No los tenía en ninguna parte, pues el cementerio donde descansaban los restos del doctor Ignacy Seidenman fue arrasado por completo y las lápidas robadas, o empleadas para adoquinar las calles. El cuerpo del doctor Seidenman no existía, mas Irma Seidenman estaba persuadida de que él se encontraba en algún lugar, quizá cerca de Dios, o quizá como energía espiritual en el cosmos, o como una partícula del aire que ella respiraba y del agua que bebía. Además, el

doctor Ignacy Seidenman había quedado en su vida como un recuerdo. Le veía con frecuencia, hablaba con él por las noches, se acercaba a ella en sueños, no como amante, no como esposo, no sentía sus besos o sus brazos, tan solo su presencia, reconcentrada, silenciosa, tal vez incluso algo caprichosa, ya que el doctor Seidenman estaba en su derecho de manifestar una pizca de enojo por el espíritu crítico que Irma mostraba en las correcciones de sus manuscritos. De vez en cuando discutía en sueños con su marido, pero de alguna forma era consciente de que discutía consigo misma, puesto que su marido había dejado de existir y era imposible disputar con él.

Así que estuvieron juntos todos esos años; ella de un modo más cercano a lo real, con grandes y pequeñas preocupaciones, y sobre todo con un gran temor por la conciencia de su condición, por saberse judía a pesar de disimularlo bien con su aspecto fiable, con su documentación en regla y con la ayuda de un círculo de amistades que no levantaba sospechas y, si las levantaba, se hallaba bajo la presión de dos mil años de civilización europea. Así que siguieron juntos, aunque el doctor Seidenman quedaba un poco al margen, por fortuna invisible e inalcanzable para sus perseguidores.

Irma Seidenman se repetía cada día que sin duda lograría ver el final de la guerra y completar y publicar en el futuro la obra de su marido, lo que consideraba una prueba de amor perenne, a la par que un éxito propio en el campo de la radiología; todo ello no sin un ápice de vanidad y de vergüenza. Carecía de formación médica y todo lo que había logrado había sido gracias a su laboriosidad, inteligencia y constancia. Hasta tal punto se sentía segura en el terreno de sus análisis y observaciones que pensaba recuperar en el futuro su retraso y estudiar Medicina, quizá incluso bajo la dirección del profesor Lebrommell, que también había sido una autoridad para su difunto marido.

Se repetía, pues, que sobreviviría a la guerra y al mismo tiempo advertía lo absurdo de esta ilusión; con toda seguridad la descubrirían y correría la misma suerte que los otros judíos. Aguardaba ese día con una amarga curiosidad, y tomó la firme decisión de arrostrar la muerte con serenidad, sin aspavientos, ya que había avanzado mucho en sus propósitos y cada día estaba más cerca de finalizar la obra de su marido. Deseaba con toda su alma seguir con vida un poco más, lo suficiente como para complementar, corregir, cambiar algo, pero

evitaba caer en una febril ansiedad, consciente de que si no alcanzaba su objetivo, otros lo harían por ella; en el mundo había gente honrada e inteligente que retomaría sus esfuerzos y pondría punto final a la obra. Y si esa persona, o personas, no aparecían… en ese caso la obra del doctor Ignacy Seidenman perdería todo sentido.

Abrigaba la esperanza de que aguantaría de la misma forma que mantenía el temor de que no se salvaría, lo cual no dejaba de ser un estado de ánimo natural y humano que no la asombraba. Un día, al salir del portal de la calle Krucza, se dio de bruces con Bronek Blutman, confidente y delator de judíos, según la voz popular, que intentaba de este modo salvar su pellejo de tanguista judío en los clubes nocturnos de antes de la guerra. En ese momento, su primera idea fue arreglar el asunto del modo más fácil.

Bronek Blutman dijo:

—¡Qué agradable encuentro, querida señora Seidenman! ¡Siempre tan elegante! ¡Vaya, vaya!

—No voy a fingir ante usted —respondió con aplomo—. Podemos arreglarlo.

—¿Y cómo podríamos arreglarlo, preciosidad? —preguntó Bronek Blutman.

—¿Cuánto quiere usted? Usted es un hombre joven y atractivo, y cuando uno es un hombre joven y atractivo carga con muchos gastos.

—Querida señora Seidenman —replicó Bronek Blutman—, a mí ni los zlotys ni los dólares me salvan. Tengo un contingente que completar.

—No quiero mostrarme peor de lo que soy, pero el contingente puede usted completarlo con alguna otra persona y en otra parte —afirmó Irma.

—Ni hablar —respondió Blutman—. Yo me tomo la pesca en serio. Así que ahora mismo vamos a donde tenemos que ir…

—Hace usted un mal negocio, señor Bronek. No soy la señora Seidenman. Me apellido Gostomski y mi marido fue oficial de artillería, caído en la guerra.

—Todos hemos caído en esta guerra —lanzó Bronek Blutman—. ¡En marcha, querida!

—No serán capaces de probar nada.

—Yo me encargaré de ello.

Entonces Irma Seidenman encogió los hombros con indiferencia,

aunque sentía un gélido terror en el corazón y las piernas le temblaban:

—¿Acaso la palabra de un pobre diablo judío significará más que la de la viuda de un oficial?

—¡No sea usted ridícula, querida señora Seidenman! ¡Venga!

La cogió por los hombros de forma blanda, suave, siguiendo su antigua costumbre de bailarín profesional.

—Me apellido Gostomski —dijo en voz alta. Un transeúnte que pasaba por su lado la miró y frunció el entrecejo.

—Me llamo Gostomski y no soy judía —repitió aún más alto.

Dos hombres se detuvieron.

—¿Qué quiere usted de esta señora? —preguntó uno.

—Eso no es asunto suyo —replicó Bronek Blutman con brusquedad.

—Tú sí que eres judío —le dijo el hombre.

—Yo sé mejor que nadie quién soy —vociferó Bronek arrastrando a Irma Seidenman por los hombros.

Pararon una *riksa* que se acercaba a paso de tortuga y tomaron asiento en ella. Sobre la acera los dos hombres seguían de pie y en sus caras se reflejaba el temor, el disgusto y la burla. Bronek Blutman puso la mano sobre la nuca de Irma.

—Siempre le tuve a usted ganas —dijo alegremente—, pero ahora ya es demasiado tarde.

—Quíteme las manos de encima o va a recibir un tortazo —gritó —. Me llamo Gostomski, Maria Magdalena Gostomski.

—La pecadora pública —murmuró Bronek y soltó una carcajada. Retiró la mano. Irma Seidenman se dirigió al conductor de la *riksa*. Le dio su dirección y le rogó que avisara al doctor Adam Korda, su vecino, de que había sido arrestada por error como ciudadana de origen judío.

—¡Es un escándalo! —exclamó con profunda repugnancia. El conductor le respondió que avisaría al doctor Korda.

El doctor Korda no tenía ni la menor idea de que Irma fuera judía. Eran vecinos desde hacía unos meses y se interesaba por la cuestión judía solo en la medida que estuviera relacionada con la filología clásica, su especialidad profesional; esto o aquello sobre Tácito o sobre la destrucción de Jerusalén por el emperador Tito. De vez en cuando le llevaba a Irma confitura de rosas y conversaban

alguna tarde sobre los malos y duros tiempos que corrían. Irma dio su nombre y dirección porque le tenía por un hombre probo y era necesario que por lo menos un hombre de bien supiera que no tardaría en ser eliminada.

No volvió a pensar en el doctor Korda. No volvió a pensar tampoco en Bronek Blutman desde el momento en que se sentó en la habitación de Stuckler. Stuckler permanecía sentado detrás de la mesa del despacho y ella en la silla, frente a esa misma mesa. Miraba a través de la amplia ventana abierta al azul del cielo.

No confesó su identidad. Decía una y otra vez: «No conozco a este hombre. No soy judía. Me llamo Maria Magdalena Gostomski. Soy viuda de un oficial. Aquí tiene usted mi documentación en regla».

No solo poseía su *kenkarta*;[1] podía presentar también una vieja y desgastada cartilla del Círculo de Familias de Militares de la ciudad de Grodno, expedida en el año 1937, y una fotografía, también sacada en esta ciudad, en la que se veía a un hombre de más de cuarenta años, corpulento, con uniforme militar y galones de capitán. La documentación de Irma Seidenman era impecable. Stuckler abrió y cerró una pitillera de plata con las iniciales doradas I. S. Se la había regalado su marido el doctor Ignacy Seidenman poco antes de morir y se negaba a separarse de ella. Bronek Blutman señaló la pitillera con una sonrisa y le dijo a Stuckler:

—Basta con mirar, señor Sturmführer, es la mejor de las pruebas. I. S., Irma Seidenman, o si lo prefiere usted, Ignacy Seidenman. A él también le conocía.

—¿Y dónde está él?

—Ya no vive. Murió antes de la guerra —respondió Bronek.

—Esta pitillera no es mía —dijo Irma—. La encontré hace unas semanas. Ya ve usted mismo que es de plata y con las iniciales de oro. No iba a tirar una cosa así en estos tiempos.

Lo repitió hasta el hartazgo; también cuando Bronek Blutman abandonó la habitación. Stuckler abría y cerraba perezosamente la pitillera. Al cabo de tres cuartos de hora ordenó que se llevaran a Irma.

Estaba sentada en la jaula y lo ocurrido antes del mediodía formaba su auténtica existencia.

La pitillera, pensaba. Siempre la última palabra de todo la tiene un detalle nimio. Una pitillera sin la cual uno puede vivir

tranquilamente y que puede pasar del todo desapercibida. El ser humano no es más que un objeto entre los objetos. La pitillera... Irma estaba segura de que si no hubiera sido por esa maldita cajita de metal habría sido puesta ya en libertad. Su aspecto y documentos testimoniaban en su favor. Cierto era, por otra parte, que, en determinado momento, Stuckler se había puesto en pie y le había observado con atención las orejas, pero después había vuelto a sentarse de inmediato. Estaba al corriente de los disparates que se decían sobre las orejas de las mujeres judías. En cuanto a los hombres, lo más fácil era ordenarles que se desabrocharan la bragueta. En las mujeres buscaban algo en el pabellón de la oreja. Ellos mismos no sabían qué era exactamente lo que buscaban. Y, con todo, mostraban gran diligencia y minuciosidad, no querían cometer errores. Alguna cabeza caliente de Berlín había inventado que el pabellón auricular de las mujeres judías esconde un rasgo distintivo de su raza. El rasgo no aparecía, así que escarbaban las orejas con los dedos, las observaban con atención y seguían sumidos en la incertidumbre. Stuckler volvió a sentarse detrás de su escritorio, decepcionado. Pero tenía la pitillera. Si no hubiera tenido la pitillera, habría puesto en libertad a Irma Seidenman. De eso estaba segura.

Morir por algo tan trivial, pensaba, eso sí que era una injusticia. No tenía la menor conciencia de que iba a morir por ser judía, porque ni se sentía judía ni consideraba en absoluto que serlo constituyera una deformación; creía firmemente que la muerte la acechaba a causa de una pitillera. Y esta idea se le antojaba ridícula, estúpida, malévola y odiosa.

4

Al final del patio de la calle Brzeska había una letrina con una tablilla de metal en la puerta que rezaba LLAVE EN PORTERÍA, dato que resultaba ser falso. Ya a finales de los años veinte la cerradura de la puerta del retrete se había herrumbrado del todo y cerraban la puerta con una aldabilla.

Durante el día, había por aquellos alrededores mucho movimiento; utilizaban los servicios del retrete los vendedores del bazar cercano y un onanista de antes de la guerra con anteojos y sombrero hongo. Por las tardes, cuando el bazar permanecía cerrado, por allí no se veía ni un alma; los habitantes de la casa de vecindad tenían dos excusados por planta y los inquilinos de los sótanos, gracias al arranque de locura filantrópica del propietario, disfrutaban de un retrete con taza de porcelana que este les había construido antes de la guerra, junto a la puerta de entrada de la calle que daba al patio.

Henryczek Fichtelbaum estaba sentado en la letrina y pensaba en Dios. Había salido a la calle Brzeska al atardecer, tentado por el olor de los restos de verduras esparcidas sobre el suelo. Ni siquiera había dado un par de pasos cuando notó sobre él la mirada atenta de un tipejo con gorra de hule. Calado en sudor, se escabulló hasta el portal más próximo; echó una ojeada al patio revestido de piedras pulidas por miles de pies humanos y cascos de caballo y, buscando afanosamente un refugio, dio con la letrina. La puerta se cerraba desde el interior con una aldabilla. En la letrina resultaba difícil sentarse, ya que databa de los tiempos del Imperio ruso y ya habían cagado en ella los centinelas del zar Alejandro III, del que Henryczek Fichtelbaum había oído que era de una talla gigantesca y de una inusitada fuerza física, que había rusificado a los polacos con especial celo y que había gozado de respeto en toda Europa. Construyeron pues la letrina para ser utilizada de pie o en cuclillas, porque en los tiempos del Imperio se exageraba notablemente en lo tocante a los recientes adelantos higiénicos. Pero otros eran los tiempos que corrían y Henryk

Fichtelbaum se sentó sobre el peldaño de metal, apoyó un brazo sobre la pared y, aspirando el olor a excrementos, se dijo en un susurro: «Señor, si tengo que morir, permíteme primero calentarme y comer hasta hartarme, porque ya no puedo con mi alma...».

Hacía tres días que no había comido, sentía los retortijones del hambre y sufría mareos. El frío le penetraba hasta los mismos huesos. Las madrugadas y los atardeceres eran helados.

«¡Dios mío, ten piedad de mí! ¿Por qué te ensañas conmigo?»

Henryczek mantenía con Dios una relación de exigencia, como la mayoría de los que no creen en Él con mucha convicción y solo se le dirigen en situaciones especiales, igual que si se tratara de una instancia última y superior, aunque no muy segura. Había crecido en tierra de nadie. A decir verdad, su padre, el abogado Jerzy Fichtelbaum, procedía de una familia devota de judíos ortodoxos pero, en cuanto terminó los estudios de jurisprudencia, abandonó su medio natural y se despidió del judaísmo. En una palabra, procedía de una familia humilde y provinciana de Galitzia, a pesar de que su padre, considerado en aquella época hombre instruido, se movía en los círculos rabínicos. El abogado Jerzy Fichtelbaum, por el contrario, se hizo un hombre progresista, que no creía en Dios y que coqueteaba un poco con las ideas comunistas, como muchos intelectuales judíos del momento, a quienes el comunismo les parecía la panacea contra todos los prejuicios raciales, olvidando, sencillamente, que el comunismo se estaba desarrollando en Rusia.

Henryczek Fichtelbaum fue educado en un ambiente laico y librepensador, tal vez incluso ridículamente librepensador, dado que el abogado Fichtelbaum no escatimaba esfuerzos con tal de ser considerado más europeo y más liberal que todos los europeos y liberales de París, lo cual se entiende si nos imaginamos el rincón de mala muerte de Galitzia en donde había nacido. Henryczek había tomado contacto con la religión solo en la escuela, en la que la mayoría de sus colegas eran católicos y su mejor amigo, Paweł Kryński, pasaba por ser un muchacho de gran fervor religioso, estimación algo exagerada, ya que Pawełek también mantenía con Dios una relación harto complicada. Sea como fuere, Henryk Fichtelbaum se había convertido en un joven descreído y sus intereses se centraban en las ciencias exactas, sobre todo en las matemáticas, la física y la química, es decir, en la resolución de las incógnitas del

mundo material. Incluso una conmoción tan intensa como había supuesto para el muchacho el trasladarse de la hermosa casa de la calle Królewska al miserable gueto, no provocó en Henryk una reflexión metafísica más profunda.

Al principio, en el gueto, no sufrió una especial penuria, pero pronto empezaron a carecer de todo y, al cabo de medio año, la familia del abogado comprendió que estaban condenados al exterminio. Algún tiempo después, murió la madre de Henryczek. Se quedó con su padre y su hermana Joasia, una niña a la que adoraba. Era joven, aún no le fallaban las fuerzas y las esperanzas no le habían abandonado. Decidió pasar a la zona aria. Quería sobrevivir. Se despidió de su padre y de su hermana y escapó del gueto.

Aquel día, por vez primera en su vida, pensó seriamente en Dios. Yacía en la oscuridad, sobre la acera húmeda, a cierta distancia del gueto, en la mayor de las soledades. El ser humano no puede estar solo en los momentos de prueba. Necesita de otra gente y, cuando no la halla a su alrededor, empieza a sentir la presencia de Dios. A menudo se trata de una presencia efímera, casi imperceptible, como si Dios pasara por nuestro lado con paso acelerado para precipitarse después en el portal más próximo de la esquina. Antes de salvar el muro, Henryczek Fichtelbaum musitó: «¡Dios mío, ayúdame!». Después atravesó el muro sin sufrir daño alguno, así que de nuevo olvidó a Dios.

Durante algunos meses se las arregló gracias a sus modestos ahorros y al firme sostén de Pawełek. Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que cometiera el primer error, propio de sus dieciocho años y de la euforia que le había embargado tras «el primer éxito». Un día, entró en una pastelería de la calle Marszałkowska olvidándose de su aspecto. Más tarde, Henryczek Fichtelbaum se justificó a sí mismo aduciendo que nunca antes había observado su rostro desde el punto de vista racial, es más, nunca se le había ocurrido pensar en que sus rasgos judíos pudiesen ser objeto de una particular observación. Si antes de la guerra se había distinguido en la escuela, había sido por su amor a las ciencias exactas y no por la forma de la nariz o de los labios. Su presencia en la pastelería despertó primero un discreto interés, después abierto pánico, por fin la reacción violenta de un hombre que gritó:

—¡Un judío comiéndose un pastel!

Un judío que comiera un pastel en una pastelería de la calle Marszałkowska, en el año 1942, era algo así como un dinosaurio o una princesa rusa sin pendientes. Un judío que comía un pastel en una pastelería de la calle Marszałkowska... Algunos abandonaron el local como alma que lleva el diablo, el camarero imploró:

—¡Jesús! ¡Ahora nos van a liquidar a todos!

Solo un señor ya entrado en años guardó la calma mientras pronunciaba un conciso discurso dirigido al techo:

—De todas maneras nos van a liquidar a todos; a los judíos y después a nosotros, con lo cual no hay por qué dejarse llevar por el pánico. Que el muchacho se coma el pastel tranquilamente, hasta estoy dispuesto a invitarle yo, por favor no os rindáis a la inquietud, a la postración, conservad la dignidad, estamos en guerra, estamos condenados, a menos que Adolf Hitler pase a mejor vida, lo que por otra parte deseo de todo corazón; así que tranquilos, no pasa nada, estamos en Polonia hasta que deje de ser Polonia y, os lo ruego, no me arrebatéis esta última ilusión. Es todo lo que tengo que decir a propósito de este incidente.

Pero otro caballero vociferó, trémulo, pálido:

—No les basta con que les maten; aún tienen la osadía de pasearse por la ciudad y poner en peligro a otros, que no tienen culpa de nada. Yo no he visto a este judío, yo no lo he visto...

El anciano caballero se encogió de hombros y añadió de un modo brusco:

—¡Pero si le está usted viendo, querido amigo!

Pronto le dejaron de ver. Henryczek Fichtelbaum salió corriendo de la pastelería poniendo pies en polvorosa, aterrorizado como nunca antes lo había estado, más aún que aquella noche en la que saltó el muro del gueto; al fin y al cabo, entonces estaba solo y Dios se acercaba a él con paso acelerado. Ahora, sumergido entre la muchedumbre, sentía la mirada de los viandantes sobre él, compasiva, asombrada, temerosa, adversa, incluso abiertamente hostil y ominosa en su decisión inflexible. Corría sin respiro, lejos, más lejos. No se detuvo hasta la calle Puławska; allí bajó el talud en dirección al Vístula, lejano. Después, de repente, y sin que esto tuviera el menor sentido, decidió huir de la ciudad. Y huyó.

Pasó el invierno en el campo gracias a un hombre honesto, un campesino que le arregló un escondrijo en el bosque, le dio de comer

y de beber maldiciendo al tiempo su condición de judío y los problemas, penas y sufrimientos que esta condición causaba. Sin embargo, pronto aparecieron por allí los alemanes rastreando los terrenos cercanos en busca de partisanos, vodka de fabricación casera, o tal vez judíos, y Henryczek tuvo que escapar de nuevo. El campesino le dio pan para el camino, tocino, una gorra de esquiador deslucida de color azul marino y cincuenta zlotys. Este campesino sobrevivió a la guerra y es del todo seguro que, tras expirar, su alma voló al cielo, aunque la gente del lugar, bastante mezquina por cierto, le auguraba el infierno porque se había afiliado al Partido.

Henryczek Fichtelbaum volvió a Varsovia a finales del invierno. Pasaba las noches en los desvanes y en los rellanos de las escaleras, en los portales y en los basureros. Se alimentaba de lo que le daba la gente de buen corazón. Se había hecho a la idea de que carecía de salvación y de que no tardaría mucho en enfrentarse a la muerte. Esta conciencia le volvió a acercar a Dios, puesto que si era la muerte lo único que le quedaba, ya solo podía elegir entre Dios o la Nada.

No obstante, su amor a las ciencias exactas únicamente le permitía buscar a Dios a través de la vía racional. Sentado sobre la acera húmeda, le presentaba a Dios ciertas exigencias, tratándole de igual a igual y escudriñando a la vez las pruebas científicas de su existencia.

En la naturaleza no muere nada, pensaba, en la naturaleza todo es permanente. Sin embargo, sus elementos concretos no son eternos, de lo que me he convencido gracias a la observación y a los avatares de mi propio destino. Por ejemplo, aspiro el olor a excrementos, que son el resultado de los cambios materiales, constituyen partículas de vida y viven por sí mismas, de las cuales mueren millones y nacen millones, con el fin de que la vida pueda seguir su curso. La naturaleza permanece, y, sin embargo, la vida tiene su fin, la vida tomada individualmente tiene su fin, pero el proceso vital en sí mismo es eterno, infinito. ¿Qué se oculta tras todo ello? Si debo aceptar que la materia es eterna o imperecedera, que en verdad se transforma para durar siempre, entonces se puede admitir igualmente que en ella existe cierta fuerza, cierta energía indestructible, algo inaprehensible e incalculable que, no obstante, le confiere ritmo y permanencia. Sin lugar a dudas, ese algo existe y sin duda es lo que la gente dio en llamar Dios. En este sentido, si soy un ente material, formo parte de

ese algo; en consecuencia formo parte de Dios. ¡De acuerdo! Y una hoja, por ejemplo, ¿también forma parte de Él? Probablemente sí, pero la hoja lo ignora. Yo soy una clase de materia mejor organizada y sé que soy más perfecto, pero nada más. Y si Dios tuviera a bien que no me muriera de frío, como me estoy muriendo, progresaría un poco más en mis razonamientos y pasaría a la cuestión de mi conciencia y de mis normas morales.

En ese preciso instante, alguien apareció en el patio de la vecindad y el pánico se adueñó de la mente de Henryczek. El hombre no solo se iba acercando; se notaba claramente que además llevaba toda la intención de usar el servicio de la letrina. Los pasos se detuvieron y una mano empezó a forcejear con la puerta, cerrada desde el interior con la aldabilla.

—¡Por todos los diablos! —exclamó una voz ronca—. ¿Hay alguien ahí?

Henryczek Fichtelbaum no vaciló ni un segundo, consciente de que ningún duende habría podido cerrar la letrina desde su interior, respondió muy quedo:

—¡Ahora salgo! Un momentito.

—Pues espero —contestó la voz al otro lado de la puerta.

Se hizo el silencio por un instante. Con todo, Dios es misericordioso con aquellos que lo buscan incluso en circunstancias semejantes, entre la suciedad y el oprobio del mundo.

La voz tras la puerta volvió a oírse:

—¿Qué pasa? ¡Me lo estoy haciendo encima!

—Ahora mismo —respondió Henryczek.

Pero el hombre del exterior no pudo aguantarse más. Henryczek oyó como un murmullo, después el ruido propio de alguien que evacúa, una tos final y el eco de los pasos del hombre que, alejándose, dijo:

—¡Vale, hombre, usted a lo suyo!

A lo lejos resonó un portazo, tras lo cual volvió a reinar un silencio sepulcral.

«¡Cómo no podría creer en ti, Señor!», musitó Henryczek Fichtelbaum durmiéndose, casi de inmediato, extenuado por el miedo, el hambre y todo el sufrimiento cósmico que se acumulaba a su alrededor, en la letrina del patio de la casa.

Le despertó un rayo de sol que se colaba en el cuartillo oscuro a

través de una rendija. Hacía frío. Amanecía en la calle Brzeska. Henryczek se levantó también, abrió la puerta con sigilo y salió al patio. Estaba desierto. El empedrado brillaba por la humedad y en el cielo pálido se pintaba más el gris que el azul. Un vientecillo ligero acarició los cabellos de Henryczek trayendo consigo un aroma a primavera. Sigo viviendo, pensó Henryczek. Respiró hondamente y sintió una punzada en la garganta. Se estremeció. Gracias al sueño profundo y reparador de la noche anterior, la sensación de hambre no era tan intensa como lo había sido la víspera. Eso vendría después.

Echó un vistazo a su alrededor. Los edificios rodeaban el patio por todos lados formando un rectángulo irregular y como encasquetado entre los locales de la planta baja. De la calle le separaba una casa húmeda y sucia con la fachada en pésimas condiciones. Sus ventanas polvorientas, repletas de cortinillas, macetas con pelargonias o miserables cactus —lo cual por aquel entonces y a los ojos de los habitantes del lugar se consideraba adorno de belleza inusitada por su exotismo— daban directamente a otras ventanas, también con sus cortinillas, pelargonias y cactus, de otro local no menos despintado y sucio. Una pared ciega cerraba el patio por su tercer ángulo, con el que lindaban unos cobertizos destartalados donde se alojaban los establos y que en el futuro verían prosperar talleres de artesanía clandestinos, una especie de fábricas modestas de clavos, de tornillos o de marcos de ventana, talleres míseros en apariencia, poblados de golfos de manos de oro y rostros zorrunos dispuestos a mantenerse a flote en una ciudad devastada, lo que conseguirían durante un tiempo, hasta que la mano férrea del sistema decidiera estrangularlos borrando para siempre los restos del ingenio de la gente en Polonia, en Varsovia, en la calle Brzeska. Frente a la pared ciega y los cobertizos desvencijados se levantaba una valla que tiempo atrás había servido de linde de algún terreno, jalonado de árboles, de los cuales solo habían quedado unos tocones descepados y unos arbustos marchitos de acacia en los que, a despecho del universo entero, germinaban brotes nuevos.

Estoy encerrado, pensó Henryczek. Estoy encarcelado, pensó, sabiendo, en el fondo de su corazón, que también fuera de aquel patio iba a quedar encerrado, encarcelado para siempre. Aquel espacio edificado con promiscuidad sofocante no se le antojaba más amenazador que el bosque donde se ocultó durante el invierno, o que

las calles del gueto, aisladas del resto del mundo por un muro. Henryczek Fichtelbaum volvió a aspirar hondamente el aire fresco del amanecer, el olor de la paja húmeda, de la basura y de los orines de los caballos. No se sentía mal en aquel patio, en su absoluta soledad, sin gente, rostros, miradas, y no obstante notaba su presencia cercana. Temía a su prójimo, cada transeúnte le parecía llevar en sí un mal augurio, pero al mismo tiempo su presencia no lejana le infundía cierta esperanza.

Sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida. Era un joven sensato e inteligente y no se llevaba a engaño. Sabía que estaba destinado a morir en manos de otros, que iba a ser asesinado. Y, con todo, el rostro de los otros, su voz, su mirada, no le parecían terribles. La peor manera de morir es en soledad, entre tinieblas y silencio. La muerte entre otros, en medio del tumulto humano, en el maremagno de las miradas y los gestos, resulta menos cruel. Henryczek Fichtelbaum estaba convencido de que la muerte del soldado durante el ataque a bayoneta calada es menos temible que la agonía de un sentenciado, aun cuando hubiera sido sentenciado a morir en su propia cama.

¿Por qué estoy condenado a morir, pensó de repente, si apenas tengo veinte años? ¿Es eso justo? ¿Es culpa mía haber nacido judío, que mis antepasados fueran judíos, que haya salido de un seno judío? ¿Con qué derecho me han hecho sentir judío primero para después condenarme a muerte por serlo?

Henryczek no destacaba por su originalidad, mientras yacía apoyado contra la áspera pared a la sombra de la letrina de la que acababa de salir. No destacaba por su originalidad al plantearse esas preguntas cuya respuesta buscaba infructuosamente. En último término, es muy probable que en aquel mismo momento, en la primavera del año 1943, media humanidad se hiciera las mismas preguntas que Henryczek Fichtelbaum y que, como él, no pudieran hallar la respuesta. Tiempo más tarde, cuando los huesos de Henryczek fueron blanqueando bajo el fuego del gueto en llamas, cuando después fueron ennegreciendo bajo las lluvias, entre las cenizas de la ciudad de Varsovia, cuando por fin descansaron ya en los fundamentos de los nuevos edificios levantados sobre los escombros de la guerra, también la gente seguiría haciéndose las mismas preguntas: ¿en qué mundo vivimos?, ¿cómo es posible que la historia

de la humanidad hiciera de ese pueblo el pueblo elegido, con el que Dios habló y al que Dios le transmitió sus leyes, para que casi inmediatamente después de esa misma elección Dios le sometiera a la más dura prueba, al más cruel de los destinos? ¿Acaso fueron elegidos para sufrir tormento de un modo especial y dar con ello testimonio?

Personas de diversa condición reflexionaron sobre tal dilema, en el fondo inane, puesto que pronto se vio cómo las intenciones de Dios no eran ni claras ni mucho menos convincentes. Sea como fuere, después el mundo seleccionó a otros, a los judíos los dejó ya en paz, como si se hubiera agotado la medida de su sufrimiento, pero no la del sufrimiento de otra gente. Incluso la extraña relación existente entre judíos y alemanes, evidente a los ojos de Henryczek Fichtelbaum y de una buena parte de la humanidad, la que une a Heine con Goethe, a Mendelssohn con Schubert, a Marx con Bismarck, a Einstein con Heisenberg, incluso esta extraña relación no es tampoco única en su género ni incomparable en su ambigua demencia: en Vietnam, miles de seres humanos cayeron como moscas bajo los efectos de un gas, superior en su eficacia y perfección al Ciclón B; en Indonesia los ríos se tiñeron literalmente de rojo por la sangre humana; en Biafra el hambre resecó tanto a su gente que los cadáveres de Nalewki[1] a su lado hubieran parecido los cuerpos de unos tragones; en Camboya se levantaron pirámides de cráneos humanos, que superaban con creces los hornos crematorios y las cámaras de gas.

Quienes al cabo de los años fueron a vivir sobre los huesos de Henryczek Fichtelbaum rara vez pensarían en él y, de hacerlo, lo harían con el orgullo y la fatuidad de creerse los mayores mártires del mundo. Se equivocaban por partida doble. En primer lugar, porque el martirio no confiere ningún sello de nobleza que pueda heredarse como un escudo o el color de los cabellos. Los que vivían sobre los huesos de Henryczek Fichtelbaum no eran en absoluto unos mártires; a lo sumo, cortaban unos cupones de la martirología ajena, lo cual siempre resulta necio y mezquino. En segundo lugar, porque ignoraban que el mundo seguía su curso dejando atrás los episodios de la guerra contra Adolf Hitler.

Henryczek Fichtelbaum ignoraba todo aquello, pero si Dios le hubiera concedido el don de la profecía, tampoco le habría consolado mucho. Entonces, en la primavera del año 1943, Henryczek tenía que morir y era consciente de su destino. Buscaba respuesta a la pregunta

sobre la injusticia y ruindad de este mundo, pero su pensamiento interrogante se mostraba estéril como el de otros millones de personas que, tras la muerte de Henryczek, se encontrarían en la misma senda y se encaminarían al mismo fin al que él se encaminaba.

Justamente se dirigía hacia el portal, pues cada vez clareaba más, el azul irrumpía en el cielo, se abrían las ventanas de la planta baja y en los establos relinchaban los caballos de los cocheros, cuando vio a una mujer joven, que se apresuraba por el patio, agraciada, de cabellos oscuros, con una falda y una enagua rosa, los hombros desnudos, calzada con unas zapatillas desgastadas, sin medias y con un cubo en la mano, estremecida por el frescor matinal; así que corría hacia el pozo, a por agua, una mujer joven, una putilla de la calle Brzeska, de carnes firmes y tersas aún, medio desnuda. Había salido al patio y los tacones de sus zapatillas resonaban sobre el empedrado; el cubo tintineó al dejarlo sobre el brocal del pozo y la manivela rechinó cuando la mujer la subía y la bajaba: abajo, arriba, arriba, abajo. El agua se vertió plateada en el cubo y el tirante de la enagua que se había deslizado ligeramente dejó ver unos pechos abundantes y blancos. El agua volvió a caer en el cubo y la mujer alzó la cabeza mostrando un rostro alegre, una sonrisa pícara, la sonrisa propia de una golfa, segura de sí misma, seductora, hermosa y casquivana al mismo tiempo. El agua se derramó fuera del cubo salpicando el empedrado y la mujer levantó ligeramente una pierna bien torneada para evitar que se le mojaran las chinelas. Fue en este momento cuando sus ojos grandes, oscuros y cristalinos por el sueño sosegado disfrutado sobre el sofá de su cuarto de la planta baja, donde por el día, bajo una imagen religiosa, recibía a los clientes y se propagaban los suspiros y gemidos de los individuos más variopintos que estrujaban sin descanso sus pechos, su vientre, y donde por la noche solo se oía la respiración calma, pacífica e inocente de la joven, precisamente fue en este momento, al alzar la pierna para no mojar la chinela, cuando sus ojos se encontraron con los de Henryczek Fichtelbaum.

Y como bajo el influjo de una locura transitoria, sin razón alguna, quizá movido tan solo por la necesidad del otro o, mejor dicho, por la necesidad de acercarse a una mujer, algo que nunca había hecho pese a desearlo intensamente desde hacía mucho tiempo, pese a soñar repetidamente con ello, hasta en los bosques nevados donde se había

escondido como una alimaña, hasta en los vertederos, donde había convivido con el hermano-gusano, el hermano-microbio y la hermana-basura, movido pues por la necesidad de acercarse a una mujer, que le alejaría de la muerte o le protegería ante ella, Henryczek Fichtelbaum, a despecho de toda sensatez y de las experiencias vividas en los meses anteriores, se quedó quieto, en su sitio. Y no solo se quedó quieto, sino que se volvió hacia ella. Y no solo se volvió hacia ella, se le acercó y cogió el cubo por el asa retirándolo del brocal. La mujer miró a los ojos de Henryczek, después bajó la mirada hacia su brazo y de nuevo le miró, frente a frente. Inclinando la cabeza levemente, volvió la espalda y marchó en dirección a su cuarto de la planta baja, y él la siguió con el cubo lleno de agua fresca en la mano.

Entraron en la oscura escalera y atravesaron unos escalones de madera, que crujieron. Ella abrió la puerta. Tan pronto como se hallaron en el interior, la mujer cerró la puerta con el pestillo. Era un corredor pequeño y lleno de trastos. Colgada del techo alumbraba una bombilla sin pantalla. Arrimada a la pared había una mesa cubierta por un mantel de hule azul y junto a ella una silla de madera. Un poco más lejos, un taburete y, sobre él, una palangana.

—Aquí —dijo señalando a Henryczek el lugar junto al taburete donde había que dejar el cubo de agua fresca. Al lado había un segundo cubo lleno de basura. Una puerta bajita con un ventanuco cubierto por una cortinilla de percal conducía hasta el cuarto. Allí estaban el sofá, la imagen religiosa, el armario y la ventana que miraba al muro oscuro y derruido. No se veía el cielo. Tampoco el pozo se veía desde esta ventana. Solo el muro y las piedras del pavimento.

Con un movimiento de cabeza, la mujer señaló a Henryczek una silla. Él se sentó y ella volvió al corredor. Henryczek oyó el chasquido de una cerilla, el crepitar de la llama de gas. Después el ruido de la cacerola, la respiración de la mujer, el gorgoteo del agua que iba cayendo sobre el recipiente. Sintió el aroma a pan. Cerró los ojos. Amo la vida, pensó, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Nada sucedía. Únicamente alguna que otra sombra se deslizaba a través del muro frente a la ventana, junto con el sol, que se paseaba por encima de las casas. No sucedía nada, salvo que Henryczek Fichtelbaum comía pan con unas lonjas finas de tocino y bebía café malteado con sacarina. El café le quemaba los labios, pero lo bebía

ávidamente, lo bebía de la taza sin respiro y, cuando la taza se vació, la mujer volvió a llenarla, y así pasaron las horas; la sombra paseaba por el muro frente a la ventana, Henryczek Fichtelbaum reponía fuerzas, la mujer guardaba silencio, miraba al cielo, observaba calladamente cómo Henryczek reponía fuerzas, le miraba sin decir nada, como si no conociera ninguna palabra, ninguna lengua, casi inmóvil, sobre el diván, medio desnuda aún, hermosa, con la enagua cuyo tirante se deslizaba, calzada con las chinelas que no había querido que se mojaran en el pozo. Una vez Henryczek hubo terminado de comer, la mujer se levantó del diván y con un movimiento de cabeza le indicó que podía acostarse. Y así lo hizo. Le cubrió con un pañolón de lana a cuadros y colgó el abrigo de una clavija en el fondo del armario. Ahora era ella quien permanecía sentada en la silla junto a la ventana, tras la cual paseaban las sombras. Henryczek enseguida se quedó dormido. La mujer observaba el rostro del muchacho y pensaba en su aldea a orillas del río Liwiec, en los bancos de arena, sobre los que había visto los cuerpos de los judíos fusilados, viejos y jóvenes, hombres, mujeres, niños. Alzó los ojos hacia la imagen religiosa y empezó a rezar en un susurro a la Virgen por la salvación de ese joven judío, y también por su propio futuro, para llegar a ser un día una señora de buena posición, madre de unos hermosos niños, que goza de la estima general y está libre de preocupación por los días venideros.

Henryczek Fichtelbaum durmió hasta bien entrada la tarde y, apenas abrió los ojos, vio la ventana oscurecida y tras ella el muro oscurecido, el armario entreabierto en el fondo de la pieza y el perfil de la mujer que dormitaba sobre la silla. Pensó que había sucedido lo que tenía que suceder, que había muerto y que se encontraba en el cielo. Supo que vivía porque volvió a sentir hambre, y también deseo, algo que probablemente no es posible sentir tras la muerte.

La mujer se despertó. Le miró a los ojos. Empezó a hablar.

—¿Cuándo escapaste del gueto?

Tenía una voz ronca.

—Hace tiempo —respondió—. En otoño.

—Vaya, vaya —dijo—. Seguro que otra vez tienes ganas de comer, ¿eh?

Guardó silencio.

Se levantó de la silla y se fue a encender el gas. Volvió a oírse el

tintineo de los cacharros.

Se alzó del sofá, estiró las piernas, se desperezó como hacía antaño, cuando era un joven sano, bien alimentado y feliz y se despertaba en su habitación de la calle Królewska. Se sintió con ánimo y fuerzas recobradas. Estaba de pie en el umbral, mientras la llama de gas crepitaba alegremente y la mujer, solo con la falda y la enagua, con la espalda desnuda y los cabellos oscuros que le caían sobre la nuca, con los brazos esbeltos y con las pantorrillas esbeltas y firmes también, se inclinaba sobre la palangana y enjuagaba la taza con el agua de la tetera.

Ahí se hallaba el centro de la tierra, por ahí pasaba el eje del universo. No solo porque ahí se había detenido el carro acelerado, enloquecido, del destino sobre el que Henryczek Fichtelbaum viajaba hacia el exterminio, sino porque en este lugar estaba el centro de la tierra, el eje del universo, porque Dios había instalado ahí su núcleo creador, había posado su dedo índice durante siglos y había marcado con él el círculo de todo el sentido de los seres humanos. Ahí, donde crepitaba la llama azulada del gas, había brotado antaño un manantial en el que el tártaro mercenario abrevaba a sus caballos; por ahí pasaba el camino por el que el boyardo, con la soga al cuello, marchaba hacia el cautiverio polaco, y en los cabos de ese camino el judío y el alemán desplegaban sus tenderetes de venta. En ninguna otra parte de la tierra, solo en este lugar, las velas del sábado emitían su reflejo pálido, macilento, sobre las fundas de los sables rusos; allí las manos polacas partían la oblea navideña a la sombra del árbol de Nochebuena prusiano. En ninguna otra parte de la tierra, solo en este lugar, un poeta alemán daba nombres hermosos a las calles polacas, un príncipe moscovita exhortaba a los soldados polacos a disparar con mayor precisión contra la guardia imperial; solo en este lugar, judíos consumidos por la fiebre y la tisis, oficiales rusos exaltados por el espíritu de la libertad e insurrectos polacos rompían las cadenas al unísono y al unísono conspiraban contra la tiranía. Ahí estaba el núcleo de la tierra, el eje del universo, en el que la estulticia se aliaba con la sublimidad, la traición más infame con el sacrificio más excelso. En este lugar y solo en él, el hocico salvaje, atezado y astuto de Asia se rozaba desde tiempos remotos con la cara grasienta, altanera y adocenada de Europa; aquí, precisamente, y solo aquí, los ojos ensimismados y sensibles de Asia miraban a los sensatos ojos de

Europa. Aquí estaba el centro de la tierra, el eje del universo, donde Occidente abrazaba a Oriente, y el Norte tiende la mano al Sur. Sobre los veloces caballos de la estepa, en sus albardas y en fardos sobre sus lomos, viajaban otrora los libros de Erasmo de Róterdam. Aquí, carretas judías, a trancas y barrancas sobre los baches del camino, sembraban la semilla volteriana. En un furgón prusiano se dirigió Hegel a San Petersburgo para volver después con una troika rusa, junto a Chernichevski oculto bajo un capote de piel de carnero. Aquí estaban Oriente y Occidente, el Norte y el Sur. En esta calle, el tártaro se prosternaba de cara a la Meca, el judío leía la Torá, el alemán a Lutero y el polaco alumbraba cirios a los pies del altar en los santuarios de Częstochowa y Ostra Brama. Aquí estaba el centro de la tierra, el eje del universo, una amalgama de fraternidad y de odio, de vecindad y distancia, pues aquí se cumplía el destino común de la gente más diversa entre sí; en estos molinos de las tierras del Vístula Dios hizo harina polaca para los hambrientos polacos, harina polaca, maná celestial, judaico y cristiano, y construyó una nueva Arca para todos los mártires y canallas, santos y granujas de esta tierra.

Henryczek Fichtelbaum comía pan con lonjas de tocino, bebía una taza de café, y con él Asia y Europa, su pasado, su suerte y su sino. La llamita de gas crepitaba mientras la mujer le observaba comer. En el rostro de ella, sereno y risueño, se dibujaba ligera la burla, tal vez porque temiera por su propia bondad y honestidad en un mundo en el que ser bueno y honesto era desaconsejable y solía terminar en una firme derrota. De modo que sonreía con cierta burla, pero Henryczek Fichtelbaum solo advirtió la bondad de su rostro, tomando ese casi imperceptible gesto de mofa por una provocación, una llamada, una tentación. Cuando terminó de comer y beber, se acercó a la mujer, la abrazó y posó la mano izquierda sobre su pecho.

—¿Qué te pasa? —dijo ella con tono inseguro—. ¿Y ahora qué te pasa?

No opuso resistencia, porque era joven y hermoso, fuerte y moreno, como ella, y porque nunca antes había hecho el amor con un judío, y ella quería experimentar todo lo que le podía ofrecer su mundo.

Apagó la llamita de gas, y después también la bombilla del corredor. Tras la ventana se hacía la noche. Se echaron sobre el sofá bajo la imagen religiosa. La mujer ayudó a Henryczek porque él nunca

había hecho el amor y ella lo había hecho tantas veces…

Después exclamó:

—¡Bien, hombre, bien!

Y él dijo en la oscuridad, con profunda convicción:

—Ahora ya puedo morir.

—No te morirás —replicó ella—. Alguna salida habrá.

—No —aseguró Henryczek Fichtelbaum—. Para esto no hay ninguna salida. Pero no quiero morir en soledad. ¿Me entiendes?

Asintió con la cabeza. Le entendía muy bien.

—¿Por qué tengo que morir solo y sumiso como un borrego? —inquirió, mirando por la ventana oscura semejante a un muro invisible—. Preferiría gritar de odio y desprecio para que me oyera todo el mundo. ¿Entiendes?

Volvió a asentir. También eso lo entendía. Sin embargo, como mujer gozaba de mayor sensatez e intuición. Había llegado a conocer el género humano bastante bien. No creía que el mundo entero pudiera oír el grito agonizante de Henryczek. El grito de los que mueren lo oyen solo los que con ellos mueren. No creía en la fuerza y el eco de tal grito. Muchos años más tarde, cuando ya era viuda y trabajaba como cajera en una carnicería, cuando se había convertido en una mujerona gruesa, de rostro descontento y voz atronadora, y era madre de un agente de abastos borrachín, de un lagarto paliducho parecido a su padre, madre de una ínfima sanguijuela de la época de la televisión en color, de los muebles conseguidos a base de sobornos y engañifas, de los coches sucios y desvencijados, de las costillas de cerdo compradas con cupones de racionamiento, de la impostura, de las frases pomposas, de las porras de la milicia, de los cohetes SS-20 y los *pershings*, muchos años más tarde, cuando arrastrando los pies con sus zapatines de tacón bajo, con su abrigo de lana y la bolsa de piel al hombro, hastiada y malhumorada, matrona ajamonada pero aún lo bastante apetecible como para atraer las miradas de los hombres siempre ávidos de mujeres en ese mundo de calles excavadas, casas nuevas y descuidadas, mocosos esbeltos con vaqueros en cuyos ojos brillaba la revuelta, arrastrando los pies por ese mundo extraño, repulsivo y no obstante maravilloso en su singularidad, se acercó al monumento a los judíos en la plaza desierta, barrida por el viento, y miró atentamente los rostros esculpidos en piedra de aquellos judíos de dimensiones sobrenaturales, clavados contra el muro, con los pies

como hundidos en la tierra de esa ciudad, de esos judíos pétreos y silenciosos cuya voz había dejado ya de oírse. En la cara de un joven buscó los rasgos de Henryczek Fichtelbaum, del que no recordaba nada, ya que le había visto solo un rato a la luz de la bombilla, y después sobre el sofá la oscuridad los había envuelto a ambos. Era imposible que recordara las facciones del judío al que amó con todo su cuerpo y alma una sola noche de guerra y al que, en el fondo de su corazón, deseaba relegar al olvido, puesto que ningún papel importante había desempeñado en su existencia. Había aparecido junto al pozo para desaparecer después por la esquina de la calle Ząbkowska, así que no podía y no quería recordarle, igual que la mayoría de los habitantes de la ciudad, afanados en sus quehaceres, en su vida cotidiana, inconscientes de que habían sido mutilados, porque sin judíos ya no eran aquellos polacos que un día fueron y que siempre deberían haber sido.

—Duerme —le dijo a Henryczek—. Mañana será otro día.

No quería dormir. De repente había tomado una determinación, vinculada en parte al cuerpo de aquella mujer. En unos instantes había dejado de ser un muchacho, era un hombre y se enfrentaba a su suerte de modo diferente. En él habían nacido el coraje y la resolución. Esa mujer le había sentenciado a una muerte que, al mismo tiempo, era el fruto de su libre albedrío. Henryczek Fichtelbaum volvería al gueto, ya no seguiría huyendo, escondiéndose en las madrigueras, en letrinas y en vertederos, volvería al gueto con la cabeza alta para tomar las riendas de su destino. No soy un niño, pensaba, no soy un muchacho. No quiero seguir huyendo. Ahora voy a enfrentarme a lo que está escrito en los libros. Puso la mano sobre el pecho desnudo de la mujer y sintió los latidos de su corazón. Apuró de él una fuerza adicional, que le afirmaba en su decisión.

—Tienes la mano fría —dijo la mujer—. Me haces cosquillas.

Soltó una carcajada. Henryczek también se rio y retiró la mano. Ahora se sentía sereno y fuerte.

Tras el muro, no muy lejos, silbó una locomotora y luego pudo oírse el retumbar del tren. Tal vez en él viajaban hacia la muerte algunos polacos, tal vez judíos, quizá alemanes, quizá rusos.

5

—Señor Pawełek —dijo Kujawski—, ¿no le sobra por casualidad algún dinero?

Se encontraban en la esquina de las calles Podwale y Kapitulna. La farola de gas emitía un apagado reflejo violáceo. Un viento ligero infló la falda de una prostituta que cruzaba la calzada. Era muy gruesa, de cara ancha, pero de bellos ojos pardos. Pawełek la recordaba de los días de antes de la guerra. Fue precisamente ella la primera mujer que le había abordado en su vida, cierta noche, antes de la guerra.

—¿A quién anda usted buscando, caballero? ¿Alguna chica, quizá?

En aquellos momentos se turbó, pues no entendía bien sus palabras; se limitó a responder cortés:

—Voy a casa de un colega, señora.

—A tu colega no se lo va a llevar la corriente —le respondió la mujer gruesa que sostenía en la mano un manojo de llaves. Cuando movía la mano, las llaves tintineaban ruidosamente. Un individuo soltó una carcajada y desde la otra acera gritó:

—Fela, no marees al chico, a él le van las muchachas más bonitas.

Pawełek comprendió pronto que había sido abordado por una prostituta. Había oído historias sobre prostitutas por boca de sus colegas. Le asustaban. Sintió vergüenza y huyó de ella. Sin embargo, desde ese día, cuando la veía, le hacía una reverencia y se quitaba la gorra de bachiller a guisa de saludo. La prostituta movía la cabeza y le dedicaba una sonrisa indulgente y comprensiva. Nunca más volvió a importunar a Pawełek. Tras la derrota de septiembre de 1939, la mujer se evaporó durante algún tiempo, para reaparecer después más imponente e inmensa todavía, con una larga falda hasta el tobillo y el manojo de llaves en la mano que tintineaban tan sonoramente como en la Polonia de antaño. Solía deambular por las calles Piekarska y

Podwale. Eran su zona, su lugar propio sobre la tierra, su imperio de amor.

Al verla pasar, Pawełek dijo respetuosamente:

—¡Buenas noches, señora!

—¡Qué buenas ni qué cuentos! —replicó frunciendo los labios—. Ya no siento ni las piernas...

Y desapareció con paso desmañado detrás de la esquina. Está envejeciendo, pensó Pawełek.

—Señor Pawełek, ¿conoce usted a Fela? —preguntó Kujawski—. Jamás lo hubiera sospechado de usted...

—Porque no hay ningún motivo de sospecha —replicó—. Yo, por aquí, conozco a todo el mundo... Hace tantos años que rondo por estos parajes.

—No exagere usted —dijo el sastre Kujawski—. Usted era un mocoso todavía cuando yo le planchaba el uniforme a su señor padre. Mejor que usted conozco yo estos parajes. Fela es una buena mujer... Bueno, ¿qué hay del dinero? ¿Ya se ha hecho usted rico, señor Pawełek?

—Señor Apolinary, conmigo vaya al grano, no se ande usted por las ramas. ¿Qué está tramando ahora?

—Lo de siempre. Usted lo sabe mejor que nadie. Pero que en un mes entero no haya usted dado señales de vida a su viejo amigo Kujawski, que no haya ni asomado la cabeza un momento por su casa, la verdad, no lo entiendo. ¿De verdad ya no le interesa ganar unos cuartos?

—He estado muy ocupado —respondió Pawełek—. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—Y las que tendrá.

Junto a ellos pasó un soldado alemán con uniforme de aviador. Un rubio mofletudo, de nariz respingona y ojos azul violáceo. Sus botas claveteadas resonaban sobre los baldosines de la acera. Pisaba con fuerza, chocando los talones contra el pavimento porque se sentía amenazado en medio de la oscuridad. La bayoneta al cinto le golpeaba rítmicamente la nalga. Al cruzarse con los dos hombres, junto a la farola, el soldado carraspeó y perdió el ritmo de la marcha. Cambió de paso, volvió a carraspear. Se detuvo cerca de ellos, junto al quiosco de cigarrillos, en cuyo interior alumbraba una lámpara de petróleo. El rostro del soldado y del vendedor se inclinaron uno hacia el otro. Los

rasgos del dependiente tenían algo de ave rapaz, de azor: la forma de la nariz, la línea de los labios, el tupé pelirrojo sobre la frente. Los dedos nudosos dejaban su sombra sobre la cajetilla de cigarrillos bajo la débil llama de una lámpara de petróleo. El soldado cogió los cigarrillos, pagó y se fue. El dependiente retiró la cabeza a las profundidades del quiosco. Con toda certeza, volvía a su novela brutal y conmovedora. Una novela que aparecería veinte años después, hecho en el que Paweł tendría también su participación. En cambio, las cenizas del autor serían dispersadas por el viento de la Insurrección.

—Un distinguido señor tiene la intención de desprenderse de dos miniaturas. De mediados del siglo XVIII. Muy hermosas. Pero son un recuerdo de familia, señor Apolinary.

—Ahora resulta que todo el mundo tiene recuerdos de familia, hasta de la Edad Media —suspiró el sastre—. ¿Cuándo puedo verlas?

—Mañana mismo —respondió Pawełek—. Podría telefonear a ese señor esta noche.

—¿Cuánto? —lanzó Kujawski con suavidad, agachándose para atarse el cordón de sus zapatos de piel amarilla.

—Primero las tiene que ver, después ya se llegará a un acuerdo.

—A lo peor son falsas —dijo el sastre—. Hay un tipo en Częstochowa que se dedica a hacer miniaturas a espuertas.

—Pero si a usted no se le puede engañar —replicó Pawełek con franqueza—. Usted entiende más que los viejos coleccionistas.

—Es comprensible —prosiguió Kujawski—. Los viejos coleccionistas andaban en tratos con gente honesta de antes de la guerra. Ahora otro espíritu se ha apoderado de nuestro pueblo. Bueno, ¡de acuerdo! Pero mañana no puede ser, tengo un encuentro importante con un cliente. Establezca usted una cita para pasado mañana, Pawełek.

—¿Va a comprar usted mañana alguna otra cosa, señor Apolinary? —preguntó Pawełek.

Kujawski estalló en una carcajada.

—Pero, ¡qué dice usted! Mañana le tomo las medidas para un pantalón de montar a un *fritz*.

Fela venía de regreso. Ya casi era de noche. Encendió un cigarrillo y por un instante la lumbre rojiza le iluminó el rostro. Ya los había dejado atrás, cuando de repente pareció acordarse de algo.

—Señor Kujawski —dijo—. ¿Recuerda usted al portero del número siete, verdad?

—¿El viejo Kubus? —preguntó el sastre.

—No, el viejo no —contestó—. No le estoy hablando del viejo. El bizco, aquel que siempre me llamaba «¡Fela *la Tetuda*!». Lo mataron anteayer en un tiroteo en la calle Zielna.

—¡Qué me dice usted! —exclamó Kujawski aunque no tenía ni la más remota idea de quién era la persona a la que se refería Fela—. ¿Murió en el acto?

—Un disparo directo al corazón —explicó Fela, y sacudió el brazo. Las llaves tintinearon ruidosamente.

—Seguro que fue alguna acción de la Resistencia —aventuró Pawełek.

—Pero qué acción ni qué niño muerto —exclamó Fela—. Estaba borracho y se echó encima de un alemán. Y otro alemán le dio mulé. De un tiro. Directo al corazón.

—Qué desgracia —dijo Kujawski—. Pobre hombre.

—Caen mejores que él —replicó Fela, dándose la vuelta y perdiéndose en la oscuridad. Deambulaba desdeñosamente y se iba diciendo a sí misma: «Fela *la Tetuda*, qué gracioso».

El sastre Kujawski susurró:

—Con lo de tetuda el muerto llevaba razón. Yo no conocía al sujeto, pero con todo es una lástima. Los alemanes cometen cada atrocidad…

Se separaron al cabo de un rato. El sastre se dirigió a la calle Miodowa, Pawełek hacia el Barrio Viejo. El sastre le daba vueltas al asunto de las miniaturas del siglo XVIII; Pawełek a la historia del hombre asesinado. ¿Sentiría dolor cuando la bala le atravesó el corazón? ¿Cómo debe de ser la agonía? ¿Qué debe de ver uno en esos momentos? ¿Ve a Dios? ¿Se le aparece Dios para aliviarle en el momento postrero, para librarle del temor? Probablemente se le aparece, pero en el último momento, en el último rayo de luz que alcanza su pupila. No antes, porque uno podría sobrevivir, sanar y empezar a propagar a los cuatro vientos esa última visión. Dios aparece en el instante mismo de la muerte, cuando esta es ya un hecho irreversible…

Se detuvo, sumido en un estado de perplejidad y de vergüenza. Qué estúpido eres, se confesó a sí mismo. Dios no tiene por qué

aguardar a que llegue el momento oportuno, simplemente porque es Él mismo quien asigna a cada hombre ese momento. Luego, ¿cuándo se le debe aparecer a los moribundos?

Reemprendió la marcha. Siguió reflexionando un rato más sobre Dios y sobre lo muy ocupado que andaría en los últimos tiempos, apareciéndosele de continuo a tanta gente, en cada rincón de la ciudad, sin un respiro, en cien calles al mismo tiempo y particularmente en el gueto. Luego dejó de reflexionar sobre el rostro de Dios. Pasó un cuarto de hora silencioso. En la plaza Mayor soplaba un viento cálido y la oscuridad inundaba los edificios de su alrededor. El resplandor de las linternas hería la noche por doquier y la gente apretaba el paso. Se acercaba la hora del toque de queda. Pawełek echó a correr. Pensó con espanto en Henio Fichtelbaum. Después, acalorado de tanto correr, mirando el reloj a cada instante, se acordó de las miniaturas que debía conseguirle a Kujawski y empezó a contar a cuánto ascendería su modesta comisión.

6

Era una mujer alta, de cabellos claros y lacios, manos delicadas y grandes pies masculinos. Tenía la nariz prominente, las cejas pobladas, los ojos hermosos, pero de mirada algo severa, y la dentadura sana. Solo cuando sonreía mostraba al mundo dos empastes de oro de los que estaba secretamente orgullosa. Tal vez por ello sonreía más a menudo que sus meditabundas compañeras, que la consideraban persona de talante jovial.

A los siete años había tenido visiones. Fue una tarde de invierno. La nieve crujía bajo los enormes pies de aquella niña demasiado crecida para su edad, cuando regresaba de la escuela sola, porque era la única de su clase que vivía lejos, al otro lado del río. Las estrellas cuajaban ya en la oscuridad del cielo y no se veía ni siquiera el humo de las chimeneas de las cabañas, en cuyas ventanas titilaba la débil luz de las lámparas de petróleo. En el preciso momento en que se disponía a girar a la derecha, hacia el puente de madera, tuvo la visión. Se le apareció la figura de Jesús, radiante y hermosa, con un corderillo blanco a la espalda. Cayó de rodillas sobre la nieve densa. No sentía el frío, solo la embargaba un abandono cálido de alegría y entrega. Jesús pronunció unas palabras, su voz era queda, casi susurrante, pero comprendió la advertencia de que no cruzara el puente; le aconsejaba que siguiese adelante y después que pasara a través del río helado. Acto seguido, la imagen de Jesús se desvaneció, no sin antes ordenarle que acudiera al mismo lugar al cabo de dos días, donde volverían a hablar. Sin falta. Hizo lo que le había ordenado. Caminaba despacio con el corazón rebosante de felicidad y de emocionada entrega. Atravesó el río sin riesgo alguno por el hielo duro y helado. Aquella misma noche se derrumbó el puente y dos pobres campesinos hallaron la muerte en la profundidad de las aguas.

A la tarde del día siguiente, volvió a esperar a Jesús en el lugar convenido. Apareció con un corderillo blanco sobre los hombros y la exhortó a que dedicara toda su vida a la conversión de nativos en

África. Aquella fue su última visión.

Le contó sus experiencias alucinatorias al cura párroco, pero este era un hombre de escasa sensibilidad, que tenía a sus feligreses metidos en cintura, sacaba pingües beneficios criando cerdos, se pasaba las horas discutiendo con el notario del pueblo más cercano, hombre de ideas liberales, y miraba por encima del hombro a los lugareños. El cura la conminó a que no hablara a nadie de sus piadosas aventuras.

Al día siguiente, charlando con el notario, dijo:

—La superchería de mis fieles está alcanzando su cenit. Esta pequeña se cree que Dios no tiene otra cosa mejor que hacer, que andar buscando en mi parroquia misioneros para África. En último término, Dios tiene más cerca otros lugares.

El cura párroco no era hombre de mucha agudeza mental; era incapaz de comprender que los caminos del Señor son inescrutables. La niña se convirtió en una joven devota y absorbida del todo por su misión. A los diecisiete años entró en un convento. En un primer momento pensó en el viaje a África con el objetivo de cristianizar a los negritos, pero después de algún tiempo comprendió que no hay que tomar unas palabras pronunciadas junto a un puente derruido de una manera unívoca, sino más bien simbólica, así que decidió entregarse a la tarea de fortalecer la fe entre los niños como catequista. Se consagró en cuerpo y alma; era un modelo preclaro de abnegación, constancia y tenacidad. Los niños la querían, porque tenía un carácter jovial y porque creía que de Dios se podía hablar no solo de un modo solemne y severo, como el profeta Elías, sino también de un modo apacible, como si cuidáramos de los enjambres de abejas, ayudáramos a batir la cebada y condujéramos un carro de heno uncido a dos hermosos roanos. En esta cuestión no erraba el tiro, aunque su antiguo párroco, quizá más anticuado de lo que parecía, hubiera considerado pecado esa familiaridad, esas confianzas con Dios.

Tomó el nombre de sor Weronika, a pesar de que tiempo atrás había soñado con el de Juana, en recuerdo de la aldeana francesa que combatió en las filas de la caballería en aquella lejana Edad Media, y murió después en la hoguera. Sor Weronika llevaba una vida muy laboriosa. No escatimaba esfuerzos. El objetivo que la guiaba era simple: quería conducir hasta Dios a todos los niños de la tierra, cercanos y lejanos, blancos, negros, amarillos, e incluso a algunos aún

más exóticos. Si una espina tenía clavada en el corazón, era la de los niños judíos. Porque una cosa es no conocer a Dios y otra muy distinta es conocerlo y desdeñarlo. En las caritas negras de los remotos africanos sor Weronika leía la inocencia, comoquiera que el dedo de Dios aún no se había posado sobre ellas. Los rostros atezados de los niños judíos llevaban en sí el estigma de su confesión y del odio con el que el Salvador fue recibido por su pueblo. Fueron ellos quienes rechazaron a Dios, quienes no dieron fe a las palabras de Su Hijo. Una barrera de desconfianza separaba a sor Weronika de los niños judíos. De ellos emanaba algo ajeno. Cuando caminaba por la calle, alta, robusta, pisando fuerte con sus pies grandes y masculinos, los niños judíos salían corriendo. Su toca blanca, cual vela hinchada de una embarcación, navegaba entre las negras y huidizas canoas judías. Ellos nunca subieron a bordo de su nave; ella nunca entró en sus bulliciosas bahías.

Pero sor Weronika gozaba de una gran sensatez campesina y se daba cuenta de que el mundo era mucho más enigmático e intrincado de lo que creía en su niñez, y de que la razón humana no podía penetrar en los misterios de la divinidad. Muchos eran los caminos que el ser humano podía elegir y, entre ellos, muchos eran los errados. Weronika tenía plena seguridad de que solo uno de los caminos conducía a buen término, aunque estuviera obstruido por una red de penalidades, costumbres, dudas y sueños. Por otra parte, esta multiplicidad era obra de Dios, Creador del Cielo y de la Tierra. Así que oraba con fervor por la suerte de los descarriados, a fin de que Dios le diera fuerzas para sacarse aquella espina del corazón.

Al estallar la guerra, en la vida de sor Weronika se produjeron muchos cambios. Al principio se sentía aturdida, azorada. Las casas se derrumbaban bajo las bombas, la ciudad se poblaba de ruinas, un paisaje en llamas. Ante sus ojos la gente moría sin que estuviera en su mano ayudarla. Pero venció su grandeza de espíritu y su falta de aprensión hacia los sufrimientos humanos. De niña, había visto muchas vacas reventadas, caballos rengos, cerdos y corderos degollados, heridas de hacha y guadaña, enfermedades repugnantes y dolorosas, y también había visto morir a personas resignadas y devotas. Con su campesina presencia de ánimo, sor Weronika organizó a otras monjas durante el asedio de la ciudad: vendaban a los heridos, cuidaban a los enfermos, velaban a los moribundos. Paulatinamente,

la misericordia se adueñaba de su corazón. Por aquel entonces cayó en la cuenta de que estaba más hecha para el consuelo que para las lecciones de catecismo. Dios le es más necesario a los que sufren.

Cuando el ejército alemán ocupó la ciudad, no la atemorizaban ni los gendarmes en las calles, ni la terrible Gestapo. Estaba dispuesta a aceptar todo lo que Dios le enviara. Por las calles, su toca ya no parecía la vela de un barco, sino una bandera de fe y esperanza. Recogía a los niños huérfanos que deambulaban extraviados por los caminos de un país en guerra, cuidaba de los enfermos y abandonados, de los atribulados y desvalidos. Desde las primeras horas de la mañana hasta bien entrada la noche, recorría las calles. Una mujer dura, de pies grandes, maneras toscas y ojos serenos. Cuando sonreía brillaban dos empastes de oro. Arrugas cada vez más profundas iban marcando su rostro aún joven. Tenía una forma de hablar desenvuelta y brusca. Solo a los niños les hablaba con suavidad y ternura. Con los adultos mostraba con frecuencia una actitud descortés, porque no había recibido una educación exquisita, siempre andaba apurada de tiempo, tenía un objetivo noble y además participaba de la convicción de que a Dios hay que llevarlo en el corazón y no en la lengua.

En ocasiones, antes de dormir, cuando ya había rezado sus oraciones, pensaba que, por fin, después de muchos años, se estaba cumpliendo su destino, que tomaban cuerpo las palabras pronunciadas por Dios junto al puente, sobre el río. Era cierto que no había visto a un solo africano en su vida, pero a cuántos había llevado al seno de la Iglesia, a cuántos consuelo y palabras de amor eterno. También era cierto que, si no hubiera visto tanta desgracia a su alrededor, habría sido más feliz. Ante sus ojos maduraban menudos granos de fe que había sembrado con su propia mano. ¿Hubiera podido esperar algo parecido?

Fue por aquel entonces cuando en su vida aparecieron los niños judíos, que solían vagar por los cementerios. Pudo comprobar con asombro que no todas las monjas eran capaces de liberarse de la sequedad de sus prejuicios. Incluso en momentos como aquellos, los separaba un muro de incomprensión. Sin embargo, ella sacó fuerzas de flaqueza y oyó esa poderosa llamada del corazón a la que nadie puede resistirse. Dios le concedió la gracia de que los niños judíos, condenados a la soledad y al desamparo, acudieran a ella en busca de

salvación. Y ella sería quien los arrancaría de las garras del exterminio y los redimiría de la condena eterna, una gracia simpar para ella y para los niños judíos. Los unía una suerte de comunión en el temor humano y en el anhelo místico. En el refectorio estrecho, cuyas ventanas daban a un huertecillo, bajo los rayos del sol, que proyectaban una ancha franja sobre el suelo, o a la luz de una vela y envueltos en el aroma a cera, enseñaba a los niños judíos a hacer la señal de la cruz.

—Levanta la mano derecha —decía—. Oh, así es. Y tócate con la manita la frente. En el nombre del Padre...Y ahora tócate el hombro izquierdo. Y di: en el nombre del Hijo... Muy bien, muy bien. Ahora escúchame atentamente. Retira la mano...

En las caritas de los niños se reflejaba la concentración y la tristeza. Entendían con dificultad esos signos. A veces se difundía el eco de su llanto sofocado por el refectorio y entonces sor Weronika los consolaba:

—Te espera la alegría —decía—, no llores, porque te espera la alegría.

No todos los niños sabían en qué consistía esa alegría.

Era un trabajo arduo, pero hermoso.

Sor Weronika no desoía tampoco la voz de su corazón campesino. Nunca había hecho ascos al trabajo. De niña, solo unos instantes después de tener sus visiones, ya se afanaba en la cabaña familiar mondando patatas, secando las medias y los zapatos de su hermanita mayor y dando de comer a los cerdos en la pocilga. Había visto a Jesús como en carne y hueso, pero eso no le impedía trabajar hasta entrada la noche. Así andaba sobre esta tierra cruel, hostil y rebelde a Dios.

Les enseñaba a los niños judíos la señal de la cruz, pero también sus nuevos nombres y apellidos y toda una maraña de historias inventadas que debían asumir como su pasado. Los niños judíos tenían que atravesar esa red de embustes para llegar a la verdad de su nueva vida. Bajo la imagen del Salvador, en presencia de Dios, los ejercitaba en la patraña, los habituaba a la gran falsedad. Criaturas de tres años, que solo eran conscientes del hambre, del frío y de la amenaza del palo sobre sus huesos, aceptaban sumisamente esa nueva personalidad. Por instinto no se resistían a memorizar sus nuevos nombres, señas, direcciones. Hacían gala de una astucia singular, que

les permitía olvidar lo atroz de su existencia.

—¿Cómo te llamas? —preguntaba sor Weronika.

—Januszek —contestaba un chico de cabellos oscuros y crespos, con la sonrisa de un viejo mercader de pieles de ternera.

—¿Y tu apellido?

—Wiśniewski.

—Di tu oración.

El niño rezaba con las manitas piadosamente juntas. En su mirada se reflejaban la aflicción, la servidumbre y el castigo que le acechaba en el caso de cometer un error.

La labor resultaba mucho más penosa con los mayores. Artur, un niño de siete años, de «aspecto no sospechoso», pero cuya mirada aviesa revelaba su pertenencia a la raza maldita, se resistía a aceptar la nueva identidad.

—¿Cómo te llamas? —le preguntaba sor Weronika.

—¡Artur!

—No digas eso. Te llamas Władzio. ¡Repítelo! ¿Por qué eres tan obstinado, Władzio? Tu papá era carpintero y se llamaba Gruszka. Pero si te acuerdas la mar de bien…

—Mi papá era dentista y se llamaba Mieczysław Hirschfeld. Y usted, hermana, lo sabe tan bien como yo.

—Es verdad, no lo niego. Pero debemos olvidarlo. Te llamas Władzio Gruszka. Tu padre era carpintero.

—De acuerdo, quedamos en que era carpintero. Sé de qué va toda esta historia, así que usted recuérdelo también. ¿Vale, hermana?

—Vale, lo recordaré. Pero ¿cómo te llamas?

— Władzio Gruszka, hijo de un carpintero.

Con una sonrisa mordaz se encogía de hombros y la miraba desafiante. Había momentos en que sor Weronika llegaba a odiarlo. No podía evitarlo. Pero era un sentimiento fugaz; enseguida pensaba que no debía dejarle ni a sol ni a sombra, porque si se le escapaba, era capaz de morir con tal de fastidiarla.

En este sentido no la fastidió. Sobrevivió a la guerra y se convirtió en un hombre miope, de baja estatura, que respondía al nombre de Władysław Gruszecki. Se había compuesto una biografía con arte y esmero, aunque no sonara del todo convincente. Era de esa clase de personas que no conocen la mesura. Es probable que en la infancia hubiera adquirido tanta experiencia en la técnica de vivir

varias existencias al mismo tiempo, que al final se sintiera a gusto con esa multiplicidad y no supiera deshacerse de ella. Tan pronto su padre había sido dentista como carpintero, hasta que, en suma y al cabo de los años, fue definido como un odontólogo aficionado a la carpintería. El árbol genealógico de Władysław Gruszecki adolecía de no pocas lagunas extrañas, además de un entramado de ramificaciones que remontaban su origen noble a los tiempos de antes de la repartición de Polonia. Sus antepasados habían estado en posesión de títulos de nobleza, emulando así a los amados personajes de la *Trilogía* de Sienkiewicz, que había sido una de las lecturas preferidas de Władysław Gruszecki cuando era niño.

Estaba hecho todo un polaco, y de rancia estirpe. Lucía grandes mostachos y en las conversaciones solía intercalar, así como quien no quiere la cosa, expresiones chapadas a la antigua, cubiertas por la herrumbre de los siglos. Exclamaba: «¡Pardiez!». O bien: «¡A sus pies!». Y hasta: «¡Por mi honor!», lo cual sacaba de quicio incluso a los oídos más indulgentes.

No rechazó las creencias de sor Weronika, al contrario, superó con creces el fervor religioso de su catequista, tanto le gustaron sus lecciones. Mientras que ella nunca se hincaba de rodillas con los brazos en cruz delante del portal de las iglesias, él lo hacía a menudo. Mantenía convicciones sólidas, serias y dignas de atención. Manifestaba un fuerte complejo antialemán y antisemita y era de la opinión de que había que optar por estrechar lazos con la Unión Soviética, puesto que solo la amistad con el pueblo ruso podía garantizar un futuro mejor para Polonia. En ello discrepaba de sor Weronika, a quien el comunismo se le antojaba un invento del diablo, una batalla sañuda contra Dios. A sor Weronika los rusos le inspiraban una mezcla de aversión y piedad. De su niñez, se le habían quedado grabadas en la memoria las patrullas cosacas en los caminos embarrados de la *Kongresówka*[1] y el alistamiento forzoso al ejército del zar. No le gustaban ni los popes ni los cantos ortodoxos. La capital de su alma era Roma, la de su cuerpo físico, Varsovia. En cambio Władysław Gruszecki adoptaba frente a la iglesia ortodoxa la superioridad benevolente de un católico a machamartillo, y frente al comunismo la suspicacia temerosa de un amigo de la vieja Rusia. Por encima de todo amaba a Polonia, su pasado glorioso y su porvenir magnífico dentro de la gran familia eslava. A los alemanes los llamaba

«fritz», a los judíos, «roñosos». Dado su origen, expresaba opiniones harto sorprendentes como, por ejemplo, que los judíos llevaban a Polonia a la perdición; también se mostraba reticente en cuanto a la modernización de la Iglesia católica después del Concilio. Para ser fieles a la verdad, debe reconocerse que en este punto halló en Weronika una fiel aliada, porque también ella temía y dudaba de todas esas innovaciones introducidas desde el pontificado del afable papa Juan XXIII. Sin embargo, sor Weronika era una oveja humilde en su fe y pronto aceptó las novedades, considerando que hombres más sabios que su persona decidían cambiar el perfil de la iglesia y que su alma no podía hacer otra cosa que obedecerlos. No tardó en descubrir en la nueva liturgia una belleza, una profundidad y una proximidad con Dios como nunca antes las había experimentado. Era una mujer sencilla, pueblerina, y precisamente a través de esas novedades podía comprender el significado del Sacrificio. El latín la introducía en un universo hermético y jerárquico que la intimidaba. Se sentía como una frágil muñeca en manos de Dios. Por fin se encontraba a sí misma, a sus pensamientos, deseos y opciones. Se había trasladado del país del sortilegio al país de la oración. En su alma se desvaneció el encanto mágico de lo insondable, para ceder el terreno a la fuerza enigmática e inconmensurable del amor. La fe de sor Weronika en los últimos años de su vida se acercaba cada vez más al Jesús que un día saliera al encuentro de aquella niña campesina una tarde de invierno. A decir verdad, no estaba completamente segura de que fuera Él quien la hubiera abordado, pero fuera como fuere no temía ya una visión tan extraordinaria. En los últimos años de su vida, se intensificó extremadamente su amor hacia Dios y hacia el prójimo.

Por lo tanto no podía comulgar con la fe intolerante que propagaba Władysław Gruszecki. Era de esa clase de cristianos contumaces cuya arma principal es el sarcasmo, lo cual distaba mucho de agradar a sor Weronika.

—Un poco más de caridad, Władzio —le aconsejaba con su vocecilla debilitada de anciana, cuando este la visitaba trayendo consigo un pastelito de la confitería Blikle, su aroma a agua de colonia y su mirada miope y cáustica. Sus ojos oscuros, semitas, cobraban un brillo frío y maligno siempre que se refería a los judíos. Sin duda sufría terriblemente. Pero no solo su condición de polaco era un mero disfraz. Se vestía con una elegancia sofisticada, atento al corte de sus

americanas azul marino con botones dorados y grises, de sus pantalones de franela, que hacían de este descendiente de la nobleza polaca y lituana un asiduo de los *yacht-clubs* ingleses. Fumaba en pipa. No bebía alcohol. Se negaba a comer pescado a la judía. No se perdía una misa dominical. Coleccionaba grabados. Se hacía las camisas a medida. No se casó. Trabajaba como alto funcionario en el Ministerio de Agricultura, ya que había terminado los estudios de ingeniero agrícola. Quería pasar por un intelectual. Leía a Proust, a Hemingway y a Camus. Y aseguraba que lo hacía en el idioma original. Leía también novelas policiacas, hecho que soslayaba. Decía de Dostoievski: «¡Nuestro común sacerdote!» y de Tolstói: «Este viejo y sabio conde…».

—El viejo y sabio conde dice que… Nuestro común sacerdote escribió a la sazón que…

Con todo, su autor preferido era Sienkiewicz y no se avergonzaba de confesarlo. Tal vez porque en esa afirmación no había fraude.

En el verano de 1968 manifestó sin reparos su alegría por el hecho de que Polonia al fin se librara de los judíos.

—¡Tenemos que ser un pueblo unido por la misma sangre, única, común, propia!

Sor Weronika apartó el platito con el pastel, entrelazó los dedos sobre su pecho y exclamó iracunda:

—¡Władzio, no quiero que vengas a verme nunca más!

—¿Por qué me habla usted así, hermana?

—¡Porque tienes apenas treinta y pico años y te expresas como un esclerótico!

Se azoró. En presencia de sor Weronika siempre hacía un mal papel con su disfraz de hidalgo de ideas conservadoras y profundamente nacionalistas. Siguió visitándola, pero sin la pipa y el anillo, vestido con un traje gris. Y se comportaba de forma menos exaltada. En realidad estas visitas le incomodaban, aunque a su manera quería a la monja. Para él era una especie de pasarela, gracias a la cual podía acceder a la vieja orilla olvidada. Quizá este fuera el motivo de sus visitas. Quizá en el minúsculo locutorio era donde se sentaban a conversar sobre el trabajo de él y sobre los sinsabores cotidianos que a ella le causaba el desenfreno de la juventud, ante la presencia del pasado. En algún rincón oscuro de aquella sala permanecía agazapado el pequeño Artur Hirschfeld, el hijo del

dentista que se negaba a llamarse Władzio. Tal vez incluso vislumbraba los rostros de su padre, de su madre, de sus hermanos, cuyos fantasmas le habían abandonado hacía ya años, para ceder el puesto a los espíritus de los húsares, a los caudillos de las estepas y a los defensores de Jasna Góra. Tal vez sor Weronika era para él como un remanso de paz donde descansar de las fatigas que le causaba su condición de polaco sármata y de católico antisemita. Condición que al fin y al cabo no había inventado Władzio. Este se limitaba a imitarla, acosado por un temor inefable, por secretas fobias, por sueños no soñados.

Sin embargo, hasta en el locutorio sucumbía a la tentación de su personalidad ambigua, como si ni siquiera ante un testigo de su auténtica infancia supiera liberarse de sus tormentos.

Sor Weronika era ya muy anciana y estaba enferma cuando decidió por primera vez utilizar el arma favorita de Władzio: el sarcasmo. Władysław Gruszecki acariciaba ya la cincuentena y seguía visitándola con sus pasteles de casa Blikle, pero ya no sabía hablar más que de agricultura, siembras, cosechas, rotación de cultivos, abonos químicos, máquinas tipo Bizon, trilladoras, así como del atraso de las explotaciones rurales privadas. Era un buen especialista; había cursado la carrera de ingeniero agrícola y dedicado muchos años de su vida a la agricultura. Pero, al menos a sor Weronika no le cabía la menor duda de que era el hijo de un dentista judío de la gran ciudad, de que nunca sus manos habían trabajado la tierra y de que nunca había mantenido relación con la vida campesina, cuyas costumbres y mentalidad no podía entender. En tanto que sor Weronika, aunque vestía el hábito hacía más de medio siglo, no había dejado de ser una campesina, mantenía frente al mundo una actitud campesina, un realismo campesino, indomable y obstinado. Mantenía esa dura exactitud campesina a la hora de pasar cuentas, que ni el mejor ordenador podría emular. De modo que, cuando un buen día él empezó a criticar la poquedad de los campesinos, su falta de imaginación económica, cuando empezó a exponerle su programa de saneamiento de la agricultura consistente en la creación de granjas, a caballo entre el *koljoz* ruso y la granja americana, como si Polonia se hallara en el cruce del río Dnieper y el estado de Nebraska, mientras él se acaloraba, se burlaba, vociferaba y se lamentaba todo a una, ella le interrumpió de pronto con un gesto de su mano transparente de

anciana y, una vez él hubo callado ya, ella le lanzó con una sonrisita:

—Te voy a decir algo, Władzio. La agricultura no es un buen oficio para los judíos.

Y se asustó de pronto por sus propias palabras. Era un golpe directo al corazón. No solo directo al corazón de Władzio, se había herido a sí misma con esa mordacidad de la que, a lo largo de muchos años, creía haberse liberado. Estaba claro que en su alma seguía clavada la espina de su supremacía campesina con respecto a aquella gente morena y entrometida que se presentaba en todas partes sin haber sido invitada.

—¡Soy una campesina vieja y tonta! —exclamó—. ¡Perdóname, Władzio, te lo ruego!

—¿Por qué me pide usted perdón, hermana? —replicó con frialdad inflando los labios—. ¡Tiene usted toda la razón!

Y volvió a sentarse en su silla de sármata, bien ajustada, explayando la vista con aire de superioridad sobre aquellos personajes con caftán que revoloteaban a su alrededor. Pero sor Weronika, arrastrada por una tempestad de sentimientos contradictorios, por la vergüenza y la cólera, por la terquedad pueblerina y la dulzura de alma, por el amor hacia aquel hombre desgraciado y envejecido y la nostalgia de aquel muchacho cetrino que no quería rendirse y traicionarse a sí mismo ni ante la proximidad del exterminio, gritó con voz doliente:

—¡Władzio, déjate ya de provocaciones, deja de fingir de una vez frente a mí, yo no soy toda Polonia, yo soy la vieja Weronika a la que le gustaría quererte tanto como cuando eras un niño de siete años! No me atormentes, Władzio. Ya no me queda mucho tiempo de vida...

Entonces Gruszecki rompió a llorar. Ella también. Sor Weronika sostenía el rostro de Władzio, bañado en llanto, entre sus manos frágiles y blanquecinas, mientras ella misma tragaba lágrimas amargas.

Durante un cuarto de hora el mundo les permitió volver a ser lo que un día fueron.

Todo esto sucedería cuarenta años más tarde, por el momento sor Weronika trataba a toda costa de meter a Artur Hirschfeld en la piel de otro. En ese tiempo, aún eran enemigos y se miraban desafiantes. Sor Weronika ordenó apretando los labios:

—¡Repítelo otra vez! ¿Cómo te llamas?

—Władzio Gruszka —respondió, y también apretó los labios.

—Bien, Władzio —concluyó. Se dio la vuelta, con los ojos entornados. Pensó que Dios le perdonaría la osadía de crear biografías humanas en contra de Su Voluntad. Bajó la cabeza y se puso a rezar con toda su alma para que Él le diera fuerzas, a ella, y a aquellos niños judíos. Los niños la miraban con curiosidad.

Władzio Gruszka, a espaldas de sor Weronika, le sacó la lengua. Soy Artur Hirschfeld, pensó con ansias de venganza, nunca seré un tal Władzio Gruszka, ¡por nada del mundo!

7

El juez tenía dificultades para conciliar el sueño. Oía el lento palpitar del reloj, que sonaba cada cuarto de hora. El sueño solía llegarle a las tres de la mañana. Durante el invierno, el juez se resignaba al insomnio, pero durante el verano esta dolencia le mortificaba. Cuando los pájaros arrancaban en su alegre algarabía sobre las ramas de los árboles y el cielo clareaba por el este, precisamente entonces al juez le embargaba el sueño, arrancándole ese retazo de mundo que aún le estaba destinado. Dormía sin soñar, superficialmente, consciente de estar dormido, escuchando al mismo tiempo con atención el alboroto matinal: el ruido de la vajilla tras la pared, el murmullo de la calle ya despierta, el vocerío de los carreteros, los gritos de los niños que iban a la escuela, el campaneo de los tranvías, los suspiros de los amantes adormecidos, el ladrido de los perros... En invierno era soportable, porque cuando abría los ojos apenas si llamaba a la puerta la pálida luz del alba. Pero en verano, al despertarse, le saludaban torrentes de luz, en medio del aroma de una naturaleza exuberante, y eso era algo que le producía la triste sensación de haber sido despojado de un pedazo más de vida, de los que, estaba convencido, le quedaban muy pocos. Sin embargo, también apreciaba esas noches insomnes en las que reinaba la soledad y el silencio, permitiéndole hablar consigo mismo hasta la saciedad, filosofar a su gusto e incluso rezar a su gusto también. Eran momentos en los que podía desafiar a Dios, para que juzgara y fuese juzgado. Yacía en la cama ancha, a su izquierda la pared tapizada con un delicado dibujo gris azulado de flores y dragones, como en los biombos chinos de sus años mozos; a su derecha, la mesilla de noche, con una lámpara de pantalla, algunos libros, un cenicero con la colilla de un puro a medio fumar, un platito, un cuchillo y una manzana. El dormitorio era inmenso. Estaba atestado de trastos viejos, desordenado, con el armario ropero siempre entreabierto, con el diván raído y deslucido, las sillas de trenzado de bambú, la alfombra desteñida y la araña en forma de canastilla. Con

todo, al juez le agradaba su habitación. En ella se sentía a sus anchas, porque cada uno de esos objetos estaba preñado de su soledad. Por la noche, cuando cerraba tras de sí la puerta de ese dormitorio, donde permanecería hasta el alba, se encontraba consigo mismo. Particularmente durante los años de la ocupación, ese cuarto se convirtió en una fortaleza, como si su umbral no consintiera que el mal alcanzara al juez. Se desnudaba lentamente y dejaba las piezas de ropa sobre las sillas, como siempre había hecho a lo largo de toda su vida, desde el momento en que se liberó de la tutela severa de su preceptor. Hasta los doce años, ese hombre le inculcó, de la mañana a la noche, el orden, la pulcritud, y los buenos modales. Eso había sucedido mucho tiempo atrás, en Podolia, en un mundo ya desaparecido, del que él se liberó, joven aún, para medirse a solas con su destino. Se desnudaba lentamente, sintiendo cierto placer en el desorden. Después se ponía un camisón largo hasta los pies; se sentaba en la blanda cama y se fumaba medio puro. Por fin se acomodaba bajo las sábanas, colocaba las manos sobre la colcha y, mirando al techo, se sumía en sus pensamientos. El reloj sonaba cada cuarto de hora. A veces, Dios se sentaba al borde de la cama del juez y mantenían una larga conversación. A veces, por contra, se presentaba el Maligno que, dando muestras de gran inseguridad, no se sentaba en la cama, sino en el diván. Entonces el juez se daba la vuelta, se apoyaba sobre el codo doblado y, con sus ojos clavados en los del diablo, se mofaba de él con valentía. La lámpara alumbraba sobre la mesilla de noche. El juez no podía soportar la oscuridad.

Aquella noche se hallaba completamente solo. Estaba sentado sobre la cama y aspiraba el humo del puro que se extinguía lentamente en el cenicero. En los duros años de la guerra, un puro costaba una auténtica fortuna, pero no podía sustraerse a ese placer. «A un puro y a la dignidad, no se debe renunciar jamás», solía decir a su círculo de amigos. Estaba sentado y se deleitaba con el aroma del puro cuando, de pronto, tras la pared, sonó el teléfono. Eran las once de la noche, una noche entrada de primavera, la ventana sin luz, sobre la mesa titilaba una vela porque había cortes de electricidad, cosa habitual en los tiempos de la ocupación. El teléfono seguía sonando quejumbrosamente. El juez apartó las sábanas. Un extraño temor se apoderó de su corazón. Se dirigió a la puerta, la abrió y se adentró en la oscuridad del corredor que dividía su dormitorio del resto de la

casa. El teléfono volvió a sonar justo en el momento en que descolgaba el auricular. Su mano temblaba ligeramente. A través de la puerta entornada se deslizaba hasta el corredor la luz trémula de la vela. Una sombra gigantesca se perfilaba sobre la pared.

—¿Diga? ¿Diga?

—¿El señor juez Romnicki? —se oyó una voz lejana, susurrante, como suspendida en el aire...—. ¿El señor juez Romnicki?

—Al aparato, dígame, ¿quién habla? —gritó el juez.

—Fichtelbaum, el abogado Fichtelbaum, ¿me recuerda usted?

—¡Dios mío! —exclamó el juez—. ¡Dios mío!

Del otro lado llegaba una voz clara, pero murmullante y lejana, como si proviniera de otro mundo, y así era en realidad. Quien telefoneaba era el abogado Jerzy Fichtelbaum, un antiguo conocido del juez. Se trataba de su hija, Joasia. El padre quería salvarla del exterminio.

—Me dirijo a usted, señor juez, en los últimos días de mi vida —dijo el abogado Fichtelbaum, y el juez gritó:

—¡No hable usted así! ¡No puede hablar así! Al grano, al grano...

Ultimaron los pormenores. La sombra del juez se movía sobre la pared, alcanzaba el techo, caía oblicuamente hacia abajo, hacia el suelo, y se volvía a alzar.

—Tengo unos vecinos que son *volksdeutsch*[1] —dijo el juez bajando la voz, como si temiera ser oído a través de la pared—, algo haremos, abogado. En mi casa, ni hablar. Con estos alemanes al lado y el conserje que es un tipejo de poco fiar... Pero algo haremos.

El abogado Fichtelbaum insistía con su voz susurrante.

—Quizá ya no pueda volver a llamar, señor juez. Tengo un hombre de confianza que la sacará de aquí. Se lo suplico, una dirección, ¡deme una dirección! Necesitará papeles...

—Entiendo —respondió el juez—. No se preocupe usted por ello. Una dirección, ¿dice usted? Déjeme pensar, le ruego que tenga un poco de paciencia, déjeme pensar...

Se hizo un silencio sepulcral; la sombra del juez se encorvó sobre la pared bajo el peso de la vida de un ser humano sobre su espalda. Después, el juez pronunció un apellido y una dirección, y el abogado Fichtelbaum gritó repentinamente:

—¡Adiós! ¡Adiós a todos!

Se interrumpió la comunicación. El juez golpeó el auricular una y

otra vez. Luego colgó. De nuevo en su dormitorio se sentó sobre la cama. El cigarro había dejado de despedir su aroma definitivamente.

—¡Presente! —exclamó el juez en voz alta, como si le hubieran llamado.

Años después, cada vez que pronunciaba la palabra «¡Presente!» al levantarse del catre, sonreía por el recuerdo de aquella noche. Era una sonrisa triste y dulce, compasiva y sarcástica, porque el juez pensaba al mismo tiempo en el abogado Fichtelbaum, en el camisón, en el puro, en la crueldad del mundo, en la vela sobre la mesilla de noche... El guardia de la prisión murmuraba entre dientes:

—¿A qué viene tanta alegría, Romnicki? ¿Aún no has recibido bastantes palos?

En más de una ocasión aquel guardia informó a su superior de que el sospechoso Romnicki se comportaba durante la revista como un idiota.

—Porque es un idiota —concluía el superior—. Un viejo mentecato con la cabeza llena de serrín. De todos modos, tiene los días contados.

Los compañeros de celda también le preguntaban al juez a qué se debía esa extraña sonrisa. No les daba explicaciones. Con la edad se había vuelto prudente. Su proverbial elocuencia se había esfumado en alguna parte. Ya no depositaba su confianza en la gente como había hecho antaño. Se consideraba un hombre acabado, engañado por el destino. Tal vez incluso un día llegó a la conclusión de que lo había decepcionado también Dios y la Historia, el sentido de la justicia que se había ido formando en su espíritu a lo largo de medio siglo, sin tener en cuenta que los tiempos cambiaban y con ellos las ideas. Y causa de ello era una especie de ser anacrónico, ya que mientras otros se habían adaptado a la realidad, él seguía resistiéndose a ella, rechazando un mundo carente de dignidad.

Los puros los había echado al olvido. Pero cada vez que, por la mañana o por la noche, respondía con calma «¡Presente!» según dictaba el reglamento, le asaltaba aquel recuerdo, siempre vivo y afilado, más y más doloroso, de que los cigarros puros habían desaparecido para no volver jamás, pero que la dignidad no le había abandonado.

Tampoco le había abandonado la memoria. Era el don más preciado del cielo, y la defendía encarnizadamente ante cualquier

intento de saqueo. Todo lo tenía grabado en la memoria. Hasta el más ínfimo detalle. El aroma del puro y el chirrido del tranvía cuando arrancaba de la parada frente a la sala de tribunales al dirigirse al trabajo. El color del cielo por encima de los campanarios de las iglesias de Varsovia y las alas de las palomas en su fondo… Los manchones rojizos de las telas deslucidas sobre la espalda de los caftanes judíos… Las lluvias de Varsovia. Los vientos que soplaban sobre Varsovia en las tardes de noviembre cuando se encendían los anuncios de neón. El golpear de los cascos de los caballos sobre el puente de Kierbedź, la estela gris del río. El campanilleo de los trineos sobre las nieves invernales, los rostros de las mujeres que asomaban por entre los cálidos cuellos de piel. Los días de verano secos, cuando sobre el asfalto reblandecido se marcaban las herraduras de los caballos y el zigzag de los neumáticos de los automóviles. Los rostros de los barberos, policías, delincuentes, veteranos, abogados, cocheros, sastres, militares, artistas y niños. Rostros diabólicos y rostros angelicales. Lo tenía todo grabado en la memoria, hasta el más ínfimo detalle. Las fruterías en cuya entrada silbaba el aparato de agua gaseosa y de donde el dependiente emergía tras de los racimos de uva para dar la bienvenida al cliente. El traqueteo de las máquinas de coser Singer en el taller de la sastrería Mitelman en la calle Bielańska. Las sentencias que había dictado en nombre de la República de Polonia, cuyo baluarte debía ser la justicia, y que él tan seriamente había considerado, apoyándose siempre en Dios, el derecho y su propia conciencia, a sabiendas de tener en sus manos la suerte de muchas personas. El diseño del papel que cubría la pared de su dormitorio y la forma de los cuchillos de fruta. Las noches en blanco y las noches de largas conversaciones, cuando le visitaban Dios y el diablo para intercambiar ideas sobre los crímenes y los castigos, la salvación y la condena de las almas. Recordaba la verdad. Cada año, mes y hora. Cada hombre con quien se había cruzado y la importancia de las palabras pronunciadas, de los actos ejecutados, de los pensamientos esbozados. En suma, recordaba la verdad y eso constituía su coraza. A través de ella no podía deslizarse la mentira, aunque lo intentara por alguna grieta o alguna brecha para arrojarlo de la isla de su dignidad. Hubiera podido describirlo todo y propagarlo a los cuatro vientos en ese mundo que le rodeaba. Pero era consciente de que un testimonio verdadero no significa demasiado,

bien que algo más que miles de testimonios falsos. Por eso lo recordaba todo, hasta los más ínfimos detalles. El vuelo de los pájaros de antaño y la forma de las nubes en el cielo. Las meditaciones de los ya muertos y de los condenados al olvido. El miedo y el valor, los infundios y los sacrificios, así como las cosas con nombres falsos y las palabras desprovistas de objeto. Las cartas, los libros, los discursos, los sermones, las exhortaciones, las banderas, los rezos, las tumbas y los mítines. Las manos de los portadores de buenas noticias y las manos de los delatores. Las cabezas de los camafeos y las sogas de las horcas. Recordaba los tiempos en los que el mal y la mentira corrían vergonzosamente, de tapadillo, embozados tras un disfraz, tras una máscara o tras las tinieblas, porque la gente simulaba ser buena y entregada a la verdad, y tal vez lo era. Todo lo recordaba, punto por punto.

Y murió con serenidad, a pesar de creer que su muerte privaba al mundo de un testimonio fidedigno. Sin embargo, estaba persuadido de que tras él quedaban otros a quienes les había llegado el testimonio de su memoria. Murió en el año 1956, en una ciudad de provincias, en casa de unos parientes lejanos que le acogieron bajo su techo cuando salió de la cárcel. En este país nunca falta alguien dispuesto a socorrer a los desgraciados y perseguidos. Enfermo y debilitado, solía permanecer en su cuartito frente a la ventana abierta. Tras la ventana se extendía un huerto perfumado por las flores de los manzanos y los perales. Precisamente de ese lugar le llegó la muerte. Surgió de detrás del tronco de un manzano como una nube gris y movediza y se deslizó a través de la ventana abierta de la habitación. El juez la recibió con gratitud y alivio. Fue al alba de un día de julio, hermoso y soleado. La mañana era bastante fresca y los troncos de los manzanos se hallaban envueltos aún en la niebla, pero el sol ya se levantaba en el oriente del cielo y el día prometía ser caluroso. Zumbaban los insectos tempraneros y por encima de los tejados revoloteaban las golondrinas. El juez miró de frente a la muerte, con entereza de espíritu y con dignidad, puesto que todo había quedado grabado para siempre en su memoria. La memoria, el ángel de la guarda del juez, le acompañó hasta el final. En este sentido, podía considerarse un privilegiado.

En realidad, todos podemos serlo.

Mientras moría, exclamó una vez más: «¡Presente!», y sonrió levemente. Se había extinguido su llama. Fue tras el sol que alumbró

el rostro del juez durante las largas horas del alba, la mañana y el mediodía de aquel día. Por la tarde, entraron en la habitación sus parientes y vieron que el anciano había fallecido.

No obstante, aquella noche, cuando sentado en la cama con el camisón puesto exclamó en voz alta: «¡Presente!», como si le hubieran llamado y diera el parte al mundo, aún se contaba entre los vivos. Se sentía vivo como nunca antes se había sentido, pues se hallaba expuesto a los garfios del mal, a las virulencias del destino y desde ese mismo momento combatió contra el mal, no solo en su conciencia, en sus pensamientos y en sus buenas obras, sino en todo su ser. Lo había deseado desde hacía mucho tiempo. Incluso pagar con la vida por el testimonio de su memoria, si era preciso. Dios le había concedido esa gracia permitiéndole el mayor de los sacrificios. A decir verdad, no era el único que se había sacrificado pero pertenecía a la escasa minoría que tomaba una determinación semejante. Aquella fue una noche feliz en la vida del juez.

Después de aquella vendrían otras muchas noches iguales. A partir de entonces dormía mucho mejor, y ya no le torturaban el insomnio ni los estados de duermevela en los que oía las voces del mundo que existía sin su presencia. Dormía el sueño de un santo y no le preocupaba esa breve ausencia suya.

8

El doctor Korda se enteró de los problemas de la esposa del capitán Gostomski mientras leía a Luciano sentado junto a la ventana del mirador. Un hombre joven, de mirada delictiva, apareció en el umbral de la puerta para comunicarle que había llevado a la sede de la Gestapo a una tal señora Gostomski sospechosa de ser de origen judío.

—Una señora tan elegante no puede ser una judihuela —afirmó el calesero y después se despidió con una inclinación de cabeza. El doctor Korda se quedó con Luciano en la mano y una verdadera revolución en el corazón.

Siendo como era un profesional de la filología clásica, había ejercitado a lo largo de muchos años el pensamiento lógico y la celeridad observatoria, así que no tardó ni un minuto en recordar que la esposa del capitán y él tenían un amigo común, el señor Pawełek, a quien había conocido un día cuando este salía de la casa de la esposa del oficial de artillería. No solo habían intercambiado saludos, sino que incluso conversaron de los asuntos del día. Al doctor Korda no le extrañó que Pawełek, a su vez hijo de un oficial y prisionero de guerra, visitara a la señora Gostomski, al fin y al cabo viuda de un oficial también y probablemente amiga de la familia de Pawełek. El doctor en filología clásica no perdió el tiempo, dejó el libro de Luciano en el alféizar de la ventana y se dirigió con paso decidido a la ciudad para informar a Pawełek de la desgracia acaecida a la esposa del capitán. Pawełek recibió la noticia con tanta calma que el doctor Korda volvió a Luciano sin percibir ni por asomo qué tormento le había infligido al joven.

Sin embargo, Pawełek no pensaba en rendirse. Marcó un número de teléfono y preguntó por un tal Filipek. Al otro lado del cable telefónico se oía el estruendo de alguna máquina.

—Filipek al aparato —respondió una voz masculina—. ¿Qué pasa?

—Señor Filipek, habla Paweł —dijo Pawełek—. Tenemos que

vernos ahora mismo.

—Ahora no. Después del almuerzo. ¿Dónde?

—En la pastelería de la calle Miodowa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, en la pastelería de la calle Miodowa. Estaré allí a las cuatro.

Pawełek esperó junto a una mesita de mármol, al lado de la puerta de salida a la calle. Filipek fue puntual.

—Señor Filipek, ha caído la señora Seidenman —empezó Pawełek.

—No digas disparates —murmuró Filipek. Vestía el uniforme de ferroviario y sobre las rodillas sostenía la gorra.

—La señora Seidenman está en la avenida de Szuch[1] —dijo Pawełek.

—¿Cómo sabes que en la Szuch? —le contradijo el ferroviario, que no quería perder las esperanzas—. No llevan a cualquiera a la Szuch.

—A ella la han llevado allí —replicó Pawełek.

Le contó toda la historia. El judío de la calle Krucza, el conductor de la calesa, la Gestapo, el doctor Korda, Pawełek.

—Eso es todo lo que sé...

—Ella es rubia y tiene los ojos azules —dijo Filipek.

—Parece que fue un conocido, quizá de antes de la guerra. Un judío de antes de la guerra...

—Todos los judíos son de antes de la guerra —replicó el ferroviario—, nosotros también somos de antes de la guerra. Si la han identificado como a la señora Seidenman, pues entonces sí, se la habrán llevado a la Szuch.

—Invente usted algo, señor Filipek —dijo vehemente Pawełek.

—Es lo que estoy tratando de hacer. ¿Crees que voy a abandonar a la esposa del doctor Seidenman a su suerte? ¡Él me salvó la vida! ¿Cómo iba a abandonarla? Me parece que tú no me conoces, Pawełek.

—Sí, sí que le conozco a usted, por eso le llamé inmediatamente. Me acuerdo bien de cómo usted no podía ni tan siquiera andar...

—Andaba con muletas.

—Y cómo después el doctor Seidenman le curó. Me acuerdo de cómo yo le ayudaba a subir al segundo piso y cómo usted arrastraba las piernas.

—Él me curó, me envió a Truskawiec, me prestó dinero. Y tu

padre también me prestó. Pero sobre todo el doctor Seidenman. ¿Te acuerdas, Pawełek, de su entierro?

Pawełek no se acordaba, porque el doctor Seidenman murió en verano, en la época del año en que los jóvenes disfrutan de las vacaciones, pero hizo un gesto afirmativo con la cabeza para no causar tristeza al ferroviario.

—Yo que pensaba que me moriría antes, y de repente se me fue el doctor Seidenman. Fue un entierro extraordinario. Tras el féretro iba el rabino, y un poco más allá el cura. Y un gentío enorme. Un tropel de judíos y polacos. A todos los había curado. Era un médico fuera de lo común. Y su esposa una mujer extraordinaria también.

Pawełek inclinó la cabeza. El ferroviario se puso en pie.

—Bueno —dijo—. Lárgate de aquí, muchacho. Ya se me ocurrirá algo.

—Por favor, señor Filipek —dijo Pawełek con tono duro, aunque en sus ojos se podía leer la súplica y el miedo.

—No lo hago por ti, sino por ella. Pero ella lo vale. Por otra parte, ¿quién no merece que por lo menos se piense en él?

Una hora más tarde, el ferroviario Filipek telefoneó a un amigo suyo.

—Jasio —dijo— al habla Kazik Filipek. Tengo un asuntillo entre manos.

—¡Vente para acá! —gritó alegremente Jasio—. Ya sabes dónde vivo.

—Ya sé dónde vives —respondió el ferroviario—. Voy para allá.

Y se dirigió a la calle de Maria Konopnicka, a un edificio moderno donde vivían unos ricos e influyentes alemanes. Llamó a la puerta sobre la que colgaba una placa grabada con elegancia: JOHANN MÜLLER. INGENIERO DIPLOMADO. Le abrió la sirvienta y, cuando le dio su nombre, dijo que el director Müller le aguardaba en el despacho.

Así era. Se trataba de un hombre robusto, no demasiado alto, de cabellos blancos y tez rubicunda. Se llamaba Johann Müller. Era alemán, de la ciudad de Łódź, militante del Partido Socialista Polaco, había pasado por la cárcel de Pawiak, en Varsovia, y sufrido deportación. Fue él quien, muchos años atrás, disparó contra el jefe de la gendarmería de la ciudad de Radom, pero el tiro salió errado y lo pagó con una condena a trabajos forzados. Volvió a la libertad y volvió a disparar, esta vez contra los agentes de la Ochrana. Por fin,

terminó junto con Filipek en la provincia de Krasnoiarsk, donde arrancaban tocones en la taiga, pescaban en gigantescos ríos, entonaban canciones y esperaban a que llegase la gran guerra de las naciones que habría de traer la independencia de Polonia. Esperaban esta guerra y tomaron parte en ella cuando llegó.

A Johann Müller todos los amigos y camaradas le llamaban Jasio y se burlaban de su origen alemán. ¡Qué vas a ser tú alemán, Jasio!, exclamaban. Soy alemán de cuerpo y polaco de alma, respondía jovialmente Johann Müller. Su padre había sido maestro tejedor en la ciudad de Łódź, en los años en que esta ciudad crecía y se fortalecía a ojos vista. El viejo Müller era un obrero alemán y, en aquellos tiempos, los obreros alemanes leían a Marx y militaban en las filas del Partido de Ferdinand Lasalle. Había criado a su hijo en el espíritu socialista, lo que entonces, en Łódź, no significaba otra cosa que declarar la guerra abierta al zar y luchar por la independencia de Polonia. En el siglo XIX, las cosas, por lo general, estaban claras. Fue después cuando el mundo empezó a complicarse.

—Jasio —dijo Filipek—. Tú también conocías al doctor Seidenman.

—Le conocía —afirmó el rubicundo alemán.

—La señora Seidenman está en la Gestapo —explicó Filipek—. Y hay que sacarla de allí.

—¡Jesús y María! —exclamó Müller—. ¿Soy acaso la oficina de relaciones entre la Gestapo y los judíos de Varsovia? ¿Qué puedo hacer yo en tiempos como estos?

—Jasio —volvió a decir el ferroviario—. Puedes y mucho. Y esto es más fácil de lo que fue sacar del cuartel a Biernat.

—¿Cuándo fue eso? —gritó Müller—. Hace ya tantos años que Biernat duerme en su tumba.

—Hay que sacar de allí a la señora Seidenman —insistió el ferroviario.

—Y precisamente tengo que hacerlo yo, ¿no? ¿Otros no pueden? ¡Si fuera una pobre Ryfka de Nowolipie, nadie movería ni un dedo! Mira lo que está ocurriendo a tu alrededor, Kazio. ¡Se están muriendo allí sin esperanza alguna! Todo el pueblo judío está agonizando y tú me vienes con el asunto de una tal Seidenman.

—No podemos salvar a todos los judíos —replicó Filipek—. Pero podemos salvar a la señora Seidenman. Y no me levantes la voz. Al fin

y al cabo sois vosotros quienes estáis matando a todos esos pobres judíos...

—¿Cómo *vosotros*? ¡Los alemanes! —vociferó Müller. Después añadió más tranquilo, con tristeza—: En fin, de acuerdo. Los alemanes. —Y encendió un cigarrillo.

Retiró la cigarrera.

—¿Por qué te has unido a esa gente, Jasio? —dijo el ferroviario.

—Yo no me he unido a nadie, siempre fui alemán. Desde hace sesenta años. Y ellos lo sabían.

—¿Y por qué esa esvástica en la gorra?

—Precisamente por eso, estúpido. Todos los alemanes pertenecen al Partido. Yo soy alemán, luego pertenezco al Partido. ¿Te has topado con algún alemán que no sea nacionalsocialista?

—Saca de allí a Seidenman, Jasio. Es más fácil que lo de Biernat.

De repente, ambos tuvieron la impresión de ser cuarenta años más jóvenes. En el año 1904 liberaron del puesto de gendarmería en la ciudad de Puławy a su camarada Biernat. Johann fue hasta el puesto en trineo, vestido con uniforme de lugarteniente, presentándose como el joven barón Ostern, que venía a buscar a un peligroso delincuente para someterle a interrogatorio. El ferroviario Filipek conducía el trineo. Se cubría con un capote de soldado y sobre el asiento del trineo apoyaba el fusil con la bayoneta calada. El joven barón Ostern mandó cuadrarse al comandante de la gendarmería y le presentó la documentación en regla. Hacía un frío que cortaba. El barón Ostern se puso junto a la estufa de azulejos y encendió un cigarro puro. Pero el comandante de Puławy, un armenio, parecía un tipo suspicaz. Un tipo astuto. Un zorro del Cáucaso. Una rata de la lejana Asia. Deliberó largo rato hasta que decidió asignarle dos escoltas y entregarle a Biernat encadenado. Tuvieron que reducir a los dos escoltas en un bosque a las afueras de Puławy, a uno con la pistola, a otro a culatazos. Los dejaron amarrados en la mitad del camino, con la nieve hasta el cuello. Biernat anduvo con las tintineantes cadenas hasta Radom, donde por fin se las sacaron en una forja a la entrada de la ciudad. Después, marcharon hasta Varsovia en tren. La luz de las lámparas de gas, el silencio y la tensión, los gendarmes en los andenes de las estaciones, el miedo cerval ante la duda de si conseguirían alcanzar la ciudad o si en el último momento fracasarían en su plan... Pero la alcanzaron. Llegaron a la calle Smolna

donde los estaban esperando.

—Hacía un frío de muerte —recordó Müller—, y sin embargo, me ahogaba frente a la estufa cuando comprobaban los documentos.

—Saca de allí a la señora Seidenman —dijo Filipek.

Müller guardó un largo minuto de silencio, por fin dijo:

—¿Dónde está exactamente?

—No tengo ni la más remota idea. En la Szuch. Debes ir y orientarte tú mismo.

—¡Pero yo no conozco a esa chica! —farfulló Müller—. ¡No conozco a esa chica!

—Maria Magdalena Gostomski, viuda de oficial.

—Dame algunos detalles, Kazio. Esa gente no es completamente idiota.

—Completamente no —admitió sin vacilar Filipek.

9

En los tiempos de los que estamos hablando, Wiktor Suchowiak contaba treinta y tres años y su estrella entraba en declive. El destino le había deparado una larga vida que, sin embargo, encarriló mal, ya que la carrera de delincuente profesional elegida en su juventud resultó ser un lastimoso anacronismo en la época de grandes totalitarismos en que le tocaría vivir hasta muy avanzada la senectud. Los grandes totalitarismos perpetran por sí mismos sus fechorías amparados por la ley; además, este tipo de procederes no brindan por lo general ninguna posibilidad alternativa, lo cual es asombroso a los ojos de los malhechores de oficio, para quienes la alternativa fue siempre el fundamento filosófico del pillaje. Wiktor Suchowiak siempre había trabajado según una norma fija y racional: «¡La pasta o la vida!», ofreciendo así a sus víctimas la posibilidad de elección. El totalitarismo saquearía el honor, la libertad, los bienes, la vida de la gente, incluidos los delincuentes, sin darles la menor oportunidad de elección.

En los tiempos de los que estamos hablando, Europa era recorrida por una ola de locura totalitaria, juvenil, agresiva, de una ferocidad inusitada, que se tragaba a su paso pueblos enteros, sin piedad, despojándolos al mismo tiempo de todo lo que poseían. Como nunca antes se había visto. Años más tarde, el mundo sentaría un poco la cabeza, dado que las guerras, al menos en Europa, habían terminado y, aunque el totalitarismo seguía haciendo de las suyas, se mostraba más discreto; ya no solía interesarle la liquidación de vidas humanas, sino que cada vez con una mayor frecuencia tendía a la supresión de la libertad, del honor, y por supuesto de los bienes, de la salud y, sobre todo, de la conciencia, cosa que a los delincuentes de oficio que trabajaban por su cuenta no les había importado nunca un comino, ya que la conciencia carece de valor pecuniario. Wiktor Suchowiak estaba hasta las narices de esos tiempos en que, a lo largo y ancho de la geografía mundial y bajo las más diversas consignas políticas, el

totalitarismo se permitía sus actos de bandidaje, a la clara luz del día y con toda su parafernalia de uniformes y objetos decorativos, con su acompañamiento de ufanas orquestas e incluso con declaraciones, no carentes a veces, de cierto lirismo.

Wiktor Suchowiak acostumbraba a servirse de una palanca y, en los tiempos en que soplaba la fortuna, de una nudillera. Recurría a la violencia solo en circunstancias excepcionales, en el caso de que la resistencia y la tozudez colmaran su paciencia y amenazaran el éxito de la empresa. En consecuencia, no podía rivalizar con las divisiones de tanques y los batallones de soldados pertrechados de ametralladoras, y mucho menos, en años posteriores, con «herramientas» letales, como generadores de alta tensión, frío polar, napalm, chantaje a grupos sociales enteros, trabajos forzados, el *apartheid*, las escuchas telefónicas, ni tan siquiera podía competir con las porras de la policía que se lanzaba desenfrenada por las calles, ni con la «desaparición» de ciudadanos non gratos, cuyos cadáveres se encontraban después ahogados en los barrizales o en las aguas de un río, ni tampoco con los secuestros de los pasajeros de aviones a los que se raptaba y ejecutaba uno por uno con el objetivo de obtener un rescate o la concesión de una reivindicación política, individual, colectiva o nacional.

A decir verdad, el primer totalitarismo con el que se topó Wiktor Suchowiak en el momento en que Hitler declaró la guerra al mundo fue el más cruel, encarnizado y brutal, pero también el más estúpido y grosero, falto de la sofisticación de los totalitarismos que vendrían después. En realidad, así ocurre en todas las esferas de la historia de la humanidad. Empezamos por lo más elemental para ir alcanzando lentamente un grado de ejecución magistral, cercano a la perfección.

Fuera como fuese, Wiktor Suchowiak estaba en un callejón sin salida. La elección tomada a los dieciocho años, cuando robó a su primera víctima, había sido una estupidez. Debería haber previsto que el futuro de la delincuencia se hallaba en las instituciones legales, entre otras la policía, y haberse alistado en sus filas de castigo. Pero Wiktor Suchowiak no haría eso nunca, ni siquiera después, cuando ya era un hombre maduro y preso común y se le instó a participar en la construcción de un futuro mejor por el lado del orden y la paz.

Wiktor Suchowiak no era desde luego un hombre de honor. La soledad y el individualismo no confieren la dignidad por sí mismos,

hace falta algo más. Con todo, no cabe la menor duda de que Wiktor Suchowiak creía en los principios propios de su oficio. No le interesaba la política y no tenía aspiración intelectual alguna. Su moral era simple, como su formación cultural, sus gustos y su forma de ser. Le gustaban las mujeres, los tiovivos, el vodka, los niños y las puestas de sol.

No le gustaban las muchedumbres, los dulces, los policías, el otoño y la violencia si no aportaban ciertas ventajas. Ya en el primer año de la guerra, había llegado a la conclusión de que el mundo sufría de una demencia colectiva. En esos días, atracaba de vez en cuando a algún compatriota, pero por lo general prefería a los alemanes, no por razones patrióticas, sino por mero cálculo. Sus compatriotas no solían ser muy solventes. Sin duda, Wiktor Suchowiak era consciente del riesgo que corría asaltando alemanes armados hasta los dientes. Sin embargo, no faltaban alemanes en estado de embriaguez o simplemente poco atentos, sobre todo cuando disfrutaban de compañía femenina.

Un buen día, Wiktor Suchowiak decidió cambiar de perfil profesional, hecho no carente de factores positivos de naturaleza metafísica, porque Wiktor Suchowiak tenía fe en Dios y por lo tanto en el paraíso, en el purgatorio y en el infierno. Por una suma generosa, pasaba a gente del gueto a la zona aria. De esta forma obtenía pingües beneficios, a la par que realizaba una obra de misericordia.

Siendo como era un hombre experimentado y un trabajador concienzudo, en el que se podía confiar hasta en los peores momentos, pronto se hizo con una numerosa clientela. Su nombre corría de boca en boca y gozaba de respeto incluso entre los *wachmann*, los vigilantes, a los que les permitía hacerse también con algún dinerito. Entre Wiktor Suchowiak y algunos de los policías del gueto se entablaron unas relaciones de colaboración muy particulares y solidarias, de las que ni siquiera abusaban los alemanes más sanguinarios, que ya se habían percatado de con quién andaban en tratos y de que cualquier intento de liquidar a Suchowiak les costaría la vida. El malhechor era hombre de una enorme fuerza física y gran valentía. Ningún otro traficante de carne humana podía comparársele. Los otros regateaban porfiadamente con los *wachmann* que, al final, siempre acababan por ceder, faltos de determinación y fuerza de

espíritu. Por contra, Wiktor Suchowiak nunca se avenía a regatear. Pagaba lo que le parecía justo y cortaba por lo sano todos los lamentos y amenazas de los *wachmann*. No los temía; si alguien tenía miedo, eran ellos de él.

A comienzos de la primavera del año 1943, el tráfico humano del gueto dejó de ser un negocio rentable, puesto que ya no había a quién pasar clandestinamente. La mayoría de los judíos había sido exterminada y los que quedaban entre sus muros estaban sumidos en la mayor de las miserias; por lo tanto, no tenían con qué pagar el paso a la zona aria, donde además no hubieran sobrevivido mucho tiempo teniendo en cuenta su aspecto, sus costumbres y su deficiente conocimiento del polaco. Y unos cuantos de los que seguían dentro no tardarían mucho en morir luchando, para de este modo convertirse en leyenda viva.

Uno de los últimos «negocios judíos» de Wiktor Suchowiak fue Joasia, la hija de Jerzy Fichtelbaum, abogado defensor en causas criminales, muy conocido antes de la guerra. No todos sus clientes se caracterizaban por la firmeza de principios de Wiktor Suchowiak, de modo que Fichtelbaum había descartado la posibilidad de sobrevivir en la zona aria. Tenía «un aspecto fatal»: moreno, de baja estatura, con barba oscura y poblada, tez olivácea, la clásica nariz semita, los labios gruesos, y en los ojos la afectuosa mansedumbre de un pastor de ovejas de Canaán. Por otra parte, el abogado Jerzy Fichtelbaum tenía ya poco dinero en el bolsillo y el corazón destrozado: a su mujer se la había llevado, de la forma más banal, un cáncer, hacía poco más de un año. Había muerto en su propia cama, lo que provocaba la envidia en todo el vecindario. El abogado se había quedado con su pequeña Joasia, una niña dócil y bonita, nacida poco antes del estallido de la guerra. Era fruto de la paternidad tardía del abogado, y tal vez por ello, la amaba doblemente. Su hijo, Henryczek, era ya un joven de diecinueve años, vivía su vida y moriría su propia muerte, sin relación alguna con el drama de su pueblo y de su raza. Henryczek Fichtelbaum había huido del gueto en el otoño de 1942, y no mantenía ningún contacto con su padre y su hermana. De modo que el abogado Jerzy Fichtelbaum decidió salvar a Joasia para poder enfrentarse con serenidad y valentía a la muerte. Era una decisión que toda persona sensata hubiera tomado de estar en lugar del abogado, y que muchos tomaron por aquel entonces…

Como ya hemos dicho, los hitlerianos fueron sin duda los más crueles totalitarios de la historia, pero su afán de ponerse en cabeza de la humanidad en tales artes y de conseguir la palma de la maldad en el mundo moderno provocó descuidos propios de su corta experiencia. Por ejemplo, la línea telefónica que unía el gueto con la parte aria de Varsovia funcionó de modo inalterable hasta la total liquidación de la zona restringida, gracias a lo cual el abogado Jerzy Fichtelbaum pudo, auricular en mano, acordar ciertos pormenores de la acción de salvamento de Joasia. Los esbirros de Hitler no solo no cortaron la comunicación telefónica, ni tan siquiera se molestaron en poner escuchas, lo que al cabo de los años le resultaría inconcebible a Wiktor Suchowiak, y no solo a él, a la vista de las experiencias normales de la segunda mitad del siglo XX. Por raro que parezca, así fue, y gracias a ello Joasia Fichtelbaum sigue viva hoy.

Una tarde de primavera, Wiktor Suchowiak tomó a Joasia de la mano y, acariciándole la cabecita, le dijo:

—Ahora tú y yo vamos a dar un paseo.

El abogado Jerzy Fichtelbaum dijo en voz muy baja:

—Sí, Joasia. Tienes que obedecer a nuestro amigo.

La niña bajó la cabeza. El abogado ordenó con una voz algo enronquecida:

—Váyase usted ya…

—Bien —contestó Wiktor Suchowiak—. Puede usted quedarse tranquilo.

—Y ni una palabra a la niña —añadió el abogado—. Nunca, ni una palabra…

—Lo transmitiré todo tal y como hemos quedado, no se atormente usted más.

—¡Venga! —gritó de súbito el abogado y se volvió de cara a la pared.

Wiktor Suchowiak volvió a tomar de la mano a Joasia y salieron ambos de la casa. El abogado Jerzy Fichtelbaum, de cara contra la pared, gemía, casi en un susurro; no quería causar dolor a nadie y mucho menos a su hijita.

—Te pido por favor que no llores —le dijo Wiktor Suchowiak a la niña—. Lo mejor de todo es que no hables, solo respira.

La niña bajó de nuevo la cabeza.

Entraron en la calle desierta. Wiktor Suchowiak conocía el

camino. A la *wacha* se le había pagado conforme a la tarifa por disparo fallido. Pasaron. Ni siquiera dispararon. Aquella tarde, los *wachmann* estaban muy aletargados.

Sin embargo, no todos sucumbían al *dolce far niente*. No lejos del muro, ya en la zona aria, deambulaba un elegante joven, conocido en los círculos de los *szmalcownicy*[1] bajo el seudónimo de Bello Lolo, por ser esbelto como un junco, claro como un amanecer de primavera, ligero como la brisa, raudo como el río Dunajec. Tenía un ojo clínico para los judíos, los cazaba por las calles sin errar el tiro y cuando daba con uno, no cejaba hasta conseguir la presa, aunque en más de alguna ocasión esta tratara de escabullirse. No faltaban los judíos que conocían de cabo a rabo la ciudad: los portales, los patios comunicados, las tiendas con puerta trasera. Pero el Bello Lolo aún la conocía mejor. A decir verdad, no le agradaban los judíos provincianos, perdidos en Varsovia como en un bosque lejano, esos judíos afligidos y amedrentados, que se rendían de inmediato a la mirada certera del Bello Lolo. Les robaba todo lo que llevaban encima, a veces tan solo unos miserables chavos, lo que le causaba tanto fastidio que entonces tomaba al judío por los hombros, le llevaba hasta el puesto de gendarmería más próximo o le entregaba a un policía de paso, mientras les dirigía unas últimas palabras llenas de amargura y melancolía:

—La próxima vez, roñoso, lleva algo más de dinero encima. De todos modos no habrá una segunda vez. *Adieu!*

Diciendo *adieu* sentía una suerte de solidaridad con Europa, a la que consideraba su patria.

Lolo disfrutaba con la cacería. Cuando daba con un judío más digno de atención, que se deslizaba por las calles como un animal acosado, aunque determinado en su huida, le seguía paso a paso, dándole a entender que ya había caído en la trampa, que ya le andaba siguiendo, que no llegaría lejos. Entonces el judío trataba de despistarle astutamente, de alejarle de la madriguera donde se escondía su familia. Pero nadie podía salir airoso de tal empresa bajo la mirada atenta del Bello Lolo, que acababa por atrapar al judío y persuadirle sin mucho esfuerzo para que dieran un paseo juntos y le revelara el escondrijo. Después concretaban el negocio. Lolo se llevaba el dinero, las joyas, no dejaba escapar siquiera la ropa. Sabía que inmediatamente después de marcharse él, su víctima cambiaría de

escondrijo, tal vez permanecería engorronada en un sótano o trataría de abandonar la ciudad. Lolo aprovechaba también la ocasión para desplumar a los protectores arios del judío que, presas del pánico cedían a sus exigencias. Pero eso no lo hacía a menudo. Con los compatriotas arios el negocio siempre se resentía. Un polaco que escondiera y alimentara a los judíos podía hacerlo por interés, pero también por razones nobles y humanitarias, lo cual siempre inquietaba al Bello Lolo, porque solo el diablo sabía si ese polaco de tan buen corazón no le denunciaría a la gente de la Resistencia, o si ese mismo polaco solidario no estaría metido en la Resistencia hasta el cuello y si no le costaría la torta un pan. Después de todo, ocurría a veces que algún *szmalcownik* caía muerto por las balas de la Resistencia en las calles de Varsovia, de modo que no valía la pena arriesgarse. Por las mismas razones, Lolo aparecía en muy raras ocasiones en las cercanías del gueto, ya que había allí bastante competencia y además algún ojo funesto podía fijarse en su cara bonita.

Aquel atardecer estaba paseando sin pensar en absoluto en la caza. El azar lo condujo a los alrededores de la plaza de los Krasiński y el azar lo hizo topar con Wiktor Suchowiak que caminaba con cierta prisa por la acera de la calle Miodowa, llevando de la mano a una criatura judía. Wiktor Suchowiak era un hombre moreno, de pelo oscuro y aspecto de gitano medio ajumado. Al ver a esa peculiar pareja, el Bello Lolo sintió que despertaba en él su instinto de cazador. Así que se acercó a Wiktor Suchowiak y dijo:

—¿Adónde vas con tanta prisa, Moisés?

—Se equivoca, caballero —dijo Wiktor Suchowiak.

—Haces correr tanto a esta pequeña judía que ya le falta el aliento —añadió el Bello Lolo en tono bromista—. Haz un alto, colega, y entremos en este portal…

—Oiga, pero ¿de qué se trata? —preguntó Wiktor Suchowiak y miró a su alrededor con aire asustado. La calle estaba desierta… Solo al fondo de la calle Miodowa se oía el chirrido de un tranvía. Una línea violeta, apenas visible, se movía en la penumbra. El Bello Lolo empujó a Wiktor hacia el portal más próximo.

—Charlaremos un poco —dijo con gravedad.

—Caballero, yo no soy judío —se defendía Wiktor Suchowiak.

—Ahora lo vamos a ver —contestó Lolo—, enseña el pito.

—¿Delante de la niña? —murmuró Wiktor Suchowiak.

—¡No me vengas ahora con la niña! —gritó Lolo—. ¡Enseña el pito!

—Joasia —dijo dulcemente Wiktor Suchowiak a la niña—, vuelve la carita hacia la pared y estate quieta.

Joasia obedeció en silencio. Wiktor Suchowiak se desabrochó los botones del abrigo, inclinó ligeramente la cabeza y acto seguido le asestó al Bello Lolo un violento codazo en la mandíbula. Lolo se tambaleó, gritó y se apoyó en la pared. Wiktor Suchowiak le dio un golpe seco en el estómago y, al encorvarse Lolo un poco, le clavó la rodilla en la entrepierna. Lolo gimió, recibió otro golpe en la mandíbula y otro más en el puente de la nariz. La sangre brotó a chorros. El Bello Lolo se desplomó. Wiktor Suchowiak se inclinó, pero captó la mirada de Joasia y exclamó:

—¡Vuélvete, por favor! ¡Hazme caso!

La niña se volvió. Wiktor Suchowiak dijo en voz baja a Lolo:

—Cabrón, la próxima vez te despellejaré vivo.

El Bello Lolo sangraba abundantemente, sentía un dolor terrible, se le iba la cabeza y tenía el corazón lleno de rencor y miedo.

—No tengo nada, señor —murmuró. Un fuerte puntapié lo tumbó boca abajo. En la mejilla sentía el frescor del cemento y en todo el cuerpo las manos ágiles de su verdugo. Wiktor Suchowiak dio con el billetero y la cartera. Actuaba con parsimonia. Contó cuidadosamente los billetes.

—¿A quién has desplumado hoy? —preguntó—. Yo no gano tanta pasta en todo un mes.

No era verdad, pues él ganaba más, pero no veía motivo para introducir a su sangrante agresor en sus negocios. Echó la cartera junto a la cabeza de Lolo.

—Aquí tienes para el tranvía —dijo—. Y mantente lejos de mí.

Cogió a Joasia de la mano y dijo:

—Este señor se ha puesto enfermo, está algo trastornado.

Salieron del portal. El Bello Lolo a duras penas logró ponerse en pie. Pero aún no podía caminar. Se apoyó contra la pared y se quedó de pie resollando pesadamente. Su nariz continuaba sangrando. Se sentía dolorido, humillado y lleno de odio.

Estos dos caballeros habrían de encontrarse veinte años más tarde. Wiktor Suchowiak acababa de salir de la cárcel, y era un hombre prematuramente envejecido, una escoria social y un

reaccionario. Sin embargo, el Estado, animado por la misión de perfeccionar la naturaleza humana, no abandonó a su suerte a ese desdichado producto del capitalismo. Wiktor Suchowiak recibió el destino de incorporarse a cierta fábrica de materiales de la construcción, donde iba a trabajar como operario de una hormigonera. Nunca en la vida había tenido contacto con el cemento, si se excluye el suelo de la celda de la cárcel, pero tenía la mente lúcida y el carácter duro, por lo que esperaba estar a la altura de las circunstancias. Al fin y al cabo ya no esperaba mucho de la vida. De modo que, provisto de su nuevo destino, se dirigió al encargado de personal de la empresa. El encargado lo recibió con acritud, como solía recibir a los empleados nuevos de pasado oscuro y con antecedentes penales. Leyó la orden, esbozó una mueca de desagrado y dejó el papel sobre el cristal que cubría el escritorio. El escritorio estaba algo deteriorado. Y el encargado también estaba algo deteriorado. Tenía la cara un poco hinchada y su pelo, claro y lacio, raleaba. El sol inundaba la pieza; era un día de verano con el cielo despejado. Wiktor Suchowiak contemplaba al encargado y callaba. El encargado dijo:

—¿Ha trabajado alguna vez con el cemento?

—No, señor encargado —contestó Suchowiak—. Pero siempre se puede aprender lo que sea.

El encargado asintió con la cabeza, con aire de escepticismo.

—¿Por qué le metieron en chirona?

—Allí está escrito —dijo Suchowiak—. Atraco con lesiones.

—¿Y por qué se metió en ese ajo? ¿No es mejor trabajar honradamente para el bien del país y de la sociedad? Yo creo que no me defraudará, Suchowiak. Me mandan tipos como usted y después solo tengo problemas, pero como tiene pinta de buena persona lo aceptamos. Para el periodo de prueba, naturalmente. Fue seguramente su primer atraco, ¿verdad?

Wiktor Suchowiak sonrió y dijo:

—No, señor encargado. La segunda. La primera vez dejé en pelota viva a un *szmalcownik* en la calle Miodowa, en Varsovia, durante la guerra.

El encargado palideció de repente, se mordió los labios y clavó sus ojos en los de Wiktor.

—¿De qué está usted hablando? —dijo en voz baja.

—De nosotros dos —contestó Wiktor Suchowiak—. Vaya una tunda que te arreé entonces.

—¿De qué está hablando? —gritó el encargado. Le temblaban las manos—. ¿A quién quiere meter miedo? ¿Qué se piensa, Suchowiak? ¿Que la palabra de un delincuente tiene aquí alguna importancia? ¿Que sus calumnias van a cambiar algo?

—Yo no pienso nada, pero conozco la vida —dijo Wiktor Suchowiak—. Si empiezan a hurgar en tu pasado, cabrón, vas a necesitar Dios y ayuda. ¿Que si me creerán? Claro que me creerán. Les han entrado unas ganas locas de hacer justicia. Ningún partido te va a ayudar, ningún cargo.

—No hables tan alto —gruñó el encargado—. ¿Y qué provecho sacarás de todo esto? ¿De qué te servirá? Aquí tienes trabajo, puedes vivir como un rey. Y yo me defenderé, si llega el caso... Lo negaré todo. ¡Como me ves aquí, lo negaré todo!

—Para el carro, cabrón —le interrumpió Suchowiak—, no sabes lo que dices. ¿A quién lo negarás? ¿A los rusos de la secreta? Esos revientan a tíos mejores que tú. Pero ¿quién ha dicho que voy a correr con el soplo? ¿Lo he dicho yo?

—Siéntate —dijo el Bello Lolo—. Siéntate, hijo de la gran puta.

—Si el señor encargado me lo pide, ¿por qué no? —contestó Wiktor Suchowiak, y se sentó en la silla frente al escritorio.

Hablaron durante un buen rato. Hasta el punto que la secretaria se sintió inquieta. Dos veces le pasó una comunicación y él dos veces le gritó groseramente:

—¡No me pase con nadie! ¡Estoy ocupado!

Por fin se separaron. Al Bello Lolo le costó la broma una suma nada despreciable. Como gesto de despedida, Wiktor Suchowiak le dio un pellizco en la mejilla. Cariñosamente, pero con virilidad; le dolió. A Lolo le dolió el corazón. Se quedó en su despacho igual que veinte años atrás en el portal de la calle Miodowa: vejado, lleno de odio y encono.

Wiktor Suchowiak, gracias a la recomendación del Bello Lolo, obtuvo un trabajo mejor pagado en otra empresa. No volvieron a verse nunca más.

Unos años más tarde, Wiktor Suchowiak fue declarado inútil para el trabajo y pasó a cobrar una pequeña pensión. Padecía de tuberculosis ósea, se movía con dificultad. Vivía en una pieza grande

de una casa vieja y húmeda, en un suburbio. Su única distracción era mirar por la ventana a la calle. Pero esta no gozaba precisamente de mucho movimiento. Contemplaba a las mujeres jóvenes con los niños, a los hombres que se apresuraban al trabajo o a la taberna, a las viejecitas entrometidas y quisquillosas que charlaban en la plazuela de al lado de su casa. A veces, él también se sentaba en un banco, hablaba con los viejos. Pero su salud iba de mal en peor y apenas salía.

Por las noches, cuando no podía dormir, lloraba sofocadamente. No sabía por qué, pero llorar le aliviaba. Y cuando por fin, entrada ya la noche, se dormía, soñaba con la guerra y la ocupación. Los hombres sueñan a menudo con los mejores momentos de su vida. No era pues un caso extraordinario, así que ningún freudiano le hubiera considerado un caso digno de especial estudio. Porque cuando Wiktor Suchowiak soñaba con un armario, eso no quería decir en absoluto que ardiera en deseos de poseer a una mujer, sino que en ese armario se escondía un judío que le decía a Wiktor Suchowiak: «Le agradezco mucho el inmenso favor que me ha hecho». Y Wiktor contestaba con dignidad: «Yo no lo he hecho por amor a usted, señor Pinkus, sino porque me lo han pagado bien. Y ahora estese quieto, que la señora que vive aquí es más miedosa que el culo de Hitler».

¿Quién en este país no quisiera tener sueños tan dulces al cabo de los años? Pero los tenía solo Wiktor Suchowiak y tal vez algunas decenas de personas más. Sueños como este rehúyen por lo general a los excombatientes bien alimentados. El sabio y omnisciente Morfeo los reparte entre las pobres maestras de las ciudades de provincias, los jueces viejos y jubilados, los ingenieros, los ferroviarios o los jardineros, y a veces también entre las tenderas y los malhechores de antes de la guerra. Aunque nosotros solo podemos enterarnos de lo que estas personas hicieron en el pasado si aguzamos bien el oído y desciframos las palabras que pronuncian entre sueños.

10

El sastre Apolinary Kujawski vivía en un apartamento de cinco piezas, en un segundo piso, con balcón en la fachada, que daba a la calle Marszałkowska. En todas las habitaciones había altas estufas de azulejos, y la del salón era de especial belleza, con rosetones y una puertecilla de hierro forjado que imitaba en miniatura el portalón de un palacio. En la planta baja del mismo edificio, Kujawski tenía su atelier, un poco lóbrego, pero espacioso, con tres salas. En la primera de ellas, recibía y tomaba medidas a los clientes mientras ellos se miraban en el espejo. En las otras dos trabajaban los aprendices, clavados a tres máquinas Singer que traqueteaban de la mañana a la noche. Cuando la lámina humedecida de las planchas ardientes y pesadas alisaba los trajes, se alzaban densas nubes de vapor.

El sastre Kujawski era un hombre honrado, de poca estatura, ligeramente calvo y corto de vista, con un alma no desprovista de arrebatos románticos, de juicio llano y pies pequeños y graciosos. Mostraba cierta tendencia a una elegancia rebuscada, tal y como podía concebir la elegancia un hombre de antes de la Gran Guerra, procedente de una ciudad de provincias de la circunscripción de Płock a orillas del Vístula, en la que predominaban los habitantes de confesión mosaica. Es decir, llevaba trajes oscuros y cuellos duros, corbatas rameadas, zapatos de gamuza amarilla, así como chalecos de color verde o guinda, según el humor que reinara en su corazón. En el dedo cordial de la mano derecha lucía un sello con una piedra preciosa, y en el meñique de la mano izquierda un anillito con un rubí.

Kujawski gozaba de una envidiable posición económica y, entre los oficiales de la Wehrmacht, e incluso entre las fuerzas de orden público alemanas, se le consideraba como el mejor sastre pantalonero de Varsovia. Hasta de Lemberg acudían oficiales al taller de Kujawski para encargarle pantalones de montar o de gala.

Kujawski no era hombre de una gran valentía, por lo tanto no

intentaba sacar partido de conocidos tan influyentes a favor de la lucha patriótica. Sin embargo, tampoco carecía de conciencia nacional, de modo que no escatimaba medios con el fin de ayudar, eso sí discretamente, al movimiento de Resistencia. Apoyaba también las iniciativas artísticas. Invertía sumas importantes en la compra de manuscritos literarios que deberían ser publicados una vez acabara la guerra. Compraba telas de los maestros del pincel y las almacenaba en casa, convencido de que en una Polonia libre las donaría a algún museo, bajo la condición de que apareciera el apellido del donador en los rótulos *ad hoc* o, mejor aún, en el frontón del edificio.

Kujawski hizo fortuna gracias a los extraordinarios avatares de la historia y a su reputación de hombre serio. Muchos años atrás, inmediatamente después de la Gran Guerra, había llegado a Varsovia en busca de empleo. Anduvo de un taller a otro, sin calentar mucho tiempo el asiento en ninguno, puesto que era hombre de convicciones cristianas radicales y se negaba en redondo a trabajar para los patrones judíos, lo que en su oficio complicaba bastante las cosas, dado el exceso de mano de obra entre los artesanos cristianos. En aquella época, Kujawski vivía en un sótano de la calle Miodowa, un hombre solitario y menudito, estigmatizado por el orgullo iracundo de su indigencia. Se sacaba algún dinero planchando trajes para los señores del vecindario o arreglando los trapos del pobrerío local. En esa época, el único cliente de postín que tenía era el juez Romnicki, un señor original, y un sabio, al que le agradaba la personalidad del sastre. Un buen día, subiendo Kujawski al primer piso de la casa del juez para llevarle unos pantalones, este le dijo:

—Señor Kujawski, tengo un trabajo fijo para usted.

—El señor juez está de guasa —contravino el sastre.

—Nada de eso. ¿Ha oído usted hablar de Mitelman?

—¿Mitelman? ¿El de la calle Bielańska?

—El de la calle Bielańska. Soy un cliente fijo desde hace treinta años. Un gran artista de la tijera y hombre de conducta intachable. Está dispuesto, por recomendación mía, a emplearle.

—Señor juez, yo soy un sastre cristiano.

—Deje usted ya de decir tonterías, señor Kujawski. ¿Acaso se hilvana de forma distinta si uno es judío o cristiano?

—No, no digo eso. Pero ellos tienen otras costumbres, que...

—Señor Kujawski —le interrumpió el juez—, le consideraba a

usted un hombre cabal. Mitelman está dispuesto a emplearle. Un empleo fijo. En su taller trabajan varios cortadores, más de diez ayudantes. Una empresa grande y sólida. La mejor clientela de Varsovia. ¿Qué más quiere usted? Dentro de unos años, si muestra usted aplicación en el trabajo, si ahorra, podrá incluso montar su propia sastrería. Y por fin casarse, señor Kujawski, que ya va siendo hora…

—Yo no me casaré nunca, señor juez.

—Bueno, eso es asunto suyo. ¿Y qué?, ¿se decide usted?

Kujawski le rogó que le diera un poco de tiempo para pensarlo; tenía que consultarlo con la almohada. Le mortificaba la duda. No sentía aversión por los judíos, sino un abismal distanciamiento. Había crecido entre ellos, aunque siempre guardando las distancias. Despertaban en él curiosidad y a la vez temor por la diferencia de lengua, costumbres y aspecto.

A pesar de que en su ciudad natal los judíos constituían una aplastante mayoría, los cristianos mostraban cierto sentimiento de superioridad, quizá por saberse minoría y no obstante creerse favorecidos por el destino; era un mundo basado en una jerarquía en la cual todos conocían su lugar correspondiente. En este escalafón, los judíos, solo por el mismo hecho de serlo, ocupaban un grado inferior que los cristianos, lo cual no provocaba en Kujawski especial asombro o reflexión. Había sido siempre así, desde tiempos remotos, con toda seguridad desde el día en que los judíos crucificaron a Nuestro Señor Jesucristo. Era Dios quien había decidido establecer tal jerarquía en la tierra, posiblemente con el fin de castigar a los judíos por su descreimiento, su terquedad y el acto de traición que habían osado perpetrar contra Él.

Kujawski era un hombre profundamente creyente, con una fe similar a la mayoría de sus conciudadanos: rezaba, asistía a misa, comulgaba, se ponía bajo la protección de la Virgen María, amaba Polonia, país católico de verdad, con la cruz a cuestas como el mismo Jesús, digna de ser llamada «Cristo de las naciones». No respetaba a los ortodoxos y depravados moscovitas, ni a los alemanes, luteranos y brutales, ni por supuesto a los judíos, bulliciosos y fieles al Antiguo Testamento. No obstante, su falta de respeto hacia unos u otros era de carácter distinto: una cosa eran los moscovitas, que habían sido sus verdugos, con su Siberia, su *knut*[1] y sus *kibitkas*.[2] Otra los alemanes,

enemigos sempiternos, quizá más capaces y más laboriosos, pero Kujawski, desde su alma eslava, sentía desprecio por ellos y los trataba con una mezcla de animadversión y burla. Y otra muy distinta, los judíos a los que no respetaba porque, aun siendo inferiores a él, siempre intentaban darle gato por liebre, tomarle el pelo. A él, a Kujawski, que era más polaco que nadie, que estaba en su propia tierra. Ellos eran unas almas errantes, él, sin embargo, podía jactarse de su linaje polaco: suyos eran los ríos, los campos, los paisajes de Polonia. Los judíos habían aparecido en su país como unos vagabundos. A Kujawski le fastidiaban sus negocios, sus casas y sus talleres, porque le arrebataban su propio espacio, donde apenas sí cabía su persona. A veces incluso tenía que abrirse paso con dificultad en su propia casa, para hallar un rincón en el que pudiera descansar su extenuada cabeza.

A Kujawski le mortificó la duda durante algunas horas; por fin, por la tarde subió hasta el primer piso y le comunicó al juez que aceptaba la propuesta de trabajo del señor Mitelman, el de la calle Bielańska.

—Estoy harto de tanta miseria, señor juez —confesó, como si quisiera disculparse por haber rendido armas y preferir la aguja judía a la guadaña polaca.

El juez Romnicki dijo:

—Gracias a Dios que ha entrado usted en razón, señor Kujawski.

Kujawski era un sastre de talento, y Mitelman un maestro de maestros. Al propietario del distinguido taller le cayó simpático aquel empleado cristiano, de figura menuda y disposición enérgica, tanto más por cuanto Mitelman veía en emplear a un *goi*, una persona no judía, por lo menos, la posibilidad de granjearse una clientela más exclusiva. Enviaba a Kujawski a las mejores casas, puesto que incluso en las mejores casas, incluso en las más liberales, progresistas y de alto vuelo, un sastre cristiano no perturbaba el inamovible orden moral, aunque tampoco satisfacía como es debido la concepción europea del mundo. Kujawski se ganaba decentemente la vida, pero no hizo fortuna. El sótano siguió siendo su morada.

En 1940, Mitelman se preparó para entrar en el gueto. Una tarde lluviosa de otoño apareció en el umbral del sótano y le dijo a Kujawski:

—Señor Apolinary, me voy al gueto. Ya sabe usted que en el

almacén del taller hay existencias del mejor *cheviot* de Varsovia. Hay también veinticinco balas de lana de Bielsko, así como aquellas pacas de tela de casa Jankowski que juntos recogimos poco antes de la guerra. No hace falta que le describa cómo es mi taller. Me voy al gueto. Es usted el único cristiano que trabaja en mi sastrería, guárdeme todo eso para cuando vengan mejores tiempos.

—Señor Mitelman —gritó el sastre Kujawski—. ¿Dónde voy a guardar todo eso? ¿En este sótano?

—¿Le he dicho acaso que tenía que guardarlo en el sótano? Todo ese material vale una fortuna. Tome algo para usted, abra un tallercito, se va ganando la vida y me trae usted algo al gueto, porque yo en usted confío como en mi propio padre. Y cuando termine la guerra, montamos una empresa a medias, Mitelman y Kujawski, o si prefiere Kujawski y Mitelman, o Kujawski y Compañía, a mí ya me da todo igual, pero mejor para usted sería que a pesar de todo la llamáramos Kujawski y Mitelman, porque el apellido algo cuenta y a mí en la ciudad se me conoce.

Así lo hizo. El sastre Kujawski se convirtió en el poseedor real de la fortuna del sastre Mitelman y siguieron viéndose, hasta que fue posible, frente al Palacio de Justicia en la calle Leszno. Kujawski le llevaba a Mitelman dinero, le llevaba alimentos y le llevaba buenas palabras, consuelo, amistad, consejo. Mitelman se iba debilitando día a día, mientras Kujawski se robustecía cada vez más, sin que ello le causara especial alegría, viendo como veía la horrible injusticia cometida. Viendo como los judíos sufrían, agonizaban, morían en un castigo que rebasaba la imaginación humana, aunque hubieran pecado gravemente al no dar fe a la palabra del Salvador. Además, si los judíos habían sucumbido al pecado, este no era el caso de Mitelman, hombre bueno, probo, generoso, justo y devoto... Eso sí, solo creía en el Antiguo Testamento, lo que no era digno de encomio, por cierto.

Kujawski no era hombre de muchas luces y a veces sentía cierto desprecio por su propia mente, se reprochaba su poquedad de entendimiento, incluso se decía a sí mismo: A decir verdad soy un idiota, pero no es culpa mía si soy un idiota, y si yo mismo reconozco que soy un idiota, pues a lo mejor no soy tan idiota. En suma, Kujawski no poseía aspiraciones filosóficas, no se adentraba en los arcanos de la existencia humana y no ponía en tela de juicio el mundo y su justicia, y con todo se daba perfecta cuenta de que a su alrededor

bullían las aguas del infierno, triunfaba el mal y de que había que combatirlo de la forma más eficaz posible. Les hacía pantalones a los oficiales alemanes porque, con pantalones o sin ellos, persistirían en su actuación; en último término, no disparaban con los pantalones de montar, hasta con el culo al aire seguirían liquidando a los pobres judíos, hasta con el culo al aire fusilarían a los polacos. Por otra parte, Kujawski no cosía abrigos de piel para el ejército alemán sumergido en los hielos de la periferia de Moscú; con los pantalones de montar que les hacía, el culo se les iba a helar no solo en Moscú, sino también en el suburbio varsoviano de Rembertów, de modo que carecía de remordimientos en cuanto a las ganancias habidas gracias al invasor. En su corazón crecía el anhelo romántico y patriótico de socorrer a la gente necesitada, dañada, perseguida.

Un buen día de la primavera del año 1942, se convirtió en el propietario de la ingente fortuna del sastre Mitelman, ya que simplemente este murió en el gueto y su único hijo, el dentista Mieczysław Mitelman, cayó unos días después, abatido por los disparos, en la calle Rymarska. Por lo tanto el sastre Kujawski se quedó con la fortuna amasada año tras año gracias al celo y a la laboriosidad del cortador judío y al trabajo de hormigas de sus ayudantes. A Kujawski no le cupo la menor duda de que en parte tenía derecho a esas propiedades; pero abrigaba dudas en cuanto al derecho a la pertenencia del resto de las mismas. ¡Seguro que los alemanes no tenían derecho a ellas! ¿Quizá los judíos? Pero ¿dónde estaban ahora los judíos? ¿Y qué judíos ostentaban el derecho a la fortuna del sastre Mitelman? ¿A lo mejor era algo que pertenecía al pueblo polaco? Kujawski se hallaba frente a un dilema. Por el momento, la guerra seguía su curso, judíos y polacos seguían cayendo y el sastre Kujawski iba forjándose un buen patrimonio gracias a la costura de pantalones de montar y de gala para los oficiales de la Wehrmacht.

El sastre decidió que en el futuro museo la colección de cuadros donada llevaría el nombre de dos donadores, es decir de Apolinary Kujawski y Benjamin Mitelman, asimismo fundaría una editorial de poesía con el nombre de Kujawski y Mitelman. Pidió consejo al juez Romnicki, quien de vez en cuando solicitaba sus servicios de sastrería, pero no con la misma asiduidad que antes. El juez había dejado de hacerse trajes, se dedicaba a vender las obras de arte, sobre todo cuadros, que había coleccionado a lo largo de las décadas anteriores.

En más de una ocasión, el sastre Kujawski le hacía partícipe de sus negocios al señor Pawełek, como mediador, a pesar de que al sastre no se le pasaba por alto que el joven tenía menos idea que él mismo en lo concerniente a cuestiones de arte. Pues Kujawski gozaba de un sentido y una sensibilidad artísticos innatos; por sus manos se deslizaban objetos hermosos y valiosos, incluso a los brutos oficiales alemanes les compraba delicada porcelana, candelabros, miniaturas. Con mucho gusto despojaba astutamente a los alemanes, a sabiendas de que la mayoría de los objetos ofrecidos para la adquisición procedían del expolio a ciudadanos respetables.

En el fondo, Kujawski había encontrado cierta armonía en su vida durante la guerra. Le producía gran placer verse rodeado de obras de arte; el dinero le daba seguridad en sí mismo. Frecuentaba casas señoriales como invitado de honor. Elegantes damas le tendían la mano para que él la besara y le trataban con una simpatía benevolente. No obstante, era consciente de que no podía permitirse demasiadas licencias, pues él seguía siendo un sastre, y ellos la élite de la nación, cultos, eruditos y privilegiados, dignos, amables, por encima de todo atentos, inteligentes y bellos, y eso a pesar de la mísera solemnidad que los rodeaba, a pesar de que estuvieran desprendiéndose del último trasto, bandeja de plata o libro viejo. No era capaz de regatear con ellos. Y ellos, a despecho de toda apariencia y de todo lo que antes se dijo y después se diría de ellos, poseían un peculiar sentido, no de carácter comercial ni mercantil, sino ético, merced al cual comprendían que Kujawski no les estafaba ni nunca haría escarnio de su decadencia. Entre ellos y Kujawski se tendía un hilo secreto de dependencia paradójica y, sin embargo, fundamental. En su origen polaco, ancestral y común, en su historia y cultura polacas, en la irrepetible madeja del destino polaco, nacía un hilo de dependencia y comunidad que obligaba al sastre a mostrarles respeto y gratitud por haberle dado la posibilidad de ayudarlos en su empeño de sobrevivir, ya que si ellos sobrevivían, él también, porque había en ellos algo, indefinible para Kujawski y para ellos mismos, que le permitiría ser polaco mientras ellos habitaran tierra polaca. Ni un minuto más.

Es así como Kujawski descubrió en su vida una beatífica armonía, y solo una cuestión conseguía inquietar su corazón: parecía que Dios le hubiera dado la espalda a Polonia, que la estuviera sometiendo a

una prueba demasiado dura. ¿Acaso lo merecía Polonia, tras cien años de esclavitud y tribulaciones y apenas veinte de independencia después de la Gran Guerra? Está claro que no todo iba sobre ruedas en aquella Polonia independiente, pero ¿existía algún país en que todo fuera sobre ruedas? ¿Fue correcta, por casualidad, la deshonrosa capitulación de Francia tras apenas un mes de resistencia, su doblegamiento frente a Hitler? ¿No fue humillante que la Unión Soviética, que había hecho gala de su poderío hasta en el último confín del mundo, se desmoronara como un castillo de naipes solo con unos meses de ataque alemán? Ellos, los soviéticos, que habían pactado con Hitler la partición de la desgraciada Polonia. Dios los había castigado por ese pecado: corrieron en desbandada hasta las mismas puertas de Moscú, donde por fin parece que recobraron el juicio y presentaron batalla. ¿Qué había hecho Polonia, qué habían hecho los polacos para ser atormentados de un modo como nunca antes lo habían sido? ¿Por qué Dios sometía a Polonia y a los polacos a una experiencia tan cruel?

Tales cuestiones torturaban el alma del sastre Kujawski, al que se le antojaba, como a muchas otras personas, que era Dios quien guiaba los destinos históricos de la humanidad. No le fue dado llegar a una época en que todos los sucesos sin excepción serían explicados según el método científico del materialismo dialéctico, pero incluso si le hubiera sido dado llegar a ese extremo, tampoco habría creído en él; precisamente según este método, Kujawski no era más que un pequeño burgués, un desclasado sin luces, cuyo carácter, mente y costumbres habían sido conformadas por sus tijeras de sastre, su máquina de coser Singer y sus bobinas de hilo.

Por consiguiente, él mismo sería un producto inconsciente, inacabado y malogrado de la versión sociológica del destino humano. Él mismo, Kujawski, sabía muy bien que había recibido el alma de Dios, que debería escuchar la voz de su conciencia, única e irrepetible como lo era la conciencia de Benjamin Mitelman, del juez Romnicki, del señor Paweł o del alemán Geissler, a quien cosía los pantalones de montar con una tapa de cuero en el trasero; debería escuchar la voz de su conciencia, única arma contra la injusticia del mundo, y si sabía que el materialismo dialéctico desconocía ese término *conciencia*, para reconocer exclusivamente el de *condicionamiento social*, también contribuía a la injusticia, tanto si quería como si no quería, a la

degeneración del mundo, aun en el caso de que aspirara a un mundo exento de la conciencia del sastre Kujawski y de la idea de Dios.

Pero no le fue dado llegar a los días que tendrían que llegar. Para entonces, sus despojos yacían en una fosa común, entre los de otros muchos fusilados en una ejecución pública en el otoño de 1943; sus colecciones habían sido devoradas por las llamas de la Insurrección y dispersadas por los bramidos del viento entre los escombros cenicientos de la ciudad, y su alma se regocijaba ante la presencia de Dios en compañía del alma de Benjamin Mitelman y de las almas de aquellas personas afables y distinguidas a quienes él había ayudado con sus compras de obras de arte, convencido hasta el final, o casi hasta el final de su vida, de que algún día haría un bello donativo a un museo de la Polonia independiente.

El último día de su vida fue como un reflejo y una síntesis de todo su destino, empezando por su infancia. De niño había sido vivaracho y travieso; por las noches se dedicaba a robar peras en el huerto parroquial y siempre andaba zascandileando por aquí y por allá. Tampoco podía estarse quieto aquella mañana en que se despertó lleno de inquietud y desaliento. Deambulaba por las habitaciones sin objetivo alguno. Salió al balcón a pesar del tiempo lluvioso, volvió de nuevo al salón para, momentos después, aparecer en el atelier donde seguía trabajando como de costumbre; de nuevo subió a la segunda planta y recorrió la casa ensimismado, interiormente tenso, y al mismo tiempo vacío, con una extraña sed de conocer el mundo y sus misterios todavía ocultos.

Al filo del mediodía, entró en los años de su juventud. Se dirigió con paso vivo y elástico hacia el Jardín Saski, lo cual divirtió no poco a algunos transeúntes: un hombrecillo de baja estatura con un abrigo grande y oscuro, zapatos amarillos y bastón, parecido a cualquier petimetre de una ciudad provinciana de la antigua circunscripción de Płock. Un hombrecillo con unas patillas demasiado largas y cortadas oblicuamente, las mejillas recién afeitadas y cubiertas de polvos cosméticos, anillos en los dedos, y con un paso ridículo de bailarín, dando unas zancadas demasiado largas para unas piernas tan cortas, que luchaban por moverse con virilidad, agilidad, gracia, y con la seguridad que le da a un hombre una apostura alta y esbelta. El sastre Kujawski, algo más sosegado ya, se dirigía a casa del juez para intercambiar con él opiniones sobre la situación y quizá para

convencerle también de que le vendiera una preciosa miniatura de madera, que representaba sesenta y ocho figuras de seres humanos y animales reunidos en un mercado de un pueblo flamenco a mediados del siglo XVII.

Pero no llegó a su casa porque, en la calle Niecała, unos gendarmes le hicieron subir a un furgón, y cuando trató de demostrar que confeccionaba pantalones para altos cargos militares alemanes, recibió un culatazo tan doloroso en la espalda que se quedó sin respiración. La cabeza empezó a darle vueltas y se calló inmediatamente. Y esta fue su iniciación a la madurez. En la celda guardó silencio; las pocas veces que se decidió a hablar fue con la esperanza de consolar y tranquilizar a sus compañeros de desventura. Era consciente de que les esperaba la muerte contra el muro de una casa de Varsovia. Conocía esa práctica de las ejecuciones públicas, las cuales hacían estragos en la ciudad desde hacía algún tiempo. Sin duda temía la muerte, pero su dignidad no le permitió mostrarlo.

Pasó la noche rezando y meditando sobre el mundo. Y así entró en la vejez, que no había tenido tiempo de experimentar cuando trabajaba de sastre en la calle Marszałkowska, porque entonces era un hombre de apenas cuarenta años, un hombre que abrigaba grandes esperanzas para el futuro. Esa última noche se despidió de todas sus esperanzas. Saludó al alba con serenidad. Ese sastre corriente y moliente, el hombre más banal de la tierra, a decir verdad algo cómico y fatuo con sus ínfulas baratas, quizá incluso un hombre de poco seso, que en el fondo seguía creyendo que la mejor manera de combatir el reúma era dormir con un gato, porque al cabo de un tiempo el reúma pasaba al gato, abandonado definitivamente, los miembros doloridos; ese hombre simple y ordinario de la antigua circunscripción de Płock que en la infancia recitaba la tonadilla nacionalista: «¿Quién eres tú? Un pequeño polaco. ¿Cuál es tu signo? ¡El águila blanca!», que no apreciaba demasiado a los judíos, que no soportaba a los rusos, despreciaba y temía a la vez a los alemanes, y sabía poco o nada de los demás seres humanos, ese pobre sastre cristiano que había amasado una gran fortuna con pacas de *cheviot* judío y después había soñado ingenuamente con el sublime papel de mecenas de artistas, pocas horas antes de morir fue tocado por el milagro de la revelación. Discernió las cosas hasta entonces ocultas, con total nitidez, en su plena esencia, sentido y efimeridad. Pero incluso ese milagro resultó

ser algo trivial, como todo lo relacionado con el sastre Kujawski. Porque es cosa sabida que la gran sabiduría solo le es otorgada a la gente honrada y negada a los canallas. Porque, ¿qué es la sabiduría mayor y más secreta del hombre si no el llamar bueno a lo que es bueno y malo a lo que es malo? Y precisamente en este sentido este simple sastre de tan buena tijera superó a muchos de los futuros filósofos y profetas. Incluso si no hubiera tenido tan buena tijera también los habría superado, porque en su corazón anidaba el principio de la justicia, del bien y del amor al prójimo. Por eso, a la hora de morir contra la pared de una casa de vecindad de Varsovia, murió de una manera hermosa y digna, perdonando a sus asesinos consciente de que a ellos los esperaba también la muerte y que esta no los redimiría de su ignominia. Perdonó a todos los seres humanos y al mundo entero, que juzgó mal dispuesto y contrario a los designios de Dios; él anhelaba un mundo donde todos fueran hombres libres, independientemente de su raza, nacionalidad e ideas, al margen de la forma de su nariz, de su manera de ser y número de calzado. Porque incluso sobre el número de los zapatos había cavilado Kujawski; él no operaba con categorías filosóficas, sino con una multitud de observaciones comunes e incluso ramplonas, anotadas en su memoria de sastre que tomaba medidas para los pantalones. Y qué más da, si de hecho resultó ser más perspicaz que esos iluminados salvadores y enderezadores del mundo que vendrían después de él y quebrarían otra vez los huesos de los ciudadanos, escudriñando su origen, si no de raza sí de clase, y les pondrían un collar como a los osos para que bailaran siempre al ritmo del victorioso acordeón en una gogoliana troika, potente y desenfrenada, lanzada a la carrera por Europa.

Murió frente al muro de una casa, y cuando sus asesinos echaron su cuerpo sobre la plataforma de un camión y se fueron, una mujer mojó un pañuelo con la sangre del sastre coagulada en la acera y se lo llevó como símbolo del martirio humano.

De este modo entró en el panteón de los héroes nacionales, aunque no lo había deseado en absoluto e incluso en el último instante no se le había pasado por la cabeza la idea de ser un héroe. En ese último instante, sabía que era un hombre honrado, que quería el bien para el mundo, para su prójimo y también para Polonia, a la cual siempre había amado a su manera provinciana. Ignoraba que iba a entrar en la nómina de los héroes y, de haberlo sabido, habría

expresado su firme propósito de ser borrado de ella. ¡Después ya fue demasiado tarde! A despecho de sus ideales de libertad y para escarnio de su sencilla vida de sastre, se veneró su muerte elevándola a la categoría de ejemplo y modelo. Sin embargo, nunca quedó del todo claro en qué consistía ese ejemplo. Después de todo se había limitado a salir a la calle con la intención de dar un paseo por el Jardín Saski. ¿Deberían de ser un ejemplo esos paseos? ¿O más bien el estilo con que se servía de las tijeras? ¿O su pasión por los anillos con escudos de nobleza falsos? Estas cuestiones nunca hallaron respuesta. Solo su muerte habría de contar, como si la muerte pudiera significar algo separada de la vida que la ha precedido.

11

—Distinguido camarada Stuckler, yo no habría venido a interesarme por una judía...

—Ese tipo es un buen informador —respondió Stuckler—. Se ha movido entre los judíos de Varsovia a lo largo de muchos años y los conoce bien...

—Tal vez sea como usted afirma, camarada Stuckler, pero ella pertenece al antiguo círculo de mis amistades.

Stuckler se alisó el pelo de las sienes. Fijó en Müller una mirada serena, algo somnolienta.

—En fin, pongamos que sea la viuda de un oficial, ¿qué hay de malo en que se quede con nosotros? —dijo con suavidad.

—No me intereso por ella porque sea la viuda de un oficial polaco, sino porque es una antigua conocida mía —replicó Müller con énfasis—. No tenéis nada contra esa mujer. Está aquí por error.

—No excluyo esa posibilidad —dijo Stuckler tomando entre las manos el auricular.

En voz baja dio la orden de que fuera llevada a su presencia Maria Magdalena Gostomski. Colgó y se dirigió a Müller.

—Camarada Müller —prosiguió—. Le admiro. Apenas llevo en esta ciudad unos meses y ya me siento agotado. Hay que ser un hombre excepcional para poder adaptarse al ambiente polaco.

—Son muchos años —contestó Müller—. He vivido aquí casi toda mi vida. No es tan mala gente como parece. Le diré, así, entre nosotros, que algunos polacos están ahora un poco decepcionados.

—¿Decepcionados? —repitió Stuckler alargando las palabras. Müller asintió con expresión reflexiva.

—Muchos polacos han contado con nosotros a lo largo de decenas de años, ya que se sentían más próximos al pueblo alemán que a los moscovitas, como suelen llamar por aquí a los rusos. En fin, camarada Stuckler, no me meto en política, pero me parece que sería injusto tratarlos con excesivo rigor. Sobre todo ahora, en estas

condiciones de guerra.

—Son eslavos —arguyó Stuckler.

Müller carraspeó. ¿Cómo se comportará esa mujer?, cavilaba. ¿Será lo bastante lista como para darse cuenta de nuestro juego? Una sensación de fría humedad le recorrió la espalda. Me lo estoy jugando todo a una carta, siguió pensando. Pero ella aún se está jugando más. Ojalá sepa estar a la altura.

Stuckler sonrió levemente.

—Una ciudad horrible —afirmó—. Salvaje. Dentro de una semana me voy a conceder unas vacaciones.

—¿Sí? ¿Adónde va usted? —preguntó Müller. Tenía la lengua rígida.

—A mi casa —contestó Stuckler—. Soy de Saalfeld. De Turingia.

—Una región preciosa —dijo Müller.

Stuckler asintió con la cabeza entornando al mismo tiempo los ojos.

Tengo que levantarme de la silla de un salto. Hablar mucho y a voces. Me acercaré a ella con una exclamación de sorpresa y alegría. ¿Y si no sabe alemán? En una situación como esta no puedo hablar en polaco...

—Me gusta la equitación —dijo Stuckler—. Pasear a caballo. Me calma los nervios.

—¿Aquí también la practica?

—Muy poco. Por desgracia. No puedo permitirme ni mucho tiempo libre, ni mucha diversión.

—Aquí es como estar de servicio —adujo Müller suspirando—. En realidad, esto sigue siendo el frente.

—Sí, estamos en el frente —corroboró Stuckler.

¿Traerán un intérprete? He cometido un error. Debería haberle sonsacado si ella habla alemán. Sé demasiado poco sobre esa mujer. Si hablo en polaco, levantaré sospechas.

—Pero ahora descansaré —prosiguió Stuckler—. Quizá vaya a un balneario. ¿Sabía, camarada Müller, que en Saalfeld hay numerosas fuentes termales?

—No lo sabía —contestó Müller—. ¿Curan las enfermedades del estómago?

Me levantaré de la silla de un salto, gritando que me siento herido en mi honor: ¿por qué no ha recurrido a mí, querida amiga?

—Sí, también —contestó Stuckler—. Pero sobre todo tienen propiedades revitalizantes. Últimamente me siento extenuado. Quizá sean los nervios.

—No es de extrañar, camarada Stuckler.

Se abrió la puerta y por un momento Müller creyó que iba a desmayarse, hasta tal punto sentía vértigo. Entró en el despacho una mujer hermosa y rubia, vestida con un traje de chaqueta gris, elegante, esbelta, de tez pálida y grandes ojos azules. La escoltaba un SS corpulento. Müller se levantó de la silla.

—¡No recurrir al viejo Johann Müller, querida señora! ¡Inconcebible!

¡Jesucristo!, rezaba para sus adentros, ¡Jesucristo!

—Sabía que se trataba de un error, señor Müller —respondió ella con calma, en un fluido alemán—, no quería molestarle.

—¡Querida señora Gostomski! —exclamó.

Él no veía sus ojos, miraba un poco más arriba, por encima de la cabeza, atravesado por el miedo cerval de que de un momento a otro ocurriera lo peor.

Stuckler permanecía sentado detrás de la mesa del despacho, inmóvil. Le preguntó a bocajarro:

—¿Se llama usted Gostomski? ¿Es la viuda de un oficial polaco?

—Así es —respondió ella.

—A veces se cometen errores —dijo Stuckler—. Pero nosotros sabemos corregir nuestros errores.

Una vez en la calle, la tomó del brazo. Caminaban a toda prisa, a paso igualado. Él, un hombre canoso, más bien bajo, de tez rubicunda. Ella, una mujer hermosa, esbelta, más alta que él.

—No entiendo nada de todo esto —dijo ella—. Estoy un poco mareada.

—Podemos hablar en polaco —contestó—. En Koszykowa hay una pastelería. Vamos allí.

Parecían una pareja extraña que diera un paseo también extraño por demasiado apresurado. Él le contó cómo había ido a parar al despacho de Stuckler.

—Dios mío —suspiró Irma Seidenman—. Y yo que casi no me acuerdo del señor Filipek.

Le pareció que caminaba del brazo de su marido, el doctor Seidenman, ya que era él, de hecho, quien la había sacado de la jaula

de la Gestapo. Müller sintió la mano de ella sobre la suya.

—Le estoy muy agradecida —dijo ella en voz muy baja y él experimentó una sensación de dulzura—. Siempre me acordaré de este día. Y nunca, nunca en la vida entraré en la avenida de Szuch.

Tal vez no estaba equivocada cuando, encerrada en la jaula, consideraba su existencia como un mundo en el recuerdo, únicamente en el recuerdo. Si la vida era solo aquello que ya había pasado, tenía derecho a suponer que nunca más entraría en la avenida de Szuch y que ese día de abril quedaría grabado para siempre en lo profundo de su conciencia. Pero la vida es también aquello que todavía no está cumplido. Es un penoso avanzar hacia adelante, hasta el final del camino. Durante los siguientes veinticinco años entró cada día en la avenida de Szuch, e incluso en el interior del edificio en cuyo sótano habían estado las celdas. Pero casi nunca pensaba en aquel día de abril, ni en aquella noche tras las rejas, cuando esperaba la muerte a causa de una estúpida pitillera con las iniciales I.S. Entraba cada día en el edificio del Ministerio de Educación, donde ocupaba un cargo importante, y ni siquiera recordaba que en él había un museo de martirología, y cuando las circunstancias se lo recordaban sentía una especie de aprensión. Su vida era aquello que estaba cumplido, pero no cumplido definitivamente, sino más bien todavía no acabado de cumplir, en proceso de cumplirse. Pensaba en eso. Solo eso centraba su atención. A menudo tenía pesadillas, pero no sobre la guerra y la ocupación, ni siquiera sobre el doctor Ignacy Seidenman. Este todavía existía en algún rincón de su memoria, en los recovecos más profundos, aunque ya no como marido sino más bien como signo y símbolo de un pasado enterrado tiempo atrás bajo las cenizas, el signo de algo bueno y valioso que antaño le había llenado la vida para luego alejarse hacia las sombras, bajo la presión de todo aquello que se iba cumpliendo perezosamente, en una especie de sufrimiento, espera y amargura; pero ese sufrimiento y esa espera eran el sentido de todo, llenaban toda la mente de Irma Seidenman, porque ella era una mujer activa, ambiciosa y sabia; quería dar forma a la realidad con sus propias manos, sintiendo con las puntas de los dedos su rugosidad y también su suavidad, que a fin de cuentas tampoco faltaba, sobre todo en los momentos en que algo finalmente se cumplía para dejar sitio a las cosas incumplidas.

A veces le sorprendía sentir en sí misma algo parecido a un

instrumento peculiar que no sonara bien, como un violín roto. Tal vez, pensaba muchos años más tarde, cuando era ya muy vieja, tal vez ese violín suyo se rompió precisamente durante la guerra, aquella noche pasada en la jaula de la avenida de Szuch, o tal vez antes, en el verano de 1938, cuando una madrugada se enteró por teléfono de que su marido, Ignacy Seidenman, acababa de morir. Algo en este instrumento desafinaba, e Irma lo sabía, pues poseía un sentido muy musical de la existencia. Cuando peinaba su pelo cano, de un gris algo sucio —lo cual es bastante frecuente con la edad en el pelo rubio tan claro—, cuando, sentada en una bonita y soleada habitación de la avenida de la Motte-Picquet, contemplaba en el espejo su cara arrugada, o bien cuando hojeaba periódicos en la terraza de un café de la avenida Bosquet donde tomaba casi cada día un *citron pressé*, como una vieja judía solitaria en las calles de París, cuando todo esto ocurría, treinta años después de aquel día en que Stuckler le había permitido abandonar el edificio de la Gestapo en compañía del viejo Müller, ella no se acordaba en absoluto de Stuckler ni de la jaula enrejada, sino de un pequeño gabinete con un escritorio de color miel oscura, dos teléfonos, una palmera en una maceta junto a la ventana, una alfombra y unos sillones tapizados con piel artificial; se acordaba perfectamente de este pequeño gabinete, de la cara de la secretaria, la señorita Stefa, y sobre todo se acordaba de las caras de aquellos tres hombres que le habían tratado con tanta grosería y vileza, aquel día de abril de 1968[1] en que habían aparecido en su gabinete para echarla de él. Y en las calles de París, ya anciana, no recordaba en absoluto o quizá no quería recordar que durante la guerra había repetido obstinadamente en aquel mismo edificio: «¡Me llamo Maria Magdalena Gostomski, no Seidenman! ¡Soy viuda de un oficial, no soy judía!». No se acordaba en absoluto de este hecho, sino de otro ocurrido en el mismo edificio y tal vez en la misma planta —eso ya no era capaz de precisarlo—, se acordaba, pues, de un hecho totalmente diferente, del momento en que les había dicho agriamente a aquellos tres tipos sarcásticos e inflexibles que no hablaría con ellos sino con sus superiores, con la gente responsable del país, quienes seguramente comprenderían su situación y su actitud, independientemente del estúpido hecho de que se llamara Gostomski-Seidenman, Irma Gostomski-Seidenman. Aquellos tres movieron la cabeza con desaprobación y uno de ellos dijo: «Bien, bien. Para qué perder el

tiempo...». Ella cogió el bolso, pero cuando alargó la mano para alcanzar el portafolios con los documentos que aún no había examinado, cosa que hacía habitualmente al salir de la oficina para trabajar un poco más en casa, uno de los hombres dijo con tono categórico que dejara los documentos, que no hacía falta que se los llevara. «Aquí ya no vas a volver, querida...», dijo. Y tenía razón. Ya no volvió. Pero luego, años más tarde, era consciente de que ese instrumento interior estaba roto, oía dentro de sí una nota desafinada, porque Stuckler se le aparecía solo como una sombra apenas perceptible, Stuckler no era más que un fantasma, un símbolo, un incidente, mientras que aquellos tres que habían acudido a su despacho y no le habían dejado coger el portafolios, y también la señorita Stefa, que había vuelto la cara hacia la ventana cuando Irma pasó en compañía de los hombres por el secretario, eran la realidad, eran la vida cumplida hasta el final y, sin embargo, interrumpida violentamente, de golpe, de una manera brutal e indigna. Solo recordaba eso. No recordaba a Stuckler, a Müller, al señor Filipek ni a Pawełek, no recordaba al doctor Adam Korda, sino solo a aquellos hombres en su gabinete, la silueta de la señorita Stefa sobre el fondo de la ventana, y también las caras obesas, abotargadas y malévolas de sus interlocutores posteriores, las manos de los aduaneros sobre su equipaje, sus documentos, sus libros y sus agendas, solo recordaba eso mientras se miraba al espejo en la habitación de la avenida de la Motte-Picquet, una judía vieja y solitaria en las calles de París que sentía a Polonia en la garganta como un tapón, como una mordaza. A veces se decía: Soy injusta. ¡Era mi patria, de modo que soy injusta! Pero al cabo de un momento, tragando con dificultad su *citron pressé*, añadía con alivio: ¿Por qué debo ser justa, si soy una vieja a quien han fastidiado y a quien se lo han quitado todo solo porque se llama Irma Seidenman? Y ya no quería ser justa. Pero cualquiera tiene derecho a ser injusto cuando Dios le ha enviado la desgracia.

Sin embargo, cuando iba en dirección a la calle Koszykowa apoyada en el brazo de Johann Müller, no sabía aún que durante los veinticinco años siguientes pasaría cada día por el umbral del edificio de la avenida de Szuch y que después abandonaría ese edificio de un modo paradójico, cómico y penoso, ya que se vería expulsada por su origen judío del lugar donde, también por ese origen, podría haberse visto retenida para siempre; mientras que ese mismo motivo era la

razón por la cual, durante veinticinco años, había trabajado en ese edificio, del mismo modo que su polonidad le había permitido, gracias a la intervención de Johann Müller, escapar ahora de allí. Cuando iba apoyada en el brazo de Johann Müller, no sabía aún que treinta años más tarde, peinado su pelo cano de un color gris sucio en una habitación de la avenida de la Motte-Picquet, sería una figura trágica, aunque en un sentido muy diferente al de ahora, en la esquina de la calle Koszykowa, cuando acababa de escapar por milagro de la muerte saliendo del edificio de la Gestapo en la avenida de Szuch. Ignoraba todo esto y no conocía aún las ideas, los sentimientos, los sueños que le iban a llegar más tarde, en un mundo totalmente distinto, sin ninguna relación con la realidad que los rodeaba —a Irma y a Müller—, mientras franqueaban el umbral de un pequeño café, ocupaban unas sillas en una mesita y pedían sendos bollos a una camarera alta y morena a la que Müller trataba con rebuscada deferencia, pues aún no hacía mucho que era una pianista renombrada en Europa y esposa de un escritor famoso, aunque en poco tiempo iba a convertirse en el cadáver de una mujer anónima, enterrado bajo los escombros.

—No puedo tragar nada —dijo Irma Seidenman, y apartó el platito con el bollo—. Ahora sí que estoy a punto de desmayarme.

—Qué tonto soy —dijo Müller—. Le hago comer un bollo cuando usted hace dos días que no ha comido nada...

—No tengo hambre —contestó—. Estoy... cómo decirlo, saturada. No sé expresarlo.

—Son los nervios —dijo Müller—. Mañana todo estará algo mejor. Tiene que acostarse y dormir...

—De ninguna manera, no podría dormir. No quiero estar sola ahora...

—¿No quiere ir a ver a algunos amigos o conocidos?

—No, no... Bueno, no lo sé. Estoy totalmente deshecha.

—Avisaré a Filipek de que todo ha ido bien.

—Lo conozco muy poco, pero, por supuesto, quiero darle las gracias de todo corazón.

De pronto rompió a llorar. Agachó la cabeza y las lágrimas le corrían por las mejillas. Müller dijo en voz baja:

—Llore, le hará bien...

La pianista morena se acercó y acarició con ternura la cabeza de Irma, como si se tratara de una niña.

—Llorar es bueno —dijo—, pero le voy a traer algo infalible.

Irma Seidenman alzó sus ojos azules y húmedos.

—¿Infalible? —dijo—. ¡Dios mío!

Sacó un pañuelo y se secó las lágrimas. Luego se sonó la nariz ruidosamente como si no fuera una mujer elegante y culta, viuda de un médico o un oficial de artillería. La camarera puso delante de Irma un vaso lleno de un líquido marrón oscuro y dijo:

—Beba.

Irma Seidenman bebió.

—¡Qué terriblemente fuerte! —exclamó dirigiéndole una sonrisa.

La camarera asintió con la cabeza.

—Verá, son mis «gotas contra la Gestapo».

—Me encantaría probarlas —dijo Müller—. Espero que no me las negará.

—Ahora mismo —dijo la camarera.

El tiempo pasaba. Müller llamó por teléfono al ferroviario Filipek. Le informó de que la señora Gostomski se encontraba bien y de que la empresa había sido coronada con éxito. Volvió a la mesa. Bebió un vasito más de las «gotas contra la Gestapo». Escuchó a Irma Seidenman que le contaba su estancia en la jaula en la avenida de Szuch. El tiempo pasaba. Ya no eran dos extraños. Si tuviera veinte años menos y los tiempos fueran otros, me enamoraría de esta mujer, pensó Müller. Pero ahora es suficiente con que esté a salvo. De pronto, estalló en una sonora carcajada. Irma Seidenman lo miró con sorpresa.

—He pensado —dijo Müller— que todo esto es extraordinario. Mi vida es extraordinaria. ¿No le molesta mi insignia del Partido en la solapa?

—Pero si yo sé quién es usted —contestó.

—Verá, no se trata de una mascarada, querida señora. Es verdad, soy alemán, soy realmente Johann Müller. ¿Comprende usted?

—Comprendo —contestó con serenidad—. Hay alemanes diferentes. Todo el mundo lo sabe…

—Hoy todo el mundo lo sabe, pero si la guerra continúa, si toda esta porquería continúa, los polacos olvidarán que hay alemanes diferentes. ¿Y quién seré yo entonces? ¿Qué pasará conmigo?

—No lo dirá en serio —dijo Irma Seidenman—. Le conocen aquí centenares de personas. No debe temer nada…

Müller frunció ligeramente el entrecejo.

—Yo no temo a nadie, querida señora. ¿Miedo? ¡No, no es miedo! Estoy pensando, por decirlo de alguna manera, en mi pertenencia. ¿A quiénes pertenezco? ¿A los de aquí o a los de allá? No se trata de mí, porque yo sé que pertenezco a los de aquí. Pero después de la guerra, en la Polonia independiente, ¿la gente también considerará obvio el que yo pertenezca a los de aquí? Después de todo lo que ocurre ahora entre los alemanes y los polacos, ¿considerarán los polacos que, a pesar de todo, yo soy uno de ellos?

—Naturalmente —dijo Irma Seidenman, aunque de pronto sintió cierta duda, o mejor dicho cierto temor ante la injusticia que podía cernirse sobre aquel hombre.

—Querida señora —dijo— Müller—, el Mariscal[2] me llamaba «mi gordo Hansio», se me dirigía con el nombre de Hansio. ¿Sabe usted que yo conocí al Mariscal hace más de cuarenta años y que transportaba sus octavillas de Łódź a Varsovia? El Mariscal decía: «Que vaya Hansio. Él sabe calzarse a cualquier ruso...». ¡Dios mío, cuánto tiempo hace de esto!

—¿Y se calzaba a los rusos? —preguntó Irma—. ¿Igual que ha hecho hoy con Stuckler?

Él se pasó la mano por su cara colorada, se ensombreció un poco.

—Toda la noche he estado pensando en esto —dijo—, cómo tender la trampa a Stuckler... A usted le puede parecer extraño, pero con él ha sido sencillísimo. Con los rusos no era tan fácil... Stuckler es alemán. Y en Varsovia soy la persona que mejor conoce a los alemanes. Imagínese usted que hay un camarada del Partido, un tal Müller, que viene a verle; este Müller es director de unos importantes talleres de reparación, funcionario del Rüstungskommando. Llega y le dice que un judío ha atrapado por la calle a una conocida suya, sospechosa de ser de origen semita. Stuckler es alemán y los alemanes son rectos. Si me permite diré aún más. Los alemanes son lisos como el mármol. Sin imaginación, sin hipocresía, sin doblez. A Stuckler le han ordenado perseguir a los judíos y los persigue. Si le ordenan que respete a los judíos, les besará las manos y los invitará a tomar el mejor coñac francés. Disciplina, exactitud, eficacia en cualquier empresa. Por desgracia, si es una empresa criminal, también. Así pues, ¿qué ha pensado cuando he aparecido yo y le he dicho que una conocida mía, la viuda del capitán Gostomski, etcétera, etcétera? Ha pensado que se había producido un error y que a usted había que

dejarla volver a su casa y a aquel confidente romperle la cara...

Irma Seidenman escuchaba con la cabeza ligeramente inclinada, ya calmada, atenta a las palabras de Müller como si le hablara de otra persona, como si contara una historia interesante, pero que a ella, Irma Seidenman, no la concerniese en absoluto.

—Sí —continuó Müller—. Toda la noche he estado pensando en cómo jugar con él.

Estaba seguro de una cosa, sabía que tenía que representar mi papel con aplomo, sin vacilar, con toda decisión. Tenía miedo porque no sabía si usted lo captaría y se comportaría como debía. Pero Stuckler es un alemán. Con un alemán la cosa habría salido bien incluso en el caso de que hubiesen surgido complicaciones. Un alemán no es un ruso, querida señora. Si hubiese tenido que jugar a lo mismo con un ruso, la cosa habría sido muy diferente. Para empezar, él habría sido muy diferente: elegante, de cintura estrecha como una moza casadera, relamido, cortés. Elástico. Rápido. Dulce. «¡Cuánto me alegro, Iván Ivánovich, de que haya tenido la amabilidad de venir a verme!» Así hubiese sido el comienzo, querida señora. Coñac, ¡cómo no! Yo digo que se trata de esto y aquello. Me escucha amablemente. Sonríe. Tiene manos delicadas, femeninas. Las mueve sobre el escritorio, sobre el cual no hay nada, ni un papelito, ni un documento, nada de nada. Yo hablo, él escucha. Sonríe y calla. Lo que piensa un alemán en un momento así, yo lo sé perfectamente. Duda, porque a pesar de todo se ha hecho un expediente sobre este caso, hay un dossier, unos documentos en un estante, pero por otro lado el director Müller dice que se ha producido un error y los errores hay que corregirlos, los alemanes no cometen errores, no es su estilo. Yo sé muy bien lo que piensa un alemán. Pero lo que piensa un ruso, no lo sé ni yo ni nadie, ni siquiera otro ruso. De modo que callamos. Empiezo de nuevo mi historia. Escucha con cortesía. Mira sus uñas. «Querido Iván Ivánovich, qué agradable resulta charlar con usted.» Finalmente me dice: «Un momentito, Iván Ivánovich, ahora le mostraremos a esa tal Seidenman». Y me echa más coñac. Y después aparece una mujer, tal vez incluso rubia y con ojos azules, pero que no es usted, sino otra persona. Mientras tanto él observa. Yo hago mi número, él sonríe. Después dice a la mujer: «Gracias, Niura. Ya puede volver a sus cosas», y se dirige a mí con cara triste, preocupación en los ojos, casi está a punto de llorar: «¿Y de qué nos sirve disgustarnos

mutuamente, querido Iván Ivánovich? ¿Y por qué motivo? ¿Por una judía? Reflexione sobre ello, Iván Ivánovich, si no, vamos a enfadarnos…». Y cuando yo, confundido, murmuro algo, de pronto deja de ser elegante, femenino, delicado, y surge de él una bestia, un tigre, ha sacado ya el látigo y lo hace chasquear por encima de mi nuca —¿golpeará o no golpeará?—, pero chilla terriblemente, repite con deleite las palabras más vulgares, me ha echado el coñac a la cara, sus ojos se han vuelto oscuros y estrechos como dos rendijas, sigue agitando el látigo, amenaza con la *kibitka* y Siberia: «¡Voy a hacer que te encadenen, la madre que te parió! ¡Te pudrirás en Siberia, la madre que te parió!», pero al cabo de un momento de nuevo está sentado detrás del escritorio, con una sonrisa dulce, cálida, ha llenado las copas de coñac, ha acariciado mi mano: «Iván Ivánovich, olvidémoslo, pero le ruego que no vuelva a hacerlo nunca más…!». Y al final me acompaña a la puerta y dice con una expresión melancólica: «Yo amo a las personas, Iván Ivánovich, y mi corazón sangra cuando sufren injusticias, créame. Pero es una orden superior, una orden superior. Yo busco, por decirlo de alguna manera, justificaciones filosóficas, y de veras que a menudo no las encuentro. Si viene a verme un día, hablaremos de estos problemas, yo necesito un alma que me comprenda, la compañía de un hombre inteligente que haya reflexionado sobre muchas cosas…». Bien, es así como acabaría nuestro caso con un ruso, querida señora.

Irma Seidenman escuchó esta historia como desde lejos. Ahora, a medida que pasaba el tiempo, se sentía otra vez más cerca de la jaula de la avenida de Szuch y de aquella noche del gran examen de conciencia y de la espera. Tal vez por eso, cuando Müller acabó, repuso:

—Y sin embargo, aquellos son diferentes, sin comparación. A quien más miedo tengo es a la Gestapo.

—Es difícil no darle la razón, querida señora —contestó Müller. Quiso añadir algo más, pero se calló. Una corriente de pensamientos desagradables lo invadió y arrastró consigo. Eran pensamientos dolorosos, porque sentía un vínculo con los alemanes y tenía conciencia de su propia condición alemana como nunca antes la había tenido. Este peso le abrumaba. Nos falta una pizca de locura, pensó, somos tan razonables. Tal vez por eso vine aquí, entre los polacos, porque siempre había habido en mí esa pizca de locura, una especie

de galope de la imaginación que no experimenta nunca un verdadero alemán. Un alemán invadido por la locura deja de ser alemán, renuncia a su sangre y su tierra. Ser el mejor en todos los campos, ser inigualable: esta es la combinación alemana. Componer la música más bella, trabajar con el mayor rendimiento, filosofar mejor que nadie, poseer más que nadie, ¡matar con más eficacia! Bien, pensaba con amargura y dolor, pero si eso es precisamente la verdadera locura. No la fantasía del pensamiento y de los actos, ni la vida como una danza o una canción. La locura alemana está precisamente en la lúcida ambición y el incansable intento por alcanzar la primacía en todo. Esta mujer tiene razón. No existe nada más cruel. Ninguna hipocresía rusa puede igualarse con esta recta y honrada pasión de supremacía que ha marcado al espíritu alemán. Ella tiene razón. La doblez del ruso es terrible y destructiva, pero al fin y al cabo nunca es perfecta, siempre se puede encontrar en ella una fisura, una rendija por donde se filtre un poco del alma humana. Si un día la historia fuerza a los alemanes a la hipocresía, se convertirán en los mejores hipócritas bajo el sol. Dios mío, cuánto tiene que sufrir un alemán como yo, un alemán inacabado, no modelado por la mentalidad alemana, un alemán con un defecto en el corazón, que lo ve todo a través de su experiencia eslava, un alemán afectado por el bendito mal de la polonidad, cuya belleza reside justamente en su carácter inacabado, incumplido, inseguro, inquieto, imperfecto, caprichoso e indomable, como un loco conducido de la mano por un ángel.

—Seguramente tiene usted razón —dijo a Irma Seidenman, que por lo demás estaba pensando en otra cosa y no le escuchaba—, seguramente tiene usted razón, porque al ruso le falta la perfección, siempre hay algo que le falla, siempre descuida algo, por lo que todo ese esfuerzo por ejercer un poder incondicional sobre el hombre resultará finalmente infructuoso. Pero lo peor es que vosotros siempre estaréis aquí, entre la espada y la pared.

Inclinado sobre la mesa, de pronto extrañamente envejecido y taciturno, se dio cuenta de que había entregado gran parte de su vida a una causa perdida. No le preocupaba su propio futuro, sino el futuro de este país al que había unido todas las esperanzas de su juventud y de su edad madura. Su destino personal le pareció de pronto indigno de atención. Y no estaba equivocado. La Providencia se mostró bastante complaciente con él. En el otoño del año 1944, se encontró

en medio de los escombros de la ciudad. Oía el estruendo cada vez más fuerte de los cañones rusos del otro lado del Vístula y temía terriblemente un encuentro con aquellos que, igual que treinta años atrás, le dirían con una falsa sonrisa: «Bien, Iván Ivánovich, ya estamos de vuelta…». Ni por un momento había creído en la transformación del alma rusa, en el comunismo ruso ni en el carácter revolucionario de Rusia. El comunismo le resultaba extraño y hasta repugnante, en primer lugar porque para su mente socialista carecía de todo vínculo racional con el movimiento obrero tal como lo conocía, quería y respetaba desde su juventud, y en segundo lugar porque ese comunismo estaba contaminado del espíritu ruso, encarnaba por encima de todo la Rusia tirana, tenebrosa y desenfrenada, con su actitud asiática frente al hombre, su actitud servil frente al mundo, su misteriosa melancolía y su crueldad.

Huyó, pues, Müller, de Varsovia y de Polonia, no porque se sintiera alemán ni porque se creyera vinculado con el Tercer Reich de Adolf Hitler, sino por un miedo ciego ante los rusos, ante su Siberia, su látigo y su esclavitud. Vivió y sufrió mucho todavía, un viejo desprovisto de ilusiones, un náufrago sin patria, llevado por el destino hacia paisajes extraños. En Łódź había dejado las tumbas de sus padres alemanes y de sus camaradas polacos y judíos. Se sentía tanto más solitario cuanto que no encontraba nada en común con aquellos otros alemanes que, huyendo en medio de la migración debida a la nueva división de una Europa que cambiaba las fronteras de los Estados como se cambian de sitio los muebles, acabaron por instalarse en Baviera. Todos aquellos que se creían expulsados de sus hogares seguían sintiéndose alemanes y sobre todo alemanes agraviados, cosa que Müller no aceptó hasta el final de sus días, porque se sentía alemán solo en parte y en parte continuaba siendo polaco. A veces, se compadecía de sus compatriotas alemanes, pero no los absolvía de su pasado ni los consideraba víctimas de la historia, sino hombres corresponsables de la existencia de Hitler y de toda aquella desgracia que había caído sobre el continente como consecuencia de la guerra. Vivía, pues, solitario, sin preocupaciones materiales tras unos pocos años de miseria, vivía silencioso e incomprendido, con la mirada siempre puesta hacia Polonia, cuyos nuevos sufrimientos lo llenaban de tristeza. Se sentía impotente y burlado por el curso de los acontecimientos, un viejo barco varado en un banco de arena, lejos de

su puerto de amarre: los polacos que encontraba después de la guerra no lo conocían, y por tanto no se mostraban demasiado abiertos y todavía menos amistosos. Había noches en que Müller deseaba ardientemente volver a sus orígenes alemanes, para encontrar en ellos consuelo y alivio. Almacenaba entonces meticulosamente en su imaginación todas las insuficiencias y los defectos, los pecados y las tonterías polacas. Habría podido confeccionar una larga lista de ellos, como todos los que amaban a Polonia profundamente. Y justamente por eso se sentía cada vez más patriota polaco —incluso a su pesar—, porque conocía las debilidades de los polacos, todas sus chapuzas, sus picardías, sus idioteces, sus locuras, sus esnobismos y tonterías, su xenofobia, sus ilusiones y sus mitos. Lo conocía todo incluso mejor que los verdaderos polacos, porque al fin y al cabo su mente quedaba separada de Polonia por una finísima red hecha de los genes de la tradición alemana de su padre y de su abuelo. De modo que contaba los pecados polacos para —así lo creía— alejarse de la polonidad, despertar en sí una aversión hacia lo polaco, abrir entre él y Polonia un abismo infranqueable y de esta forma encontrarse con más facilidad en el terreno de la germanidad genética. Pero de pronto abandonó estos intentos, pues se dio cuenta de que eran infructuosos. Cuanto más crítico se volvía Müller respecto a Polonia, tanto más la añoraba y la amaba. Su amor aumentaba todavía más al pensar que no podía participar, como antes, en las experiencias de Polonia, y al pensar que, mientras Polonia sufría, él daba despreocupados paseos entre los maravillosos paisajes alpinos, no le faltaba nada, apagaba la sed con excelente cerveza, saciaba el hambre con platos exquisitos, vivía en una casa confortable y agradable, y sobre todo era libre, era dueño de sus actos y de sus pensamientos, aunque no tanto de su corazón y de su espíritu, pues a Alemania habían llegado los tiempos de la democracia, una democracia tan honrada, omnipresente y eficaz como solo en Alemania habría sido posible. Así que tampoco la democracia alemana dejaba a Müller vivir en paz, porque de nuevo encontraba en ella la tiranía de esa perfección sin la cual los alemanes no saben vivir. Igual que años antes, en el café de la calle Koszykowa, de nuevo le acudió al pensamiento la idea de que la esencia de lo alemán consiste precisamente en llevarlo todo a la perfección, en mostrar en todo si no la perfección, al menos el deseo de perfección. Y de nuevo se sentía mal, de nuevo le faltaba ese carácter inconcluso,

poco claro e incierto de las cosas y de los pensamientos, a través del cual se vislumbra la debilidad de la naturaleza humana, su eterna búsqueda de lo innombrable e inexpresable.

Cuando era ya muy viejo y estaba enfermo, sentado en la terraza de su casa alpina, pensaba —no sin una satisfacción mordaz— que los alemanes eran una vez más verdaderos alemanes: en el Oeste habían llevado a la perfección su americanismo y en el Este su sovietismo. Y se dolía el viejo Müller de su propio destino cojo, y, cuando llegó su hora, vio la ciudad de Łódź, la calle Piotrowska, y en ella una manifestación socialista, y en medio de la manifestación al joven Johann Müller entre sus camaradas polacos, judíos y alemanes que, con el grito de «¡Viva Polonia!», avanzaban impávidos directamente hacia unos cosacos a caballo agrupados al otro extremo de la calle, a punto de cargar, blandiendo los sables y los látigos por encima de los cuellos de sus monturas.

12

Sonó el timbre de la puerta principal. Pawełek miró el reloj. Eran casi las nueve de la noche. La madre de Pawełek dirigió una mirada asustada a su hijo, que permanecía sentado ante la mesa con una mano sobre un libro, escuchando el silencio que se había hecho después de haber sonado el timbre. Era el silencio de la noche en una casa vacía y aislada del mundo por unas cortinas negras acartonadas y por otras de color púrpura. Solo se oía el leve tic-tac del reloj de pie de la marca Gustaw Becker en un rincón de la estancia. En su interior, detrás del cristal, brillaban las pesas y las cadenas doradas. Por encima de la mesa titilaba la luz azulosa de un quinqué engastado por una corona metálica. Los dedos de Pawełek recorrieron el libro y su mirada de nuevo se posó sobre el reloj, que dio las nueve rítmicas campanadas temblando en las profundidades de su mecanismo.

—Pero si es la hora del toque de queda —susurró la madre.

Los dos se pusieron en pie y se miraron.

—Ya abro yo —dijo la mujer. Era una mujer agraciada, de rasgos delicados y expresivos como los de una estatua clásica. En esos momentos el miedo se había apoderado de ella; era un miedo con el que ya se había familiarizado desde hacía unos años y que la paralizaba siempre que oía el sonido del timbre, o el ruido de pasos en la escalera o palabras pronunciadas en alemán. Su marido, oficial durante la campaña de septiembre, se hallaba en un campo de prisioneros, y ella estaba cada día más asustada viendo cómo su hijo crecía y se hacía un hombre; dado que su sueño de que su hijo siguiera siendo un niño era imposible, le hubiera preferido con alguna tara física, un brazo torcido o una pierna más corta. O aún mejor, le hubiera alegrado que por algún tiempo su hijo se convirtiera en un enano. Sin embargo, Pawełek no se convertía en un enano, sino en un hombre joven, fuerte y bien plantado que pronto iba a cumplir diecinueve años. No hablaba mucho con su madre y paraba poco en casa. Frecuentaba la compañía de hombres también jóvenes, altos y

bien plantados, lo que alarmaba a la mujer, convencida de que el muchacho estaba jugando con fuego, que estaba arriesgando la vida. Y esta idea le producía escalofríos de espanto, amor y odio al mismo tiempo. Se reprochaba a sí misma su trivialidad y charlatanería de años atrás, cuando le metía en la cabeza a su hijo todas aquellas historias heroicas y leyendas patrióticas polacas. Se reprochaba haberle dado a conocer todos aquellos poemas románticos y oraciones, canciones y recuerdos: Mickiewicz y Grottger, Piłsudski y el padre Skorupka. Se maldecía por haberle contado la célebre batalla de Grunwald, la victoria de Byczyna, el asedio Psków, y la matanza de Praga, por haberle hablado de Napoleón, de Olszynka Grochowska y Małogoszcz, de las laderas de la Ciudadela, los diez de Pawiak, la fortaleza de Magdeburgo o el milagro del Vístula,[1] pero sobre todo le recriminaba a su marido que, aun ausente y lejano tras la alambrada de un *Oflag*, siguiera deambulando por la casa a través de las manos de Pawełek, cuando este le daba cuerda al reloj de pie subiendo las pesas o cuando cogía de los estantes los libros. Y, con toda seguridad, también le visitaba por las noches para recordarle, en sueños, sus deberes para con la patria. De igual manera que la visitaba a ella, pero de otra guisa: sin sable y sin gorra, sin uniforme, por lo común tal y como su madre lo trajo al mundo, un poco violento y envuelto en un aroma agua de colonia y tabaco, como veinte años atrás cuando por vez primera sintió el peso de su cuerpo sobre el suyo. El peso de un soldado triunfante tras haber ganado la guerra que se alza con dos trofeos: la batalla victoriosa y su mujer. Por las noches recibía a su marido ávida y desvergonzadamente, deseaba prolongar su presencia en sueños; en cambio, de día lo detestaba, temía a ese espíritu fantasioso que seducía a Pawełek, que le atraía hacia sí, hacia esa otra orilla peligrosa donde se organizaban hombres como él, abandonándola a ella en su soledad y su pánico en la orilla opuesta.

Pawełek salió de la habitación, desapareció de su vista. Oyó sus pasos en el pasillo, luego el ruido del cerrojo, el tintineo de su cadena y por fin el rechinar de la puerta. Es el final, pensó, la Gestapo viene a llevarse a Pawełek. Estaba como paralizada, con su rostro bello y maduro, sus cabellos rubios y muy claros caídos sobre la frente, los ojos azules abiertos de par en par y los dedos delgados entrelazados en un gesto de terror. Sentía la sangre palpitar en las sienes persuadida de que no podría soportar una prueba como esa; Dios no debería

castigar a nadie con tanta severidad y exigirle después que siguiera viviendo.

Oyó en el pasillo una voz masculina desconocida que hablaba en polaco en un tono alegre y despreocupado. Pawełek apareció en el umbral seguido de un hombre alto, moreno, de aspecto canallesco, con una niña pequeña de la mano. ¡Estúpida! ¡Eres estúpida, Elżbieta!, se dijo para sus adentros, ¡eres una boba! Y al instante recordó que precisamente uno de esos días debía llegar a su casa Joasia Fichtelbaum, la hermana pequeña de Henio, el mejor camarada de la escuela de Pawełek, aquel muchacho caprichoso y un poco demasiado seguro de sí mismo, que se pavoneaba de sus excelentes notas y que no le caía muy bien a su marido ausente. A decir verdad, su marido sentía no poca aversión por los judíos, aun no siendo partidario, por descontado, de utilizar métodos violentos contra ellos; al fin y al cabo, había luchado por la independencia y era un hombre educado a la europea. Un verdadero caballero con cierta pátina decimonónica de fe en el progreso y en la libertad que convertirían al mundo en un paraíso de fraternidad. Se oponía, por lo tanto, a cualquier actitud violenta frente a los judíos, pero hablaba de ellos con cierto desdén, con una condescendencia señorial, sin calor y con un ápice de sarcasmo. De modo que esa era la hermana pequeña de Henio, y la hija del abogado Jerzy Fichtelbaum, un letrado de renombre, un hombre encantador y de inmensa cultura. Le gustaba conversar con él siempre que se encontraban en las reuniones de padres de alumnos. Incluso en una ocasión habían tomado café juntos en la terraza del parque Łazienki después de haberse encontrado casualmente durante el paseo dominical. Mientras los chicos montaban en unos potrillos, ella, con el abogado y su esposa —cuya cara no recordaba, puesto que era una mujer demasiado sociable como para recordar la cara de la esposa de un abogado judío vista una sola vez durante un paseo dominical por el parque Łazienki—, tomaban café en la terraza y hablaban de la amistad entre Pawełek y Henio, la cual a sus ojos ennoblecía en algo y dignificaba a este último. Por eso mismo no cabía de contenta cuando el juez Romnicki, a quien ella apodaba «nuestro Marco Aurelio de la calle Miodowa», pues lo juzgaba ciudadano de virtudes auténticamente romanas que coincidían con lo que había aprendido del latín y de la Historia Antigua, cuando era estudiante, le había encargado la misión delicada y sublime, tradicional y moderna a

la vez, de acoger por un par de días a una niña judía. La niña resultó ser la hija del abogado Jerzy Fichtelbaum, a la que ella también conocía. Aceptó de inmediato porque era una acción cristiana, íntegramente polaca y humanitaria, que entrañaba el suficiente riesgo como para poder sentirse encomiada y santificada. En realidad, no aceptó por vanidad; por vanidad no se pone la cabeza bajo el hacha. Lo hizo porque su corazón era sensible y bondadoso ante la injusticia. Por la noche le preguntó a su marido ausente si había hecho bien aceptando tal misión y este le contestó afirmativamente, añadiendo que la esposa de un oficial polaco prisionero de los alemanes no podría haber actuado de otro modo. Y he aquí que la niña aparecía en el umbral de su casa como si hubiera llegado a tierra firme después de haber huido de un torbellino demencial, de haber navegado por un océano de crueldad y violencia. Era una chiquilla muy linda, de cuatro años, con el cabello rizado y los ojos grandes y oscuros. Permanecía de pie dentro del círculo de luz dibujado por la lámpara de gas y parecía escuchar atentamente las últimas campanadas del reloj que daba las nueve. La mujer cayó en la cuenta de que en ese instante todas las puertas de la ciudad se cerraban y miró con inquietud al forzudo huésped. El hombre, inclinando levemente la cabeza, dijo:

—Bueno, señora, la entrega ya está hecha.

—Pase, pase —exclamó Pawełek—. ¡Me parece que lleva la gabardina manchada de sangre!

—Es un impermeable —replicó el hombre—. No se mancha.

La madre de Pawełek cogió a Joasia de la mano.

—Qué delgadita está —observó—. Debe de tener mucha hambre.

—Eso no lo sé —contestó el hombre—. Con su permiso, me fumaré un pitillo.

Sacó una pesada pitillera metálica, extrajo de ella un cigarrillo y lo encendió.

—Dios mío —dijo la mujer—, pero si ya es la hora del toque de queda.

—El toque de queda a mí ni fu ni fa —dijo él—, pero ya me voy.

—¡Oh, no! —exclamó ella—. Siéntese, por favor.

Se sentó sin quitarse el impermeable, con la gorra sobre las rodillas.

—Puede estar tranquilo por lo que concierne a Joasia —aseguró la mujer—, sabré cuidar de ella.

—Eso a mí no me incumbe —replicó el hombre—. No tengo ni la menor idea de lo que pasará con esta niña. Yo he cumplido con lo exigido.

—Naturalmente —contestó la madre de Pawełek con un exceso de celo, que al pronto se le antojó inapropiado. Tenía la mirada puesta sobre la cara del hombre tratando de grabarla en su memoria, pero al mismo tiempo experimentaba una sensación de disgusto, de miedo y de vergüenza. Se decía a sí misma que debía retener los rasgos de aquel hombre porque era un ciudadano valiente que no escatimaba en riesgos con tal de socorrer a los perseguidos, y también porque era un hombre que se encontraba en la casa vacía donde ella suspiraba de soledad y nostalgia. Pawełek, para ella, no era un hombre, ni nunca lo sería, siempre sería un niño, un niño grande que un día tendría sus propios hijos, pero que continuaría siendo un niño.

La cara del hombre le pareció azulada debido quizá a la barba cerrada que se vislumbraba en sus mejillas y a la luz de la lámpara de gas. Él levantó la cabeza y sus ojos se encontraron. No debería mirarle, pensó alarmada y se dirigió a la niña:

—Joasia, enseguida te preparo algo de comer.

Joasia asintió con la cabeza. Pawełek dijo:

—Se parece un poco a Henio, ¿verdad?

—Pero Henio no era tan guapo —contestó la madre.

—Mamá, ¡no hables de él en pasado! —exclamó Pawełek.

Ella suspiró con tristeza.

—Es que hace ya tantos meses que no da señales de vida...

—Si están ustedes hablando del hermano de la pequeña —intercedió el hombre—, no está al otro lado del muro.

—Se debe de esconder en algún lugar, en el campo —se alegró Pawełek—. Es fuerte e inteligente. Además...

Y se interrumpió, porque en realidad le atenazaba una gran inquietud. Hacía tiempo que no pensaba en Henio. Este había desaparecido como por ensalmo a finales de otoño. La última vez que lo vio fue en la calle Koszykowa, delante del edificio de la Biblioteca Pública, adonde Pawełek había acudido a llevarle algún dinero. Henio parecía estar de buen humor, y bromeaba:

—¡Hoy me lo voy a pasar bomba!

—¡No cometas locuras! —advirtió Pawełek—. Vuelve a casa de Flisowski. Lo peor es vagar por la ciudad sin ton ni son.

—¿Por qué sin ton ni son? —exclamó Henio Fichtelbaum—. Entraré en una cafetería, a lo mejor conozco a una chica guapa que me lleve consigo y después de la guerra me casaré con ella y nos largaremos a Venezuela.

—Por favor, Henio —dijo Pawełek con irritación—. Ya eres adulto. En casa de Flisowski estás en condiciones soportables…

—Déjame en paz —gritó Henio—. Te es muy fácil hablar. ¡A la mierda con esas condiciones! Estoy enterrado en el desván como un murciélago, el viejo viene dos veces al día a darme de comer y, como está sordo como una tapia, ni siquiera puedo intercambiar con él dos palabras. ¿Te ves así, viviendo en un desván, con un ventanuco minúsculo por el que solo ves un trozo de cielo, siempre el mismo? Ni una rama de árbol, ni una cara… Solo se oye el roer de las ratas por la noche. Solo las ratas. No puedo andar, ¡solo tres pasos hacia adelante, media vuelta, tres pasos de nuevo, media vuelta! Y sin hacer ruido para que nadie oiga nada…

—¡Henio! —dijo Pawełek con tono enfático como si le estuviera hablando a un niño—. Allí estás a salvo. ¿Sabes cuánto me costó encontrarte un escondrijo tan estupendo? ¿Lo que tuve que insistir para que Flisowski accediera a cobijarte por algún tiempo…? Por otra parte, ahora estoy buscando…

—¡No le des tantas vueltas! —le interrumpió Henio enojado y en sus labios caprichosos se dibujaba el desdén y el disgusto—. Ya sé que haces lo que puedes. Pero tú puedes pasearte por la ciudad, te encuentras con la gente, vas en tranvía, en calesa, solo o con una chica y le pones la mano en la rodilla. ¡Estoy harto! ¡Harto!

—¡Yo no le pongo la mano en la rodilla a nadie! —gritó Pawełek, pues Henio acababa de tocar una llaga abierta en su corazón—. Y que estés escondido en casa de Flisowski no es culpa mía. Hace una semana fuiste al barbero. ¿Para qué demonios vas al barbero? Esto es…

—¿Acaso soy un gorila? —dijo Henio reventando de ira y de rencor—. ¿Tengo que parecer un mono peludo porque tú me has encerrado en esa maldita guarida?

—¿Yo? ¿Te he encerrado yo?

Henio Fichtelbaum hizo un gesto de resignación.

—De acuerdo, ¡no has sido tú! Pero es que de vez en cuando tengo que moverme un poco, respirar, ver gente. Tú no lo

comprendes, Pawełek, pero es un deleite, un verdadero deleite, vagar así, sin ningún objeto por la calle Koszykowa, vagar sin más.

—Pero no debes hacerlo —dijo Pawełek con dureza.

—¡Ya lo sé! Pero si soy manso como un corderito. Nunca me has mandado tanto, ¡jefe! Seré obediente. Pero de vez en cuando, digamos dos, tres veces al mes, tengo que bajar de ese maldito desván.

—Con la condición de que sea conmigo…

—¿Te has vuelto loco? ¡No voy a exponerte!

—Está bien —dijo Pawełek—. Quedamos en que cuando tú salgas yo iré detrás de ti a cierta distancia, observando…

—¡No te hagas el lord Lister, Pawełek! ¿Quieres seguirme? ¿Y con qué objeto? De todas maneras no podrás ayudarme…

—Pero sabré qué te pasa, dónde estás… Quizá entonces se pueda hacer algo.

—Ya no nos queda pasta para el rescate, Pawełek.

—La pasta siempre se puede conseguir de alguna manera. Y recuérdalo, ¡no vayas nunca más al barbero! Allí va toda clase de gente, no tienes escapatoria, estás inmovilizado, con aquella maldita sábana bajo la barbilla…

—Sabes, ese barbero contaba chistes judíos. Me moría de risa.

—¡Me da la impresión de que no eres consciente de la gravedad de la situación!

—Es muy posible —contestó Henio—. No obstante, se trata de mi situación, a ver si lo entiendes.

Pawełek no quería provocar un nuevo conflicto, de modo que hizo un esfuerzo y sonrió.

—De acuerdo, Henio. Pero vuelve ahora a casa de Flisowski, te lo ruego. Iré a verte pasado mañana. Ya comentaremos entonces los detalles de tus paseos.

Se estrecharon las manos. Pawełek entró en el edificio de la biblioteca, Henio volvió en dirección a la calle Marszałkowska. Fue la última vez que Pawełek le vio porque, cuando el día acordado llegó a casa del viejo Flisowski, resultó que Henio Fichtelbaum no había vuelto al desván. El viejo relojero Flisowski estaba muy contento de que las cosas hubiesen terminado así.

—Señor Kryński —dijo a Pawełek—, dígale a su colega que no vuelva a aparecer por aquí. Yo ya tengo bastante con mis preocupaciones y quiero llegar al final de la guerra, acabe esta como

acabe.

—Señor Flisowski —exclamó Pawełek—, eso no es posible. ¡Usted se comprometió!

—¡No insista! —le interrumpió el viejo relojero—. ¡He dicho que no y no hay más que hablar! Si llega el caso de esconder a un hombre mayor, mayor y tranquilo, que se esté quieto, no silbe el tango-milonga, no dé golpes en mi techo diez veces al día para que le deje salir al lavabo, no me vocifere al oído que no le gusta el panorama que se ve desde la ventana, si llega el caso de esconder a un hombre así, mayor y serio, pues lo esconderé por un tiempo. Pero a ese colega suyo, nunca más, ¡Dios me guarde!

Desde aquel día de finales de otoño en que Henio Fichtelbaum desapareció, Pawełek mantuvo una relación solo con su recuerdo, con la sombra del amigo que creía muerto, aunque en el fondo de su corazón abrigara la esperanza de que se escondía en algún lugar, sano y salvo, y de que pensaba en él, en Pawełek, su amigo. Pero a lo largo de aquel interminable invierno, la esperanza se fue debilitando paulatinamente y acabó por desvanecerse del todo en la primavera. Sin embargo, cuando su madre dijo lo de que Henio no había sido tan guapo como su hermana pequeña, Pawełek no pudo contenerse. Henio existe, pensó, Henio vive. De esta forma exorcizaba en parte sus demonios.

Unos días más tarde, en esta misma habitación sonó el teléfono. Pawełek levantó el auricular mirando la esfera dorada del reloj y pensó que eran las siete de la mañana y que empezaba un bonito día de abril.

—¡Diga! —dijo mirando las oscuras saetas del reloj.

—Soy yo —oyó que decía una voz queda y lejana.

—¡Henio! ¡Por Dios! ¿Qué pasa contigo?

Las lágrimas corrían por sus mejillas como si no tuviera diecinueve años, como si fuera solo un niño con traje de terciopelo y cuello de encaje.

—Quisiera verte —oyó que decía la voz lejana.

—¡Por supuesto, Henio! Escucha, es muy importante. Joasia está bien, te manda saludos.

Durante un largo rato oyó el murmullo monótono de los cables. Gritó con inquietud:

—¡Henio! ¿Me oyes?

—Sí, te oigo. Yo también la saludo. Quiero verte.

—¿Dónde estás?

—En la ciudad.

De nuevo se hizo un largo silencio, y después Henio dijo:

—¡Me vuelvo allí!

—¿Dónde estás ahora? Tenemos que vernos.

—Sí. A las nueve en la esquina de Książęca con la plaza Trzech Krzyży, ¿de acuerdo?

En ese momento Pawełek oyó un chasquido y la comunicación quedó interrumpida. Aun así, Pawełek insistió con impaciencia: «¡Henio! ¿Me oyes? ¡Henio!», sin obtener ya respuesta.

Pero esto ocurriría unos días más tarde. Sonaría el teléfono, a las siete de la mañana, detrás de la ventana rompería la claridad de un día de primavera. Así estaba escrito en los astros. Igual que estaba escrito que Pawełek dijera al hombre del impermeable:

—Descanse, mientras tanto prepararemos algo de comer.

—No hace falta —contestó—. Ocúpense de la niña. Yo no tengo hambre. Enseguida me voy.

—Es peligroso —dijo la madre—. Disparan sin dar el alto.

—No lo crea, señora. Podrían cargarse a sus propios hombres. Siempre comprueban los documentos.

—¿Tiene usted salvoconducto? —preguntó ella.

—Tengo todo lo que hace falta —respondió él soltando una carcajada.

Ella nunca había oído una risa así. Había en ella un eco de crueldad y amenaza. De nuevo miró al hombre a los ojos. Y pensó que él adivinaba sus pensamientos. Sintió calor en las mejillas, ahora tenía miedo de los dos, del hombre y de Pawełek. Tenía miedo de que Pawełek notara su extraño estado, una mezcla de rara excitación y temor. Pero Pawełek cogió a la niña de la mano y dijo:

—Nos vamos con Joasia a la cocina a preparar algo buenísimo para comer…

—Oh, ¿por qué? —dijo la mujer sin sentido y se sentó de pronto ante la mesa, frente a aquel gigante extraño. No tenía fuerza suficiente para escapar a su mirada. Él tendió la mano con la pitillera.

—¿Quiere fumar?

Rehusó el cigarrillo con un movimiento de la cabeza. Él examinó ahora la habitación. Contempló el aparador, la vitrina, la porcelana

detrás del cristal, las fotos enmarcadas; luego las cortinas de color escarlata en las ventanas, las fundas de las sillas, el mantel de tela adamascada en la mesa. Sus ojos eran vacíos e indiferentes, y a ella le parecía que, al observar los azulejos decorados de la estufa y los estucos del techo, lo hacía como si la desnudara y mirara sus pechos, su vientre y sus brazos desnudos. ¿Qué te sucede, Elżbieta?, pensó, ¡pero si es un monstruo, un hombre bruto y violento! No estaba equivocada. Era bruto y violento, y algunos lo consideraban un monstruo. Pero era justamente como ella lo quería y esperaba, avergonzada y asustada de sí misma. Guardaban silencio. Incluso si él se hubiese quedado a su lado durante largos años no habrían tenido nada que decirse. Habrían sido un hombre y una mujer, un hombre y una mujer en cada momento, ¡y nada más! Pero no se quedó. Le esperaban sus sórdidos asuntos en los confines del mundo, donde ya no había seres humanos, sino bestias y fantasmas. Aplastó el cigarrillo, se levantó de la silla, macizo, robusto, con su mancha de sangre en el impermeable.

—Me voy ya —dijo, y torció los labios en una sonrisa—. Despídame de mi parte a la chiquilla. Y salude a su hijo, por favor.

—Pero quizá… —dijo ella.

Renunció con un movimiento de la cabeza.

—Tengo poco tiempo, querida señora. Siempre falta tiempo.

Se puso la gorra, hundiéndose la visera sobre la frente. Su cara cambió, ahora parecía más dulce, como si la sombra de la visera velara sus delitos.

Ella le acompañó hasta la puerta. En el umbral le dijo:

—No hay luz en la escalera.

—Encontraré el camino —contestó.

Ella le dio la mano. El hombre se la llevó a los labios y la besó. Cerró de golpe la puerta tras él, se apoyó en el marco, respiraba rápida y agitadamente. Sentía la humedad de sus labios en la mano y eso le hizo temblar. Oía sus pasos que se alejaban en la escalera. Le odio, pensó. ¡Monstruo! Qué ultraje…

Treinta años más tarde, ya anciana, aún no había podido liberarse de aquel sentimiento de repulsión. No se acordaba de la cara del hombre, pero se acordaba de sí misma. Y treinta años más tarde aún sentía el mismo ultraje. Siempre que se encontraba con hombres fuertes y de modales simples, que se comportaban con una seguridad

total en sí mismos debida a su fuerza física, su influencia, su astucia o sencillamente su estulticia, siempre que encontraba a semejantes brutos, que le mostraban su altiva indiferencia, o ante los cuales ella misma se sentía insegura a causa de su fragilidad, su femineidad, su debilidad, a causa de la historia, que la había dejado tirada en la cuneta, mientras ellos caminaban por el medio de la calzada, con aquellas gabardinas plastificadas, de nailon o de cuero, sus gorras de visera, sus sombreros o incluso con la cabeza descubierta, cuando veía sus caras toscas, como mal acabadas, cuando observaba cómo fumaban los cigarrillos aguantándolos entre el pulgar y el índice con el extremo encendido hacia el interior de la palma de la mano, siempre que oía su paso balanceante por el peso de sus grandes cuerpos, o sentía el olor de su piel, penetrante y fuerte, ese olor a sudor, tabaco y vileza, siempre se acordaba de la noche en que había recibido bajo su techo a la hija pequeña del abogado Fichtelbaum. Y volvía a sentirse humillada. A decir verdad, el haber acogido a una niña judía bajo el propio techo en aquel tiempo, en la primavera de 1943, era una acción bella y digna de admiración. ¿Por qué entonces se sentía humillada? ¿Qué había ocurrido aquella noche para que después de muchos años se acordara de ella con tanta amargura y disgusto?

Estaba sentada ante la mesa, miraba las agujas del reloj, oía a Pawełek que decía algo a la niña en la cocina y se esforzaba en pensar en su marido ausente, prisionero de los alemanes desde hacía más de tres años junto con centenares de oficiales parecidos a él que habían abandonado a sus mujeres para defender a ese país imposible de defender, entregado a la injuria, al crimen, al exterminio. ¿Por qué?, pensaba, ¿cuál ha sido nuestro pecado? Se puso una mano sobre el pecho. Sintió bajo la ropa aquella forma bien conocida que siempre le había parecido ajena y desagradable, más perteneciente al hombre que a ella misma. La embargaba una inmensa orfandad. Se creía ya algo muerta. ¿Por qué estoy muerta?, se preguntó, si al fin y al cabo no he hecho nada malo.

Esta idea animó un poco su alma de mujer devota. No seas ridícula, Elżbieta, se dijo, la muerte no es un castigo por los pecados, sino un premio, el paso a la vida eterna. ¡No seas ridícula!

Esto la alivió. Pero no quería admitir que fuera un ser ridículo. Estaba más bien triste y decepcionada. Siguió sentada un rato,

observando el reloj. Se le ocurrió que ese hombre podía caer en manos de los alemanes y cantar de plano dónde se escondía la niña judía. De nuevo se sintió presa del pánico, pero solo por un instante. Estaba convencida de que ese hombre no caería en manos de los alemanes, gente como él no caía en manos de los alemanes y, si caía, no soltaría prenda. Confiaba en él, le odiaba y se sentía humillada.

Luego se levantó de la mesa, fue a la cocina y, para gran sorpresa suya, encontró la alegría y la paz. Desvistió con ternura a la pequeña niña judía y la bañó, canturreando plácidamente melodías de su juventud.

13

A las cinco de la mañana, al despuntar el alba, envuelto en la niebla y el frescor primaverales, iba en tranvía hasta el puente Kierbedź. El tranvía retumbaba. Los viajeros permanecían de pie, hacinados, medio dormidos aún, con aspecto abatido. Por encima de ellos se elevaba el olor ácido y penetrante del miedo y la desesperanza. Un olor que habría de eternizarse. En los trolebuses, en los tranvías, en los autocares de las marcas Chausson, Berliet, Ikarus, San, así como en los compartimientos de los ferrocarriles, ese olor habría de eternizarse. Otros serían los temores humanos, otra la desesperanza, otro el cansancio, otros los sueños y la nostalgia, pero el olor sería el mismo.

El tranvía retumbaba sobre el puente, bajo el que fluía el río. En su orilla derecha, sobre un banco de arena, caminaba un hombre en soledad, con la caña de pescar en la mano, en dirección al malecón de piedra. El último al que no le había abandonado la esperanza.

El ferroviario Filipek vivía lejos de su trabajo. Habitaba en el barrio varsoviano de Wola y debía ir hasta sus locomotoras al barrio de Praga. Dos veces al día atravesaba de punta a punta la ciudad. Por la mañana y por la tarde, o por la tarde y avanzada ya la noche. No le gustaba trabajar en el turno de noche. A su regreso a casa, siempre le embargaba la inquietud. Llevaba consigo el salvoconducto, pero con todo su confianza no era plena. Filipek conocía el verdadero valor de los documentos. De joven, en el lejano 1905, había trabajado para la sección técnica de la Fracción Revolucionaria[1] elaborando documentación falsa con tanta habilidad que hasta las puertas de prisiones como las de la Ciudadela y la de Pawiak se abrían ante ella. Sin embargo, aquellos eran otros tiempos, bucólicos, porque el verdadero siglo XX no había empezado de verdad y la gente aún no distinguía su ritmo. Debería llover mucho aún para que los ojos pudieran ver, los oídos oír, las bocas hablar. Pero en el año 1943, el ferroviario Filipek no confiaba en los documentos, incluso si estaban sellados con la palabra *Ostbahn*: Ferrocarriles Alemanes del Este. El

gendarme solía manosear el salvoconducto con expresión de suspicacia. Aunque era un gendarme alemán y la cruz esvástica le infundía respeto y un sentimiento de moderada magnanimidad, cualquier movimiento imprudente podía romper la armonía de su alma y provocar una reacción violenta por su parte. Bastaba que se le escapara a uno una palabra, cándida incluso, pero que a los oídos del gendarme sonara en tono de desafío. Entonces el salvoconducto dejaba de existir. Y su portador también dejaba de existir, unos instantes después.

Las aguas de los ríos seguirían fluyendo y aparecerían en el horizonte policías de otra clase. Sostendrían los documentos entre dos dedos con desgana, burlonamente, a veces con franca repugnancia, y no se sentirían obligados en absoluto a leerlos. Lo sabrían todo anticipadamente, sin necesidad de documentos. ¡Prohibido el paso! Circule usted, señor. No puede pasar, usted, señora, no puede pasar, lo que está escrito es una cosa, ¡lo que se dice es otra! Los policías de esta nueva escuela no necesitarían leer documentos. Eso sí, las instrucciones las leerían con atención, muy concentrados. Sus cerebros trabajarían en estos momentos arduamente; el sudor bañaría sus rostros. Hasta el más insensible de los humanos se conmovería a la vista de la capacidad de disciplina y buena voluntad de los policías de esta nueva escuela, capaces de haber superado la barrera de la palabra escrita, de recorrer con sus dedos las líneas impresas, ayudándose de un movimiento mecánico de los labios, incluso de la punta de la lengua. Penosamente ascenderían al Himalaya intelectual de las instrucciones a fin de asimilar su profundo contenido político, social, cultural y ético, para siempre jamás, hasta el día siguiente por ejemplo, en que entrarían en vigor otras instrucciones, un nuevo monte Éverest surgido de la diligencia funcionarial y de la voluntad de instruir al mundo. Y entonces empezarían de nuevo su trabajo de hormigas, grabando en sus cabezas esa ciencia esotérica e inaccesible para los profanos, golpeándose con el puño la frente, para después golpear al prójimo con la porra, aunque con cierto miramiento y método, sin mala voluntad, sin saña; digamos de un modo administrativo y pedagógico, no con fines de exterminio, sino para meter al prójimo en vereda, por interés del Estado en el sentido más amplio de la palabra, conforme a las instrucciones memorizadas ayer o anteayer, memorizadas entre el escudo defensivo de plástico y el

televisor en color, en el resplandor de la llamita del mechero eléctrico, en la claridad verdosa del reloj electrónico, semejante a la que en el siglo XIX emanaba de las tumbas recién cavadas.

En consecuencia, como el ferroviario Filipek no confiaba en los salvoconductos, ni siquiera en los más seguros, con lo que se adelantaba a la historia, procuraba siempre trabajar en el turno de día. En ello se ocultaba además un fin secreto, excelso y valiente. Filipek estaba metido hasta el cuello en la causa de la Resistencia y las noches —aprovechando sus conocimientos de maquinaria y herramientas de impresión—, las pasaba en una imprenta clandestina. Era capaz hasta de convertir un rodillo casero de escurrir la ropa en una máquina que sirviera provechosamente a la organización clandestina en la lucha por la libertad.

Muchos años más tarde, diferentes personas tratarían de emular la habilidad del ferroviario Filipek. Mujeres jóvenes, treintañeras, ataviadas con vestimentas de campesinos peruanos, u hombres jóvenes, también treintañeros, con vaqueros, con barbas de anciano y la imaginación de un niño, emularían al ferroviario Filipek del modo más patético e inhábil posible, a veces hasta francamente ridículo. Para hacer de una escurridora casera una máquina de impresión, no solo hace falta enroscar como Dios manda los tornillos, hay que saber también cómo es la verdadera esclavitud, es necesario haber conocido el *knut* o látigo moscovita y los calabozos de la fortaleza Schlüsselburg, las celdas alemanas de la avenida de Szuch y los barracones de los campos de concentración, hacía falta conocer Siberia, el destierro, las amarguras del transporte de prisioneros en la época zarista, de Pawiak, de Auschwitz, las ejecuciones públicas de Katyń,[2] las deportaciones a las nieves de Workuta y a las estepas de Kazakstan, Moabit y las fortalezas de Poznań, Montelupich, Dachau, Sachsenhausen, las orillas de los ríos Yenisei e Irtich, los muros del gueto de Varsovia, y las ejecuciones masivas de Palmiry y Treblinka. Era necesario haberlo conocido en cuerpo y en alma, llevarlo tatuado en la propia piel, llevarlo en los huesos, arrastrarlo en el corazón, era necesario catar, como el ferroviario Filipek había catado, años enteros de noches en vela, de alerta, en las que un susurro cualquiera, un silbido cualquiera, por ejemplo el del viento tras las rejas de la celda, parecía el paso de la muerte, y un susurro cualquiera, la oración de un desterrado o una despedida frente a la cámara de gas. Para hacer de

una escurridora casera una máquina de impresión no basta sufrir a causa de las humillaciones, de la hipocresía, del infundio, las porras, los arrestos, las calumnias, las amenazas de exilio, la impunidad de los fuertes y la indefensión de los débiles, la soberbia del Estado y la vejación del ciudadano. Todo ello es poco para conseguir hacer de una escurridora una imprenta como Dios manda, digna de un hombre libre. A una imprenta semejante le podemos gritar, podemos echar contra ella sapos y culebras, podemos exigirle, amenazarla, sollozarle y mofarnos de ella, pero de ninguna forma podemos hablarle tranquilamente del mundo y de la dignidad humana. Si no se apura la última gota del cáliz del dolor, tampoco pueden cumplirse con plenitud nuestros deseos.

De modo que el ferroviario Filipek se dirigía al trabajo, como hacía todos los días desde hacía muchos años, pero aquella mañana estaba de un humor excelente. Por la noche había conseguido hacer una «escurridora» más y, la tarde del día anterior, Jaś Müller le había informado que la señora Seidenman estaba sana y salva. Filipek miró a través de la ventanilla del tranvía y vio la cúpula de la iglesia ortodoxa de la calle Zygmuntowska; le trajo a la memoria recuerdos de antaño, cuando combatía para liberarse del yugo zarista, y se sintió conmovido. Sobre la acera, frente a la iglesia ortodoxa, paseaban los gendarmes con la cruz gamada en los cascos, con gabardinas plastificadas ceñidas por cinturones de cuero de hebillas metálicas con la inscripción *GOT MIT UNS!*

¿Estaba de verdad Dios con ellos?, se preguntó para sus adentros Filipek. Se disipó de inmediato su buen humor. ¿Dónde estaba la Virgen de Jasna Góra, de Ostra Brama, Piekary, Kobryń, de todas las ciudades cercanas y remotas, si en el transcurso de la vida de un solo hombre, en la esquina de las calles Zygmuntowska y Targowa, en el corazón de la capital de un país que imperó sobre Gdańsk y Kudak, Głogów y Smoleńsk, si a los ojos de un solo hombre, de un hombre bigotudo y flaco como era el ferroviario Filipek, de manos ásperas por el trabajo y cabeza despejada, si en el transcurso de la vida de un solo hombre, en su memoria de hombre vivo, en su presencia impotente y atravesada por la negra desesperación del escarnio, en la esquina de ambas calles se habían sucedido en la guardia un cosaco de la estepa, un oficial prusiano con monóculo y la cruz de hierro sobre el pecho, un gendarme con esvástica, un soldado del Ejército Rojo en alerta, con

un amplio blusón y el fusil al hombro, si en aquel lugar ordinario y sagrado, porque era único e irrepetible, a los ojos de un solo hombre, en el transcurso de su vida, en treinta años, se habían alternado un cosaco y un prusiano, un hitleriano y un guardia rojo? ¿Dónde estaba entonces la Virgen de las ciudades cercanas y remotas, la reina de la nación? ¿Quizá el pueblo era el culpable? ¿Quizá no estaba lo suficientemente maduro para ser Asia, ni Europa, ni para ser él mismo?

¿Acaso este país era solo un terreno de tránsito de ejércitos extranjeros, una retaguardia de los frentes, un campo de batalla? El último bastión de la Europa romanizada, con la mirada vuelta hacia le estepa y al mismo tiempo cavando trincheras contra una eventual invasión alemana. Confín del mundo libre, agazapada entre tiranías. Una estrecha franja de esperanza entre la arrogancia alemana y el oscurantismo ruso. Un riachuelo aislado entre la crueldad y la falacia, la bestialidad y el progreso, el desprecio y la envidia, la bota y la adulación, el alarido y el murmullo. Zona limítrofe que separaba la desvergüenza del crimen público del cinismo del crimen oculto. ¿Sería una franjita, una zona limítrofe, un confín? ¿Nada más?

Te envidio, Pawełek, pensó el ferroviario Filipek. Tú verás otros tiempos. Polonia, ya no serás un clavo atenazado. Recobrará la independencia y será una Polonia mejor de lo que un día fue, porque en ella no habrá policía con uniforme azul, política de saneamiento y tampoco frases bombásticas; será una Polonia sin aquella vanidad pequeñoburguesa, sin la miseria de los campesinos, sin los motines obreros, sin afanes imperiales, sin discriminación racial en los bancos de la universidad, sin las huelgas de Rzeszów ni los obreros muertos de Semperit, sin mineros muertos de hambre y sin intelectuales famélicos. No habrá coroneles jactanciosos ni clero ignorante, ni prisiones como las de Brześć ni campos de internamiento como los de Bereza. No habrá ni antisemitismo, ni revueltas ucranianas, ni olor a col fermentada, ni arenque en la bota de caña. Será una Polonia sin vagabundos que callejean, sin caseros arrogantes, sin chabolas y sin aldehuelas de madera, sin teatros en quiebra, ni libros caros, ni rameras de mala muerte, ni limusinas de dignatarios y sin la Coalición fascista de la Unión Nacional. ¡Te envidio, Pawełek! Tú verás una Polonia con casas de cristal,[3] nuestra Polonia del PPS, sin dictadura alguna, porque la dictadura es el bolchevismo, la crueldad gratuita, el

ateísmo y el fin de la democracia; tú verás por fin, querido Pawełek, una Polonia libre, justa y democrática, una Polonia para todos los polacos, para los judíos y para los ucranianos, hasta para los alemanes, ojalá los parta un rayo, hasta para los alemanes. Yo no viviré para verlo, Pawełek, porque a mí el día menos pensado acabarán por echarme el guante. ¿Cuánto tiempo me van a dejar que corra de acá para allá, que conspire, que les plante cara a estos canallas que han hollado la tierra polaca? Te lo dice uno, Pawełek, que les ha hecho la puñeta durante toda la vida. Se la hice con el zar Nicolás, se la hice con Stołypin,[4] también después con Beseler,[5] ¡cómo no! Me puedes decir, Pawełek, ¿cuándo no he estado entre rejas? En Pawiak, me enjaularon antes de la Revolución de 1905. En Rusia, me pusieron a roturar la taiga. Bajo el emperador Guillermo di con mis huesos en Częstochowa, con el mismo «círculo de amigos» con el que estuve bajo el zar. Soy un bicho raro, un socialista polaco. Ah, claro está, cuando Polonia alcanzó la independencia, también terminé en la cárcel. En la comisaría de la calle Daniłowiczowska, por defender a los comunistas en una manifestación del Primero de Mayo. A los comunistas hay que combatirlos, Pawełek, pues son unos pájaros peligrosos, gente insidiosa, pero no a palos, nunca a palos. De modo que, cuando la policía quiso enseñarlos a amar a la patria a golpe de porra, este cura que te está hablando, Pawełek, se les enfrentó valientemente. Y lo encerraron, claro, por una temporadita. En 1938 también visité la cárcel por agitación socialista en contra de las elecciones que a costa de los trabajadores querían montarse los señores coroneles. Así que, ya ves, Pawełek, he estado tantas veces en la cárcel… Tú mismo reconocerás que un tío con una vida como la mía no termina sus días en la cama. Un poquito más y los *fritz* me echarán el guante. Con ellos no valen bromas. Al paredón o al campo de concentración, ya se sabe, a morir… En una palabra, Pawełek, que yo no veré una Polonia libre y justa. Pero tú seguro que la verás…

Al llegar frente a las cocheras, Filipek interrumpió su monólogo interior. Era un hombre de singular carácter, un socialdemócrata de la vieja escuela que sabía distinguir la política y la lucha por la causa obrera de las obligaciones laborales: ante las locomotoras, pensaba solo en las locomotoras, frente a las calderas, en las calderas, ni se le habría pasado por la cabeza que podía echar en cualquier rincón la soldadora y largarse a un mitin sobre la siembra del maíz o a una cita

con una señorita tumbada sobre los raíles del tren para manifestar sus convicciones pacifistas. Para Filipek, un agitador político que no supiera manejar una llave inglesa era ante todo un chapucero y a los chapuceros los desoía y los menospreciaba, porque mancillaban la dignidad del trabajador. Si había algo que el ferroviario Filipek detestaba con toda su alma, era la chapucería, la quincalla, la baratija, y en ello incluía a los demagogos vocingleros de tres al cuarto que despreciaban al obrero, desdeñaban su labor, la posponían ataviándose al mismo tiempo con las plumas de defensores de la causa obrera. Y este era el motivo principal de su distancia con los comunistas. Le atemorizaba el destino que corrían algunos de ellos, le producían asco sus discusiones ideológicas que terminaban con una sentencia de muerte; él estaba hecho de otra madera. Sus camaradas se respetaban mutuamente, los unía no solo la lucha, sino también la amistad. Cuando discutían, no escatimaban palabras duras y reproches, mas a ninguno de ellos se le hubiera ocurrido enviar a un par de matones contra un adversario político. Con todo, no eran estas las cuestiones que desempeñaban el principal papel en la formación de opiniones del ferroviario Filipek. Como todo obrero que se siente fuertemente vinculado a su clase y está orgulloso de su condición trabajadora, Filipek pensaba de una manera práctica. Por encima de todo era un trabajador concienzudo. Únicamente el trabajo decidía el respeto que sentía por alguien. Pericia, eficacia, honestidad en el trabajo. El espíritu sabio y honrado que movía la mano del obrero, sus dedos, la fuerza de sus músculos. El honor de la mano, la ética de la mano. Esto era lo que decidía los principios de Filipek. Y, antes de la guerra, los comunistas no solían ser trabajadores, sino más bien viajantes de comercio de la revolución social. No eran de profesión «obrero»; su profesión era ser comunista: ser miembro del Partido, hacer proselitismo, encender la tea revolucionaria. Filipek no había visto nunca a un comunista junto a una máquina, azacanado, con las manos pringadas de aceite o grasa. No eran obreros; su único espacio de interés era la conciencia humana, la cólera humana, la ilusión y el miedo. No eran obreros, sino conjuradores de espíritus, entregados en cuerpo y alma a la magia de las palabras, a los gestos y a las consignas. No le gustaban por este motivo, no los respetaba, a pesar de reconocer que tal o cual destacaba por su valentía, que tal o cual estaba preparado para el mayor de los sacrificios por sus ideas.

Cuando Filipek se hallaba frente a sus locomotoras, solo pensaba en el trabajo. Durante horas, hasta el almuerzo, trabajaba lo mejor que podía. No ignoraba que quizá la locomotora que estaba arreglando llevara munición y armas alemanas al frente, y en este caso habría ido de perlas que la caldera saltara por los aires o que las bombas se fueran al diablo, pero también podía suceder que esa misma locomotora arrastrara tras de sí un convoy de vagones abarrotados de miles de seres inocentes y queridos para el ferroviario Filipek, o sea que, fuera como fuese, debía cuidar hasta el último detalle, enroscar todos los tornillos como debe hacerse.

Años más tarde, con un pico y una palanca en ristre, la frente bañada en sudor, con el aspecto de un troglodita, alimentado tan solo con un plato de sopa y un trozo de pan, la mirada febril y el corazón esperanzado, Filipek horadaba las ruinas de Varsovia. Los alemanes no acabaron con él, pero fue arrestado días antes de estallar la Insurrección y aún tuvo tiempo de pasar por el infierno de un campo de concentración. En mayo del año 1945, regresó a su ciudad natal. Demacrado y envejecido, con la bata a rayas de los prisioneros. Por las noches era incapaz de conciliar el sueño. Le ahogaba la tos y sufría constantes mareos. Perdía por momentos el oído. A pesar de eso, en otoño cogió la pala, después el pico. Nunca antes había trabajado con tanta devoción y sacrificio. Comunistas o no, con Stalin o no, lo que importaba era que Polonia volvía a existir. Así se expresaba. En 1946, tomó parte en la manifestación del Primero de Mayo y estalló en llanto al ver las banderas rojas y las blanquirrojas. En su cuerpo debilitado, el corazón le brincaba de felicidad. Al día siguiente se tropezó con Pawełek en un pasadizo, entre las ruinas de la calle Krucza y se abrazaron ambos cordialmente:

—¡Polonia es nuestra, Pawełek! —exclamó el ferroviario.

—Polonia es nuestra —constató Pawełek.

Evocaron a los amigos muertos. Eran más numerosos que los vivos.

—Así que la señorita Monika pereció en la Insurrección —murmuró el ferroviario—. Una chica tan preciosa... eres todavía un chiquillo, Pawełek, de modo que no tardarás en volverte a enamorar. No te enfades con un viejo que dice cosas semejantes, pero conozco la vida, he visto mucho, será tal como te digo...

Cayó en un trance profético y empezó con la historia de las casas

de cristal. Pawełek escuchaba atentamente, porque hacia el viejo Filipek sentía un profundo respeto, pero no mostró especial entusiasmo, ya que el espíritu de los socialistas no era precisamente el suyo. Evitaba la política, que le causaba más bien repugnancia, y además lo que veía en Varsovia y en Polonia no confirmaba precisamente los augurios de los del PPS acerca de las casas de cristal y la felicidad colectiva. Sin embargo, guardó silencio. Aparte de las ilusiones, ¿qué otra cosa le quedaba a este obrero reventado de tanto trabajar?

Pero a Filipek aún le quedaba sensatez. No tenía el oído fino, en cambio gozaba de una vista más aguda que un demonio. El entusiasmo se le fue quebrando. De nuevo, proselitismo y más proselitismo. No hacían nada, solo agitar a las masas. Propaganda por doquier. Intentaron convencer a Filipek de que había caído del nido la víspera, de que el mundo surge de la nada y de que la Historia se cuenta a partir del hoy. La Historia es más vieja que vosotros y también yo existía antes que vosotros, les replicaba él.

Tres años después, en el invierno de 1948, Pawełek visitó al ferroviario, postrado por la enfermedad, y este ya no mencionó para nada las casas de cristal. Yacía sobre las sábanas, pálido y demacrado, fumando cigarrillos finos con una boquilla de madera y bebiendo compota de ciruelas de un tarro de cristal. Dijo:

—Un asco, Pawełek. Yo que nunca antes me expresé de este modo en lo tocante a Polonia, ahora lo digo, son una mierda. Todo manchado, Pawełek, incluso a su propio Gomułka[6] lo han ensuciado. Qué gente, qué gente. Todo lo que tocan los comunistas, amanece cagado. Antes yo no pensaba así. Nunca fueron gente como debe ser, de eso era consciente, pero estas cosas, hacer estas cosas...

Paweł callaba. Miraba el rostro demacrado de Filipek y se aprestaba, una vez más, a despedir a aquel universo de ausentes que nunca volverían ya. Tal vez era el único ser humano vivo perteneciente a ese universo, un naufragio de varias guerras y revoluciones, cautivo de emperadores y déspotas, víctima de las atroces burlas de la historia o tal vez de sus anécdotas mordaces, de un mundo relatado por Dios, que respondía al nombre de Polonia.

Pocas personas siguieron el ataúd del ferroviario Filipek. Algunos supervivientes de su familia lejana, Pawełek y su madre, la bella señora Gostomski y tres viejos obreros. Quizá tan solo quedaran ellos

en la nueva Polonia obrera. Filipek yacía en su ataúd y no sabía nada. O tal vez en ese momento lo supiera todo, aunque durante toda la vida había pensado que después de la muerte ya no se enteraría de nada, porque creer en Dios, lo que se dice creer en Dios, no creía. En el socialismo, al contrario, creyó firmemente y con ardor. Hasta el final.

Aquel día de abril en que regresaba a casa en tranvía por el puente de Kierbedź, la muerte estaba aún muy lejos. Todavía le quedaba por delante un rosario de sufrimientos y una pizca de ilusiones humanas.

14

El abogado Fichtelbaum oyó ruido en el patio y comprendió que había llegado el momento esperado. Se asombró de no sentir miedo ni tristeza. Su estado de ánimo era completamente distinto al que había imaginado que tendría en el curso de sus reflexiones de los últimos meses. Entonces, siempre que cerraba los ojos y concentraba su atención sobre ese momento, le embargaba una sensación de vértigo, como si cayera en las profundidades de un abismo helado. Como si estuviera sumergiéndose en la infinitud cósmica, que imaginaba desprovista de luz y calor. En ese túnel glacial e infinito, caía con una celeridad cada vez mayor, eternamente, como un ave sin alas o un mísero insecto; planeaba en la más completa soledad más y más rápido, más y más lejos, hasta perder el aliento, sobre una oscuridad, una gelidez y un vacío densos e incesantes. Era una sensación penosa y deseaba que terminara cuanto antes, pero cada día duraba más, para convertirse al final en una tortura inhumana que no le abandonaba ni siquiera en sueños.

Sin embargo, cuando en el patio se armó el alboroto que auguraba la segura cercanía de ese cosmos tenebroso en el segundo piso de la casa de vecindad, donde en una pieza vacía esperaba el abogado Fichtelbaum, resultó que este se apresuraba a recibirla con naturalidad y calma. No sufría, le estaba ocurriendo algo insólito, cuyo origen no procedía de su interior, sino más bien del barullo que se desplazaba lentamente hacia arriba. No estaba en su interior, sino en los pasos lentos que ascendían por la escalera de aquel universo que ruidosamente abría y cerraba las puertas de las casas abandonadas, echaba por el suelo las sillas, registraba los armarios, volcaba los veladores. Aguzando el oído, el abogado encontró en todo ello cierto ritmo, cual tictac de un inmenso reloj que midiera su propio tiempo como nunca antes lo había hecho otro.

Debo cerrar la puerta, pensó el abogado Fichtelbaum, cayendo en la cuenta casi de inmediato que, de todas formas, hacía ya tiempo que

la cerradura se había estropeado, perdido la llave y caído el picaporte. Así pues, la puerta del rellano se hallaba entornada. De pie, en medio del cuarto, el abogado vio la luz que a través de la rendija caía sobre el suelo. Precisamente, a través de esa misma rendija pudo oír las voces de aquel universo plomizo.

—Bien —concluyó el abogado—. Lo primero que veré serán las botas.

Decidió sentarse. Tomó un silletín que estaba junto a la pared, lo acercó a la puerta ligeramente entreabierta y se sentó. El silletín crujió, asustando al abogado que, sin embargo, volvió a recobrar la calma de inmediato. No tengo ya nada que temer, reflexionó. Todo esto es ya agua pasada.

Permanecía sentado, inmóvil, para evitar que el silletín crujiera. Oyó ruidos procedentes del piso de abajo. Era consciente de que todo iba a terminar de un momento a otro, pues el piso de abajo estaba deshabitado desde hacía varios días.

Permanecía sentado, inmóvil.

—Ponte el sombrero —le ordenó una voz.

El abogado Fichtelbaum se estremeció.

—Ponte el sombrero. Un judío devoto debe cubrirse la cabeza —anunció la voz.

Me estoy volviendo loco, pensó el abogado. ¿Quién habla? ¿Estoy oyendo la voz de Dios?

Pero aún no estaba frente a Dios. Le hablaba su padre, Maurycy Fichtelbaum, que había fallecido a principios del siglo XX. En esos momentos le hablaba desde el corazón del siglo XIX, cuando todavía se contaba entre los vivos. El abogado Fichtelbaum vio a su padre en una habitación espaciosa, agradable, cuyas ventanas daban a un jardín, tras el que se extendían campos de cebada y podía adivinarse, sobre el horizonte, la oscura línea de un bosque. Maurycy Fichtelbaum estaba a cierta distancia de la ventana, con su hermosa barba negra reposada sobre el pecho y tocado con un sombrero gris ceniza. Era un hombre muy apuesto; vestía una levita de paño negro y pantalones oscuros. La leontina de plata del reloj le brillaba a la altura de la cintura y debajo de su barba pendían de una cadenilla los anteojos.

—Ponte el sombrero —ordenó Maurycy Fichtelbaum a su hijo—. Al menos podrías hacer eso por mí antes de que me muera.

Y quitándose el sombrero de la cabeza, se lo dio a su hijo.

—¿Y tú, papá? —preguntó el abogado Fichtelbaum en voz muy queda—. Ahora tú vas sin sombrero.

—A mí ya no me hace falta —replicó su padre.

El abogado Fichtelbaum recordó que su padre había comprado ese sombrero en el siglo XIX, en Viena, cuando viajó en compañía del rabino Majzels para asistir a una conferencia de sociedades benéficas judías que se celebraba en esa ciudad. A su regreso al hogar, Maurycy Fichtelbaum había mostrado el sombrero a su hijo, y el abogado tenía grabado en la memoria que en la orla de piel estaba impresa la marca de una sombrerería de la Kärtnerstrasse. Sin embargo, no había guardado el recuerdo del nombre de la sombrerería. Fue entonces, desde la gran lejanía que le separaba del siglo XIX, cuando vislumbró la inscripción oval en la orla del sombrero: K. UND K. HOFLIEFERANTEN.

El abogado Jerzy Fichtelbaum se encogió de hombros.

No sé qué clase de sombreros le vendían a su emperador, reflexionó con escepticismo, si siempre andaba con uniforme militar. Hasta para dormir debía de ponérselo.

En ese preciso instante la rendija se amplió dejando ver en el umbral una bota. Y en ese preciso instante se obró un milagro, modesto, pero beneficioso. El abogado Jerzy Fichtelbaum alzó la vista y en el cañón de la pistola vio el destello de un sol hermoso y sereno sobre una habitación espaciosa cuyas ventanas daban a un jardín, vio los campos de cebada y el bosque lejano. Junto a la ventana se encontraba su padre, con la barba negra, y el sombrero comprado en la tienda que abastecía a la corte imperial, con la leontina del reloj a la altura de la cintura y los anteojos que pendían de una cadenilla bajo esa barba oscura desplegada sobre el pecho. Su padre le tomó de la mano, y el abogado también llevaba sombrero y también lucía una barba negra y hermosa que descendía pecho abajo, aunque todavía era un niño muy pequeño.

15

Permanecía junto a la ventana del mirador contemplando vigilante la calle. Era un hombre bajo, de calvicie incipiente y constitución menuda. Su figura contrastaba con los rasgos de la cara, que parecían esculpidos a potentes golpes de cincel, como si Dios hubiese trabajado sobre ella con enojo e impaciencia. Era una cara campesina similar a las de los lienzos de Kotsis o Chełmoński, una amalgama de fuerza y tosquedad. Permanecía de pie junto a la ventana del mirador, contemplando vigilante la calle, y sentía dolor en el corazón. Aunque resultara increíble, había conseguido mantenerse durante todo ese tiempo alejado de los acontecimientos. No se había comprometido con nada ni nadie, y no era cobarde, sencillamente lo que ocurría a su alrededor no despertaba en él un interés especial. Al cabo de los años resultaría que todos sin excepción habían estado igualmente interesados. En realidad pertenecía a esa categoría de ciudadanos que lamentaban la pérdida de la libertad nacional, que veía con repugnancia a los ocupantes, que estaba horrorizada ante la crueldad que se había desencadenado en el mundo, pero que mantenía su propia existencia apartada, ocupada en los problemas cotidianos, o bien, como en su caso, concentrada en su vida interior, en su espiritualidad, lejos de los acontecimientos diarios, tanto más lejos cuanto que estos eran cada vez más inhumanos y siniestros. Toda su vida anterior había transcurrido entre sombras, amparado en la amistad y en la armonía del mundo. La filología clásica no solo había sido su vocación y la carrera elegida en su juventud, sino también una forma de aislarse del mundo, lo cual en aquella época aún era posible. Vivía solo, en la agradable compañía de sus doctos clásicos. Paseaba del brazo de Tucídides, Tácito o Jenofonte. Comía con Sófocles y Séneca. A los vivos los reconocía con dificultad y la relación que mantenía con ellos era trivial y limitada a lo imprescindible para ir viviendo. Los encontraba cargantes y aburridos. Tenía fama de ser un hombre despistado, del que se contaban toda clase de anécdotas que

por supuesto él ignoraba. No era un buen interlocutor para la gente de su ambiente, más bien constituía siempre un tema de conversación.

Procedía de una aldea cercana a Kielce, donde sus padres y sus abuelos habían trabajado de jornaleros a cambio de un techo y de un trozo de pan. De la madre no guardaba memoria, y al padre lo recordaba sin amor como un hombre iracundo, de un carácter tan negro que había provocado la ruina de la familia. Abandonó a su padre y a sus hermanos a la edad de diez años eligiendo el camino de la miseria en solitario. Pero en el fondo de su alma anidaba el odio a la pobreza y al sometimiento, a la ruralidad arcádica, a los sauces y a los avellanos, a los terruños acabados de labrar, al humo de los lares, a los campesinos, a sus insultos y a sus maldiciones. Los muchachos como él se convertían en rebeldes o en individuos solitarios, refugiados en su mundo interior. Podía elegir entre la revolución social o la evasión de un universo malformado. Sobre personas como él escribían sus poemas los poetas positivistas o los novelistas como Żeromski. Trabajó en la construcción, como pocero, como mozo de establo. Pasó hambre, sufrió. Y estudió con tesón campesino. Vivía en desvanes a cambio de cortar leña y llevar el agua del pozo a sus caseros. Comía en figones de mala muerte a cambio de fregar los platos y los suelos. Terminó la enseñanza secundaria en la especialidad de lenguas clásicas con matrícula de honor y pudo acceder a la universidad gratuitamente. Pero su calvario duró más de veinte años, pues tuvo que sufrir las penalidades causadas por la Gran Guerra y el año 1920. Después habría de recuperarse económicamente, pero siguió viviendo en la escasez, escudado en su orgullo y soledad, doctor en filosofía y filología clásica, él, un, hijo de jornaleros sin tierra que, gracias a su laboriosidad, a su determinación, a la fuerza de su carácter, se había elevado por encima no solo de la gente de su condición, sino incluso de aquellos que habían nacido bajo una estrella más favorable. Se había hecho a sí mismo y no necesitaba nada de nadie. Le satisfacía su existencia modesta, impartiendo clases de latín y de griego y no haciéndole tampoco ascos a ninguna otra clase de trabajo, acostumbrado como estaba desde su juventud a bregar con todo. No se sentía a gusto en el mundo en que le había tocado vivir, de modo que se exilió voluntariamente de él para trasladarse a los países cálidos y soleados de la Antigüedad clásica.

El estallido de la guerra no le provocó temor alguno. Los seres

que aman la soledad y viven en el mundo de su imaginación no saben de los miedos cotidianos que asaltan a su prójimo. La guerra y la ocupación no le habían arrebatado riqueza alguna ni privado del privilegio de darse un paseo con Cicerón. Como no era un hombre frío ni carente de compasión, los sufrimientos ajenos le llenaban de tristeza y de piedad, pero no se sentía implicado en ellos de un modo directo. No se pasaba las horas, como hacían otros, estudiando el avance de las tropas de Hitler, porque lo que de veras le entusiasmaba era *La Anábasis* y *La Guerra de las Galias*. Incluso es probable que durante la ocupación se sintiera más a sus anchas en su mundo irreal e ilusorio, ya que todo a su alrededor era pura irrealidad, pura anomalía.

Sus andanzas, cómicas y escalofriantes al mismo tiempo, eran la comidilla pública. Una vez, por ejemplo, se encontró en medio de una redada sin ni siquiera darse cuenta de ello. El gendarme le ordenó presentar la documentación, pero como él tardaba tanto en comprender lo que estaba pasando, al final le dejaron marchar, fuera por hartazgo, fuera porque tuvo la suerte de dar con una autoridad de corazón blando.

—¿Cómo consiguió salvarse de la redada? —le preguntó un conocido que había sido testigo de los hechos.

—¿Qué redada? Ah, sí, es verdad. No tengo ni la menor idea. Estaba con la cabeza en otra parte.

Se mantenía al margen de la humanidad y por lo tanto de la guerra que ella misma había desencadenado. Le interesaban las guerras de la Antigüedad, hieráticas, soberbias, sin mácula, esculpidas en mármol. En ellas advertía cierto orden moral del que carecía la vida real. Así que no prestaba atención a la vida real.

Le resultaba simpática la vecina de al lado. Una señora muy bella, apacible, viuda de un oficial. Él tenía unos parientes lejanos cerca de Lublin y siempre que los iba a visitar volvía con unos tarros de confitura o unas botellitas de zumos de fruta. Un par de veces, se había tomado la libertad de obsequiar con un tarro de confitura a la señora Gostomski y esta se lo había agradecido con una sonrisa encantadora y un paquetito de té a cambio, lo cual era un gesto de suma generosidad. También la visitaba de vez en cuando, porque era una mujer de una femineidad exquisita y manifestaba cierto interés por la Antigüedad. Nunca hasta ese momento había encontrado a una

persona tan silenciosa, tan poco habladora, tan ensimismada. Le daba gracias al destino por haberle concedido la oportunidad de conocer a la señora Gostomski. Y un día, de la noche a la mañana, se había enterado de que estaba en apuros, de que había sido detenida por la Gestapo, sospechosa de ser de origen judío. Corría peligro de muerte.

Era la primera vez que el doctor Korda se enfrentaba a la ominosa sombra de la muerte. El día anterior, sin ir más lejos, la señora Gostomski había respondido a su saludo con una sonrisa, y unas horas más tarde podría haber sido asesinada por la Gestapo. La muerte en sí misma no se le antojaba tan atroz, más atroces eran aquellas interminables y vacías horas de espera. La señora Gostomski contaba con la ayuda del doctor Korda. Le hizo llegar la noticia de su detención, y él no se quedó de brazos cruzados. Pasó a la acción sin dudarlo un instante, pero no abrigaba demasiadas esperanzas. ¿Qué podía hacer un joven, el señor Paweł Kryński, el único conocido común que tenían? ¿Qué podía hacer, en el caso de que fuera verdad todo lo que la gente contaba de la avenida de Szuch? Al fin y al cabo no se trataba de patrañas, porque existía la realidad de una guerra encarnizada y a sus oídos habían llegado las noticias de las ejecuciones, de las torturas, de los campos de concentración. ¿Acaso no se estaba pudriendo en Auschwitz Antoni Kamiński, filólogo clásico también y conocido suyo? El doctor Korda le enviaba regularmente paquetes de comida. A decir verdad, se privaba de muchas cosas para podérselos enviar. ¿Qué podía hacer, en suma, un muchacho como Paweł para salvar a la señora Gostomski? El doctor Korda escarbaba febrilmente en su memoria buscando a alguien que pudiera ser de utilidad en esos momentos. Pero no tenía muchos amigos ni conocidos. Por primera vez en su vida le pesó su afán de soledad, su misantropía. Demasiadas cosas dependían de personas sin cuya ayuda y esfuerzos la señora Gostomski estaba irremisiblemente condenada. Pero ¿cómo iba a ser judía? Eran sospechas del todo ridículas. Si no fuera por el pelo demasiado claro, habría sido casi idéntica a Diana. De todas formas, eso carecía de importancia para los tipos de la Szuch, el que fuera o no judía. No se trataba solo de los judíos.

Permanecía junto a la ventana del mirador contemplando vigilante la calle. Era un buen punto de observación. Si la señora Gostomski volvía, lo primero que haría sería verle a él, con sus pantalones de golf y sus botas anudadas con lazos, bajito, inmóvil, con

su calvicie incipiente y el corazón estremecido. Aplastado por la lasitud y la impotencia ante los hechos. Ya no pensaba en la guerra de las Galias, sino en la que se desarrollaba detrás de la ventana. Cuando cayó la noche, no encendió la luz, sino que cogió una silla y, sentándose junto a la ventana, se puso a contemplar la oscuridad. Al filo de la medianoche, comprendió que la señora Gostomski ya no regresaría a esas horas. Bajó la persiana, corrió la cortina y se fue a acostar. Durmió hasta la madrugada, momento en que volvió a ocupar su puesto de vigía junto a la ventana. Le aguardaba un día de espera y de inmensa soledad, porque los espíritus de la Antigüedad le habían abandonado. A ratos dormitaba apoyando la frente en el alféizar de la ventana y se despertaba de nuevo con el cuerpo entumecido. ¿Y si no había advertido el regreso de la señora Gostomski? Aguzaba el oído intentando percibir algún ruido detrás de la pared. Pero no había más que silencio.

Pasaban las horas como de puntillas, sigilosas, a sus espaldas. El día era primaveral, soleado, alegrado por el canto de los pájaros. A primera hora de la tarde, el doctor Korda sintió que ya no podía permanecer más en ese estado marasmático. Hacía muchas horas que no había comido nada, aunque nunca, a decir verdad, había comido demasiado. «El comer es cosa de bárbaros», solía decir. En este sentido no podía ser considerado un hombre de la Antigüedad, sino más bien un buen hijo de aquellos jornaleros sin tierra de las montañas de Świętokrzyskie que se contentaban con cualquier cosa, con una patata o un plato de sopa aguada.

Dejó su puesto de vigía y salió a la calle. Empezó a recorrer pasito a pasito la acera de delante de la casa. ¿Qué otra cosa podía hacer? En su interior reinaba una sensación de esterilidad y de nerviosismo vacío desconocidos hasta entonces para él. De pronto, le entraron ganas de fumar un cigarrillo. Inaudito, pensó, es inaudito, pero su ansia ya le iba arrastrando hacia la esquina de la calle donde se hallaba un quiosco adosado a la pared de un inmueble.

—Un paquete de cigarrillos, por favor —pidió.

—¿De cuáles? —preguntó el vendedor.

—No lo sé. Que sean baratos, por favor.

Le dio un paquete de cigarrillos Haudegen. Lo abrió, aspiró el aroma del tabaco y se puso un cigarrillo entre los labios. Entonces cayó en la cuenta de que no tenía cerillas. Volvió al quiosco. Por fin,

pudo encender el cigarrillo. Se tragó el humo y le dio un ataque de tos. Inaudito, se repetía, inaudito. Y siguió fumando. Se paseaba por la acera. Bajito, con sus pantalones de golf, el cuello de la camisa sobre las solapas de la chaqueta, los botines con lazos que le llegaban hasta los tobillos, paseaba echando humo como un barco de vapor sobre las aguas del Vístula. Ya no sentía el peso del vacío en su pecho, sino un dolor agudo y desgarrador. Empezó a darle un ataque de tos. Regresó a su casa, echó la colilla al retrete y tiró de la cadena. Volvió a su puesto de vigía junto a la ventana. Se acercaba la hora del crepúsculo. Ya debe de estar muerta, pensó. Era una idea amarga, pero cada vez estaba más convencido de ello. Por fin, se rindió ante los hechos. Se retiró al fondo de la habitación y se sentó ante la mesa. ¿Qué me pasa?, se preguntó, es solo un ser humano. Solo un ser humano. Años más tarde, sumergido en un mundo muy distinto, transformado, marcado por la inmadurez y por una crueldad no extremada, seguiría debatiéndose en las mismas cavilaciones. De la Antigüedad ya no le quedaban más que ruinas, había quedado destruida por completo. Solo un ser humano, se decía, solo un ser humano. El mundo que habría de surgir después, de repente, como Minerva surgió de la cabeza de Júpiter, habría de causarle una profunda desazón. Un mundo enorme y omnipresente en medio de un desierto de escombros y cenizas en el que se sentiría engañado, burlado. Era un mundo que ofrecía caminos fáciles que al doctor Korda nunca le habían sido ofrecidos. Él había llegado donde había llegado gracias a un denuedo digno de ser encomiado por los poetas, y en esa nueva realidad todo estaba al alcance de la mano. Pastores de cabras y hordas de bárbaros trepaban a la Acrópolis, a la que el doctor Korda había ascendido en solitario, sudando sangre, a costa de grandes humillaciones y merced a su tesón inquebrantable. No sentía celos, sino temor y decepción. Las turbas le causaban miedo. ¿Qué valor podía tener un mundo no redimido por el sacrificio de un hombre solitario, un mundo donde todos tienen todo o nada, todos lo mismo, sin distinción…? Solo un hombre, repetía, solo un hombre. ¿Acaso existe un lugar donde las estrellas brillen para todos por igual?, se preguntaba. ¿Dónde soplan mis vientos sin mi persona? ¿Quién, si no yo, mirará a los ojos de mi muerte? ¿Quién ha visto a mis dioses, vivido mi angustia, soñado mis sueños, sufrido mi hambre, reído con mi risa y llorado con mis lágrimas?

Fue entonces cuando la Antigüedad se derrumbó para siempre. Un ser humano. Solo un ser humano.

En una palabra, la primera carga de dinamita bajo la columna dórica explotó en el preciso instante en que el doctor Korda se sentó ante la mesa persuadido de que la señora Gostomski estaba muerta. Se había asesinado a un ser humano. Solo quedaba la humanidad entera. ¿Es posible?, se preguntaba. Se negaba a aceptar la muerte de un solo ser humano. Se levantó y volvió a acercarse a la ventana. En este momento, los dioses aún no le habían abandonado, porque a la exigua luz de los últimos rayos de un sol desvanecido tras los tejados, envuelta en el anochecer, columbró la silueta esperada. La señora Gostomski caminaba por la acera. Tenía un aspecto cansado, pero como siempre se la veía hermosa y elegante. Quiso correr inmediatamente a su encuentro, pero reflexionó y se contuvo. No sería correcto, pensó para sus adentros. La señora Gostomski necesita paz y tranquilidad. Velaré al otro lado de la pared. No cabía en sí de contento. Empezó a canturrear y, sintiendo hambre de repente, se fue a la cocina y comió pan, y bebió leche. Después, descubrió el paquete de cigarrillos en el bolsillo y lo tiró a la basura.

16

—Vuelvo, Paweł —dijo Henio. Por primera vez no le había llamado Pawełek, sino Paweł. Y este le preguntó con cierta frialdad, abandonado:

—¿Adónde vuelves, Henryk?

—Allá.

Henryk señaló la nube oscura que planeaba por encima de las ruinas del gueto. Se reflejaba en sus ojos.

Estaban de pie, junto al muro de una casa de vecindad de la calle Książęca; ante sus ojos se extendían la plaza edificada alrededor de unas casas bajitas, la iglesia de formas rechonchas y la perspectiva de la avenida, cuyos árboles empezaban a verdear. Olía a primavera y a escombros tras el incendio.

Ambos comprendían que se habían convertido en adultos de forma súbita, lo cual no les causaba asombro. Al fin y al cabo, a uno de ellos ya le rondaba la muerte y, cuando la muerte está cerca, hasta los niños envejecen de repente.

—No tiene sentido que vuelvas —afirmó Pawełek—. Es ir a una muerte segura.

—Probablemente —replicó Henryk. Nunca sentía plena seguridad en algo. Había sido demasiado buen estudiante. El primero de la clase en todas las asignaturas de ciencias exactas—. Probablemente —repitió encogiéndose levemente de hombros.

Paweł llegó a la rápida conclusión de que no valía la pena gastar palabras. Henryk quiere volver allá. Su decisión es irrevocable. ¿Volvería yo si estuviera en su lugar?, pensaba Paweł. Y se respondió para sus adentros que posiblemente así lo haría. Sin embargo, en aquellos momentos ya no podían cotejar sus fuerzas. Atorados frente a una encrucijada, permanecían uno junto al otro, amigos del alma que habían compartido más de diez años de su infancia y juventud, pero sentían que algo empezaba a separarlos. Cada uno de ellos estaba en un lado, opuesto, y entre ellos había crecido un muro elevado. Muros

semejantes solo caen bajo el sonido de las trompetas de Jericó. A la sazón, las trompetas de Jericó guardaban silencio.

—Nos vemos, creo, por última vez —dijo Henryk, alzando de nuevo los hombros.

Paweł callaba.

No puedo detenerle, pensó. Así que se va. Ya no nos unen los mismos sentimientos de antes. Henryk me roba algo con su marcha. No puedo retener lo que se llevará consigo cuando se vaya. Y lo que en él permanezca de mí morirá al otro lado del muro. Quedará un Paweł mutilado. A lo peor ni siquiera quedará nada del antiguo Pawełek, que tanto afecto me inspiraba. Un muchacho divertido, rebelde, con el que nunca me aburría. Henryk se me lleva a Pawełek y ambos acabarán en el infierno. Quizá lo mejor sería conservar para mí a Henio, a aquel Henio que se escabulló por algún lado y que ahora, agazapado en un portal de la calle Książęca, aguarda a que Henryk le abandone para siempre. Conservar para mí a Henio es el único remedio que me queda.

Miró con atención el rostro de Henryk. En él aún quedaba la huella de los rasgos de Henio. Cada vez más débil, más desdibujada, no en su mirada, sino en sus mejillas sonrosadas, en sus labios reticentes, un poco fruncidos, en el mechón de cabellos oscuros y espesos sobre la frente. Había que conservar todo eso.

Fijar para siempre todos los detalles, hasta el más ínfimo. El abrigo cruzado, largo, con dibujo de espiga, con hombreras anchas y guateadas, con un botón en la hilera del centro, a la derecha, que colgaba de un hilo a punto de romperse. Ese botón se le va a caer antes de que Henryk pueda llegar al gueto. Para Paweł ese botón nunca caería del todo, ni siquiera después de cincuenta años. El calzado de Henio. Zapatos negros algo desgastados, con los cordones bien atados. La gorra azul marino de esquiador, con la visera raída. Una bufanda negra de lana, anudada al cuello con un lazo. Las manos de Henio. Pequeñas, femeninas, con los dedos finos y blancos. Las orejas de Henio. Su nariz, sus cejas, su frente. Los carrillos sonrosados, un poco gordezuelos. Los labios demasiado glotones, que de un modo u otro habrían llevado a Henio a su perdición.

Recordar a Henio. También su sombra apenas visible sobre el muro encalado de la casa. Y las palomas en el alféizar de una ventana por encima de la cabeza de Henio. Me lo llevo conmigo, se le ocurrió a

Paweł, lo salvaré.

Y la idea le infundió un sentimiento de triunfo y amargura a la vez.

¿Y con qué fin habría de recordarle? ¿Para arrastrar tras de sí a aquel muchacho por el largo y sórdido túnel de los años futuros? ¿Para qué recordarle, si ya nunca más volverían a hablar la misma lengua? ¿Qué vale un hombre que calla, que no conoce las palabras, que no es capaz de llamar las cosas por su nombre ni impartir justicia?

Paweł recordaría a aquel Henio del abrigo cruzado y los zapatos desgastados para, tiempo después, pelear con él sin tregua, para interpelarlo, para asaetearle a preguntas a las que Henio no contestaría en absoluto, siempre taciturno, un caprichoso mocoso judío de labios rojos y golosos. Al cabo de cuarenta años, Paweł saldría con él, hombro con hombro, a aquella calle Stawki que conduce al Monumento a los Héroes del Gueto; con un ramo de flores en la mano, un vengativo palpitar de sangre en las sienes y la milicia con uniforme azul en las bocacalles, en un mundo ajeno por completo, sin ninguna relación con Henio, un mundo en el que no habría ni una piedra, ni un átomo de aire, ni una gota de humedad de ese otro mundo de la calle Książęca en el que Paweł dio el último adiós a Henryk, en el que Paweł grabó en su memoria a Henryk, para llevarlo como san Cristóbal llevaba al misterioso niño cargado a las espaldas, a través de las aguas broncas y amenazantes. Mas a san Cristóbal le bastaron un par de pasos para encontrarse a salvo en la orilla. Pero cómo iba él, Paweł, a cargar con un peso semejante, con un taciturno joven judío a través de décadas enteras, a través de todos los días de barbarie, de falsedad, de estulticia y de falsa sublimidad que le aguardaban todavía.

¿Qué quedaría, por otra parte, de una tal aventura al final del viaje? Un hombre entrado en años pasaría por delante del inmueble de la calle Książęca, se detendría junto al muro encalado y sacudiría la cabeza. Miraría de hito en hito a Henio, que seguiría siendo un jovencito de mejillas sonrosadas, con abrigo cruzado y gorra de esquiador. Ni una arruga, ni una cana. Los muertos no envejecen. «Para qué te traje conmigo a este universo miserable, Henio», exclamaría el viejo Paweł. Henio se encogería de hombros. Quizá pronunciaría la única palabra conocida: «Probablemente…».

—Adiós, Paweł —dijo Henryk tendiéndole la mano.

—Adiós, Henryk —respondió Paweł.

Nunca aceptaré esta clase de escenas, pensó con rabia repentina. Si ambos sobrevivimos a esto, resultará ridícula.

Sin embargo los acechaban todos los peligros, menos el de resultar ridículos. Tiempo más tarde gente distinta realizaría esfuerzos sobrehumanos para que ese gesto de despedida resultara ridículo, en las cintas cinematográficas y en las pantallas de la televisión. Y a decir verdad podía resultar ridículo, porque reflejaba un heroísmo ultraterreno que en la realidad prosaica debía tomar cuerpo en forma de episodio artístico. Es evidente que en un mundo hediondo, atestado de consignas manidas, de hipocresía, de tráfico mezquino de cadáveres y de constante parloteo sobre el porvenir, un gesto semejante habría de parecer anacrónico y por lo tanto ridículo, como lo parecería un Julio César montado en bicicleta.

Pero cómo iban a prever esas cosas aquellos jóvenes, de pie, junto al muro de un edificio de la calle Książęca, aquellos jóvenes que veneraban al Comandante,[1] que no se cansaban de hablar de Romuald Traugutt[2] y soñaban con la carga de Rokitna. Apenas daban sus primeros pasos por el terreno pantanoso de los totalitarismos y ambos estaban dispuestos a morir antes que a hundirse en él hasta el cuello.

—Ya me voy —dijo Henryk.

Paweł callaba. Todavía hubo tiempo de que una paloma emprendiera el vuelo y de que en el fondo del portal se perfilase la silueta de una mujer con una pañoleta verde sobre los hombros. Sonó el timbre del tranvía en la calle Nowy Świat y su cuerpo rojo asomó por detrás de la esquina como un dragón metálico, de juguete, para los niños, para Henryczek y Pawełek.

Se marchó. Desapareció como por ensalmo. Paweł miró al cielo, de un azul intenso, un cielo de abril. Solo en algunos puntos, en sus límites, por encima de los tejados, serpenteaba la línea sucia del exterminio.

¿Es posible que ya entonces se despertara en él la conciencia de encontrarse ante el comienzo de algo y no ante su final? ¿Es posible que justo en el momento en que se desvaneció la silueta de Henryk comprendiera que comenzaba un nuevo capítulo y que este duraría toda la vida? Más tarde llegaría a la conclusión de que efectivamente así había sido. Después, y en múltiples ocasiones, pensaría que fue aquel día cuando comprendió que se iniciaba una época de

separaciones, de despedidas y de angustia permanente. Sin embargo, no se trataba solo de eso. Bien es verdad que la marcha de Henryk había sido para Paweł la primera de sus despedidas, pero vendrían otras muchas, tal vez incluso más desgarradoras. Con todo, no las viviría con tanta intensidad, porque ya no volvería a tener diecinueve años, edad en la que una separación arrastra consigo el mundo entero y deja tras de sí minúsculos despojos. Luego aprendió también a reconstruir su vida con unos remiendos por los que nadie con dos dedos de frente habría dado ni un céntimo. No era el único que aprendió a hacerlo. Y no obstante no se trataba solo de esa separación. Henryk había sido su mejor amigo y al partir le despojó de los años de la infancia y de los mejores momentos de su juventud. Pero ¿por qué, luego, al cabo de los años, se acordaba no solo de la figura del chico con el abrigo cruzado que se esfumó por la esquina de la calle para no reaparecer jamás en el mundo de los vivos, sino también de aquella sucia línea de humo en el cielo tendida por encima de los tejados de Varsovia como una bayeta herrumbrosa? ¿Por qué a partir de aquel momento avistaría el cielo en lo alto siempre turbio y descolorido, incluso cuando era iluminado por el esplendor heroico de algún incendio?

Unos quince meses más tarde, cuando ya hacía tiempo que Henryk había muerto, todo el cielo de la ciudad, de un extremo al otro, se cubriría por el humo y el fulgor de los incendios, y Paweł no recordaría entonces su despedida de Henryk, no recordaría siquiera ni el día ni la hora que habían precedido al presente. Vivía para la lucha, detrás de una barricada de la Insurrección. Pensaba en el fusil que formaba parte de su existencia, la parte más importante y de la que dependía todo. Sin embargo, seguía acompañándole la desesperación, de nuevo sufría por las separaciones y despedidas. Le abandonaban casas y calles, parques y glorietas, monumentos y hombres. Cada hora que transcurría de la Insurrección le menguaba, le encogía, le adelgazaba, le hundía y le borraba como hacía con la ciudad. Después, a todo eso se le llamó «traición», y después una «hermosa locura» y por fin una «tragedia», en la que Paweł se había visto involucrado sin culpa y sin posibilidad de elección. Él nunca se sintió un traidor, ni un loco, ni mucho menos un comparsa en un drama ajeno. No podía reprocharse nada, porque al fin y al cabo solo había intentado cumplir con su deber. Por lo que respecta a los otros protagonistas, nunca tuvo

la seguridad de si habían cumplido con su deber y de si habían querido cumplirlo de veras. Pero no deseaba convertirse en juez de sus semejantes, incluso si ellos a veces se arrogaban ese derecho en relación a él.

El cielo le parecía siempre turbio e inclemente, quizá debido a que dudó por algún tiempo de Dios. Más tarde recuperó la fe, aunque nunca recuperaría la esperanza. Constantemente le asaltaba el temor de haber perdido en la guerra algo de suma importancia. Soñaría con ciudades de Europa que no conocía ni había visto nunca. Soñaría con catedrales, castillos, puentes y calles. Serían sueños agradables pero que, al despertar, le producirían otra vez la sensación de haber perdido algo. Después logró viajar por Europa. Un extranjero venido de países remotos. Y sus sueños se desvanecieron. Esas catedrales, esos castillos, esos puentes existían realmente, pero no le pertenecían, no tenían nada que ver con él. Mi conciencia europea ya no existe, se decía con amargura, quizá no haya existido jamás, quizá no fuera más que un espejismo, el deseo de identidad que nunca nos ha sido otorgado. Descubría en su interior una especie de sentimiento trágico y bárbaro, como una insuficiencia o un exceso, debido al cual no cabía en las catedrales europeas ni en los puentes sobre los ríos de Europa. Tampoco el cielo por encima de Europa era mejor que el de Varsovia. Regresó de su viaje con alivio para volver a sentir de inmediato la nostalgia. Se veía como un ser ridículo, lo cual le consolaba, porque, de no ser por esa sensación, podría haberse considerado un enfermo. Al fin y al cabo es preferible tener las orejas separadas que ser cojo.

¿Es que Henryk le había arrancado toda esperanza? Paweł se daba cuenta de lo absurdo de semejante acusación. Si Henryk hubiera vivido, no habría sido seguramente muy diferente de Paweł. Los dos habían sido saqueados en la misma proporción. Henryk gozaba de una situación más favorable, puesto que lo ignoraba todo. En el momento de morir tal vez imaginara que un día todo sería diferente. Y en efecto, un poco diferente sí que era. Al cabo de un tiempo ya no se mataba impunemente, al menos en Europa, ni siquiera en su periferia. Representaba un gran progreso y Paweł bendecía la hora en que la guerra había terminado. Solo algún descerebrado podía no bendecir esa hora. Solo los necios no veían la diferencia cegados por su dogmatismo. Si Polonia no era del todo el país con el que habían soñado, incluso si no lo era en absoluto, para los sobrevivientes el

mero hecho de haber sobrevivido constituía una diferencia suficiente como para ser bendecida. A fin de cuentas, Paweł se contaba entre los vivos y Henryk entre los muertos. Y Paweł percibía la diferencia entre ambos estados. Sin embargo, pasada la primera década, empezó a sentirse cansado, y pasadas dos décadas le embargó un tedio paralizador. ¿Cuánto tiempo se puede celebrar el que te hayan dejado con vida?, se preguntaba. La pregunta venía como anillo al dedo, porque a su alrededor la gente moría continuamente de vejez, de enfermedad o de accidente. Y a los muertos no les importa cómo han conseguido franquear el umbral de la eternidad. No había gran diferencia entre un anciano abatido por los disparos en una calle de la Varsovia ocupada y otro de la misma edad muerto de cáncer unos años más tarde. Es posible que el fusilado hubiera sufrido menos y hubiera pasado miedo durante menos tiempo. Tampoco había una diferencia palpable entre un niño quemado vivo en los incendios de la guerra y otro atropellado por un conductor tedioso cuando acudía a la escuela en tiempo de paz. Las madres lloraban igual. Lo que parecía fantástico en 1945, unos años después era solo evidente y al final se convirtió en algo tedioso y trivial. Ya no parecía atroz la guerra, sino la paz. Y a los que no habían conocido la guerra, porque nacieron después de ella, esa paz vulgar, o sea la vida cotidiana y simple sobre la tierra, los asfixiaba. Paweł iba envejeciendo, evocaba el pasado, gracias a lo cual gozaba de una situación más propicia. Después de todo siempre podía rememorar un infierno que había sido mejor organizado. No obstante, eso no podía constituir un consuelo lo bastante sólido y firme como para ser capaz de vivir con esperanza. En realidad, lo que hacía sufrir a Paweł era su sentido de la dignidad, como un grano en la nariz, que no te permite oler de dónde viene el viento ni aparecer en un lugar público con la frente levantada.

Afortunadamente, el mundo ya no era tan cruel como en los años de su juventud, pero iba acrecentándose aquella vulgaridad insufrible: un mundo de escasez y un orden y seguridad públicos aparentes. Se regaban los parterres, pero los basureros apestaban; reinaba la libertad, pero con muchos pasos prohibidos.

¿Qué es lo que le atormentaba a Paweł? ¿Acaso Henryk le había privado del derecho a la libertad?

Una tarde, habló de este tema con Gruszecki, que se había ofrecido a acompañarlo en su coche. Se encontraron por casualidad en

casa de sor Weronika. Gruszecki iba ya a salir, cuando apareció Paweł, que rara vez se presentaba por allí. Paweł mantenía con sor Weronika una relación poco profunda y ocasional, vinculada a una caprichosa correspondencia. Ambos recibían de vez en cuando cartas de Israel. «Le ruego transmita mis saludos a sor Weronika.» «Querida Weronika, si ves al señor P., salúdalo de mi parte.» Paweł acababa de recibir precisamente una lacónica tarjeta con las palabras: «Presente mis respetos a la querida W.». Fue, pues, a presentar los respetos a la anciana monja, unos respetos curiosos cuya pálida sombra se extendía por continentes, desde un *kibutz* del límite de Occidente hasta el barrio de Powiśle de Varsovia. Se quedó muy poco rato; encontró a sor Weronika apagada y débil. Tenía casi ochenta años. Al besarle la mano, le pareció que sus labios rozaban una hoja seca.

En el coche, Paweł dijo:

—La recuerdo como a una mujer alta y robusta. Qué pequeñita se ha vuelto. ¿No tiene usted a veces la sensación de que todo se está encogiendo? Como si la vida nos redujera paulatinamente.

Gruszecki miraba hacia adelante. El brillo del velocímetro iluminaba su cara delgada, anglosajona y eslava. Sostenía una pipa entre los dientes. Callaba. Se encogió de hombros.

—Tiene ya casi ochenta años —respondió por fin, tomando la pipa con la mano izquierda y manteniendo la derecha sobre el volante —. Así son las cosas, todos nos vamos haciendo viejos.

—Usted aún tiene mucha vida por delante —dijo Paweł—. Yo no puedo decir lo mismo. A mí cada vez me queda menos tiempo. Es triste ser consciente de ello. Algo se nos escapa para no volver jamás. Como si sufriéramos una pérdida continua.

—Yo no sería tan pesimista. En cuanto a la edad, no hay diferencia entre nosotros. Antes, sí. Pero hoy en día eso no tiene importancia. Todo estriba, según creo, en la valoración de la realidad. Usted es de ideas algo románticas, diría yo.

—¿Románticas? —repitió Paweł—. Nunca se me hubiese ocurrido. Siempre he tenido los pies en tierra.

—Bueno, bueno —dijo Gruszecki, y de repente giró a un lado, rozó la acera con las ruedas, paró el coche y apagó el motor—. Yo no lo diría, amigo mío... He oído algunos rumores acerca de sus aventuras de los últimos tiempos... ¿De qué se trata, si no de devaneos románticos?

En su voz había un matiz algo reprobatorio. De nuevo chupaba la pipa. Paweł se echó a reír. Gruszecki le parecía divertido.

—¿Se ríe usted? Está bien. Pero al fin y al cabo no se trata de usted, ni de sus asuntos, ni de su vida. Con eso podéis hacer lo que os dé la gana. ¡Pero estáis poniendo este país en peligro! ¡Sin sentido y de una forma absurda, sin posibilidad alguna!

—¿Y dónde están el sentido y las posibilidades, señor ingeniero? Estamos metidos en el fango hasta el cuello, y cuando alguien quiere salir de esa ciénaga… ¡¿usted dice que eso es absurdo?!

Gruszecki asintió con la cabeza.

—Sí. Absurdo. Uno puede ahogarse. Irse al fondo.

—¿De modo que es mejor no moverse? ¿Nada, ni siquiera un gesto?

—¡Ni siquiera un gesto! Cualquier movimiento es peligroso. En fin, si desea una comparación no demasiado feliz, estamos metidos en ese fango hasta el cuello, pero al menos mantenemos la cabeza fuera. Si empezamos a patalear, ¡estamos perdidos! Y eso último no ha sido más que una pataleta, ¡sencillamente una pataleta! Y ha pasado lo que tenía que pasar. ¿No se ha dado cuenta? Estábamos con el fango hasta el cuello, y ahora solo podemos respirar por la nariz. ¡Un movimiento peligroso más y se acabó!

Encendió la pipa. La llamita de la cerilla iluminó su cara enojada.

—Eso depende del punto de vista —dijo Paweł fríamente—. A fin de cuentas aquí siempre ha sido así… Desde hace doscientos años o más. El país existe gracias a que hemos pataleado sin parar. Si no se hubiese pataleado, ya no quedaría ni rastro de él…

—¿Qué sabe usted? ¿De dónde le viene esa seguridad de que nuestros delirios han sido el fundamento de nuestra supervivencia? ¿Cómo sabe que para conservar la identidad hay que pagar con semejantes sacrificios? ¿Tal vez había que hacerlo de un modo totalmente diferente?

—Querido ingeniero, yo creo que en la historia no existe el modo condicional —replicó Paweł—. Ha habido lo que ha habido. Cuenta lo que ha habido… Los polacos son como son, porque ha pasado lo que ha pasado. ¿Llama usted a eso romanticismo? Yo creo que hay que pensar históricamente, pensar con la memoria del pueblo. Aprender del pasado. Al fin y al cabo tuvimos aquí al sublevado Wysocki. Y al revolucionario Mochnacki. Y a Mickiewicz, a Traugutt, a Okrzeja, a

miembros de la Resistencia como Grot, o Anielewicz, a la gente de la Insurrección de Varsovia. Todos ellos existieron, mi querido ingeniero. Y no sé decirle qué habría ocurrido si no hubiesen existido. Y no me interesa. En esto consiste mi realismo. Existieron. Y eso ni se tacha ni se borra. ¡Y somos como somos porque ellos han existido!

—¿Y qué si han existido? —dijo Gruszecki—. ¿Es que cada generación tiene que quedar diezmada? Tonterías. Mire a los checos. ¡Qué sentido común, cuánta perspicacia! Desde la batalla de la Montaña Blanca en la que perdieron su independencia no han disparado ni un solo tiro. Soportaron cuatrocientos años de dominación alemana en paz y con dignidad. Sin un solo disparo. Y como ve, existen. ¡Están más presentes en el mundo que nosotros!

—Otros tiempos, otros métodos, otro poder. Esos cuatrocientos años de dominio de los Habsburgo causaron menos estragos que cuarenta años de dominación soviética. ¡¿De qué me está hablando, ingeniero?! Hasta hoy la vieja Cracovia recuerda con ternura al emperador. ¡Austria, Dios mío! Pero ¡¿de qué me está hablando?!...

—Bajo los Habsburgo, tampoco los checos vivían como reyes. ¡Nosotros tampoco! Solo los últimos decenios... Es cuestión de saber elegir. Esto o lo otro. ¿Cómo se imagina nuestra existencia sin el paraguas protector de Rusia? ¿Cómo se la imagina? ¿El comunismo? No me encanta. Pero me parece que ya es hora de que vayamos comprendiendo que no somos Occidente. ¡Somos el Oriente católico!

Paweł volvió a soltar una carcajada.

—No entiendo. Vaya invento. ¿El Oriente católico? Una golondrina o un águila en el fondo del océano. Una criatura sin fuerzas para vivir.

—¿Por qué una golondrina en el océano? Puede ser, por ejemplo, un caballo alado. ¡Algo muy bello!

—¡Un fantasma, señor mío! Primero debemos hallar respuesta a cuestiones como ¿qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido de su vida en esta tierra? ¿Y qué dice a esto su catolicismo, su defensa de la dignidad de la persona humana, de su carácter irrepetible y de su soberanía frente al mundo? ¿Cómo puede conciliar esto con la civilización colectiva, ingeniero?

Gruszecki se encogió de hombros.

—Rusia también es obra de Dios —contestó—. Dios nunca ha abandonado a Rusia y ella nunca ha abandonado a Dios. No mida a

Rusia según el rasero del presente.

—Pero es como es —exclamó Paweł—. ¿Es que no lo ve usted? Además no se trata de Rusia. Nadie aquí ha preferido salvar al mundo entero. Hacerse con un trozo de autenticidad, con una pizca de verdad propia. ¡Solo se trata de esto!

De pronto se apoderó de él una sensación de desesperación atroz, una tristeza estremecedora. Demasiado tarde, pensó. Tiene razón este Gruszecki. Algo se acabó de una vez para siempre, hace tiempo, ante mis ojos y con mi participación. Se acabó entonces y nunca volverá. ¿Dónde se puede buscar la autenticidad si ya no existen las calles Krucza y Marszałkowska, Mariensztat y Krochmalna? ¿Qué verdad propia puede animar a esta ciudad que ha sido reedificada sobre las ruinas como una coreografía teatral, si ya no queda nada de aquella gente, ni un solo hombre queda en la plaza Kercelak, en las calles Długa o Koszykowa? Hasta las piedras que sobrevivieron se encuentran ahora en otros lugares. No hay ni una gota de aquella agua en el Vístula, ni una hoja de aquellos castaños en el jardín de los Krasiński, ni una mirada, ni una exclamación, ni una sonrisa. Él debería saberlo, ¡él sí! El pequeño Hirschfeld debería saberlo. Algo acabó irremediablemente; se rompió el hilo que antaño había unido la historia con la contemporaneidad. En otros tiempos las generaciones se transmitían unas a otras la antorcha llameante. ¿Dónde está la antorcha que sostuve entre las manos, seguro de que era la misma que había sido encendida siglos atrás? ¿Dónde está la antorcha con la que un mozo alumbraba el camino a Waza[3] y a Poniatowski,[4] la misma que había ardido en el taller de Kiliński,[5] sobre la cabeza de Nabielak,[6] en la celda de Traugutt, en la plaza Zamkowy, cuando el Abuelo[7] viajó en un ataúd hacia Cracovia, en las trincheras de Septiembre, frente a los alemanes en el búnker de la calle Gęsia. ¿Dónde está la antorcha que mantuvimos en alto en la barricada de la calle Mostowa? ¿Dónde está esa extinguida antorcha de la verdad y de la autenticidad, que últimamente han intentado encender de nuevo los trabajadores de Solidarność en los astilleros de Gdańsk?[8] ¿Es que esta vez nuestra derrota es definitiva y eterna? ¿Es que estos casi cuarenta años han mutilado de un modo inusitado e irreversible nuestra alma? ¡Al fin y al cabo ha sido la primera vez, la primera, que la misma Polonia ha ultrajado a Polonia y la ha cubierto de fango!

—¿En qué está pensando? —preguntó Gruszecki en voz baja.

—En mi internamiento —contestó Paweł—. Una fruslería. Y sin embargo, espiritualmente fue peor que el campo de concentración. Cuando miraba las caras de esos muchachos de Mazovia y de Małopolska con sus uniformes de policía, creía estar precipitándome en un abismo.

—¡Pero no fueron brutales con usted! —murmuró Gruszecki.

—No fueron brutales, simplemente estaban allí. Con las águilas en los gorros. Las piernas muy separadas. También cerca del confesionario. Porque asistían con nosotros a la misa del domingo, cuando venía el capellán.

—Justamente —murmuró Gruszecki—, a pesar de todo...

—Fuera bromas, ingeniero. No se trata de esos muchachos, que probablemente sufrirán también de pesadillas. Se trata de una nueva forma de Polonia, ominosa y desesperante, porque en fin...

Se interrumpió. No tiene sentido, pensó. Él no quiere comprenderlo. Pobre *polonus* anticuado, heredero de la vieja República de las Dos Naciones.[9] No quiere comprender, porque se le vendría el mundo abajo si lo comprendiera. ¿Y yo? ¿Es que he comprendido de qué se trata en realidad? ¿En qué consiste mi conspiración contra la historia? Dios mío, no es verdad que siempre haya habido una misma antorcha, un objetivo común, solidaridad. Es una falacia, la eterna falacia polaca. Es posible que tenga razón: tengo un alma romántica. No en el sentido en que él lo cree, pero la tengo. ¡Soy ridículo! Esa última prueba era necesaria. Imprescindible. Como caída del cielo. Por fin ha reventado el mito sobre nuestro carácter excepcional, sobre el sufrimiento polaco, siempre puro, honrado y noble. ¿Acaso la antorcha no ha iluminado en ocasiones las caras de los traidores ahorcados? ¿Acaso no huían de su luz los espías de Konstanty?[10] ¿Quién traicionó a Traugutt? ¿Quién pagó, en 1905, a las tropas cosacas contra los obreros de Łódź, Sosnowiec y Varsovia? ¿Quién apalizaba en Bereza y torturaba en Brześć? ¿Quién echó a Henio Fichtelbaum a las calles de Varsovia? ¿Quién entregó a Irma a las garras de los alemanes? ¿Quién la desterró de Polonia? La santa Polonia, sufriente y heroica. Polonidad santa, borracha, casquivana, con la boca atiborrada de frases altisonantes, antisemita, antialemana, antirrusa, antihumana. Bajo la imagen de la Santísima Virgen. Bajo los pies de los jóvenes militantes de la ONR[11] y de los viejos coroneles. Bajo el techo gubernamental de Belweder. Debajo de los puentes. La

santa polonidad de la paga y la taberna. Las caras adocenadas de los policías de azul marino. Los caretos zorrunos de los *szmalcownicy*. Los rostros crueles de los estalinistas. Las jetas embrutecidas de Marzo. Las caras amedrentadas de las huelgas de agosto en los astilleros de Gdańsk o la arrogancia de esos mismos rostros pocos meses después, en diciembre de ese año fatídico. La santa polonidad blasfema que ha osado calificar a Polonia de Cristo de las Naciones, mientras criaba a pecho a espías y delatores, a arribistas y a ignorantes, a verdugos y a corrompidos; que ha elevado la xenofobia al rango del patriotismo, que ha vivido a merced de la gracia ajena, que besa servil las manos de los tiranos. ¡Esa última prueba era necesaria! Imprescindible. Como caída del cielo. Quizá ahora Polonia comprenderá de una vez por todas que la vileza y la santidad viven bajo el mismo techo también aquí, a orillas del Vístula, ¡como en cualquier otro lugar de este mundo de Dios!

Miró de reojo el perfil de Gruszecki. No se lo voy a decir, pensó, porque aún me queda en el corazón un ápice de misericordia. Bastantes desgracias propias carga a su espalda el amigo Hirschfeld, ese subcanciller de la corona. Dios ha dado sosiego a su alma atormentada. No voy a destruir esa tranquilidad conseguida gracias al sufrimiento de generaciones enteras. Me cae simpático. ¡Es el último en marcar como Dios manda el compás de la polonesa! Y de perfil me recuerda un poco a Henio. Si es que no he olvidado el perfil de Henio. ¡Tanto como quise recordarlo!, ¡con cuánto denuedo lo estuve grabando en la memoria aquel día, en la esquina de la calle Książęca, ¡y sin embargo no lo recuerdo! ¿Cómo era la nariz de Henio? ¿Qué forma tenía la barbilla? Cuando se me aparece en sueños, siempre lo veo de frente. Con el gorro de esquiador en la cabeza. Con aquel abrigo deslucido, con el botón a punto de caerse. Pero no me acuerdo de su perfil. ¿Tenía una nariz pronunciada? ¿Una nariz judía? ¿Como este que tengo aquí al lado, que calla afligido, fuma en pipa y está persuadido de que soy uno de los pocos hombres en el mundo que conocen sus santos secretos?

¿Dónde está nuestra libertad, si no podemos ser nosotros mismos? ¿Dónde me he metido? ¿En qué momento me extravié?

17

El mundo mentía. En cada mirada se leía el infundio, en cada gesto la ruindad, en cada paso la vileza. Dios se había reservado aún la prueba más dura, el yugo de la lengua. Todavía no había soltado de sus cadenas a la jauría de palabras incansables, cubiertas por los espumarajos de la hipocresía. Ladridos de palabras se oían por doquier, pero su sonido era aún débil, aprisionado. Entonces las palabras no mataban; tiempo después nacerían de ellas criminales abyectos. El yugo de las palabras aún no había llegado cuando Bronek Blutman se encontró cara a cara con Stuckler. Stuckler estaba junto a una ventana rectangular de color claro, tras la cual se agitaba por el viento una ramita verdosa.

—Ha mentido —dijo Blutman—. La conozco de antes de la guerra.

Stuckler inclinó la cabeza.

—Un judío no puede poner en tela de juicio las palabras de un alemán —añadió con tranquilidad—. No se trata del error en sí, aunque no debería de darse, sino de tu terquedad y de tu seguridad en ti mismo.

—Señor Sturmführer, a mí no me falla la memoria. Antes de venir aquí, ni siquiera fingía que…

Stuckler le dio una bofetada en pleno rostro. Bronek Blutman se echó hacia atrás, agachó la cabeza y calló. El mundo mentía. Sus fundamentos se alimentaban de la mentira, del ardid, de la vileza. La doblez de la mentira, su ambigüedad y su posibilidad de multiplicación causaban vértigo. El número de traiciones y vejaciones. La variedad de formas, métodos y encarnaciones de la traición. He traicionado a esa judía, pero ella también me ha traicionado a mí. Eso ni Jesucristo lo había previsto. Fue un hombre demasiado sincero. A Judas le llamaba «Amigo», mientras que a Pedro le gritaba: «¡Largo, Satanás!». A lo mejor tenía un sentido del humor muy particular.

Stuckler volvió a golpearle y Bronek Blutman volvió a retroceder.

Un mundo de embustes. Todo al revés. Hasta Cristo pronunció sermones en los que había un eco de traición y mentira. Le dijo a la pecadora pública: «¡Ve y no peques más!». Cómo no iba a pecar, si era una pecadora pública; no le ordenó, por ejemplo, que abandonara su vida de ramera y se dedicara a cuidar a los miserables de este mundo.

¡Pero si la recuerdo de antes de la guerra, a esa judía! Ningún alemán, ningún polaco puede rivalizar con mi instinto, llevo en la sangre una brújula judía, cuya exactitud ninguno de ellos puede siquiera barruntar. Un judío siempre reconoce a otro judío. Este estúpido y torpe canalla debería saberlo. Se puede confiar en mí. ¿Por qué? Si he traicionado a los otros, a él también lo puedo traicionar. A todos puedo traicionar; al fin y al cabo también yo he sido traicionado.

Stuckler le propinó una tercera bofetada. La palma de la mano de Stuckler estaba ligeramente sudada; despedía calor. Bronek Blutman ya no retrocedió. El golpe fue más leve. Ahora me va a matar, pensó.

—¿Y? —retomó Stuckler—. Así que un error, ¿verdad?

¿Por qué quiere humillarme incluso aquí, en este lugar, en el que me muevo cien veces mejor que él, que todos ellos juntos? Le había mirado la oreja, buscando signos que nunca existieron. ¿Quizá las orejas judías, como las conchas extraídas del océano, emiten especialmente para él un sonido semejante al murmullo de las arenas de Judea? La oreja no, Stuckler. ¡La mirada! Yo lo veo, Stuckler, a mí ningún judío puede darme el esquinazo. En el rayo de luz reflejado en una pupila judía atisbo la figura anciana de Moisés, la Fiesta de Pascua y la Fiesta de los Tabernáculos, el Arca de Noé la veo con toda claridad, y los rostros de todos los judíos de las doce tribus de Israel, y veo Garizim, y Sichem y Betel, y Hebrón, todo eso lo veo yo en una sola mirada judía, de Idumea al Carmelo, del monte Tabor al lago de Genezaret, e incluso más lejos, porque veo Dan y un poco más allá, veo el monte Hermon. ¿Por qué quiere humillarme en mi propio terreno? No hubo error ninguno, ha sido él quien ha caído en la trampa, no deberías haber edificado el mundo sobre la traición, Stuckler, porque ahora el mundo de la traición te devorará entero, pero yo no me he equivocado, soy dueño y señor en mi tierra, nadie será más fuerte que yo en esta tierra.

—Señor Sturmführer —dijo Bronek Blutman—. Un error lo comete cualquiera. No se volverá a repetir.

Estoy hablando en vano. De todos modos me va a matar. Sobre la tierra todo es puro embuste, puro ultraje, un lodazal. ¿Por qué debería estar yo por encima de la media? Así que digo «un error». Digo «un error» y una vez más cometo una traición, pierdo mi valor, qué interés tiene Stuckler en un tío que comete errores, a un tío que comete errores lo mejor es ponerlo en medio de la Umschlagplatz[1] sin menor dilación, para cometer errores Stuckler tiene a sus chapuceros de cuellos de toro y miradas bovinas, para cometer errores tiene a los polacos, ¿para qué quiere a un judío que comete errores? Los judíos están en este mundo para ser asesinados y para no cometer errores. Y con todo no he cometido equivocación alguna y voy a morir asesinado. ¿Puede existir un mundo semejante?

—Es la última vez que tolero una equivocación así —dijo Stuckler—. ¡Largo!

No levantó la voz, al contrario, lo dijo en un tono tranquilo, tal vez incluso cortés. Volvió a su despacho. El rectángulo de la ventana quedó vacío. Solo la ramita verde y un retazo de cielo. Bronek Blutman hizo una reverencia respetuosa, pero no servil. Salió del despacho, cerrando la puerta tras de sí. Atravesó la secretaría, el corredor, la escalera. De todos modos me van a matar. Si no hoy, mañana. Se ha equivocado al no matarme hoy mismo. Ambos hemos cometido errores, qué divertido. Mentira, felonía, vilipendio, canallada, delación, asesinato, brutalidad, puterío, error, pequeño error, equivocación, confusión...

Se detuvo en medio de la calle. Árboles verdes, cielo azul. Traición verde, mentira azul. El mundo no existe, pensó Bronek Blutman. El mundo ha muerto. Se ha extinguido. Nunca más volverá a existir. Se ha reventado por los siglos de los siglos. Amén. Un error, pensó. Si un judío tan grande y tan sabio como Jesucristo cometió errores y se confundió, ¿por quién te tomas tú, Broneczek? Eres un judío de nada, mides un metro ochenta y cuatro, o sea un buen pedazo de judío, se puede decir, y con todo, un judío de nada, Broneczek. ¿Un error? Si lo prefiere así... A partir de hoy, con la señora Seidenman corto por lo sano. Con todas las putas de los clubes nocturnos de la Varsovia de antes de la guerra he cortado por lo sano, y el tajo lo hago con mi ojo judío. Enviaré flechas mortales a los judíos con caftán, a los vagabundos y a los pobres de solemnidad. Cortaré por lo sano con todas las putas judías, porque sus orejas, como las conchas de los

mares del sur, emiten una música redentora. El mundo ha sido fundado sobre la traición, la mentira y la humillación. La verdad es que Caín se cargó a Abel. Ésta es la verdad. Al principio fue la traición, la mentira y la humillación de Caín. ¿Qué otro remedio le quedaba más que levantar una piedra y machacar a Abel? ¿Qué otro remedio le quedaba si Dios no le dio posibilidad de elección?

Bronek Blutman subió a una calesa y ordenó llevarle hasta la plaza de Narutowicz. El conductor resoplaba y carraspeaba.

—¿Qué le pasa? —preguntó Bronek Blutman.

—La gripe, que me está atacando.

—Pues haberse quedado en cama.

—Unos pueden permitírselo, otros no —replicó el calesero. Después ambos guardaron silencio. En su oído seguían difundiéndose los fuertes resoplidos. En la plaza de Narutowicz le dio al calesero una pingüe propina.

—Aplíquese usted unas ventosas —dijo al despedirse.

—Prefiero beberme un cuartillo —contestó el otro. De nuevo, un error, pensó Bronek Blutman. La verdad es que no se puede contentar a nadie.

Entró en una casa de comidas, se sentó cómodamente a la mesa y pidió un buen almuerzo. El padre de Bronek, el viejo Blutman, solía decir: «Si tienes alguna preocupación, no te obsesiones, primero hinca bien el diente, después ya tendrás tiempo de preocuparte». Un error, pensó Bronek Blutman. Su padre acabó en la Umschlagplatz en las primeras selecciones. No comía nada desde hacía algún tiempo y andaba muy preocupado, como si hubiera algún motivo para ello. El viejo Blutman también había cometido errores. Y Jesucristo. Todos, incluyendo al propio Dios. ¿Qué puedes entonces reprocharte, Broneczek?

Una vez hubo terminado de comer, volvió a asaltarle la idea de que le iban a matar. Si no ese día, al siguiente. Al principio fue el asesinato, pensó. Un error. Al principio fue el Verbo. Pero Dios mantenía en reserva a esa monstruosa jauría. El mundo aún no estaba preparado para soportar el yugo de las palabras.

Por la noche Bronek Blutman visitó a su amante. Tomó un baño, se puso el albornoz *frotté*, mientras su amante lo contemplaba. Estaba sentada en un sillón hondo, cubierta tan solo con unas braguitas de colores, unas medias de seda y unas ligas con encaje azul celeste. Así

sentada en el sofá, sus grandes pechos desnudos parecían dos montañas y sus labios pintados una herida abierta en mitad de la cara. Miraba a Bronek Blutman con los ojos entornados, porque creía que de esta forma se debía mirar a Bronek Blutman. Su padre era acomodador en un cine y por las noches ella le llevaba la cena en una cacerolita; solía quedarse a mirar las películas, de pie, detrás de la cortina de la puerta con el rótulo de SALIDA. Siempre veía las películas en escorzo. Caras alargadas y miradas infinitas. Con una mirada así, apasionada e infinita, acariciaba el rostro de Bronek Blutman. Deseaba que la poseyera sobre el sillón, como nunca lo hiciera antes. Un error, pensó Bronek Blutman, ni hablar de jueguecitos. Me voy a la cama. Un error, porque a pesar de todo se ha salido con la suya esa judía. Bronek Blutman resopló como lo había hecho el calesero enfermo de gripe. Después se quedó dormido. Soñó que era un hombre anciano. Un error. Un año más tarde sería abatido por los disparos en las ruinas del gueto. No se equivocaba en absoluto cuando pensaba que de todas formas lo matarían.

18

El profesor Winiar, matemático, rodeado por la simpatía y el respeto de varias generaciones de discípulos a los que durante casi medio siglo había criado a base de ceros y teorías sobre el infinito, estaba de pie en la parada del tranvía con el paraguas en la mano derecha y en la izquierda, enrollado, el *Nuevo Correo de Varsovia* que ese día aún no había tenido tiempo de leer. A su lado esperaba una mujer obesa cubierta por un abrigo azul marino con ribetes de terciopelo. El tranvía tardaba en venir. La parada se hallaba junto a la plaza de los Krasiński, otrora punto neurálgico de la ciudad y zona de encuentro de dos mundos distintos. El profesor Winiar recordaba con todo detalle el aspecto de la plaza en el pasado, vivía no lejos del lugar, en la calle Świętojerska y además siempre la cruzaba en dirección al barrio céntrico donde se levantaba el edificio del gimnasio en el que impartía matemáticas. En aquellos tiempos, la plaza le parecía al profesor un rincón sumamente acogedor y, en cierto sentido, simbólico, conforme a sus convicciones liberales, patrióticas, cristianas y filosemitas, mezcolanza que, en esa parte de Europa, era tan infrecuente y singular como magnánima.

Sin embargo, desde hacía algún tiempo, la plaza en la que el profesor esperaba en vano el tranvía había cambiado su perfil y a este educador de la juventud se le antojaba un lugar sórdido y repulsivo. El profesor, de pie en la parada, podía ver, gracias a su considerable altura y a la elasticidad de su cuello rematado por una cabeza pequeña pero inteligente, el muro rojizo y elevado que separaba la zona aria del gueto. Esta imagen siempre conseguía vejarle, sin razón aparente, ya que hubiera podido sentirse orgulloso de su pertenencia a una raza humana superior. Quizá la sensación de desaliento y ultraje que le embargaba siempre que veía el muro del gueto, tuviera su origen en la convicción de que al otro lado de ese muro sufrían también algunos de sus discípulos y de que uno de ellos había sido el mejor alumno de matemáticas de varias promociones; se apellidaba

Fichtelbaum. El profesor le había visto por última vez tres años atrás, pero recordaba a la perfección la cara sonrosada del muchacho, así como sus labios algo reticentes y sus ojos oscuros. El profesor Winiar gozaba de una memoria extraordinaria en lo tocante a las caras. Confundía siempre los apellidos de sus alumnos, casi nunca era capaz de recordar un nombre, pero los rasgos faciales de sus discípulos los llevaba grabados en la memoria con una precisión fotográfica. También podía reconstruir fácilmente sus gestos. Por ejemplo, los de Kryński, un muchacho de mirada soñadora y talento regular para las matemáticas, que siempre pedía la palabra alzando la mano de un modo muy característico: mantenía el codo a la altura del pecho y levantaba dos dedos, el corazón y el índice, según lo exigía la norma militar polaca. Al parecer, la familia de este alumno mantenía ciertos vínculos con el ejército, lo cual no agradaba en demasía al profesor Winiar, quien tras la Gran Guerra, por puro hartazgo, simpatizaba con el movimiento pacifista.

Así que el profesor sufría. Tan pronto como crearon el gueto, abandonó su apartamento para mudarse aunque no muy lejos, al sur de la plaza de los Krasiński, a una casa de la calle Długa. Fue un error, consecuencia de la lógica matemática de profesor que había preferido quedarse en su barrio de siempre y contemplar a cierta distancia su antigua casa, situada ahora en la zona judía. Pensaba que la guerra no duraría mucho. Hubiera tenido que tomar una actitud menos racional y más profética. Los vecinos del profesor Winiar, cuando les llegó el momento de despedirse del domicilio familiar, se trasladaron al otro extremo de la ciudad. En su decisión había como un deseo de quemar los puentes tras de sí, actitud que el profesor Winiar consideraba mezquina, cuando no indigna. Él se quedó allí, por eso sufría. Fue testigo, día y noche, del triunfo del mal. Tras la pared de su casa pudo oír cómo asesinaban a sus vecinos. Solo le infundía valor la idea de que Dios y Polonia anotaban escrupulosamente todos los crímenes cometidos y que en el Día del Juicio se dictarían sentencias. Dios en un término más aplazado, porque lo haría en el más allá. Polonia juzgaría por vía sumaria. No obstante, el sufrimiento no se apartaba de él, consciente de que la sentencia más rigurosa no devolvería la vida a los vecinos exterminados y no enjugaría las lágrimas judías derramadas.

No llegaba el tranvía. Soplaba un vientecillo helado. La mujer

que esperaba junto al profesor se abrochó el cuello del abrigo. A lo lejos, tras el muro del gueto, sonaron los disparos de un arma de fuego. El profesor Winiar ya se había hecho a esta clase de disonancias. Pero he aquí que, para asombro de este educador de numerosas promociones de bachilleres, saltó al aire otra clase de sonido, un sonido muy singular: los acordes de un potente organillo. Se oían la batería, los címbalos y los tambores, y con toda probabilidad se oían también los violines, los bajos y las flautas, lo que no podía distinguir con nitidez debido a su falta de cultura musical y a su dureza de oído. Fuera como fuere, por la plaza se difundía sin duda una alegre melodía que le trajo a la memoria el tiovivo recién montado en ese mismo lugar, junto al muro del gueto. Un tiovivo coloreado y juguetón como todos los tiovivos del mundo. Giraban en él caballitos blancos con sus collares rojos, góndolas venecianas, cabriolés y trineos, y hasta una aristocrática carroza. Todo giraba al compás de la música; chirriaba el mecanismo del tiovivo y los caballos galopaban, las góndolas navegaban, los trineos se deslizaban y los cabriolés brincaban. Un universo inundado de susurros, zumbidos y sonidos, que daba vueltas en círculo entre las carcajadas, los tímidos chillidos de las jovencitas, el alboroto de los muchachos, las bromas, una alegre algazara de risotadas y mimos. El profesor Winiar fijó la vista en el tiovivo y vio su rueda coloreada y veloz, vio los rostros sonrientes, los cabellos de las jóvenes agitados por el viento, la blancura de sus muslos y pantorrillas desnudas, las melenas, las camisas, las falditas, las botas de caña, las braguitas, las corbatas, las banderolas, las crines de los caballos, los farolillos, los banquillos y las cadenitas, los cisnes y las mariposas. El profesor vio este universo vertiginoso, bello, musical, mecánico y oyó el grito desgarrado del organillo, el tableteo de la ametralladora. El grito desgarrado de un judío, el tableteo del mecanismo del tiovivo.

La mujer del abrigo abrochado hasta el cuello dijo:

—Yo prefiero el tranvía.

Se miraron a los ojos. Si la mujer hubiera pronunciado estas palabras unos momentos antes quizá el profesor Winiar se habría agarrado a ellas como a la última tabla de salvación, como a un clavo ardiendo, hasta alcanzar la orilla de la esperanza. Pero la mujer había hablado demasiado tarde. El profesor Winiar, matemático de profesión, dejó caer el periódico, ejecutó una pirueta, como si fuera un

elemento más del tiovivo y cayó fulminado sobre la acera.

No sabemos qué pensamientos le acompañaron en los últimos instantes antes de caer al suelo. La mujer del abrigo abrochado hasta el cuello informaría más tarde a los familiares del matemático que, ya sobre la acera, con los párpados entrecerrados, el profesor seguía apretando el paraguas con la mano y que de sus labios lívidos brotaron unas palabras que podrían ser algo así como «¡Oh, Polonia!» o «¡Ay, polacos!», pero el asunto quedó sin aclarar. Sin embargo, durante el entierro del profesor Winiar, el profesor de educación física de su gimnasio al que le unía una estrecha amistad desde hacía años le despidió ante los presentes con un breve panegírico, destacando que el matemático había muerto al pie del cañón. Era la verdad. Desde la entrada del cementerio hasta la tumba, el ataúd con los restos mortales del profesor fue llevado a hombros por sus antiguos discípulos, entre ellos Paweł Kryński, alumno poco aventajado en matemáticas, pero apreciado por el difunto. Entre los ausentes al funeral se contaba el alumno Fichtelbaum y algunos otros de confesión judía, cuyo destino tuvo una influencia indirecta sobre el propio destino del profesor Winiar. No obstante, cabe inferir que aquellos ausentes tomaron la delantera al matemático en el camino hacia la eternidad.

Durante el entierro lloviznaba. Las señoras se refugiaban bajo los paraguas y los señores patrullaban con sus botas de goma por las avenidas pedregosas del cementerio. Tan pronto las coronas de modestas florecillas cubrieron la tumba, la comitiva fúnebre se dispersó. Algunos de los acompañantes, a pesar de la lluvia, deambularon todavía un rato por entre las tumbas, leyendo los apellidos y fechas de defunción escritos sobre las lápidas de piedra y sobre las placas de mármol y comentando vivamente la suerte corrida por los fallecidos, a los que antes de la guerra habían conocido o de los que solo habían oído hablar. Mediante este paseo, los ancianos trataban de familiarizarse con su propia muerte, tal vez inesperada, y los jóvenes robustecían su patriotismo. Ambas cosas eran acordes a los tiempos que corrían. No muchos de los miembros de aquella comitiva sobrevivirían a la guerra y llegarían a ver una época en la que ya nadie recordaría ni sería capaz de afirmar que el profesor Winiar había muerto al pie del cañón. De cualquier forma, los tiempos que sobrevendrían después de la guerra sin duda habrían sido poco

favorables para un liberal, cristiano y pacifista como el profesor Winiar. También estaba fuera de duda alguna que el matemático había caído en la parada del tranvía y no en las barricadas, y que no había caído con el fusil en la mano, sino con un paraguas remendado de arriba a abajo, porque su dueño no era hombre de fortuna.

El día del entierro del profesor Winiar, el tiovivo de la plaza de los Krasiński seguía girando y sus caballitos galopando, sus carruajes brincando, deslizándose sus trineos y navegando sus góndolas. Las banderolas no cesaban de zumbar al viento, ni las jovencitas de chillar y los muchachos de alborotar. Tampoco el organillo había dejado de gimotear y el mecanismo del tiovivo de retumbar. El tableteo de la ametralladora se difundía cada vez con mayor claridad, así como el estruendo de los obuses al explotar y el bramido de las llamas; lo único que resultaba inaudible eran los lamentos de los judíos, porque los judíos morían en silencio, respondían con granadas y las armas en la mano, pero en silencio, como quiera que ya estaban muertos, más muertos de lo que nunca antes lo estuvieron, porque habían elegido una muerte heroica antes de que ella los eligiera, habían salido a su encuentro, y en sus ojos orgullosos se leía toda la sublimidad de la historia de la Humanidad, en sus retinas se reflejaban los incendios del gueto, los semblantes asustados de los SS, las embrutecidas caras del populacho polaco apiñado alrededor del tiovivo, el rostro acongojado del difunto profesor Winiar; se reflejaban por lo tanto todos los destinos de la humanidad, cercanos y lejanos, todo el Mal del mundo y su poquito de Bien. También se reflejaba en sus retinas el rostro del Creador, sombrío e iracundo, afligido y un poco humillado, porque había decidido apartar los ojos y mirar a otra galaxia para no asistir al sangriento espectáculo que le habían preparado no solo a su pueblo dilecto, sino a todos los seres humanos, infamados, cómplices, ruines, impotentes, avergonzados, entre los cuales se encontraba también el hombre que, justo en el mismo lugar en el que había caído al pie del cañón el profesor Winiar hacía unos días, exclamó con toda tranquilidad:

—¡Los judíos se están friendo a base de bien! ¡Hasta chisporrotean!

El cielo, ennegrecido por el humo, no envió un rayo que fulminara a ese hombre, pues sus palabras habían sido escritas en el libro de la creación miles y miles de años atrás. Y en sus páginas

también estaba escrito que el profesor Winiar moriría un poco antes, para ahorrarse el oír la alegre exclamación de aquel hombre que, tras pronunciarla, corrió en dirección al tiovivo.

19

La silla le apretaba excesivamente. Con toda seguridad habían vuelto a ajustar mal la cincha. Cada vez más a menudo se tropezaba con chapucerías. Como si el aura de este país ocultara algún bacilo que infectara incluso a los organismos de sus subordinados. El caballo irguió la cabeza y los cascos resonaron contra la piedra. Le agradaba esa armonía entre él y el animal. Era en estos momentos cuando sentía de un modo más intenso la relación entre su calidad de ser humano y la naturaleza. Los árboles verdeaban delicadamente, en el aire flotaba la primavera y sobre el estanque soplaba una brisa fina y cálida que ondulaba la superficie del agua. Un día u otro se tiene que terminar, pensó Stuckler. La Arcadia no dura eternamente. El caballo iba al paso a la sombra de los recios castaños y de los tilos. Por entre sus ramas aún desnudas se columbraba un palacio claro y las ruinas de antiguas columnas que parecían emerger de las aguas cual ruinas de una edificación naufragada. Aquí todo es mera impostura, concluyó, hasta la belleza que han creado es mera impostura. Golpeó la grupa del caballo con la fusta y este empezó a trotar a paso largo. Entre el silbido del viento, Stuckler oía el crujir de las piedras que se apartaban bajo los cascos, un trápala verdadero y sublime. Volvió a pensar en que un día u otro eso se iba a acabar. Esta guerra atroz terminará un día u otro y con la paz regresará la banalidad. Pero si perdemos la guerra, no habrá lugar en la tierra para nosotros. Desde los tiempos más remotos ha sido así. Las hordas irrumpen en Europa. La barbarie vencerá sobre las ruinas. Detuvo el caballo. En lo alto brillaba el sol a través de las copas aún desnudas de los árboles. La sombra de las ramas se posaba sobre el césped. Los bárbaros afirmarán que solo fuimos un hatajo de asesinos, despojos infectos de la raza humana. Combatimos de una manera cruel en esta guerra, pero todas las guerras son crueles. Nos atribuyen la mayor ignominia conocida desde la génesis de la historia humana, como si lo que está sucediendo fuera la primera vez que sucede. No hacemos nada peor de lo que

hicieron nuestros ancestros. Liquidamos a los enemigos de nuestra nación en aras de la victoria. Si los liquidamos a gran escala, es porque el mundo ha progresado y en la actualidad todo se realiza a gran escala. En el caso de que perdamos la guerra, los vencedores gritarán a los cuatro vientos que llevamos a cabo un exterminio masivo, como si un exterminio menos masivo estuviera justificado. Es ridículo y lamentable. En afirmaciones de esa índole se basa su moralidad, en cuyo nombre dicen combatir en esta guerra. En caso de que perdamos harán un recuento de víctimas y llegarán a la conclusión de que fuimos unos monstruos. He mandado matar a unos cien judíos. ¿Habría hecho gala de una mayor ética si hubiera mandado matar a diez? Es del todo absurdo y, sin embargo, estos serán sus argumentos si vencen en esta guerra. Harán el recuento de víctimas y no se les podrá meter en la cabeza que maté para vencer. Si matara a una escala menor, salvaría a muchos enemigos y por lo tanto traicionaría mi causa, ya que la compasión en una guerra significa actuar en beneficio del adversario, disminuir las probabilidades de vencer. Así ha sido desde tiempos remotos. ¿Judíos? ¿Polacos? ¿Rusos? Cada judío, polaco o ruso que yo deje con vida puede significar la muerte de un alemán, un ser humano de la misma raza y sangre que la mía. Pero si vencen ellos, me acusarán de haber sido un hombre despiadado, sin acordarse de que siempre fue así, desde que el mundo es mundo, y de que también ellos fueron crueles y duros de corazón. No fui yo quien inventó la guerra; tampoco Adolf Hitler la inventó. Dios ha hecho de los hombres unos soldados natos. Desde que el mundo es mundo.

El caballo se detuvo. Stuckler sintió en la nuca los cálidos rayos del sol. El agua del estanque ondulaba levemente. A su alrededor no se veía un alma, como si el caballo le hubiera llevado hasta el fin del mundo.

Las falsas columnas en el fondo de las falsas aguas daban una falsa sensación de belleza. Stuckler respiró hondo. Miró al cielo. ¿Dios? ¿Existe en realidad? En el siglo XX no resulta fácil creer en Dios. Hemos sido tan tenaces en descubrir los secretos de la naturaleza, que a Dios le supone una tarea cada vez más ardua hallar un lugar en ella donde pueda ocultarse en su misterio. Si damos por sentado que todo proviene de Él, está claro que también ha ordenado que los seres humanos jueguen a la guerra. Por eso somos unos buenos

soldados.

Con todo, Stuckler no poseía una mente filosófica. Provenía de una familia de molineros asentada desde hacía cien años en los aledaños de Saafeld, en Turingia. A principios de la década de los veinte, él mismo trabajó también como molinero. Después eligió otro camino. Amaba la historia: la Antigua Roma, las migraciones de los pueblos, el Reich alemán. Amaba los tiempos pasados. Encontraba en ellos el sacrificio y la determinación propias del ser humano. Sin embargo, la mayoría de las personas que le rodeaban podían ser tildadas de cobardes. Fue en las formaciones de las SS donde advirtió las virtudes romanas. La mente de Stuckler distaba mucho de ser original. A los bolcheviques los llamaba hunos. ¡Hordas de Atila!, lo que sonaba un tanto wagneriano. Amaba los pensamientos patéticos, austeros. Amaba los robles, los caballos esbeltos, las rocas, las elevadas cumbres veladas por las nubes, como el humo de un incendio invisible. Era un miembro de las SS corriente y moliente, sin aspiraciones intelectuales ni remordimientos, como la mayoría de sus colegas que, sin embargo, tiempo después, mostrarían al mundo dudas hamletianas. Una falacia más. Si Stuckler hubiera vivido para ver este espectáculo, los habría considerado unos auténticos payasos. Personalmente solo conocía a un miembro de las SS que sufría de verdaderas dudas y se rendía a la inquietud moral. Este hombre se llamaba Otto Stauber y murió en el frente del Este en el otoño de 1941. Stuckler era un hombre equilibrado: amaba al pueblo alemán, despreciaba a los judíos y eslavos, y por ende se comportaba en la guerra de forma que aumentaran las posibilidades de triunfo. Por encima de todo ejecutaba sin duda alguna las órdenes de sus superiores, que respondían de las mismas. No era él quien debía responder. Así había sido siempre. Por otra parte, no solo Stuckler vivía en el conformismo. En último término era un hombre del siglo XX y poseía plena conciencia de ello. No era tampoco el único en sentir odio hacia los judíos, aversión hacia los polacos, desprecio hacia los rusos. No había que ser un fascista alemán para pensar de modo semejante. En su juventud, Stuckler había padecido el acoso de un mundo hostil y ajeno. Fue humillado a causa de su falta de formación intelectual, de sus modales toscos, de su comportamiento rudo. Subió en la escala social gracias a su obstinación y a lo favorable de las circunstancias. Era un autodidacta, el amor a la historia de Roma y del

Reich alemán lo cultivaba en solitario. A menudo renunciaba a los momentos de diversión para entregarse a la lectura de libros históricos, en los que a veces incluso se gastaba los ahorros. Los que le rodeaban no comprendían sus esfuerzos. Siempre terminaba por ser considerado un palurdo y en todas partes le miraban por encima del hombro. El mundo no simpatizaba con Stuckler. A otros les brindaba más y les bajaba más el coste. Adolf Hitler afirmaba que los culpables de todo eran los judíos, los comunistas y la democracia. Tan pronto como Stuckler se afilió al Partido y entró después en las SS, terminaron sus penosas y desagradables humillaciones. Nadie le consideraba ya un palurdo; al contrario, empezaron a valorar sus aspiraciones intelectuales. Stuckler no tenía un pelo de tonto; con el tiempo fue viendo claro que disfrutaba de su nueva posición gracias a la influencia del NSDAP[1] y que el mayor apoyo para con su persona lo habría de encontrar en la jerarquía del movimiento hitleriano. En este sentido demostró ser más agudo que muchos de sus coetáneos. No consideraba en absoluto que el uniforme le despejara especialmente la mente. No había olvidado que siendo un triste aprendiz de molinero leyó los relatos sobre la Antigua Roma y que de esa época databa su amor por la historia. Su evolución espiritual no había dado comienzo en el momento de adherirse al movimiento, incluso podía afirmarse lo contrario, ya que a partir de entonces le faltó tiempo para meditar sobre la existencia humana y educarse. De vez en cuando le asaltaba la idea de que en verdad era solo un oportunista que arrimaba el ascua a una nueva realidad. Una nueva realidad que no era peor que la anterior; simplemente se había vuelto la tortilla: los que antes estaban abajo, ahora estaban arriba y viceversa. En sus años mozos el humilde Stuckler trabajaba en el molino familiar y se sintió explotado por los abastecedores judíos forrados de dinero. Después, era él quien vivía a todo tren y los judíos quienes barrían las calles. Había una cierta justicia en ello, respondía al sentir de los tiempos y en general a las aspiraciones humanas, porque el ser humano tiende al cambio, y a la introducción de nuevos sistemas. El mundo es un organismo vivo que se transforma de modo incesante. Así ha sido desde siempre.

En determinado momento, el movimiento nacionalsocialista se lanzó a la violenta persecución de todos sus adversarios políticos, así como de los ciudadanos judíos del Reich. Stuckler no era un asesino sin escrúpulos, puesto que los asesinos sin escrúpulos no han existido

nunca ni en ninguna parte. Por otra parte, nadie empieza su carrera criminal prendiendo fuego al mundo entero y llevando a término ejecuciones en masa. Primero Stuckler tomó parte en la rotura de cristales de tiendas judías, lo cual no parecía ni muy digno ni muy serio, incluso a sus propios ojos, pero en último término no producía daños mayores. Los judíos eran lo bastante ricos e influyentes como para poder permitirse la instalación de cristales nuevos. Sin duda, esta clase de prácticas le resultaron de utilidad; aprendió gracias a ellas a ser sumiso y obediente. ¡Le enseñaron a saber dónde estaba su lugar! Después Stuckler linchó a unos cuantos judíos. Uno de ellos se acostaba con una chica alemana, que también recibió una buena lección; a decir verdad, era solo la sirvienta de ese judío, pero al fin y al cabo debería haber entendido que actuaba en contra de la ley y que condenaba a la raza alemana a la degeneración. Que la raza alemana era superior a las restantes razas estaba fuera de dudas para Stuckler. Como para muchos ingleses está fuera de dudas que son el pueblo más perfecto del mundo, para muchos judíos fieles al Antiguo Testamento que son el pueblo elegido y, para muchos polacos, que se hallan bajo la protección especial de la Virgen Santísima. Sin olvidar, por supuesto, que los alemanes son caballeros teutónicos, que los rusos unas almas serviles y los franceses comen ranas, que los italianos tocan la mandolina y los checos son más cobardes que los conejos. En este sentido, Stuckler no se diferenciaba demasiado del común de los mortales; quizá solo en que se había enfundado el uniforme muy joven y en que había comprendido muy pronto lo que significa la fuerza de grupo y la eficacia del palo. Por naturaleza, el ser humano es débil, por eso ama la violencia. Y Stuckler era un individuo adocenado, como la mayoría.

Mató por primera vez cuando ya tenía en su conciencia a unas cuantas personas golpeadas, pateadas, heridas. Podría afirmarse que ese primer asesinato no fue plenamente consciente, más bien fue accidental. Stuckler golpeó demasiado fuerte y el auxilio médico llegó demasiado tarde. Lo calificaríamos de lamentable accidente y no excluiríamos la posibilidad de que a Stuckler le dejara mal sabor de boca, que incluso quisiera borrárselo de la memoria. Sin embargo, tiempo después, accidentes parecidos se empezaron a producir cada vez con mayor frecuencia y además estalló la guerra y en la guerra unos se matan a otros, porque en caso de no hacerlo ponen en peligro

su propia vida. Cierto día, Stuckler llegó a la conclusión de que había matado a muchas personas, pero sin temor a equivocarse podía afirmar que así había sido siempre. Y no se equivocaba porque a decir verdad así ha sido siempre.

Stuckler espoleó el caballo. Reemprendió un trote largo, a la sombra de los frondosos árboles, alrededor del estanque de aguas tersas, en medio de la naturaleza susurrante. Stuckler se sentía cansado y no muy feliz, ya que en los últimos meses la vida no le daba motivo ni de alegría, ni de satisfacción, a lo que se añadía la deprimente eventualidad de una derrota bélica. Sin embargo, no temía el futuro. Era de natural valiente y por añadidura no muy inteligente ni sensible. Consciente de que más tarde o más temprano le visitaría la muerte, como al resto de los seres humanos, no conseguía imaginarse ese momento, ni le atemorizaba tampoco su cita con Dios, puesto que consideraba sus pecados como algo cotidiano, pecados que todos cometen en tiempos de guerra y, por otra parte, la guerra no había sido una creación suya. Si de él hubiera dependido, no habría participado en esa contienda. No le producía ningún placer andar a la búsqueda y captura de judíos y tener metida en un puño a toda aquella ciudad llena de rabia. La guerra le había arrebatado a Stuckler las comodidades de las que disfrutó durante los años del Tercer Reich, cuando el movimiento tenía la sartén por el mango y Europa contaba con Alemania, la respetaba y trataba de satisfacer sus exigencias. La paz le ofrecía una vida mejor, sin temor alguno por su porvenir. Pero, bueno, las cosas eran distintas. Tenía la convicción de que su deber era cumplir con sus obligaciones de alemán, ciudadano del Reich, miembro del Partido y oficial de la policía hasta sus últimas consecuencias. Era su deber y en el deber residía su dignidad.

Dejó de trotar con su semental e inició un galope lento. Terrones y guijarros crujían bajo los cascos. Stuckler ya no pensaba en la cincha que, por otra parte, estaba perfectamente sujeta. Pensaba en que si Alemania perdía la guerra, Europa ya nunca volvería a levantar cabeza. Todo el patrimonio sería destruido. Una era de barbarie se enseñorearía del viejo continente. Stuckler no era capaz de imaginarse a sí mismo en un cuadro semejante. Tampoco lograba imaginarse camino de Oriente, con la espada rota y la soga al cuello, arrastrado por el caballo peludo de un huno. Y justamente le aguardaba un destino muy parecido. No fue, es verdad, calzado con sandalias, ni

pertrechado de un escudo y con una soga al cuello, pero marchó en compañía de otros muchos prisioneros alemanes hacia el Este, escoltados por los soldados del Ejército Rojo montados en briosos caballitos. Marchó semanas enteras; siguió después el trayecto en un furgón a través de la estepa infinita, para ir a parar por fin detrás de la alambrada de un campo de prisioneros a orillas del río Obi. Durante unos cuantos años arrancó tocones en los bosques de Siberia, cada vez más debilitado y embrutecido, hasta que por fin murió y su cuerpo fue arrojado a un socavón profundo que no tardarían en cubrir hielos sempiternos. En el momento de la muerte, no se arrepintió de sus pecados porque ya no creía en Dios. Tal vez incluso hubiera olvidado que un día fue alemán, miembro de la NSDAP y oficial de los servicios de seguridad del Reich. En el curso de las semanas que precedieron a su muerte solo pensaba en comer.

En esos momentos también podría haber afirmado que así había sido siempre, desde que el mundo es mundo, y si no lo hizo fue sin duda por la falta de fuerza física y moral que es imprescindible para sacar cualquier conclusión. Él se estaba muriendo de hambre y extenuación, por encima de toda moralidad y de toda estimación ética, para la cual resulta indispensable un cierto número de calorías. En realidad, el destino se mostró con él más benevolente que con todos aquellos que murieron como él, pero unos años antes y por su culpa. Ellos no tuvieron tiempo de estar tan hambrientos y tan embrutecidos como para olvidar, como él olvidaría, los siglos de cultura que cargaban a sus espaldas, porque todavía eran capaces de sacar conclusiones, de apreciar la gravedad de su situación y de juzgar el mundo según las normas y principios con que en tiempos mejores los habían vacunado. A veces recibieron la muerte como una liberación de sus sufrimientos, es cierto, pero en general murieron conscientes de ser víctimas de la tiranía, del crimen y de la infamia reinantes en el mundo. Stuckler pasó demasiada hambre como para poder entender cualquier cosa cuando le llegó la muerte. En los últimos meses de su vida, sobre los campos solo se le aparecían fantasmas, sobre los campos solo existía el delirio onírico de un hombre enfermo, de un animal enmudecido. Seguramente no recordaba ni su apellido. Cómo iba a recordar entonces los actos que había cometido. Murió sin remordimientos y sin conciencia y, en consecuencia, no pudo darse cuenta de que su muerte era el castigo

por todos los males infligidos al género humano. En este sentido, la educación a orillas del río Obi resultó errada, por lo menos en el caso de Stuckler. Si lo hubieran puesto ante un tribunal, escuchado sus argumentos, confrontado con los testigos y luego castigado, como por otro lado hicieron con algunos de sus camaradas de armas, quizá habría existido la posibilidad de que expresara arrepentimiento por unos crímenes cuyas dimensiones por fin comprendería o al menos abarcaría con la razón. Condenado al ostracismo de la civilización que le había visto crecer, que había conformado su carácter y su mentalidad, condenado a un estado vegetativo tan largo que acabó por convertirle en un híbrido de hombre y bestia, en un monstruo descerebrado, quedó fuera de la esfera de las estimaciones y selecciones morales. Ni siquiera la humanidad pudo obtener algún provecho de una persona en tales condiciones. Pero como él mismo hubiera podido afirmar una vez más: así ha sido siempre.

El caballo, obediente a la mano de su jinete, se detuvo. Una nube blanca tapó el sol y el césped adquirió un matiz violáceo. Alrededor de Stuckler todo era soledad. Solo existe el presente, pensó. No le gustaban los recuerdos. Quizá ni siquiera le gustara la vida. Le gustaba el pasado lejano. Allí se encontraba a sí mismo, como símbolo, como signo. Incluso como algo más, porque de la historia sacaba la convicción de que era un eslabón más de una cadena antiquísima, no en el sentido físico, como hijo y nieto de una saga de molineros de los aledaños de Saalfeld, o como miembro del movimiento, oficial y jinete de aquel hermoso semental, que se paseaba por el césped violáceo, bajo las copas de los árboles deshojados. No en un sentido físico participaba de la cadena, sino en la medida en que cumplía con una misión espiritual, con el deber de cierta élite del género humano. Así había sido desde siempre. Siempre hubo conquistadores y déspotas que hollaron la tierra con el fin de someterla, y siempre existieron víctimas de la rapiña, de la conquista, de la tiranía, cuyos huesos fertilizaron la tierra. Era evidente que estas habían sido desde siempre las suertes contrarias de los seres humanos, y que no eran ellos los encargados de elegirla, sino una fuerza externa que ordenaba la historia y de cuyo veredicto dependía que unos estuvieran arriba y otros abajo. Stuckler estaba persuadido de que le había sido otorgado la suerte de los señores. Su deber era hollar la tierra y no fertilizarla con sus huesos. Así había sido desde siempre. ¿Acaso Roma no fue

levantada sobre los hombros de miles de esclavos? ¿Quién recordaba sus nombres? ¿Quién se acordaba de que un día existieron? Y no obstante fueron la fuerza bruta que empujó el Imperio, todas las conquistas y edificaciones, toda su cultura y su civilización, sagrada hasta el día de hoy. El sufrimiento de los esclavos no dejó ninguna huella en la historia, mientras que los romanos crearon la historia en grandes territorios del mundo. Allí donde la sandalia de un legionario romano pisaba la tierra, nacían las grandes obras de la humanidad. ¿Cuántos de aquellos esclavos fertilizaron la tierra con sus cenizas? Roma fue la primera en aplicar el principio de la responsabilidad colectiva y alzó a la comunidad romana por encima del resto de las naciones. Solo a ellos les estaba permitido gozar de libertad, de derechos y de privilegios. Así había sido desde siempre. Y merced a ello el mundo seguía existiendo. Si nos derrotan, pensó Stuckler, reinará la mediocridad, no la historia. Nacerá una especie de monstruo sin ombligo, una humanidad sin soldados, es decir raquítica, apática y condenada a una extinción paulatina. Nuestros enemigos hablan y hablan de democracia. En nombre de la democracia quieren vencer al Reich. ¡Payasos! En último término hasta la República romana tenía sus esclavos. Y la célebre democracia ateniense se fundó sobre la esclavitud desde el primer hasta el último día de su existencia. Así ha sido siempre. Nunca fue de otro modo. Así ha sido desde que el mundo es mundo.

Stuckler miró el reloj. Era mediodía pasado. Debía volver al trabajo. De nuevo volvía a aclarar el cielo. El caballo siguió marchando a un trote largo. Stuckler se sintió con fuerzas recobradas. La vida del guerrero, pensó. La vida sencilla del guerrero. Incluso si perdemos la guerra, nos envidiarán. Porque en nosotros existe una belleza sobria, algo angelical. Y lo mismo nuestros uniformes, son únicos en su estilo, insuperables. Un día nos envidiarán. Así ha sido siempre.

20

Al despertarse por la mañana, la embargó una grata sensación de sorpresa. A través de la ventana vislumbró un retazo de cielo ya amanecido, las ramas oscuras de los árboles con sus renuevos verdes y frágiles. En el espejo del tocador se reflejaba la cama, la mesilla de noche, los pliegues del edredón con una funda recién puesta, la silueta de un pie desnudo. Su propio pie que se escapaba fuera del edredón. Era un pie hermoso, esbelto, femenino. ¡Qué maravilla!, se dijo Irma Seidenman, ¡despertarme precisamente en este lugar! Por primera vez sintió alegría de vivir y amor por su propio cuerpo. Se contempló el pie en el espejo, movió los dedos. Me he salvado, pensó regocijada, estoy aquí, en mi casa. Casi de inmediato la volvió a asaltar el temor de que no llegaría a ver el final de la guerra, de que moriría, de que correría la misma suerte que sus hermanos de raza. En los primeros años de la guerra, también había contemplado tal posibilidad, pero siempre acababa por convencerse de que de algún modo sobreviviría, de que conseguiría evadirse de aquella trampa mortal. En la celda de la avenida de Szuch se había resignado a la idea de la muerte, había hecho la cuenta de su vida pasada, de todo lo que ya se había cumplido. Estaba tranquila, incluso serena. Asumió con humildad la sentencia del destino, cruel y obvia al mismo tiempo, una más de los millones de sentencias que se dictaban a diario. Creía enfrentarse a lo inevitable y, como entendía por inevitable una especie de deber, rechazaba la muerte desde el punto de vista moral. Fue al despertarse en su cama, al amanecer del día siguiente, cuando cayó en la cuenta de que había escapado de lo peor, de que había estado al borde de un final inapelable, de lo innombrable. Y comprendió también que hasta entonces nunca había sentido tantas ansias de vivir. Aterrorizada ante la idea de que al día siguiente podría regresar a la jaula de la avenida de Szuch, a Pawiak o estar frente al pelotón de fusilamiento, se cubrió la cabeza con el edredón y se quedó inmóvil, con los dientes castañeteando, sin aliento, como si ya en ese momento la estuvieran

sometiendo a la tortura más cruel y refinada, como si estuviera ya a un paso de la muerte. El sudor le perlaba las sienes y le humedecía por completo la espalda. Un miedo tétrico y viscoso la asfixiaba como si estuviera a punto de llegar a la celda de la avenida de Szuch, al despacho de Stuckler, como si faltaran un par de horas para volver a tropezarse con Bronek Blutman. No, se dijo, ¡no podré soportarlo! Pero si ya ha pasado todo, si ya nada va a volver a repetirse...

En ese preciso instante sonó el timbre de la puerta. Así que a pesar de todo han venido a buscarme, pensó, ayer me soltaron, pero hoy han venido otra vez a buscarme. Todo su temor se desvaneció como por ensalmo. Sí, insistió, es el final. Ahora han venido para matarme.

Se levantó de la cama y se cubrió con un batín. El timbre sonó una vez más. ¿Por qué no aporrean la puerta?, se preguntó, no valgo tanto como para que pierdan así el tiempo conmigo...

Se acercó a la puerta y atisbó por la mirilla. Al otro lado vio al doctor Adam Korda, el filólogo clásico. Se ha vuelto loco, pensó con frialdad Irma, ¿por qué viene a una hora tan temprana? Entreabrió la puerta y el filólogo empezó a decir con una sonrisa tímida:

—Le ruego que me disculpe, señora, por causarle molestias a esta hora, pero la vi ayer cuando volvía usted de la ciudad y he pasado la noche en blanco... Dios mío, qué trago ha pasado usted. Vengo a ofrecerle mi ayuda en caso de que...

Se interrumpió con un carraspeo. Permanecía de pie en el umbral. Vestía pantalones de golf grises y chaqueta oscura con el cuello de la camisa sobre sus solapas, con los zapatos lustrados con esmero y con la cara de un idiota acabado. En la mano sujetaba un pucherito.

Irma tuvo ganas de gritar, de darle una bofetada o de echarse a llorar con alivio y desesperación al mismo tiempo. Finalmente rompió en llanto, porque le dio tiempo de recordar que le debía la vida a ese hombre; él había sido el primero en recabar ayuda de los demás, él había sido el primer eslabón de una cadena que remató el viejo Müller. Se echó a llorar y el doctor Korda dijo con voz entrecortada:

—Me he tomado la libertad de calentarle un poco de leche, la leche calma los nervios...

Fueron a sentarse al salón, sobre los sillones de madera de fresno, tapizados de seda verde adamascada, junto a una mesa también de

fresno claro, donde el filólogo clásico, con un gesto cómico, colocó el pucherito con la leche. Durante unos minutos guardaron silencio, envueltos en la ambarina penumbra matinal que se colaba por la ventana del salón, a pesar de los pesados cortinajes. Se oía la algarabía de los pájaros. Irma Seidenman se secó los ojos. Le dijo:

—No sé cómo agradecérselo. No sé cómo expresarle…

—Bébase la leche —contestó él—. Me parece que he venido demasiado temprano, pero estaba tan inquieto…

Empezó a hablar de su inquietud. Le contó los detalles de su encuentro con el señor Pawełek. Ella comprendió entonces que su salvación era la suma de la preocupación y el denuedo de muchas personas. De haber fallado uno de los eslabones, habría estado irremisiblemente perdida. Dios mío, reflexionó, y yo que pensaba que era una mujer sola, a la que nadie quería. Estaba equivocada. No estoy sola. Aquí nadie está solo.

Mientras se bebía la leche bajo la mirada del doctor Korda, descalza, con la cara bañada por las lágrimas, estremecida por el frescor de la mañana, comprendió por primera vez en su vida, con plena certeza y con una sensación de rendición jubilosa, que Polonia era su país, porque era el país donde vivían sus amigos y seres queridos, a quienes debía no solo gratitud por haberla salvado, sino todo su futuro. Nunca hasta ese momento había sentido tan profunda y dolorosamente su pertenencia a Polonia, nunca había experimentado con tanta amargura jubilosa y tanto fervor su polonidad. Polonia, pensó, mi Polonia. Este señor que tengo enfrente, con tan buen corazón y tan poco seso, con esos pantalones de golf, es Polonia, lo más sagrado que poseo bajo el sol. El corazón le estallaba de gratitud por el destino que la había hecho polaca, que la había permitido vivir y sufrir ahí, en esa ciudad y entre su gente. Su origen judío siempre había carecido de importancia para ella, criada en el seno de una familia intelectual integrada desde hacía décadas. Aun cuando su padre, médico oftalmólogo, se había consagrado al auxilio de las capas sociales judías más desfavorecidas y pasaba los días recorriendo patios angostos llenos de aire viciado y subiendo escaleras húmedas y oscuras para atender a los niños sucios y moqueantes de los barrios de la indigencia y la humillación, él mismo era un hombre culto, educado y pudiente, para quien su origen era un hecho tan obvio que no merecía la pena dedicarle ni un momento de duda o de inquietud. De

modo similar pensaba su marido, el doctor Ignacy Seidenman, radiólogo extraordinario con aspiraciones científicas, formado en las mejores escuelas y graduado en universidades como las de Montpellier o París, un hombre de mundo, con la mentalidad más europea que se hubiera visto jamás. Esos dos hombres, su padre y su marido, la habían formado, primero de niña, después de muchacha, hasta convertirla en una mujer liberada de cualquier prejuicio o ansiedad en lo tocante a cuestiones religiosas o raciales, así que se hallaba a mucha distancia de su condición judía a la que solo la unía el recuerdo de un anciano de barba que le hablaba, cuando era niña, en un idioma incomprensible, mientras le acariciaba la cabecita con una mano nervuda. Era su abuelo, fallecido cuando ella tenía cinco, tal vez seis años, un judío de los de antaño que la vinculaba de una manera indolora e indiferente a ese origen enigmático y a ese ambiente exótico que reinaba en las calles judías, turbado en ocasiones por explosiones de antisemitismo. Sin embargo, su existencia transcurría al margen de todo ese fenómeno, siendo además como era una rubia de ojos azules, una mujer hermosa de sonrisa encantadora y figura esbelta. El mundo judío no guardaba ninguna relación con ella; existía por su cuenta, sin ella y fuera de ella y del sentido de su vida, era un mundo presente, pero ajeno. ¡Nunca antes se había considerado vinculada al mundo judío! De ello estaba segura. No obstante, y quizá por ese mismo motivo, tampoco se sentía relacionada con el universo polaco, al que asumía como una evidencia, tal el aire que respiraba. Y en ese preciso momento, mientras se bebía la leche, bajo la mirada atenta de aquel hombre ridículo con pantalones de golf y zapatos de cordones, fue cuando percibió su condición de polaca, su pertenencia a Polonia, solo entonces se dio cuenta de que ello daba valor a su vida. Todo eso ni siquiera se le había pasado por la cabeza cuando estaba en la celda de la avenida de Szuch. Entonces solo acertaba a pensar en la pitillera y en el fatal cúmulo de circunstancias que ponían en peligro su vida. En la avenida de Szuch no se sentía ni judía ni polaca; probablemente era algo más que eso, era un ser humano condenado a muerte y a la par una especie de ente indefinido e inacabado por el destino o, mejor dicho, indefinido e inacabado por su propia conciencia, puesto que su sufrimiento se centraba en una cajita de metal y eso era lo que consideraba el objeto desencadenante de su desgracia, no su condición de polaca o de judía. No moriría por su

condición nacional o racial, sino víctima de una sarta de errores, aniquilada por una fruslería, por el apego sentimental a un recuerdo de su difunto marido. Fue en ese preciso instante, mientras bebía la leche acompañada por el doctor y oía el trino de los pájaros tras la ventana, cuando en una suerte de acto liberatorio había encontrado y definido su identidad.

El futuro le demostraría que la elección efectuada, bajo la atenta mirada del amante de Cicerón y Tácito, fue errónea, o cuanto menos dudosa. No para ella. Sí para los demás. Al abandonar Varsovia no se acordaría del doctor Korda ni del pucherito de leche, pero si Dios le hubiera concedido la gracia de volver al pasado, habría sabido a ciencia cierta que dejaba Varsovia en contra de la voluntad y del deseo del doctor, cuyo espíritu, vagante ya por la eternidad, lloraba amargamente y presentaba sus quejas al Creador. Mas los muertos no decidirían el destino de Irma Seidenman.

Muchos años después, una vez en el extranjero, con ese aire ridículo que suele caracterizar a las mujeres solitarias y ya entradas en años, evocaría en más de una ocasión sus días en Varsovia. Ya no contemplaba sus pies delicados en el espejo, porque ya no eran delicados, sino deformados y le causaban la misma repugnancia que la piel de las manos cubierta de manchas oscuras, los pliegues en la nuca antes tan fina y, ante todo, el olor nauseabundo y ácido de su cuerpo, ese extraño olor a vejez al que se negaba a rendirse. Pensaba entonces en Polonia, pues los viejos se acuerdan con todo detalle del pasado lejano, regresan a él en busca de fuerzas para continuar viviendo merced a las antiguas imágenes de juventud, de belleza, del amor que un día los rodeara. Removiendo en su pasado, deseaba extraer fuerzas de Polonia y de sus vínculos con ella. Por desgracia, lo que conseguía extraer era sórdido y abyecto. La Polonia hermosa, pacífica y afable se le aparecía tan solo en un universo remoto que ya había dejado de existir, en los muebles de su piso conyugal, de antes de la guerra, en la escalera cubierta por una alfombra de fibra de coco de color guinda y adornada con una estatua de mujer portando una antorcha en la mano. A la Polonia pacífica y afable la contemplaba desde las ventanas del salón que daban a la calle siempre bulliciosa, por la cual se deslizaban los tranvías en un continuo chirrido, se arrastraban los carros tirados por caballos con las grupas empapadas de sudor y los niños corrían detrás de coches rectangulares y veloces intentando

coger con las manos el humo del tubo de escape. Esa Polonia era también el rostro del doctor Ignacy Seidenman a la luz de la lámpara, sus manos sobre el escritorio, perdidas entre la multitud de diagramas, fotos y apuntes pergeñados sobre hojas sueltas. Era el sabor de los pasteles de casa Lardelli, de los bombones de Wedel o Fuchs, era el escaparate de la tienda Old England, los abrigos de pieles de Apfelbaum, el aroma de los cosméticos de lujo Elizabeth Arden en la perfumería de la calle Krakowskie Przedmieście, el olor de los libros en la tienda de Kozłowski, y cerca de todo ello las cafeterías, los simones, las mujeres bonitas, los hombres corteses, los niños educados.

Irma era consciente de que su imagen de la Polonia de antes de la guerra adolecía de falta de objetividad e integridad. La Polonia de antes de la guerra había sido también pobre, sucia, ignorante, oscurantista, chillona y peleona. A lo largo de muchos años, en la posguerra, Irma había pertenecido al conjunto de ciudadanos que intentaron borrar las rémoras del pasado con ahínco y devoción misionera. Educaban a Polonia con tesón, construyendo parvularios, escuelas, universidades, conforme al lema de los antiguos poetas: llevar la antorcha de la cultura al pueblo para liberarlo de su atraso. Se daba cuenta, por lo tanto, de que su memoria de la Polonia de antes de la guerra era defectuosa y carente de rigor histórico. Y no obstante, solo aquella Polonia le parecía un país agradable, hermoso, radiante. Eran mis años jóvenes, se decía a sí misma en el crepúsculo de su vida, mientras caminaba por las calles de París a paso menudo golpeando el adoquinado con su bastón, aquellos eran mis años jóvenes y aquella la única Polonia que me pertenece realmente.

En su memoria los días de la guerra se perfilaban borrosos. Desde el estallido de su recuerdo se abría un abismo oscuro, sin luz ni color, en el que sabía que había estado, aunque era incapaz de verse a sí misma dentro de él, de evocar su cara o sus pensamientos, porque las tinieblas desdibujaban todos los contornos. Por otra parte, la Polonia de después de la guerra, en la que había vivido la mayor parte de su vida, se le antojaba extraña. Se me ha roto el violín, decía la judía Irma Seidenman-Gostomski, mientras trataba de calentar sus huesos ancianos en un banco del Jardín de Luxemburgo: tengo el violín desafinado. Removiendo en su pasado se había propuesto extraer de ese violín un tono adecuado y grave. Pero, por lo visto, el violín se

había estropeado definitivamente en la primavera de 1968. Se había roto y ya no se podía arreglar.

Los pájaros revoloteaban tras la ventana y, a lo lejos, rechinaba un tranvía. El filólogo clásico se levantó de la silla, sonrió y descorrió las cortinas. El sol matinal evaporaba el rocío de los tejados de las casas. Irma sintió que sus pies desnudos estaban helados. Tengo un aspecto ridículo, se dijo, debería vestirme. Pero el filólogo no mostraba intención alguna de marcharse.

—Para el señor Pawełek ha sido un trago terrible —afirmó el hombre—. Me aseguró que se pondría manos a la obra de inmediato. Su marido de usted y su padre debieron de haber sido amigos, ¿verdad?...

—Sí —respondió ella—, durante cierto tiempo sirvieron en el mismo regimiento. Disculpe, voy a calzarme...

Él sonrió alelado. Pero como seguía sin marcharse, Irma se levantó y fue a vestirse. Oía el carraspeo del hombre en el salón. Se puso un vestido y medias. Se miró al espejo. No, no me maquillaré. No es adecuado en un momento como este. También decidió que tenía que mudarse de casa sin tardanza. Y cambiar de documentación. ¿Quizá sería mejor marcharse de Varsovia? Pero ¿adónde ir? Esta alternativa carece de sentido, solo en Varsovia cuento con el sostén de la gente que me aprecia. ¿Por qué iba a cambiar de casa y documentos? Después de todo me llamo Maria Magdalena Gostomski y soy viuda de un oficial. No voy a encontrar una documentación más a propósito. A este pobre doctor Korda ni por asomo se le ha ocurrido que pueda ser judía. Pero ¿acaso soy judía? ¡Absurdo! Me llamo Gostomski. Nunca he sido otra persona.

Empezó a arreglarse el pelo delante del espejo, de un modo rápido y descuidado, y de repente experimentó una especie de rencor contra Pawełek porque este la recordaba como Irma Seidenman, como judía. Soy Gostomski. ¡Pawełek, mi marido y tu padre sirvieron en el mismo regimiento! Dejó caer el peine ruidosamente sobre el tocador y se volvió de espalda al espejo. Me estoy volviendo loca, pensó, debo poner orden en mi cabeza, si no acabaré trastornada por completo. Pawełek, perdóname, te debo la vida. Volvió a mirarse al espejo y sonrió. Hacía tiempo que se había percatado de que Pawełek estaba enamorado de ella. Un día, antes de la guerra aún, cuando Pawełek era un jovencito atento y bien educado, se tropezaron en la calle por

casualidad y ella le invitó a tomar un helado en la pastelería Europejska. Él comía el helado inclinando su cara ruborizada sobre la copa. Después, siempre que besaba la mano de Irma, enrojecía y daba un taconazo demasiado ruidoso. Ella observaba cómo Pawełek salía de la pubertad y se transformaba en un hombre. Seguro que iba detrás de las chicas, que las besaba en los rincones oscuros, que soñaba con ellas. Pero también soñaba con ella, con Irma Seidenman. Un año antes habían ido juntos en una calesa. Él estaba sentado, tenso, rígido, en una posición incómoda, inclinado hacia el lado derecho para no rozarle con la pierna. De súbito, la calesa hizo un giro violento e Irma cayó sobre el cuerpo del muchacho que exclamó con voz ronca: «¡Discúlpeme, señora!». Su mano tocó levemente el hombro de la mujer. Estaba pálido, amedrentado, en su mirada se reflejaba el sufrimiento de un animalito moribundo. Aún sigue enamorado de mí, pensó Irma con jubiloso placer. Él todavía no había cumplido los veinte años, ella le llevaba unos quince de diferencia. Qué guapo es, se dijo entonces. Pero sobre todo le divertían su torpeza y sus quebrantos. Ella sabía que eso no tardaría en pasársele. Pawełek le inspiraba ternura. Era un muchacho cortés, educado, inteligente, formaba parte del pasado, de antes de la guerra, de los paisajes de su difunto esposo. Cuando Pawełek la visitaba en su casa del barrio Mokotów, le complacía recordar con él tiempos pasados. Al doctor Seidenman también le resultaba simpático Pawełek y siempre que le encontraba se interesaba por sus progresos en la escuela y le brindaba unos caramelos. Al doctor Ignacy Seidenman le gustaban los niños, y el hecho de no haber podido tener un hijo le provocaba no poca tristeza. Por otra parte, la compañía de Pawełek, su carácter encantador y tímido a la par, tenían un efecto sedante sobre Irma Seidenman. Sin embargo, un día, durante una de sus visitas, la mujer captó una mirada de Pawełek, una mirada de deseo. De un hombre a una mujer. Él ni siquiera era consciente de ello, sus sentimientos participaban de la torpeza y la sinceridad propia de la edad juvenil. Con todo, a partir de ese día, Irma decidió ir con cuidado; parecía que Pawełek la hubiera contagiado de su desasosiego porque ya no se sentía en su compañía tan a sus anchas como antes. Incluso evitaba en parte sus visitas. Pero no sucedió nada más.

Treinta años más tarde, en una cafetería de la avenida Kléber, se arrepentiría. Paweł le confesó esa tarde:

—Usted fue la pasión de mi juventud.

Vestía traje gris, camisa azul y una corbata mal lazada. La miraba tras los cristales gruesos de sus gafas de montura oscura. Tenía los cabellos espesos y ya canosos que seguían cayéndole sobre la frente. La mujer puso su mano vieja y seca sobre la de él:

—No diga esas cosas. No se burle de una vieja…

Ambos sabían que era verdad. Ya no tenían edad para andar con cumplidos, pero él sonrió y asintió con la cabeza:

—¿Cuándo regresa usted? —le preguntó ella en un tono de voz suave y volviéndole a tomar de la mano.

—Pasado mañana, señora Irma. A pesar de todo, piense usted en la posibilidad de visitarnos en un futuro no muy lejano. No quiero insistir, pero…

—Es inútil —le interrumpió ella—. Usted mismo sabe muy bien que es inútil.

—Lo sé —contestó él al cabo de unos instantes—. Lo comprendo, pero no puedo hacerme a la idea.

—Yo ya me he hecho a ella.

—Usted está en su derecho de hacerse o no a ella —replicó él con desgana—. Yo también.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que le une a esa gente? ¿A qué viene ese sentimiento de solidaridad con ellos y ese afán de compartir sus culpas? ¿Qué relación guarda con esos personajes?

Él se encogió de hombros.

—Aparentemente nada. Lleva usted razón. No ignoro que hay cosas que me tomo como no debiera. Nada me une a esa gente. Salvo un pequeño detalle, ellos viven allí y yo también…

—Pero usted no es responsable de lo que han hecho y hacen… Dios mío, Paweł, usted no puede cargar con semejante responsabilidad.

—¡Yo no cargo con tal responsabilidad! —exclamó—. Sin embargo, las cosas no son tan simples. Usted es consciente de que yo no soy responsable. Usted y quizá unas cien mil personas más. ¿Y el resto? ¿Y todos los de aquí? Para la gente de aquí yo soy también uno de ellos, vengo de allí. Recuérdelo. Estoy marcado por ese estigma. Por otra parte…

Se interrumpió, se quitó las gafas y empezó a limpiarlas esmeradamente con un pañuelo.

—Por otra parte, ¿qué? —inquirió ella, mientras él seguía limpiando los cristales en silencio—. Dígalo de una vez, Paweł. ¿Por otra parte, qué?

—Con el corazón en la mano y tomando a Dios por testigo, dígame, ¿es que no piensa lo mismo que yo pienso? ¿No cree acaso que no han sido ellos quienes la han expulsado de allí, sino Polonia entera? Con toda seguridad piensa usted de ese modo.

—¡En absoluto! —explicó ella, a sabiendas de que no confesaba toda la verdad. Él había puesto el dedo en la cuerda rota del violín. Si en ese preciso momento, en la avenida Kléber, mientras fijaba sus ojos en los de Paweł y escuchaba su propio instrumento roto, se hubiera acordado del día de la gran angustia tras salir de la jaula de Stuckler, si hubiera evocado el vuelo de los pájaros detrás de la ventana, el rostro del doctor Korda, las cortinas de color ámbar en el salón, el sabor de la leche que entonces bebió, si en ese instante se hubiera acordado de lo que ocurrió después, una vez que vestida y peinada volvió al salón y le dijo al filólogo clásico: «¡No se vaya usted todavía! ¡Es muy amable de su parte que muestre tanta preocupación por mí en un momento como este!», y de que él, por supuesto, se sentó de nuevo sobre la silla de fresno tapizada de seda adamascada para seguir relatando durante la media hora siguiente cómo le transmitió el conductor de la calesa la noticia de su detención, bajo la necia acusación de ser de origen judío; si hubiera recordado todo en la cafetería de la avenida Kléber, habría comprendido sin duda una verdad muy simple a la que no podía acceder, porque su memoria del pasado era fragmentaria, deslavazada, como las manchas de luz tamizada por la frondosa copa de un árbol, habría comprendido pues una verdad muy simple: que Stuckler no la había humillado, que en la avenida de Szuch no se había sentido ultrajada, privada de dignidad por partida doble, vejada, ya que Stuckler solo quería acabar con ella, matarla, en tanto que aquellos otros que años más tarde irrumpieron en su despacho y ni siquiera le permitieron coger el portafolios con sus documentos, le habían arrebatado algo más que la vida, le habían despojado de su derecho a ser ella misma, a definirse.

Cuando regresó al salón, una paloma arrullaba detrás de la ventana. Igual que en la terraza de la avenida Kléber, pero ella nunca se fijaba en los pájaros. Amaba los gatos, los perros y ante todo los caballos. Los pájaros iban por el aire y ella tenía los pies puestos sobre

la tierra. No prestaba atención a los pájaros. Por fin, un cuarto de hora más tarde, el doctor Korda se marchó y ella pudo volver a la cama. Se desnudó a toda prisa, dejando de cualquier manera el vestido y la ropa interior sobre una silla, y se deslizó bajo el edredón. Se durmió de inmediato, con la angustia y el temor de no volver a despertarse jamás. Soñó con Stuckler; asistía, entre una multitud de gente, al entierro del doctor Ignacy Seidenman y caminaba tras el féretro. No era capaz de reconocer las caras de toda la comitiva y se buscaba a sí misma entre ellos sin encontrarse. Se buscaba cada vez con una mayor febrilidad, angustiada ante la idea de no acompañar a su marido, a quien tanto había querido, en el momento postrero. Por fin encontró a Irma que iba del brazo de Stuckler y repetía: «¡Me llamo Gostomski, Maria Magdalena Gostomski, soy viuda de un oficial del ejército polaco!». Stuckler le replicaba: «¡Pero si yo sé que es el entierro de su marido…! ¡¿Cree que iría yo al entierro de un judío?!». Y a pesar de todo era el entierro del doctor Ignacy Seidenman. Después se volvió a ver metida en la celda de la avenida de Szuch frente a un Stuckler que vociferaba: «Me ha engañado usted. Esta pitillera lo explica todo. ¡Muéstreme el pabellón de la oreja derecha!». Pero no tenía oreja. En su lugar había una herida de la que manaba sangre.

Cuando se despertó, era ya bien entrada la tarde. Se quedó tumbada en la cama mirando el techo durante un buen rato. De nuevo la perseguía el mismo sueño. ¿No podré librarme nunca de él?, pensó. ¿No encontraré nunca paz y sosiego?

21

El juez Romnicki sonrió y dijo:

—Qué fresquito más agradable hace aquí.

Sor Weronika respondió que del lado del huerto a veces hacía mucho bochorno, pero, como los muros del convento eran gruesos y recordaban tiempos remotos, en el interior acostumbraba a hacer fresco.

—He traído a la niña —avanzó el juez acariciando la cabecita oscura de Joasia—. Tal y como habíamos acordado.

—Comprendo, señor juez —dijo la monja examinando con atención a la niña—. Es demasiado morena —añadió al instante.

—Hoy en día estas cosas no se eligen, hermana.

—No estoy poniendo la cuestión sobre la mesa, señor juez, pero debe comprenderme.

—Hoy en día uno comprende más de lo que debería —respondió sentenciosamente el juez volviendo a acariciar los cabellos de Joasia —. Es una niña encantadora.

—No hay que perder nunca la esperanza, señor juez.

—Según lo acordado, la hermana superiora ha recibido ya algunos fondos —añadió el juez—. La guerra no va a durar eternamente. Además, si surge alguna necesidad, yo siempre estoy a su disposición.

—No se trata de eso —replicó sor Weronika—. Sabemos cuáles son nuestras obligaciones, señor juez.

En ese momento fue ella quien empezó a acariciar los cabellos de la niña.

—Así que se llama Joasia —dijo—. Hoy mismo le vamos a enseñar a rezar.

—Puede resultar de utilidad —comentó el juez.

Sor Weronika alzó los ojos y le miró con cautela.

—Será una niña católica, señor juez. Usted nos ha traído no solo un cuerpo amenazado de muerte, sino también su alma extraviada.

—¿Cree usted, hermana, que ya ha tenido tiempo de extraviarse? Si tiene apenas cuatro años. ¿Quién está aquí extraviado?

—Me parece que es comprensible que la eduquemos en la fe católica. Es nuestra obligación con respecto a esta niña. Usted, señor juez, también es católico, así que no…

—Pues sí —respondió el juez Romnicki deseando terminar la conversación. De pronto sintió una pena redoblada; primero, porque debía separarse de una niña tan cariñosa y calladita, y además porque presentía que algo importante, una rara inquietud, una amargura, una decepción, empezaba a embargar su espíritu. Terminó diciendo:

—Haga usted, hermana, lo que crea conveniente. Pero no le va a salir bien.

—¿Qué es lo que no me va a salir bien?

—Lo del catolicismo, hermana —remató el juez asombrándose él mismo de cuán maliciosas, incluso enconadas, habían sonado sus palabras.

—¿Qué dice usted, señor juez? —exclamó con severidad sor Weronika.

—¡Le voy a decir algo, hermana! Y reflexione usted sobre mis palabras. ¿Hay distintos dioses? ¿No hay acaso un Único Dios Omnipotente que nos sacó de Egipto y nos libró de la esclavitud? Este mismo Dios, hermana, es nuestro Dios misericordioso, el mismo que se le apareció a Moisés en la zarza ardiente, que llamó a Jacob, que detuvo el cuchillo con que Abraham iba a degollar a Isaac. Este es nuestro Dios, el Creador de todos los hombres…

—¡Señor juez, no olvide usted al Salvador! —gritó la monja.

—¡Le diré algo más, hermana! Soy católico; católico apostólico y romano, y todos mis ancestros lo fueron, como miembros que fueron de la nobleza polaca. Creo en Nuestro Señor Jesucristo, en la protección de la Virgen Santísima, creo en todo lo que me ha dado la religión y en mi amada Polonia. Y tenga usted la bondad, hermana, de no interrumpirme, porque a mí, cuando hablo, no se me interrumpe: ni siquiera el presidente Mościcki pudo hacerlo, y eso que no le faltaban ganas porque no podía soportar oír ciertas cosas. ¡¿Cómo podía ser de otra manera, hermana?! Dios ha guiado a esta niña durante cinco mil años. Dios la condujo de la mano desde la ciudad de Ur hasta la tierra de Canaán, y después a Egipto, y después a Jerusalén, y luego a la esclavitud de Babilonia, y después otra vez a

Tierra Santa, y más tarde a la diáspora, de Roma a Alejandría, a Toledo y a Maguncia, hasta aquí mismo, hasta el Vístula. Dios fue quien dispuso que esta niña recorriera de un extremo a otro la tierra y que llegara por fin aquí, hasta nosotros, en medio de esta hecatombe, al límite de los límites, en donde ya no existe la posibilidad de elección, donde ya no hay escapatoria, como no sea a las grutas de nuestro catolicismo, de nuestra condición de polacos, porque aquí está la única posibilidad de salvación para esta niña. ¿Qué me dice por lo tanto, hermana, de la voluntad de Dios? ¿Ha guiado Dios a Joasia, siglo tras siglo, a fin de darse a conocer a la gente, a fin de revelarse, a fin de poder enviar en su nombre a Jesucristo, Nuestro Salvador, en el que creemos y al que veneramos en la Santa Cruz, porque murió por nosotros, porque murió para salvarnos, bajo el poder de Poncio Pilatos; así que a lo largo de los siglos ha guiado Dios a esta niña para que ahora, al límite de los límites, tenga que desencaminarse, para que tenga que negarse a sí misma porque así lo quiere Adolf Hitler? Bautícela usted, enséñele las oraciones y el catecismo, que la llamen Joasia Bogucka o Joasia Kowalczykówna, eso yo mismo en persona se lo voy a arreglar dentro de dos, a lo sumo, tres días, pues le tendré lista una fe de bautismo que no despertará ninguna sospecha. Que no despertará ninguna sospecha, porque perteneció a una niña católica ya fallecida. O sea que miel sobre hojuelas. Muy bien, ocúpese usted de esta niña. A lo cristiano, a lo católico, incluso a la polaca. Creo que así debe ser, para su futuro y por la seguridad de su vida. Pero le diré a usted, hermana, lo que de verdad pienso de ello; pienso que aquí abajo nosotros vamos por un lado, y allá arriba, Dios, por otro. Y Dios no le permitirá. Estoy persuadido, hermana, que Él no permitirá este extremo. Y un día esta niña será una mujer judía; un buen día renacerá en ella su ser judío y se limpiará de barros ajenos con el fin de regresar a sus orígenes, y su vientre será fértil y dará a luz a nuevos Macabeos. ¡Dios no extermina a su pueblo! Esto es todo lo que tengo que decirle, hermana. Y ahora llévesela usted y que crea en Nuestro Señor Jesucristo, porque, como bien sabe usted, hermana, esta fe es alimento del alma. Pero un día en ella se despertará Judith, espada en ristre, para degollar a Holofernes.

—No llore usted, señor juez —dijo sor Weronika.

Tal y como había vaticinado el juez, se despertó en Joasia la mujer judía, pero no como él hubiera deseado. Quizá el juez no

aprehendió del todo los designios del Dios o quizá la razón fue del todo trivial. Joasia llegó al final de la guerra con el nombre de Marysia Wiewióra, una chiquilla católica, huérfana, nacida en los alrededores de Sanok, cuyos padres, pobres campesinos, la habían dejado en la mayor orfandad. Tras la contienda, vivió como la mayoría de sus coetáneos; estudiaba aplicadamente y quería ser odontóloga, en vista de que sus manos eran hábiles y de que tenía un carácter afable. No obstante, a los veinte años, una voz interior la apartó de tales proyectos. Y obedeció a esta llamada con humildad y sumisión. Emigró a Israel donde dejó de llamarse Marysia Wiewióra y pasó a llamarse Miriam Wewer. Y no siguió la carrera de dentista. Algún tiempo después de su llegada a la nueva patria, en la que el pueblo elegido construía su país para no volver a sufrir nunca jamás persecución y humillaciones, vio a unos judíos muy curiosos, que parecían salidos de sus sueños o de sus presentimientos, o quizá simplemente aparecían a su vista por razones del todo prosaicas, como antaño habían aparecido otros muy similares a ellos. Estos judíos llevaban boina, chalecos de camuflaje y botas altas. Por regla general, solían ir pertrechados con una ametralladora bajo el brazo, dispuesta siempre a disparar. Sus rostros estaban bronceados y se servían de la lengua lacónica propia de la gente armada. Miriam contemplaba cómo de un puntapié derrumbaban las puertas de las casas palestinas y a punta de pistola arrestaban bajo el sol cegador del desierto a los azorados fedayines, a sus mujeres y a sus hijos. Entonces, del fondo de su corazón, nació una alegría ruidosa, salvaje, como si por fin se hubiera cumplido un deseo milenario, como si se hubieran cumplido las aspiraciones amordazadas de las generaciones de Israel, el sueño que había consumido a millones de extenuados cuerpos judíos de Europa y Asia, el sueño que a lo largo de siglos habían alimentado a esas bandas de eternos errantes, torvos, cetrinos, atemorizados, ardientes, malditos y al mismo tiempo elegidos. La primera vez que Miriam vio a un hombre aguerrido derrumbar de un puntapié la puerta de una casa palestina, estaba convencida de que Dios estaba presente en ese acto, que inclinaba la cabeza con aquiescencia. En aquellos momentos, para Miriam no contaba el miedo y la impotencia de los fedayines; solo contaba que por fin un puntapié judío metía en vereda a toda una humanidad rabiosa. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y su corazón no cabía de orgullo, gratitud, fervor. Perdonaba

al mundo todo el mal infligido; había llegado la hora de reparar la injusticia. Los judíos no serían nunca más despreciados, humillados, perseguidos. Sin embargo, la euforia de Miriam duró poco. Era una muchacha sensible y no carecía de sensatez, pero tal vez no le habría bastado ni su sensibilidad ni su sensatez si no hubiera asistido a una escena vulgarísima, pero muy instructiva. Los soldados israelíes, como suelen hacer todos los soldados, permanecían de pie, cara a cara, frente a los fedayines que, encorvados, mantenían los brazos en la nuca, mientras sus niños berreaban, aunque no ocurría nada de particular; sus mujeres también gritaban, aunque nadie les prestaba la menor atención. Sin embargo, los soldados seguían allí, con las piernas muy separadas, las caras inmóviles, adocenadas y arrogantes en su expresión pétrea, con el dedo sobre el gatillo de las pistolas. Y así, imperturbables, esperaban las órdenes de su oficial que entretanto trazaba líneas y círculos con una caña fina sobre la arena del desierto, tan absorto por la toma de cualquier decisión histórica que su semblante recordaba al de un bufón lunático, lo que además no le diferenciaba en nada del resto de oficiales de nuestro mundo. Para Miriam, esa escena fue un revulsivo; tomó conciencia de que participaba en una farsa absurda, puesto que ningún puntapié asestado a un fedayin palestino borraría la memoria histórica ni repararía las injusticias vividas. No estaba lo bastante preparada como para advertir en ese mismo momento que en realidad actuaba en una parodia sempiterna y que esos soldados israelíes ni siquiera habían inventado esa actitud de prepotencia, porque esta había sido siempre la actitud del hombre armado y seguro de su fuerza frente al hombre indefenso y vencido. Porque esa había sido la actitud del legionario romano frente al Macabeo derrotado y de Odoacro ante las ruinas del Coliseo, también la del caballero franco frente a los sajones con la soga al cuello, la de Maluta Skuratov frente a los boyardos arrodillados, la de Bismarck en Versalles, la de Stroop en las calles del gueto en llamas, la del partisano vietnamita en Dien-Bien-Phu. Y esta sería la actitud de los vencedores frente a los vencidos hasta el fin de los tiempos. En resumen, que la escena era de lo más vulgar y no valía la pena perder el tiempo asistiendo a ella, de modo que Miriam se alejó con el deseo de olvidarla cuanto antes. Pero no era capaz de romper sus ataduras como nadie antes había sido capaz de romperlas. Más tarde se acostumbraría a ellas y no le producirían ni especial

satisfacción ni especial disgusto.

Algún tiempo después, el día en que se enteró de que estaba embarazada y su marido israelí mostró ante esta noticia un contento ramplón y vocinglero, como si el hecho de hacerle un hijo a la propia mujer fuera un evento sin precedentes en este mundo nuestro, que es el mejor de los mundos, Miriam habría de experimentar una gran angustia. Aquella noche no pudo conciliar el sueño. Hacía un calor sofocante. La luna brillaba sobre las colinas y los olivares, y los tamariscos arrojaban sus sombras azuladas en el espacio. Contemplaba el paisaje y sentía que la atenazaba un miedo cerval ante la idea de que iba a dar a luz un ser humano. Sentía temor y deseo al mismo tiempo de maldecir su propio seno. Recordó las enigmáticas palabras del Evangelio que, cuando era una niña refugiada en un convento, le leía sor Weronika con voz dulce y queda. Miriam las repitió pero en voz alta y con vehemencia, dirigiéndolas al cielo: «¡Señor, por qué me has abandonado!». De súbito entró en la habitación su marido, que tenía cuarenta y seis años y un oído no muy fino, y le dijo con afabilidad: «Yo no te he abandonado, estoy en la habitación de al lado. ¿Te apetece beber algo?». Estas palabras reconciliaron a Miriam con su destino. Pero sintió un gran alivio cuando dio a luz a una niña.

Quién sabe, quizá habría sentido el mismo alivio de haber dado a luz a un varón.

Notas

1. La *riksa*, una calesa, fue el único medio de transporte permitido a los ciudadanos polacos durante la ocupación nazi. El resto de los vehículos privados fueron requisados por las autoridades alemanas. Como medio de transporte existían también los tranvías, pero con asientos separados para la población polaca. *(Todas las notas son de la traductora.)*

1. En polaco *tajne nauczanie, tajne komplety*. Enseñanza clandestina, a todos los niveles, impartida en polaco durante la ocupación nazi, ya que las autoridades alemanas prohibieron todo estudio en esta lengua a fin de germanizar a la población.

2. Alusión a la costumbre entre los judíos ortodoxos askenazíes (no sefardíes) de raparse y/o de llevar peluca entre las mujeres casadas.

3. Alusión a la guerra polaco-bolchevique (1920-1921).

4. Eliza Orzeszkowa, escritora polaca de tendencias realistas (1841-1910).

1. La *kenkarta* era el documento de identificación entregado obligatoriamente a todo mayor de quince años por las autoridades alemanas desde el 26 de octubre de 1939. Su falta podía significar la detención inmediata.

1. Calle del gueto de Varsovia.

1. Territorio polaco, tras la particion del país en el siglo XIX, anexionado al Imperio zarista ruso.

1. Ciudadano de los territorios ocupados por los nazis que eran inscritos, en general voluntariamente, como de origen alemán. Gozaban así de un estatus privilegiado frente al resto de la población.

1. Avenida de la ciudad de Varsovia tristemente célebre porque en ella se encontraba el centro de detención de la Gestapo.

1. Nombre popular dado a los delatores de judíos. En singular, *szmalcownik*, del alemán *szmalz* (pasta, dinero, coloquialmente hablando).

1. *Knut*: látigo ruso de castigo.

2. *Kibitka*: bajo el despotismo zarista, carro para el transporte de presos.

1. Alude a la corriente de antisemitismo vivida en Polonia a raíz de los llamados «sucesos de marzo» (revueltas estudiantiles contra el Gobierno), de la Primavera de Praga y de la situación en Oriente Medio, que provocaría la emigración de muchos ciudadanos polacos de origen judío hacia Israel u otros países.

2. Se refiere al mariscal Józef Piłsudski, primer jefe de Estado de la Polonia independiente tras la Primera Guerra Mundial.

1. El milagro del Vístula, victoria de los polacos con Piłsudski sobre el Ejército Rojo al Este de Varsovia en agosto de 1920.

1. Escisión del Partido Socialista Polaco (PPS).

2. Katyń: localidad de la antigua Unión Soviética donde en el año1940 fueron ejecutados 4.500 oficiales polacos. La propaganda soviética atribuyó la matanza a los nazis, pero existen teorías diversas que implicarían al Ejército Rojo.

3. Alusión a la novela de S. Żeromski *Przedwiośnie* (Antes de la primavera) en la que el protagonista sueña con casas de cristal para Polonia como símbolo de progreso, cultura y justicia.

4. Piotr Stołypin (1862-1911), político ruso que se caracterizó por la dureza en su lucha contra el movimiento revolucionario. Muerto en atentado a manos de filoanarquistas rusos.

5. Hanz von Beseler, gobernador general en Varsovia durante la Primera Guerra Mundial.

6. Władysław Gomułka fue Primer Secretario del Partido Comunista entre 1956 y 1970, pero ya antes de la guerra había sido militante comunista y ocupado importantes cargos.

1. Comandante: uno de los seudónimos con los que se conoce popularmente al mariscal Józef Piłsudski.

2. Romuald Traugutt (1826-1864), caudillo de la Insurrección de 1863 contra la Rusia zarista. Fue ahorcado en la Ciudadela de Varsovia.

3. Zygmunt III Waza (1566–1632), rey polaco perteneciente a la dinastía sueca que durante dos siglos reinó en Polonia.

4. Stanisław August Poniatowski (1764–1795), último rey polaco y coautor de la primera constitución polaca (llamada del 3 de Mayo).

5. Jan Kiliński (1760–1819) dirigente de la Insurrección de 1794 contra los rusos. Zapatero de profesión.

6. Ludwik Nabielak (1804–1883), revolucionario y escritor polaco, participante en la Insurrección de 1830.

7. El Abuelo: otro de los seudónimos del mariscal Józef Piłsudski.

8. Astilleros de Gdańsk: referencia al movimiento huelguista de 1980 que dio origen al sindicato Solidarmość (Solidaridad).

9. Estado creado de la unión entre Polonia y Lituania, creado en 1579 y disuelto en 1795.

10. Konstanty Mikołajewicz (1827–1892), príncipe ruso, hijo del zar Nicolás I, gobernador plenipotenciario del Reino de Polonia.

11. ONR: organización política de carácter nacionalista, ultraderechista y antisemita creada en Polonia en 1934.

1. Rampa en la calle Stawki en Varsovia, inexistente hoy, donde se concentraba a los judíos del gueto antes de ser transportados a Treblinka y otros campos (1942-1943).

1. NSDAP: siglas de Nationalsozialistiche Deutsche Arbeiterpartei (literalmente, Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán).

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

  